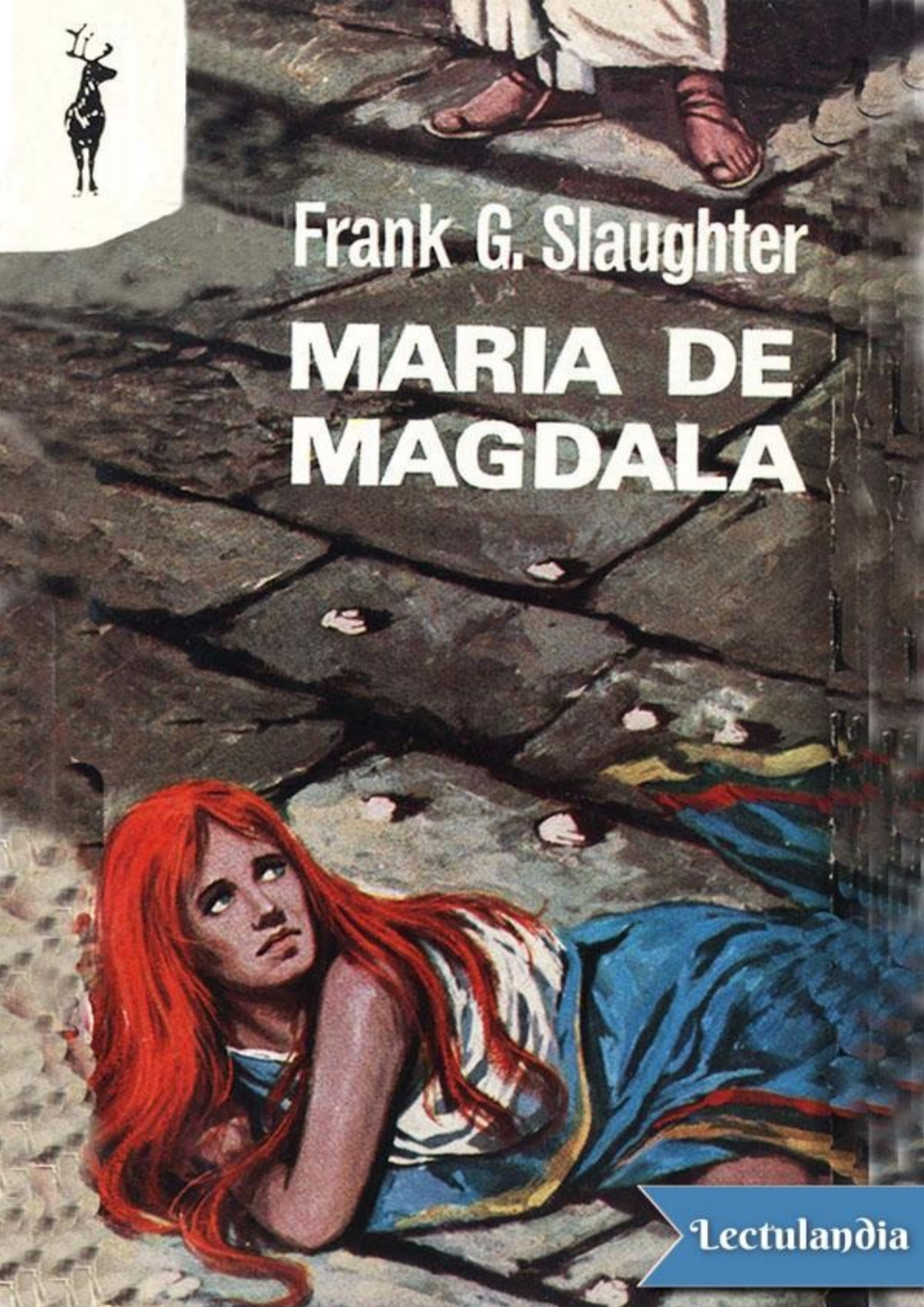

Frank G. Slaughter
MARIA DE MAGDALA
Lectulandia

Bella, seductora, condenada por los que se ufanaban de servir a Dios, María de Magdala es una de las figuras bíblicas más apasionantes. Junto a ella, Slaughter presenta a José de Galilea, el brillante joven médico que la amaba. María danzaba en las calles de Tiberíades, al acecho de las monedas que le arrojaban los espectadores. Así la conoció José de Galilea, así la vio también Gayo Flaco, oficial romano emparentado con Poncio Pilato. Pronto María recibió la orden de bailar en la Corte, donde Flaco la retuvo prisionera hasta que ella pudo huir, ayudada por José. Entonces se convirtió María, llegando a ser discípula de Jesús. Presente estuvo cuando fue resucitada la hija de Jairo, presente cuando la multiplicación de los panes y los peces, presente cuando la traición de Judas, la acusación de Caifás, el juicio ante Pilato; presente en la Crucifixión…

Lectulandia

Frank G. Slaughter

María de Magdala

ePub r1.0
Pepotem2 26.12.13

Título original: *The Galileans*
Frank G. Slaughter, 1963.
Traducción: Alfredo Darnell
Diseño/retoque portada: Alvaro

Editor digital: Pepotem2
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PREFACIO

De todas las mujeres que aparecen en las páginas de la Biblia, existen pocas que hayan despertado tanto interés como María de Magdala, a quien en general se conoce por María Magdalena.

De que María amara profundamente a Jesús, no puede dudarse, ya que Lucas nos dice con toda claridad que ella era una de las mujeres que cuidaban de las necesidades del Señor y de los Doce. Lo que parece asimismo evidente es que el Señor sentía por esta mujer, de cuyo cuerpo «Él había echado a siete demonios», un afecto especial, ya que la escogió entre todos los fieles para ser el primer testigo de Su resurrección de entre los muertos.

Cuando en los últimos capítulos de Camino de Bitinia, el desarrollo del relato me hizo introducir, casi accidentalmente, a María Magdalena como personaje secundario, se produjo un hecho extraño. Fue como si esa magnífica cristiana, contemporánea de Jesús, se alzara ante mí en carne mortal y solicitara que su historia fuera narrada.

Ésta es, pues, la historia de aquella María de Magdala y de sus amigos los galileas, que abandonaron su hogar, sus quehaceres, su seguridad y sus parientes para seguir a un Hombre que predicaba una nueva doctrina. Una doctrina desconocida.

Una doctrina maravillosa, la doctrina que afirmaba que cada cual, individualmente —blanco o negro, amarillo o rojo, santo o ladrón, pobre o rico—, es importante a los ojos de Dios.

Es asimismo la historia de cómo aquellos galileos llegaron progresivamente a saludar a su Maestro con el nombre de Cristo, mientras que María Magdalena parece como si, desde el primer momento, hubiera sabido «Quién» era, en realidad, Jesús.

Muchas son las leyendas de la mujer de Magdala que, a través de los siglos, han llegado hasta nosotros. La Enciclopedia Británica dice que existe una confusión al identificarla con la pecadora, cuyo nombre no nos es dado, la cual, habiéndose enterado de que Él estaba sentado a la mesa en casa del fariseo, trajo un jarrón de alabastro lleno de perfume… y, llorando, le bañó los pies de lágrimas, los enjugó con los cabellos de su cabeza, le besó los pies y los ungió de perfume (Lucas, VII, 37), así como a María de Betania, hermana de Lázaro y de Marta.

Existen numerosas «biografías» de María Magdalena, la mayoría de las cuales se basan sobre el supuesto de que María de Betania y ella no son una misma mujer. En realidad, estas biografías son puras ficciones, ya que, aparte de algunas referencias que a su respecto se hallan en el Nuevo Testamento, nada se sabe de cierto sobre la mujer que amó a Jesús.

Cada vez que esta novela hable del Maestro, sus palabras serán tomadas del Nuevo Testamento. También se hallarán algunos pasajes de El Cantar de los Cantares y del libro de Ruth.

La leyenda del hijo enfermizo de Pondo Pilato la descubrí en un delicioso pequeño libro de Catherine van Dyke. Una carta de la mujer de Pilato, publicado por Bobbs-Merill y que según la autora le fue «inspirado por un antiguo manuscrito primitivamente descubierto en un monasterio de Brujas, donde dormía desde hacía siglos».

El retrato de Jesús, que se hallará en el libro tercero en boca de Nicodemo, figura en el manuscrito que un cierto Publio Sentulio, contemporáneo probable de Pondo Pilato, dirigió en forma de carta al Senado romano, bajo el reinado de Tiberio César, y sobre el que atrajo mi atención el reverendo Cari Dobbins.

El estudio comparativo del Evangelio de San Juan y de 6 los tres evangelios sinópticos hace que resulte indudable el hecho de que Jesús visitó varias veces Jerusalén durante su ministerio, y no una sola vez como podría suponerse tras una lectura superficial de San Marcos.

Nunca podré agradecer bastante a todos aquellos que, de una manera u otra, me han secundado en mi tarea y me han aclarado puntos, por todo lo cual les testimonio una honda gratitud. Que aquellos que lean mi libro puedan ver animarse ante sí, y revivir para sí mismos, la época y los lugares donde transcurrió el ministerio de Jesús y las gentes que le acompañaron a lo largo de Su ruta terrestre, como yo los vi revivir y animarse en mi interior.

Y que puedan conocer a Jesús, Cristo resucitado, como Le conocieron en el camino de Emaús mis amigos los galileos.

F. G. SI.

LIBRO PRIMERO

MAGDALA

Capítulo I

EN EL CUAL TRABAMOS A LA VEZ CONOCIMIENTO CON ADÁN, EVA Y LA SERPIENTE

EL JOVEN, sin embargo, tenía prisa. La tarde tocaba a su fin, y activaba la andadura de su mula a través de las calles de Tiberíades, pero la voz que por encima de la ciudad trajo la brisa del lago era de tan sorprendente belleza, que para escucharla mejor detuvo su montura. Era una voz de muchacha que cantaba en un griego purísimo; una voz dulce, cultivada, alegre y clara, y en su frescura existía una potencia, una resonancia de campana, que permitía se oyera desde lejos y que obligaba al oyente a permanecer inmóvil, como encantado.

José de Galilea había estudiado griego en la universidad de Tiberíades, la ciudad nueva que Herodes Antipas había hecho construir a orillas del Mar de Galilea —el lago de Genesaret, como lo denominan los pescadores—, por lo que comprendía las palabras de la canción. Se trataba de un poema de amor que el griego Meleagro compuso para su bien amada Heliodora de Tiro:

Tejeré violetas blancas
y hojas de mirto verde,
y rodearé con narcisos
la vara de los altos lirios claros,
mezclaré azafrán tierno
al Jacinto de mirada azul,
y confiaré a la rosa
todo el amor de mi ardiente corazón:
Heliodora, toma la corona
y colócala en tus cabellos.

José sólo contaba veintiún años, pero era alto, esbelto, y su rostro de una serenidad mayor a la que correspondía a su edad, en el que brillaban unos ojos negros, expresivos y vivaces, atestiguaba la pureza de un linaje que remontaba más allá de la época de David.

Vivía con su madre, en la ciudad de Magdala, en las alturas que dominaban el lago, a pocas millas de la universidad, cuyos cursos podía seguir fácilmente. Maestros griegos formaban en ella estudiantes de todas las nacionalidades y les enseñaban la medicina y las ciencias, tal como habían sido formuladas por Hipócrates, Tales y otros grandes talentos en los tiempos en que Grecia era el centro mundial del

conocimiento.

Con el fin de ganar su sustento y el de su madre, José había ingresado como aprendiz en casa de Alejandro Lysímaco, médico y cirujano judío, famoso en toda la región de Magdala, al mismo tiempo que se ocupaba en colocar sanguijuelas para aliviar los humores malignos de los romanos cuyas villas bordeaban el lago, de los ricos romanos cuya sangre sobrecargaban los excesos.

Como judío devoto, él no podía residir en Tiberíades, ya que la ciudad había sido declarada impura y maldita por los sacerdotes, cuando los arquitectos de Herodes mancillaron los cadáveres del cementerio, ahora desaparecido bajo las calles de la ciudad, pero nada le impedía aceptar el buen oro romano aplicando sanguijuelas a los congestionados. Y aquel mismo día, entre las doce o quince que contenía el frasco que llevaba en la albarda de la mula, había tres ahítas de la sangre de Poncio Pilato, ya que el gobernador romano de Judea residía con idéntica frecuencia en su casa de campo a orillas del lago, que en Cesárea, su capital, en la costa mediterránea.

Al parecer, esta elección le había sido dictada por el clima; sin embargo, la verdad poseía un aspecto de carácter político: le interesaba muchísimo no perder de vista a Herodes Antipas, tetrarca judío de Galilea.

Atraído por la voz de la muchacha, como un trozo de hierro por la piedra negra denominada magues, José se dirigió, a lo largo de las calles pavimentadas con granito, hacia el lugar donde surgía la música. Todo en la ciudad era tan nuevo que el barro y el polvo no habían tenido aún tiempo de fijarse en los intersticios de las grandes losas, por lo que el peatón debía cuidar de no tropezar.

Al doblar el ángulo de una calle se encontró ante un hermoso espacio descubierto que precedía al magnífico Foro, desbordante de sol y de novedad. Habíase aglomerado allí una multitud que aplaudía a la cantante y que lanzaba a sus pies moneda menuda como señal de admiración.

José trepó al pedestal que soportaba una de las águilas romanas de granito que decoraban el Foro. Si su piadoso padre, israelita, le hubiese visto allí, hubiera lanzado gritos de indignación sincera y de sincero horror, ya que, para los judíos, las imágenes grabadas o esculpidas que representaban seres vivos eran la forma material y visible de un gran pecado; incluso lo era examinarlas desde demasiado cerca. Por consiguiente, abrazarse a ellas ¡era el colmo!… Herodes *el Grande*, abuelo de Antipas, se atrajo el descontento de su pueblo al exhibir de tal modo los emblemas de sus dueños los romanos para atraerse el favor de éstos. Y para expiar este crimen —cosa que sólo había conseguido en parte— hizo construir el grande y hermoso templo de Jerusalén.

El actual Herodes, más romano que judío, mostraba toda la arrogancia de su abuelo sin poseer ni mucho menos su inteligencia.

Desde donde se encontraba, José podía ver sobre la acrópolis el palacio del monarca, verdadera ciudadela, que se alzaba en el flanco de las negras escarpaduras de basalto y que dominaba toda la orilla del lago, sombrío y poderoso símbolo de la fuerza militar y de la autoridad real.

La muchedumbre, en la que abundaban griegos y romanos, formaba un círculo alrededor de la cantante, sentada sobre una piedra, con una lira apoyada contra su pecho, tan tranquila como si se encontrara en su casa. Dieciocho años quizá, más alta que lo normal entre las judías, esbelta pero sin nada en ella de anguloso, ofrecía ya la indudable promesa de una embriagadora y muy femenina belleza.

El ligero chai que cubría sus cabellos, conforme a la regla impuesta a las mujeres de su raza, no conseguía disimular su esplendor cobrizo y luminoso, y bajo los rayos rojos del sol poniente encuadraban su rostro con un halo ricamente coloreado.

Los rasgos de la joven presentaban una curiosa mezcla de griego y judío, cuyo resultado era un rostro de una perfección casi clásica y de una inolvidable belleza, con sus pómulos ligeramente acusados y su frente alta, que indicaba una inteligencia que confirmaba la mirada fría de sus ojos color de violeta.

En aquel momento estudiaba la muchedumbre como si considerara el número exacto de monedas que podía aún arrancar a los hombres que la aclamaban con tan vehemente entusiasmo.

Tanto como la palidez de su piel, su audacia en cantar un poema de amor en público, por muy noble que fuera, en una ciudad maldecida por los judíos, confirmaba la parte de sangre griega que corría por sus venas.

Su traje era de buen tejido y estaba bien cortado, pero, aunque bastante limpio, aparecía usado y fatigado, igual que el cuero de las sandalias que calzaban sus pequeños pies.

La acompañaban cuatro músicos, cuya tez oscura y perfil acerado como de halcón los señalaba como nabateos[1], lo mismo que sus vestiduras largas y flotantes, que son las que llevan los hijos del desierto que caminan a través de los arenales al sur y al este del Jordán y del Mar Muerto, donde se eleva la amplia ciudad de Petra. Su jefe, el más alto de ellos, de rostro majestuoso, tocaba una cítara; otro, un largo tubo cortado en una caña de Egipto; el tercero, una trompeta de bronce.

El último llevaba fijados a sus brazos unos címbalos, y a sus pies unas planchas sonoras denominadas scabella, destinadas a marcar con sus sonidos el ritmo de la melodía. Era un conjunto curioso, que parecía más adecuado para acompañar a unos bailarines que a una cantante.

Si tales conjuntos no eran raros en las opulentas y populosas ciudades de las orillas del Lago, José no recordaba haber visto nunca a ninguno con una muchacha como solista, y menos aún una joven dotada con una voz cuya perfección sobrepasaba con mucho los instrumentos de los músicos, una joven de una belleza tal

que se hubiera creído, bajo la luz dorada de la plaza, un gran lirio entre cardos.

—¿Quién es?

Le hizo la pregunta a un romano que se encontraba a su lado, un tipo tan grueso que su grasienta toga parecía a punto de estallar en las junturas. El romano le lanzó una mirada cargada de desprecio, que significaba ni más ni menos que era un sacrilegio por parte de un judío mal vestido dirigir la palabra a un ser de esencia superior. Sin embargo, respondió desdeñosamente:

—La llaman María de Magdala. Una *meretriz*, sin duda.

José conocía el injurioso vocablo romano. Las meretrices o prostitutas abundaban en todos los lugares donde se aglomeraban los romanos, más allá de sus fronteras, y las actrices, danzarinas y cantantes solían reclutarse, en su mayoría, entre esta clase. Un grupo considerablemente más elevado en la escala social —si no en la escala moral— era el de las cortesanas, versión romana de la hetaira, este personaje célebre en Grecia; a semejanza de su modelo griego, la cortesana ejercía sobre sus admiradores una poderosa influencia, y, por mediación suya, sobre la sociedad romana. Los judíos devotos escupían en el polvo aplicando por instinto a todas las mujeres de sus dueños —esposas o amigas, madres o hijas— el nombre de «Jezabel»[2].

A los ojos de José, la hermosa joven cantante no se parecía en nada a «las mujeres de la calle» que pululaban literalmente en aquella hermosa ciudad nueva de Tiberíades: ninguna clase de pintura, ni maquillaje ni antimonio ensuciaban la pálida frescura de su tez, y el resplandor ardiente de su opulenta cabellera no debía nada a la alheña de Cleopatra. Era, eso sí, lo bastante bella para poder ser una cortesana, y una cortesana de rango, pero había algo en sus modales, en su actitud, en la tranquila dignidad con que permanecía sentada en la piedra, sosteniendo la lira contra su pecho y aceptando con sencillez, como cosa natural, los aplausos del auditorio, que sugería alguna historia muy diferente.

Ahora la muchedumbre repetía, como las repetirían todas las muchedumbres a través de los siglos a venir, estas palabras:

—¡Otra! ¡Otra! ¡Otra!

María de Magdala sonrió, sin condescendencia ni bajeza, sonrió con bondad, y arrancó a las cuerdas sonoras una melodía que evocaba el dulce susurro del agua deslizándose sobre las rocas en algún rincón de escondida belleza. Después se puso a cantar el melancólico lamento del poeta Filodemo a Xanto, su bien amada. José se preguntó cómo era posible que aquella joven no sólo conociera la existencia, sino que se supiera de memoria aquel poema tan clásico; nunca, de ello estaba seguro, nunca, aunque se tratara del palacio de un rey, había sido cantado por una voz tan hermosa.

Mejillas más blancas que la cera de las abejas,

senos suavemente perfumados…
grandes ojos donde la musa se despierta,
¡oh, labios, que me habéis turbado!…
Cántame tu canción,
¡oh, mi pálida Xanto!, cántala,
que tu voz encante mi razón,
que su dulzura, también, me encante.
Oh, Xanto mía, repite otra vez
tus acordes más tiernos,
que tus dedos armoniosos hagan vibrar las cuerdas,
hagan estremecerse mi corazón hasta el fin de mis días.

Delicias de mi alma, ¡oh, mi Xanto!, templa
la frescura de tu canto al fuego de mi amor.

Mientras ella cantaba, José posó su mirada en la multitud: se veían pocos judíos, ya que éstos, por regla general, evitaban Tiberíades. En realidad, para poblar su magnífica ciudad nueva, Herodes Antipas se había visto obligado a importar la escoria de otras ciudades. Aquella chusma vino sin hacerse de rogar, ya que allí podía ganarse mucho oro, y robar aún más, al servicio de los romanos, cuyas villas de placer cubrían la orilla color de esmeralda de su lago de amatista. La más espaciosa de aquellas villas —únicamente el palacio de Herodes, en la acrópolis, era más vasta y más rica— pertenecía a Pondo Pilato, procurador de Judea.

Todas cuantas emociones pueden agitar a un hombre se leían en las miradas fijas en la joven. Unos escuchaban extasiados la belleza de su voz, de las notas cristalinas que salían de su lira, de ese contacto con lo sublime que la música consigue a los que aman; otros sólo admiraban la juventud y el encanto de la cantante. En algunos ojos, sin embargo, sólo se reflejaba una ardiente concupiscencia: tal era sin duda alguna el caso de un oficial romano revestido con el uniforme de púrpura de los tribunos; en él reconoció José a Gayo Flaco, el sobrino favorito de Poncio Pilato, comandante de la guardia personal del Procurador; en todo aquel rincón de Judea se hablaba de la crueldad que aquel hombre odioso y odiado daba prueba contra aquellos que tenían la desgracia de caer en sus manos, de su amor por la copa llena y por las muchachas vírgenes, y de las saturnales que celebraba con preferencia en el palacio mismo de su tío.

Gayo Flaco era alto, su cuerpo era de proporciones magníficas y la belleza clásica de sus rasgos de una perfección casi femenina. Hubiera podido pasar por la encarnación misma de Apolo o de *Dionisio,* pensamiento que José, apenas se le

ocurrió, se apresuró a borrar de su mente, ya que para un judío era sacrilegio detener a sabiendas su espíritu, aunque fuera sólo por un segundo, en aquellas abominables divinidades paganas que numerosas ciudades del Imperio —Alejandría, Roma, Antioquía, Éfeso y tantas otras— adoraban aún y celebraban con orgías escandalosas.

Una vez finalizado el canto, los músicos alzaron los instrumentos. Entonces, a una señal dada por el jefe en su cítara, entonaron todos una danza bárbara, nacida en el desierto, más allá del Jordán y del Mar Muerto. La flauta lloró la extraña melodía que las cuerdas y el cimbalista recogieron imprimiéndole un ritmo más vivo, punteado por el sonar nervioso de las scabella, y por encima de aquel golpear vehemente con los pies contra las losas de granito de la calzada, por encima de aquel ritmo obstinado y obsesionante que recordaba el sonar de lejanos tambores, se alzó la llamada aguda, clara y autoritaria de la larga trompeta.

María de Magdala dejó su lira en el suelo, se alzó sobre las puntas de los pies y, con los brazos en alto, permaneció durante un momento, tensa, como si estuviera adorando a algo, o a alguien, invisible. La música parecía acariciar su cuerpo, suscitar en su esbelta belleza un ritmo fluido que seguía el sonido de los címbalos, la trepidación de las scabella y de las cuerdas y la alta y larga queja de la flauta y de la trompeta.

Lentamente primero y después con más rapidez, a medida que se aceleraba el canto de los instrumentos, se puso en movimiento para iniciar una danza, que, si bien en sí misma no era incitante, logró que la respiración de los espectadores se hiciera más breve y más dura, a medida que se sentían hechizados por su cadencia; parecida ella misma a un instrumento musical, el cuerpo adolescente, pero ya cargado de seducción, vibraba con una melodía propia.

Mientras danzaba, su chai se soltó y, como la estorbara, lo rechazó a cierta distancia; inmediatamente, la masa gloriosa de sus cabellos se derramó por sus hombros y los rodeó de una cascada de oro color de cobre; se hubiera dicho una antorcha giratoria, un vivo haz de fuego, y un murmullo de admiración se elevó de la concurrencia. Por un esfuerzo de voluntad, José separó su mirada de la muchacha y la dirigió hacia Gayo Flaco. Una lujuria sin recato y una luz calculadora brillaban en los ojos del romano, y José se preguntó si la joven sabía el efecto que su danza podía producir en los hombres, y de los peligros que a causa de ello se exponía.

Hacia la mitad de la danza, María de Magdala se echó a reír de gozo y, deliberadamente, provocante, se puso a dar vueltas ante el gran tribuno, dirigiéndole una mirada burlona.

El ritmo se aceleraba más y ella giraba alrededor del círculo abierto por los espectadores, esquivando con habilidad las manos que intentaban tocarla a su paso. Ahora las monedas caían en abundancia sobre las piedras, alrededor de sus ágiles

pies; sin embargo, la música ascendía hacia su apogeo para cesar de repente, como rota.

De puntillas, con los delicados senos agitándose por la excitación de su triunfo y por su esfuerzo físico, María de Magdala parecía la estatua de Afrodita, una estatua con los ojos brillantes, con las mejillas de un rosa luminoso, mientras redoblaba el trueno de los aplausos.

José fue el primero en ver cómo el rosa luminoso desaparecía de sus mejillas, dejándolas pálidas como el mármol. Durante unos segundos la joven permaneció inmóvil, como si realmente se hubiera transformado en la diosa del Amor; después osciló y ejecutó dos o tres pasos rápidos para restablecer el equilibrio. Presintiendo lo que iba a suceder, se lanzó hacia ella, pasando entre varios hombres que le separaban del espacio libre donde ella permanecía aún en pie.

Sin embargo, se hallaba demasiado lejos del círculo vacío y fue el tribuno Gayo Flaco quien recibió en sus brazos el cuerpo leve de la danzarina, cuando se derrumbó en un síncope.

Capítulo II

DONDE SE VE A LA SERPIENTE, TAN TENTADA COMO TENTADORA, Y A ADÁN LLEVÁRSELA PROVISIONALMENTE CONSIGO

DURANTE UNOS INSTANTES, mientras el oficial romano depositaba en el suelo a la muchacha desvanecida, la muchedumbre permaneció como paralizada. Después, de repente, alguien gritó:

—¡Está poseída por el demonio, huyamos!

Los que ocupaban la primera fila empujaron en seguida a los demás, esforzándose por pasar entre ellos y huir lo más aprisa posible, ya que todo el mundo sabe que los demonios, sobre todo mientras la víctima se halla inconsciente, abandonan el cuerpo del poseso para trasladarse a otro sano.

José fue el único que, mientras los demás se empujaban para escapar, se adelantó hacia la muchacha y hacia el tribuno que estaba arrodillado cerca de ella.

Gayo Flaco le reconoció, debido a que su tío, Poncio Pilato, requería con frecuencia los cuidados del joven.

—¡Eh! ¡Tú! ¡*Sanguijuela*! ¡Ven a ayudarme!

José se arrodilló junto a la danzarina, que seguía sin conocimiento, y al intentar tomarle el pulso en la muñeca, el joven se tensó con violencia. A continuación trató de colocarle una moneda entre los dientes, según le enseñara Alejandro Lysímaco, su maestro, con objeto de impedir que se mordiera la lengua, cosa que sucede con frecuencia a los epilépticos durante sus convulsiones. Sin embargo, se dio cuenta de que no se trataba de una crisis de epilepsia: las mandíbulas, en vez de estar contraídas, se entreabrían, y un torrente de palabras salía de la garganta, una mezcla confusa de frases y de canciones infantiles, de gemidos y de protestas, como si alguien la castigara y, al fin, gritos de dolor mientras su cuerpo se retorcía bajo los golpes de un invisible látigo. Todo ello no duró más allá de un minuto; después, como si aquel desahogo verbal hubiera servido de válvula a un exceso de energía de su delgado cuerpo, permaneció completamente inmóvil.

—¿Es el *Mal Sagrado*? —preguntó Gayo Flaco.

La epilepsia, considerada unas veces como el resultado de una posesión demoníaca y otras como el de una presencia divina, se conocía con el nombre de *Mal Sagrado*, e incluso aún se le denomina así, cuando ya quinientos años antes, Hipócrates explicó que era una enfermedad cualquiera, que procedía de una causa natural, por la disminución o pérdida de los humores del cerebro y de los nervios, disminución o pérdida que los dejaba en un estado anormal de sequedad.

Y mientras contemplaba a la muchacha, el aprendiz de médico se decía que debía

existir mucha verdad en el punto de vista del médico, ya que transpiraba y, cuando se inició su caída, se había vuelto de repente blanca como la cera, prueba de que los humores corporales abandonaron su cabeza, sede del cerebro. Sin embargo, no se había mordido la lengua ni existió crispación de las mandíbulas, ni espuma en los labios, ni sacudidas y agitación convulsiva, ninguno de los signos descritos por Hipócrates como característicos de lo que él prefería llamar «El Gran Mal».

—¡Responde, *Sanguijuela*! —gritó Gayo Flaco con voz irritada—.

Debe de ser el *mal sagrado*, ¿verdad?

José no se atrevía a contradecir al romano, cuya naturaleza violenta era bien conocida, pero no estaba en modo alguno seguro de la exactitud de su diagnóstico. En aquel instante, la muchacha estornudó con fuerza.

—*Hayim tobim umarphei*! —dijo maquinalmente José, ya que algunos aseguraban que el estornudo posee estrechas relaciones con la muerte, y que podía ayudarse al interesado deseándole buena y santa vida.

Otros, en cambio, creían que la acción de estornudar, *ittush*, presagiaba buena suerte. Fuera lo que fuese, su diagnóstico no era ya tan difícil, porque nunca se había visto que una crisis de epilepsia terminara en un estornudo.

—No creo que sea el *Mal Sagrado* —le dijo al romano, sin vacilar más.

—Entonces, ¿qué es?

Ninguno de los dos se daba cuenta de que la muchacha abría los ojos y los escuchaba.

—Un desvanecimiento quizá. La fatiga de la danza… —No obstante, por deferencia a la creencia judía, le parecía conveniente añadir—: A menos que esté posesa…

María de Magdala se sentó de un salto, con las mejillas encendidas de indignación.

—¿Estoy tan *cheresh* (sorda) —preguntó colérica— que os permitáis hablar mal de mí ante mi propia cara?

Gayo Flaco sonrió:

—¡Nadie habla mal de ti! El médico y yo…

—¡El médico! ¡Oh! José de Galilea no es más que un ponedor de sanguijuelas.

José se sintió contraerse como una de sus propias sanguijuelas ante la intensidad de aquella indignación. Protestó:

—¡Nunca he pretendido ser médico! Estabais danzando, os encontrasteis mal, y el noble tribuno os ayudó cuando ibais a caer; yo me acerqué a ofrecer mi ayuda.

La cólera de la joven desapareció con la rapidez que había aparecido, como las emociones en los niños. Después sonrió, pero lo hizo al bello romano, y no al judío de vestidura raída.

—Siento haberle molestado, noble señor —dijo en un griego impecable, y José se

maravilló otra vez de su sangre fría y de sus modales, tan seguros de sí mismos.

La mayoría de las muchachas de su edad hubieran enmudecido ante la magnífica apostura del sobrino del Procurador.

Gayo Flaco se inclinó con una gracia igual.

—Si todavía os sentís débil, la villa de mi tío está muy cerca.

Sin embargo, otra preocupación más urgente se apoderó de ella. Dirigiéndose al jefe de los músicos que esperaba a algunos pasos, le dijo:

—¡Hadja!… ¿Y el dinero?… Debe de haber mucho.

—Lo hemos recogido, oh *Llama Viva*, mientras permanecíais con la crisis.

María golpeó el suelo con el pie:

—¿Cuántas veces —exclamó furiosa—, cuántas veces tengo que repetirte que no tengo «crisis»?

—¿Habéis sufrido alguna otra vez el mismo accidente? —preguntó José escogiendo con prudencia sus palabras.

—A veces, cuando bailo, me encuentro mal… Vértigo…

Síncope… ¡No tiene importancia!

Se puso en pie, pero osciló otra vez y hubiera caído si José no la hubiese abrazado. Sentía su cuerpo flexible bajo sus dedos, y no podía negarse interiormente que su pulso latía más veloz desde que sus manos rodeaban el leve talle.

—Permitid que os lleve hasta la villa de mi tío —sugirió Gayo Flaco, solícito.

—Ahora ya me encuentro bien, completamente bien, señor —dijo separando las manos que aún la sostenían.

Siempre dirigiéndose al romano, dijo:

—Gracias por tu ofrecimiento, noble señor. Debo regresar a Magdala con mis músicos.

—Podéis montar en mi mula —sugirió José—. Yo voy directamente a Magdala.

No se detuvo a pensar que tendría que ir más despacio y que a sus enfermos les desagradaría verle llegar con retraso.

Sin embargo, por el momento lo más importante era permanecer al lado de María.

Capítulo III

EN EL CUAL VEMOS NACER UNA AMISTAD

EL CAMINO TREPABA por los acantilados de basalto que dominaban Tiberíades, y José hubo de conducir con el mayor cuidado su mula, que no estaba acostumbrada al peso de una mujer a su lomo. Cuando llegaron a una superficie llana, en el flanco de la montaña, hizo que el animal descansara, pero los nabateos continuaron su camino, ya que sus largas zancadas desarrollaban más camino que la mula, que avanzaba penosamente.

María se sentó en una roca que dominaba el lago y todas las blancas casas de Tiberíades.

—¡Qué fresco hace aquí! —exclamó ella echando los cabellos hacia atrás—. En Tiberíades hace mucho más calor.

—El aire cálido produce fiebre y da trabajo a los médicos.

Debería apreciarlo… pero me siento más a gusto cuando me alejo de Tiberíades.

Herodes no se preocupó, cuando mandó construir la ciudad, de la naturaleza de los vientos más frecuentes. Si la masa de aire que pasaba por los desfiladeros de las montañas entre las cuales se extendía ahora el lago, en verano; la frescura en el centro de este mar interior y en las ciudades que se extendían por la orilla norte no llegaba a la costa oriental, de manera que el aire era siempre bochornoso, a pesar de toda su belleza y de todo su esplendor, sus lujosas villas romanas y el magnífico palacio de Herodes, en las alturas de la acrópolis, Tiberíades resultaba una ciudad malsana.

—¿A quién visitaste hoy? —preguntó María.

José descolgó el tarro que contenía sus sanguijuelas y lo alzó a la luz. Tres de los animales negros y brillantes permanecían casi inmóviles entre los otros que, sin cesar, se contraían, distendían y enroscaban.

—Estas tres se han engordado con la sangre de Poncio Pilato —declaró con un fingido orgullo.

Ella no pareció asustarse lo más mínimo ante aquellos bichos, cuya sola vista en general hacía lanzar gritos de terror a las muchachas.

—Se dice en Magdala que la sangre de David corre por tus venas, José —prosiguió ella—. ¿Por qué te dedicas a poner sanguijuelas?

—Mis pacientes pagan bien, y aprendo todo cuanto Alejandro Lysímaco puede enseñarme.

Ella frunció la nariz, mientras le miraba con descaro.

—¿Y no te desasosiega en este trabajo —dijo ella— que la gente sepa que José de Arimatea, el más rico mercader de Jerusalén, es tu tío y que llevas su nombre?

Su tono burlón hizo que José se sonrojara: ¡la recomendación de su tío fue lo que le valió tener por cliente a Poncio Pilato!

—Cuando posea más dinero —dijo— iré a Alejandría a aprender medicina.

—¿Y por qué no a Pérgamo o a Epidauro?

José la contemplaba sorprendido.

—¿Cómo es que conocéis la existencia de esas ciudades y los estudios que allí se cursan?

—Yo conozco muchas cosas —dijo ella con orgullo—. Más cosas que tú, sin duda, porque tú, aparte de la medicina, no te fijas en nada. Yo te he encontrado con frecuencia en Magdala, pero tú siempre estabas demasiado ocupado para interesarte de que yo existía.

—¡Seguramente no sabía que estaba ciego! —respondió él inmediatamente.

María sonrió:

—Demetrio es mi maestro desde que tuve doce años. Él ha estado en todas partes, y además yo leo todo cuanto me cae en las manos.

—¿Quién es Demetrio?

—El fabricante de liras. Vive en la calle de los Griegos, donde pasa la Vía Maris. Y yo vivo con él —explicó en un tono plácido y positivo.

A José le chocó aquella manera tan franca de admitir que vivía con un hombre, y se apresuró a cambiar de tema para disimular su turbación. Volvió a referirse a Alejandría y descubrió con sorpresa que María sabía muchas más cosas que él sobre aquella ciudad, como sobre otras muchas. Cuando le habló de su Universidad y de su escuela de medicina, ambas casi las mejores del mundo, y que atraían a estudiantes de todos los países, ella le ofreció el contrapunto inmediato de los teatros, de los circos, del *Serapeum* consagrado al culto de Serapis, la divinidad combinada —mezcla de un dios desconocido y del Apis egipcio— de los antiguos cultos de Iris y de Osiris, de la torre ígnea de Faros, que dominaba el puerto y de la que se asegura posee cuatrocientos ells de altura, es decir, quinientos noventa pies.

—¿Cuándo estuvisteis en Alejandría? —preguntó inocentemente José, cada vez más intrigado.

—Nunca. No he estado nunca, pero —añadió convencida— iré algún día.

—Pero, entonces, ¿cómo conoces todo eso? He leído muchísimas cosas sobre Alejandría, pero vos sabéis más que yo sobre ella.

—Demetrio vivió allí largo tiempo y la ama mucho. Para ti, el día de mañana, será muy importante poder decir que has estudiado en el Museum. Incluso en Jerusalén y en Antioquía pocos son los que pueden envanecerse de ello.

Lo que ella decía era exacto, y José lo sabía. Existían muy pocos médicos verdaderamente competentes, lo mismo en Galilea que en Judea. Los que iban a estudiar a Alejandría casi siempre se quedaban allí, debido a que la comunidad judía

de esta ciudad era más importante que toda la población de Jerusalén.

Sin embargo, las colinas y los valles de Judea y Galilea eran la patria y el hogar de los antepasados de José desde los tiempos del rey David, de quien descendía. Amaba la magnífica región que rodea el lago y sabía que la recordaría siempre, allí donde estuviese. En su mayoría, los curanderos de Galilea eran ponedores de sanguijuelas, como él mismo, o esenios que sólo disponían, para cuidar a los enfermos, de ciertas preces y ciertas hierbas secas. Ávido de conocimientos, asimilaba todo cuanto su actual preceptor podía enseñarle, un joven médico ardiente y trabajador siempre encontraba muchas cosas que aprender en Alejandría, donde constantemente se descubrían nuevos remedios, e incluso existían médicos audaces que se atrevían a abrir las carnes del cuerpo para curar la enfermedad.

—¡Algún día iré a Alejandría! —la voz serena y decidida de la muchacha devolvió a José a la realidad de la hora presente—.

Bailaré y cantaré en el teatro y llegaré a ser muy rica.

No se trataba de la exposición de una esperanza, sino del tranquilo enunciado de una seguridad.

—¡Os veo muy segura de vos misma!

—Soy hermosa. Poseo una bella voz. Danzo bien. ¿Por qué no he de llegar a ser una gran actriz? Y además, soy capaz de declamar de memoria los versos de la mayoría de las comedias griegas.

—Pero sois judía —protestó José—. Una mujer judía no debe exhibirse en un escenario.

—También soy griega —dijo enérgicamente María—. Y nunca me sentí más feliz que el día en que Demetrio me llevó a su casa, donde vive a la manera de los griegos.

—Eso es asunto vuestro.

Y añadió sonriendo:

—¿No está escrito, refiriéndose a una mujer: *Ella abre la boca con sensatez*?

Molesta por su tono irónico y por la manera hábil con que había vuelto contra ella sus mismas palabras, María, con un gesto altanero, alzó la cabeza hacia atrás.

—Vámonos. Ya es hora de que prosigamos el camino. A ti, seguramente, te espera trabajo y, por lo que a mí respecta, debo comprar en el mercado la cena de Demetrio.

José asintió:

—Yo debo visitar a Eleazar, el mercader de paño, que está en el lecho con una dolorosa hinchazón de rodilla.

Mientras ayudaba a María a subir a la mula, José se decía a sí mismo que la naturaleza de aquella hinchazón de rodilla hacía poco probable que las sanguijuelas la aliviaran, pero no veía qué otro remedio podía proponer al paciente. Lo cierto es que sin duda alguna ellas debieron de extraer «algo» de la desgraciada rodilla hinchada,

puesto que, ante el asombro de Eleazar, se hincharon a su vez bajo el efecto del líquido vorazmente absorbido). Una vez reinstalada María en la mula, reemprendieron la dura subida por el sendero que conducía hasta la altura donde colgaba la ciudad de Magdala. Mientras caminaba al lado del animal, y después de atravesar el acueducto que conducía el agua que fluía más arriba, en el flanco negro de la roca, José contaba en su memoria el número de monedas que guardaba en una jarra cocida, en su casa.

El contenido de la bolsa que le colgaba de la cintura sonaría agradablemente al caer a su vez en la jarra. Por pocos que fueran los clientes que demostraran su agradecimiento con tanta liberalidad como Poncio Pilato, podría ir a Alejandría antes de lo previsto.

María de Magdala parecía absorbida por la belleza —en realidad maravillosa— del lago, que, rodeado de montañas, y con el pico nevado del monte Hermon, titilaba como mármol a lo lejos y semejaba una gran joya verde.

Al final del lago, más allá de las ciudades del llano y del hermoso valle de Genesaret, al pie de los montes escarpados, corría una cinta de camino enlosado de gris, que unía Egipto, al sur, con Damasco y Babilonia, al norte y al este. Cierta vez, José caminó hacia el río Jordán, cuyas rápidas aguas atraviesan el lago, hasta el lugar denominado Puente de las Hijas de Jacob. En alguna ocasión tuvo que visitar enfermos en las ciudades de Betsaida y de Cafarnaúm, en la orilla norte del lago pero por lo general las evitaba, como hacían la mayoría de los judíos piadosos, debido a que se trataba de ciudades turbulentas, cuyos habitantes olvidaban a gusto las costumbres primitivas para adoptar las más rebajadas de los griegos y romanos.

Una fórmula corriente en Jerusalén aseguraba que «nunca nada bueno podía venir de Nazaret», la cual estaba situada al sudoeste, en dirección al mar, pero esta fórmula se podía aplicar mejor aún a Cafarnaúm.

La voz de María interrumpió el curso de sus pensamientos.

—¿Quién era el romano que me sujetó cuando iba a caer, José?

—Creí que lo sabías. Gayo Flaco, el sobrino de Poncio Pilato.

—Es muy guapo.

—Y malo en la misma proporción —dijo secamente el muchacho—.

He oído contar historias muy desagradables respecto a él.

—¿Cómo sabes tú que son verdad?

—He tenido que ir bastantes veces al palacio de Poncio Pilato.

—¿Es cierto que el Procurador hace bailar ante él a muchachas desnudas, esclavas que proceden de Oriente? —preguntó la joven.

José, ante tanta audacia, se sonrojó y dijo:

—¡Una muchacha de vuestra edad no debería decir tales cosas, ni tan siquiera pensarlas!

María replicó con vivacidad:

—Tengo dieciocho años y hago lo que me da la gana.

—¡Eso os ocasionará disgustos! Recordad la ley de Moisés:

¡*Honra a tu padre y a tu madre, a fin de que numerosos sean los días sobre la tierra que te dé el Señor tu Dios*!

Una expresión extraña cruzó por el rostro de la danzarina y sus labios se contrajeron hasta que el suave dibujo de su boca no fue más que una línea severa:

—¡José, no me hables nunca de padres ni de madres si deseas ser amigo mío! —dijo ella con un tono de voz seco.

Después, por una de esas transformaciones repentinas que 29 había podido observar en aquel breve espacio de tiempo, sus modales cambiaron por completo:

—¡Y tú no exageres tu seriedad! ¡No debes de tener mucho más de veintiún años! Si no vas con cuidado, serás viejo antes de que te des cuenta de que podrías haber sido joven…

Y ella imitó con tanta comicidad la mueca desaprobadora de un viejo escandalizado, que José no pudo aguantarse la risa.

Y con aquel buen humor compartido entraron juntos en Magdala.

Capítulo IV

EN EL CUAL TRABAMOS CONOCIMIENTO CON DEMETRIO, CONSTRUCTOR DE LIRAS GRIEGO, Y SE ENTREVÉ A SLMÓN, PESCADOR QUE SE LLAMARÁ PEDRO ENTRE LOS APÓSTOLES

SI JOSÉ SENTÍA CURIOSIDAD por saber dónde vivía María, y más curiosidad por ver al hombre con quien —según confesara ella misma— vivía, quedó chasqueado. A la entrada misma de la ciudad, se deslizó de la mula al suelo, agradeció amablemente a José su ayuda y rechazó la oferta de dejarse acompañar hasta su casa. Él permaneció un momento contemplándola alejarse por la calle de los Vendedores de Palomas, delgada, frágil y graciosa, y no azuzó a la mula hacia la mansión donde debía visitar a un enfermo, hasta que María hubo desaparecido sonriendo.

Las calles estaban repletas de viajeros que buscaban para pasar la noche en alguna de las numerosas posadas de la ciudad.

Llegaban del norte, donde la Vía Maris pasaba cerca de Cafarnaúm, pequeña ciudad bastante ruidosa y disoluta, donde un viajero podía perder con facilidad el contenido de su bolsa y hacerse romper la cabeza sin esfuerzo. Llegaban del este, donde la Vía Romana atravesaba el valle de las Palomas, estrecho desfiladero bordeado de grutas y cavernas donde se capturaba a las aves para venderlas en el templo. Sin embargo, ¡no siempre se encontraban sólo palomas! Temibles aves de presa, ladrones y bandidos se escondían allí en espera de algún desgraciado que se rezagara en la oscuridad.

Los viandantes, lo mismo si llegaban de una u otra dirección, se detenían por lo general en Magdala para evitar que la noche se les viniera encima, y los viajeros debían disputar el derecho de paso a los cazadores de palomas, una de las más importantes actividades de la ciudad, que regresaban a sus hogares por la noche con sus mulas cargadas de jaulas donde zureaban los pájaros.

Eleazar, el mercader de paños, sufría mucho y exclamó:

—¡Te has hecho esperar mucho, *Sanguijuela*! ¿Qué te ha retrasado?

José se apresuró a escoger los gusanos, dejando en el tarro los que ya estaban hartos.

—He cuidado a una muchacha que se desmayó en la calle, en Tiberíades —explicó—. Una danzarina.

—¡María de Magdala!

La mujer del pañero, desde el rincón donde permanecía vigilando constantemente, con la vista alerta, la boca dura y la lengua acerada, escupió literalmente el nombre.

Aquel estallido hizo dar al muchacho tal respingo, que se le escapó una sanguijuela.

—¿La conoce? —preguntó mientras se inclinaba a recoger el negro bicho.

—¿Quién, en todo Magdala, no conoce a María, esa desvergonzada pelandusca?

La voz de la mujer expresaba en tono sobreagudo su indignación.

—¡Vamos, vamos, Raquel! —protestó el mercader—. Ignoras si lo que estás diciendo es verdad.

—¡Ella es culpable de *abodah zarah* ¡Toda la ciudad habla de ella!

Abodah zarah, uno de los tres pecados mortales según los judíos, significa literalmente: conversión al paganismo. Los judíos devotos aplicaban fácilmente la expresión a todos cuantos vivían a la manera de los griegos o de los romanos paganos; José comprendía que aquellas cuya virtud dominante no fuera la caridad la aplicasen a María. Él mismo, sin duda alguna, debería ser tildado de *abodah zarah* por algunos, ya que seguía los cursos de la universidad «pagana» de Tiberíades, donde los filósofos y sabios griegos enseñaban lo que un judío piadoso consideraría como herejía.

Preocupado por lo que la mujer de Eleazar había dicho de María, José no se mostró tan hábil como acostumbraba en la manipulación de la rodilla enferma.

—¡Por el Profeta! —protestó el mercader—. ¡Tratas a mi pierna como si fuera un bastón que pretendieras romper encima de tu rodilla!

—¡Debe de estar embrujado! —gruñó la esposa en la penumbra—. No sería el primero que perdiera la cabeza por María de Magdala, a causa de los malditos demonios que la poseen.

Una vez acostado y como no lograra dormirse, José se dijo que, en efecto, debía de estar hechizado. Eso si alguno de los demonios que, según aseguraban, habitaba en la muchacha, no se había escapado de ella y entrado en él. Sea cual fuera la causa, no podía desprenderse de su recuerdo y cuando, por fin, se durmió fue para oír su voz en sueño, y ver su cuerpo dar vueltas como una antorcha viva. No obstante, cuando el sueño lo condujo al momento en que iba a rodearla con sus brazos, le fue arrancada por un griego llamado Demetrio, que llevaba un uniforme de tribuno romano.

Por la mañana decidió dirigirse a la casa de Demetrio y ver por sí mismo de qué clase eran las relaciones que unían a la muchacha con el fabricante de liras, incluso si, para informarse, debía simular interés en la compra posible de un instrumento que desconocía en absoluto y que sería incapaz de utilizar.

No tuvo necesidad de tomarse tanto trabajo, ya que de una manera bastante curiosa, cuando se encontraba tomando su desayuno, se presentó en su casa uno de los músicos nabateos, rogándole pasara a cuidar a Demetrio en la calle de los Griegos.

El mensajero esperó en la calle mientras él renovaba su surtido de remedios, y colocó en su bocal un lote de sanguijuelas en ayunas.

Antes de salir, cepilló cuidadosamente su vestido y se pasó un peine por su corta barba.

—¿Qué sucede, José? —le preguntó su madre—. ¿Qué haces con esos bichos?

—Voy a casa de un griego llamado Demetrio.

—¡Ésa no me parece una explicación razonable! ¡Nunca te has acicalado tanto, ni siquiera cuando fuiste llamado por primera vez por el Procurador! ¿Hay alguna muchacha en esa casa?

La sangre que afloró a las mejillas de su hijo confirmó las sospechas de la señora.

—¿Quién es ella? —le preguntó con aire burlón—. ¿Cuándo puedo esperar la llegada del corredor de matrimonios?

La pregunta cogió a José desprevenido. No podía ni pensar en el matrimonio antes de haber realizado su ambición de completar sus estudios en Alejandría, incluso si hubiera pensado para ello en María. Lo cual, se dijo en seguida con una seguridad excesiva, no era el caso.

—Te desenvuelves muy bien para ser sólo un aprendiz de médico —prosiguió su madre con un candor muy bien simulado—.

Ayer mismo, Alejandro Lysímaco me aseguraba que sabes ya más que las tres cuartas partes de los médicos de toda Galilea.

José veía sin la menor dificultad la estrategia que debía utilizar: si se enamoraba de la muchacha, sin duda abandonaría el pasmoso proyecto de ir a Alejandría, y también pensaba que su madre acogería con satisfacción la visita del corredor de matrimonios si esta visita significaba que él, José, pensaba instalarse en Galilea o incluso en Jerusalén.

—¿Por qué —preguntó tiernamente besando la frente de la excelente mujer—, por qué he de preocuparme de una esposa si tú me cuidas tan bien?

Antes de que ella pudiera proseguir su interrogatorio, él cogió su tarro de sanguijuelas y su saco de remedios y se unió al nabateo que le esperaba a la puerta.

La mansión del fabricante de liras, sin ser en modo alguno lujosa, era bastante amplia. La mayoría de los griegos que habitaban en aquella calle eran artesanos, orfebres y sastres, y vivían bien. Los sonidos que salían de la casa de Demetrio no tenían ninguna relación con sus ocupaciones, eminentemente tranquilas. Desde la trastienda llegaban los sones inciertos de una lira, como si un alumno estuviera estudiando, y como fondo de los sonidos musicales se oían golpes regulares de martillos sobre la madera, mientras los obreros montaban las cajas de resonancia sobre las que después se tensarían las cuerdas.

El nabateo, atravesando la casa, condujo a José al jardín.

No se veía a María por ninguna parte.

Los muros interiores de la casa cerraban el jardín sobre tres partes, y la cuarta daba a un acantilado. Y como el tejado de la casa más cercana, en la ladera, se encontraba mucho más bajo que la cornisa que formaba el jardín, se tenía la impresión repentina de avanzar sobre un escenario suspendido entre el azul del cielo y el verde amatista del lago. El muchacho observó que la presencia incluso invisible de María se hacía allí patente, pues las flores poseían colores vivos, alegres y tumultuosos como ella misma.

—Ven por aquí, joven.

Quien le llamaba de aquella manera era un griego cordial y rechoncho, de unos setenta años, que se encontraba sentado en un banco, al borde del abismo. Sustentaba en sus manos una cítara que estaba afinando, y cerca de él se veía un juego de tubos de marfil, delicadamente esculpidos. Los ojos del griego, profundos, hundidos en su rostro, completamente redondo, brillaban inteligentes y alegres, como si el mundo sólo le ofreciera motivos de diversión. Instintivamente, José sintió simpatía hacia aquel personaje gordinflón, a pesar de su vestidura indudablemente sucia y del olor, no menos indudable, que a vino despedía.

—Me han dicho que Demetrio deseaba que viniera —dijo cortésmente.

—Demetrio soy yo.

—Pero si María me dijo que vivía…

José, que se hubiera mordido la lengua por aquella frase indiscreta, se sonrojó hasta la coronilla.

—Bien —dijo Demetrio—. ¿Y qué? ¿Hay algo de malo en el hecho de que viva conmigo?

—Es evidente que no —respondió el jovenzuelo—. Soy un imbécil. Perdonadme.

—Ni más ni menos imbécil —dijo equitativa y tranquilamente el griego— que cualquier otro, en caso parecido. Cuando una muchacha bonita vive con un hombre, pensáis en seguida en lo peor, pues sois humanos. ¿Es que quizá doy la impresión de alguien que se dedica a pervertir a la juventud?

Demetrio se echó a reír con tanta satisfacción, que tuvo que sostener con las manos su grueso vientre para evitar que las sacudidas se lo despegaran. Al cabo de un momento se detuvo y se enjugó las lágrimas de alegría que desbordaban sus ojos.

—¡Ay! —dijo con fingida tristeza—, ¡ay!, incluso si aspirase a consuelos femeninos, ¿quién iba a amar a un buen hombre gordo, sino por su dinero, y precisamente no lo poseo? ¿Qué dices?

—Nunca supuse que existiera ningún mal en que viviera con vos —aseguró José, sincero.

—Seguro que tú no, pero debes de haber oído a otras personas insinuar respecto a esto cosas que son falsas. Las mujeres envidian a María una belleza que atrae las

miradas de los hombres, y los hombres se dan cuenta hasta qué punto, sin querer y por comparación, sus esposas les parecen insípidas y sosas, y la tratan de *meretriz*, para no sentirse culpables en su deseo de ella.

—¡Sois un filósofo! —exclamó José, lleno de admiración.

—¡No, no!, soy sólo un odre de vino que ha conocido a mucha gente. Mala en su mayoría. Al no reconocer a ningún dios que me lo prohíba, obro según mi capricho, pero no hago daño a nadie sino a mí mismo, lo cual es un privilegio indudable.

Como me agrada que todo el mundo sea feliz y alegre, permito que María dance y cante, con objeto de que otros puedan gozar de su talento. Sin embargo, para vosotros los judíos, es *shefikat damim*. —Suspiró—. Si uno desea contentar a todo el mundo, no contenta a nadie. Pero ven a sentarte aquí, a mi lado, joven. María está en Cafarnaúm: ha ido allí a vender unas liras y nos traerá para comer un pescado que comprará en casa de Simón y los hijos de Zebedeo. ¿Qué opinas tú de su desvanecimiento de ayer? Cuéntame.

—No creo que se trate del *Mal Sagrado* —respondió en seguida José.

—Ni yo. Por lo que veo, has estudiado a Hipócrates.

—Todos cuantos escritos suyos he podido procurarme —dijo ardientemente José —. Y los de Marcos Terencio Varrón y también los de Lucrecio Caro.

Demetrio alzó las cejas:

—Tu sed de conocimientos es digna de los antiguos griegos, mi joven amigo. Existe un hombre en Roma, un amigo mío, Aulo Cornelio Celso, de quien tú podrías aprender mucho, aunque sea *philiatros*, amigo de médicos más que médico él mismo.

Volvamos a María. Estamos de acuerdo en lo que su malestar no es, pero, positivamente, ¿qué crees tú que sea?

—Ya he visto otros casos similares en muchachas. Mi maestro, Alejandro Lysímaco, supone que un demonio las posee durante un corto tiempo, pero yo dudo de que esa respuesta sea valedera. En la mayoría de ellas, esa dolencia termina cuando se convierten en mujeres.

—¿Durante su desvanecimiento habló quizá?

—Sí. Balbucía como un niño. Parecía revivir una escena durante la cual alguien le pegaba.

—¡Esperaba que ya hubiera olvidado todo eso! —dijo Demetrio suspirando—. Mira, José, me hice cargo de María cuando ella contaba doce años. Su padre era cazador de palomas.

Era también un ladrón. Con frecuencia pegaba a la niña y estaba a punto de venderla a un romano: yo ofrecí un precio más alto. La adopté legalmente y le enseñé todo cuanto yo mismo sé de música, filosofía y arte. La lira va perdiendo popularidad y ahora trabajo en mejorar la cítara, de manera que no hemos vivido confortablemente. A María le agrada cantar y danzar y como la gente está dispuesta a

pagar por escucharla, la dejo a veces ir a bailar y cantar por las calles.

—¿No existe algún riesgo?

—Los nabateos no se separan de su lado, y Hadja daría su vida por ella.

—Bien la ha educado usted —dijo José—. Nunca oí voz más encantadora ni vi danzar con más gracia.

Demetrio asintió con la cabeza:

—Es cierto, raras son las que puedan rivalizar con ella, que, por otra parte, casi es todavía una niña. Como bailarina y cantante en las grandes ciudades del Imperio, estoy seguro de que ella podría, si quisiera, volver loco a más de un rey. No obstante, yo coloco su felicidad por encima de todo, y como es natural, de nuestro bienestar… y por esto… vacilo en sacarla de Magdala… Si te encontraras en mi lugar tú, José, ¿qué harías?

Disparó aquella pregunta tan inesperadamente, que el muchacho bien hubiera podido mostrarse cohibido; sin embargo, desde el comienzo de aquella singular conversación, su espíritu estudiaba el problema «María de Magdala», e incluso el aspecto que prestaba en aquel instante no le cogía completamente desprevenido.

Su primer pensamiento fue que las ciudades eran pecadoras y criminales, y por ello valía más que María estuviera al margen de ellas. Casada, quizá con algún joven serio que la amara por su belleza y encanto y que se esforzara en hacerla feliz. Por ejemplo, se decía —el pulso le latía más rápido—, con un joven médico que alcanzara éxito en su profesión. Pero su ambición personal presintió en María de Magdala un espíritu hermano del suyo, una voluntad de conseguir éxito en la música y la danza, parecida a su propia voluntad de vencer en el dominio de la medicina.

Le dijo al griego:

—Un proverbio de mi pueblo afirma que *tal como un hombre piensa en el fondo de su corazón, tal es*. Dudo que María sea verdaderamente feliz hasta que haya realizado lo que siente en el fondo de su corazón. Ella habla con vigor y seguridad…

Y *la boca habla de la abundancia del corazón.…*

—Posees una cabeza equilibrada y sensata sobre unos hombros muy juveniles —dijo Demetrio—. Estoy de acuerdo con tus conclusiones y, sin embargo, desde hace meses me esfuerzo en descartarlas. De todas maneras, por el momento debemos permanecer aquí, pues carecemos de dinero para ir a otro lugar.

Tomó la cítara que reposaba en el banco.

—Escucha con atención los sonidos de este instrumento.

Apenas tocó las cuerdas y en el aire subió una melodía tan suave como una vieja seda.

José reconoció la sabiduría de un maestro, aunque sus dedos fueran cortos y regordetes. María había aprovechado sus lecciones, pues poseía su manera de tocar, a la vez precisa y tierna.

—No soy músico —confesó—, pero los sonidos que me habéis permitido escuchar poseen una plenitud, una delicadeza y una sonoridad como nunca oí parecidas.

—Exacto. ¿Y sabes por qué?

—No; no sé nada de música.

—Platón pone en guardia contra cualquier tentativa de separar el alma del cuerpo. Ahora bien, la música es el alimento del alma y cuando el alma está sana, al cuerpo, en general, le sucede lo mismo.

—He advertido —admitió el aprendiz— que la tristeza y el pesar pueden conducir a la enfermedad. Incluso algunos suponen que los mismos demonios…

—¡Demonios!… ¡Bah!…

Demetrio escupió en la hierba a sus pies, con un aspecto que quería decir mucho.

—Los demonios que poseen al hombre, nacen en el fondo de sí mismo, hijos de sus propios deseos. Yo bebo demasiado vino cada vez que puedo hacerlo, cosa que no es frecuente; y como demasiado cada vez que me es posible, que es lo mismo que decir nunca. Sin embargo, como soy feliz, esta bola de grasa que es mi cuerpo funciona con la regularidad de una clepsidra. ¿Puedes tú decir lo mismo?

José sonrió y movió la cabeza:

—¿Opináis que debo abandonar el izmel, como nosotros los judíos llamamos al bisturí, y cambiarlo por la trompeta y por la lira?

—¡Quién sabe —dijo Demetrio— si no harías el mismo bien! Pero hablábamos de la cítara.

Punteó las cuerdas y otra vez una abundante melodía se extendió por el jardín.

—La explicación de los sonidos ricos y generosos del instrumento radica en su cuerpo. Fíjate en la hermosa combadura de la armazón y el acabado del trabajo de esas delgadas piezas que forman los costados de la caja de resonancia.

Los estúpidos músicos romanos no se cuidan de nada, excepto del volumen del instrumento y de la capacidad de ruido que puede desarrollar. Construyen cítaras grandes como carros, ¡y probablemente tan musicales como las ruedas de los carros!

Colocó el instrumento en el banco y prosiguió:

—Pero te estoy aburriendo con mi historia de música. Es una de las incomodidades de la vejez… ¡Uno chochea!… Pronto seré como aquel Aristógenes de Tarento, que decía, hace trescientos o cuatrocientos años: *Desde que los teatros se han hundido en la barbarie, y desde que la música se ha tornado degradada y vulgar, nosotros, que somos pocos en número, nos reuniremos para recordar juntos lo que fue antaño la música…*

»Sin embargo —añadió Demetrio, que después de hacer una aspiración honda continuó su conferencia—, quienes volvemos nuestras miradas hacia el pasado, no siempre estamos en retraso.

Ese mismo Aristógenes de Tarento fue quien nos proporcionó nuestro conocimiento de la armonía, y sus enseñanzas son, y serán, siempre valiosas…

Estiró una cuerda, la soltó, detuvo sus vibraciones apoyando sus dedos sobre las cuerdas; estiró otra, exactamente una octava más bajo…

—Escucha bien, joven. La respuesta al misterio del universo puede suceder muy bien que nos sea dada por esta cuerda de vulgar tripa…

Se oyó un tumulto en la calle, ante la casa, y María llegó corriendo, arrancando el pañuelo que llevaba en la cabeza, de manera que sus cabellos se extendieron por sus hombros en una cascada de cobre vivo. Estaba tan excitada, que no vio a José.

—¡Demetrio! —exclamó—. ¡Demetrio! He traído a Simón, está herido…

Varias personas entraban en el jardín siguiendo a María.

El fornido Hadja, el jefe de los músicos, sostenía a un verdadero gigante, a un hombre con vestiduras de pescador. ¡Sólo el olor que lo rodeaba hubiera bastado para revelar su oficio!

El rostro del gigante aparecía pálido y su brazo derecho iba envuelto en un trapo colocado de cualquier manera. Le seguía otro hombre, delgado y moreno, también pescador.

Cuando José corrió hacia Simón, para sostenerle el brazo, mientras lo sentaban en el banco, al lado de Demetrio, María, por primera vez, se dio cuenta de su presencia.

—¡José, vengo de tu casa! —exclamó ella, sorprendida—.

¡Tu madre me dijo que no esperaba verte antes de la noche!

—Yo le mandé llamar —explicó Demetrio— para darle las gracias por haberte traído sana y salva ayer tarde.

María echó su cabeza hacia atrás.

—¡Ya no soy una niña! Hubiera muy bien vuelto por mis propias fuerzas.

Después, cambiando de humor, sonrió:

—¡Pero tú fuiste muy amable, José, y me divirtió mucho regresar montada en tu mula!

—¿Qué te ha sucedido esta vez, Simón? —preguntó el griego—.

¡Vosotros los galileos siempre estáis peleando! Y supongo que Juan, que está aquí, también peleó. ¿Verdad, hijo de Zebedeo?

—Unos griegos decían que los judíos no gobernarían el mundo cuando venga el Mesías —explicó Simón—. Les hemos algo así como roto la cara, pero uno de ellos llevaba un garrote…

¡Tú eres el único griego sensato que he visto en toda mi vida, Demetrio!

—Porque no me dejo arrastrar a discutir contigo, amigo mío —dijo secamente el griego—. Y ahora trata de estarte quieto, mientras José va a ocuparse en tu brazo…

Capítulo V

EN DONDE SE VE AL APRENDIZ DE MÉDICO DEMOSTRAR DE LO QUE ES CAPAZ, Y NO LO HACE MAL DEL TODO

EL JOVEN ASPIRANTE a médico se arrodilló al lado del hombre y le palpó suavemente la parte superior del brazo, en el lugar que parecía tocado. Por muy ligera que fue la presión de sus hábiles dedos, Simón se estremeció violentamente, pero ya José había descubierto el punto donde dos fragmentos de hueso frotaban entre sí.

—¿Podrás componerlo? —preguntó Simón, con angustia—.

¡Un pescador necesita tener los brazos fuertes!

Las pesquerías de Zebedeo e hijos era un establecimiento importante, conocido a lo largo de las muy pobladas orillas del río. José se dijo que Simón debía de estar asociado a la empresa, pues parecía poseer más recursos y autoridad que un sencillo pescador.

—¡*La curación viene del Altísimo*! —citó con suavidad el joven—. Haré todo lo posible para unir bien los dos pedazos, pero lo demás está en manos del Señor.

—Simón es un hombre virtuoso —dijo María con confianza—.

El Señor no dejará de venir en su ayuda.

José buscó en su saco adormidera seca, que trituró y mezcló con vino; Simón se bebió aquello haciendo una mueca de desagrado. En espera de que la droga calmante surtiera efecto, el joven comenzó sus preparativos. Rogó a María que cortara tiras de tela, mientras él por su parte cortaba, para hacer tablillas, pedazos de madera delgada que se utilizaban para fabricar cítaras, y colocaba en el hornillo un recipiente con agua, donde diluyó harina que hizo hervir removiéndola sin parar, hasta que alcanzó la consistencia de una pasta espesa.

Después pidió una silla de respaldo alto, cosa que aumentó más la curiosidad del anciano músico, despertada desde el primer momento.

—¿Para qué servirá la silla?

—Voy a hacer sentar en ella a Simón, de perfil y con el brazo roto pendiente por encima del respaldo; entonces resultará fácil atarle en el antebrazo un peso suficiente para estirar la parte inferior del hueso hasta que se coloque frente a la otra mitad, y fácil también arrollar la venda alrededor del brazo, que colgará verticalmente.

—¿Y la harina?

—La venda será empapada en ella y se endurecerá al secar, lo que constituirá una eficaz protección contra las sacudidas y conservará la reducción.

—¡Por Diana! —exclamó el griego—, ¡es ingenioso! ¿Y eres tú quien ha inventado eso?

Mientras colocaba una servilleta doblada como almohadilla del respaldo donde la axila debía apoyarse, el jovenzuelo miró al otro sonriendo:

—¡Deberías estudiar la medicina de los griegos a la par que su música! —dijo—. Hipócrates y otros médicos utilizaban ya este método cuando menos hace ya quinientos años.

José se volvió hacia Simón: la adormidera, reforzada por el vino que le mezclara, comenzaba a hacer su efecto y los síntomas de dolor se borraban del rostro del pescador. Sólo tuvo un débil estremecimiento cuando el joven le quitó delicadamente el chai y enseñó a María cómo sostener el antebrazo, de forma que el codo conservara exactamente el ángulo deseado.

Después envolvió el codo y el antebrazo con una venda, a los extremos de la cual fijó un bote de hierro que encontró en la cocina, y cuyo peso iba a actuar sobre el pedazo de hueso inferior roto. Poco a poco fue echando arena en el bote, aumentando así de una manera progresiva su peso. De vez en cuando la tracción aumentaba, y él comprobaba con sus hábiles dedos de curandero la posición exacta de las dos extremidades que se trataba de colocar frente a frente. Finalmente, cuando la tracción ejercida por los músculos fue vencida por el peso del recipiente Heno de arena, estiró e hizo deslizar los dos fragmentos hasta que se encontraron en el mismo eje.

Ante el enorme asombro de los asistentes, el herido apenas sufrió durante aquella larga y minuciosa operación, ya que la tracción regular e ininterrumpida había impedido que el fragmento inferior, móvil, se moviera y rasgara con su punta dentada la parte del brazo fijo.

José se dedicó entonces a enrollar la venda que debía desempeñar la importante función, habiendo sido ya reducida la fractura, de inmovilizar el hueso, hasta que éste pudiera soldarse otra vez y sanar. Primero el brazo fue rodeado de lana suave sobre la cual se colocaron las tablillas de madera, y después, estirando con extremo cuidado para que no se formara ninguna arruga, arrolló la venda humedecida con harina.

Al llegar al hombro la hizo pasar varias veces alrededor del cuerpo de Simón, con el fin de estabilizar el conjunto, y después fue siguiendo en sentido inverso hasta llegar a la muñeca.

Demetrio tocó el vendaje blanco:

—¡Por Diana! —exclamó—. ¡Ya está endureciéndose! José, me siento legítimamente humillado, ya que ser capaz de aliviar el dolor es mucho mejor, sin duda, que la música o la filosofía.

Pero fue Juan, el hijo de Zebedeo, quien dio a José la alabanza que por su obra merecía, al decirle dulcemente:

—Así habla Jesús, el hijo de Sirach:

Da a tu médico el homenaje necesario,

pues siempre lo necesitarás.
Nunca de su trabajo verá el final
y gracias a él la paz se extenderá sobre la tierra.

Capítulo VI

EN DONDE SE VE A DOS JÓVENES AMBICIOSOS ENAMORADOS… O, QUIZÁS, A DOS JÓVENES ENAMORADOS QUE TAMBIÉN SON AMBICIOSOS

CUANDO VOLVIÓ el día siguiente para visitar a su paciente, José se detuvo ante la puerta abierta que daba al jardín, evitando señalar su presencia por temor a interrumpir la escena bella y apacible que aparecía ante sus ojos. Simón se encontraba sentado en el banco, desde donde su vista se posaba sobre «1 liso y brillante espejo del lago, cubierto ya por numerosas barcas de pescadores, de velas azules, naranja, rosadas u ocre, o bien de un rojo vivo… María se había instalado a sus pies, en la hierba, y el sol de la mañana hacía correr llamas por sus cabellos, desanudados. Con sus hábiles manos tocaba la lira, y su voz llenaba el jardín de un pean de alabanza, un pasaje del Cantar de los Cantares que flotaba a lo lejos, por encima del agua encalmada.

¡Ésa es la voz de mi bienamado!, mira,
ahí está, vuelve.
Salta por las montañas,
salta por las colinas.
Mi bienamado es como un corzo,
igual que un cervatillo.
Las flores se abren, el tiempo
de los pájaros cantores ha llegado…
Oye la voz de las tórtolas,
los higos maduran en la higuera,
la viña ha florecido y ya perfuma.
Álzate, oh mi bien amada, oh mi hermosa,
oh mi paloma agazapada en las quebrajas de la roca,
que yo contemple tu rostro
y que yo oiga tu voz,
porque tu voz es dulce y tu rostro encantador…

—¡Y tu canto también es hermoso! —gritó desde la puerta José, incapaz de contenerse por más tiempo.

María se alzó de un salto y exclamó indignada:

—¡José de Galilea! ¿Qué maneras son ésas de venir, así, furtivamente, y

espiar…?

—El canto era demasiado bello para que yo lo interrumpiera —explicó José.

—El ponedor de sanguijuelas tiene razón, María —dijo Simón, sonriéndole con ternura—. Día feliz entre los días aquel en que te hallé, sola y llorando, en las calles de Cafarnaúm.

—¡Día feliz sobre todo para mí! —dijo la joven con un ligero estremecimiento, aunque el aire fuera caliente—. Sólo contaba doce años, José, pero sabía lo que era ser pegada sin motivo y verme arrancar los vestidos y ser expuesta desnuda ante los hombres para excitarlos a comprarme en la subasta…

Simón es la primera persona que me testimonió bondad, que me reveló la existencia de la bondad. ¿Puede sorprenderte que lo mismo a él que a Demetrio los ame más que a todo el mundo?

José se inclinó para examinar el brazo roto. Comprobó, satisfecho, que el vendaje se había endurecido y secado hasta cobrar una consistencia parecida a la de la madera, que mantenía firmemente el brazo lesionado, y que la hinchazón disminuía ya visiblemente.

—¡En verdad! —dijo el pescador—, si alguien me hubiera anunciado que hoy el dolor sería tan débil, le hubiera tratado sin vacilar de mentiroso. En el Libro del Eclesiastés está escrito: *Si caes enfermo, ofrece tus plegarias a Dios y ponte entre las manos del médico.*

María le interrumpió:

—Ningún médico te habría cuidado tan bien como lo ha hecho José. Mucha gente dice que ya es mejor que su maestro Alejandro Lysímaco.

—¿Cómo sabes tú todas esas cosas? —le preguntó José sonriendo.

María hizo aquel su característico movimiento de echar la cabeza hacia atrás, con el cual señalaba sus reacciones de amor propio, o de mal humor, o sus pequeñas salidas de vanidad:

—Yo voy por todas partes y llevo los ojos muy abiertos.

Además, los hombres no tienen secretos para las mujeres.

—¡Ah! ¿Y tú te consideras ya como una mujer?

Estas palabras las pronunció Demetrio, que había entrado en el jardín mientras hablaban.

—¡Pronto te fijarás en los jóvenes y entonces ya nadie cantará en la casa de Demetrio!

María corrió hacia él y puso tiernamente su mejilla fresca contra la mejilla arrugada y gris:

—¡Tú sabes que yo no te abandonaré nunca! —exclamó.

Y José, muy sorprendido, vio que tenía los ojos llenos de lágrimas: tan rápidas y cambiantes eran sus emociones.

Demetrio apretó, riendo, el hombro de la muchacha:

—¡Bromeaba! ¿No lo adivinaste? Tú te casarás con un hombre rico que nombrará a tu viejo Demetrio guardián de sus bodegas, ¡Demetrio cillero! ¡Por fin mi vocación! ¡Después de eso, podré morir feliz!…

Vuelto hacia José, prosiguió:

—En la calle de los Griegos no se habla más que del milagro que has hecho, jovencito. Todos comentan la manera como curaste a nuestro amado Simón. Si María se mete en eso, toda la ciudad cantará tu gloria antes de poco tiempo.

—Acababa de decirle —subrayó la niña pelirroja— que vale más que Alejandro Lysímaco, pero es demasiado modesto para admitirlo.

José no podía permanecer más tiempo al lado de sus nuevos amigos, pero durante todo el día, mientras hacía en Tiberíades sus visitas profesionales, sus pensamientos se volvían hacia María, hacia su alegría, su belleza, su humor cambiante y su ternura, parecida a la de un niño. No había visto, en la mansión de Demetrio, ninguna señal de prosperidad, ni tan siquiera de bienestar, pero había hallado algo mucho más importante y que con frecuencia faltaba en casa de los ricos donde pasaba con sus sanguijuelas: la felicidad de quienes amaban sin cálculo y sin restricciones.

Cuando entró en su casa, a la caída de la tarde de aquel mismo día, fue acogido por el sabroso aroma de un pescado que se asaba sobre los carbones del hogar. Y cuando entró en la cocina vio que su madre no se encontraba sola. Sentada en un taburete bajo, María, mientras charlaba alegremente, la contemplaba preparar la cena.

—¡Bien venida a nuestra casa, María! —dijo, añadiendo a la salutación acostumbrada—: ¡La paz sea contigo!

Los ojos de la joven centelleaban:

—¿No me tienes miedo? Soy medio griega y traigo un presente…

José comenzaba a conocerla demasiado bien para extrañarse al oírla citar palabras de Virgilio, *Timeo Dañaos et dona ferentes*. «Temo a los griegos incluso cuando presentan ofrendas». Sonrió:

—No, no te tengo miedo.

—Mira qué hermoso pescado nos trae María —dijo con orgullo la madre—. La he convencido para que se quede a comerlo con nosotros.

—¿Danzarás después para nosotros? —preguntó el muchacho.

María alzó la mano con un ademán de fingido horror:

—¿Quieres que vuestros vecinos os acusen de recibir «bajo vuestro techo» a una Jezabel? ¿Y tu maestro Hipócrates no advierte a los médicos que siempre cuiden mucho su dignidad?

—Si recuerdo correctamente el aforismo, no veo en qué podría concernirte. He aquí el texto exacto: *La dignidad de un médico exige que tenga, él mismo, buen aspecto, que parezca sano, que sea tan rechoncho como la naturaleza haya querido*

hacerlo, porque es corriente entre el vulgo considerar que quienes no se encuentran en excelentes condiciones físicas son incapaces de curar a los otros. ¿En qué podría concernirte esto?

Los dos se echaron a reír de la divertida definición que el viejo maestro daba de la dignidad médica…

Mientras su madre preparaba la cena, José condujo a la muchacha al pequeño dispensario donde curaba a los pobres del pueblo. No se trataba más que de una terraza cubierta, con un reducido gabinete donde guardar sus instrumentos y sus remedios. Magdala no era un pueblo lo bastante importante para dar de qué vivir a un medicamentarius, como se denominaba al apotecario que componía y preparaba y vendía los remedios según receta de un médico; José recogía por sí mismo la mayoría de los simples que necesitaba, trituraba y mezclaba por sí mismo sus medicinas y las de su maestro Alejandro Lysímaco. Felizmente, las cercanas colinas de Galaad eran famosas por sus plantas medicinales y el bálsamo que con ellas se componía era abundantemente empleado en todos los lugares por todos los médicos.

Mientras José le enseñaba sus instrumentos y le explicaba su uso, María le escuchaba con una atención inteligente y reflexiva.

Se interesó, en particular, por una tabla baja que soportaba jarras, botes y bocales que contenían flores y hojas pulverizadas de adormidera, para aliviar el dolor o provocar el sueño; semillas de jusquiamus; emplastas de diaquilón, en los cuales confiaba Menecrates, médico particular del emperador Tiberio; una droga conocida con el nombre de *sangre de dragón*, porque se decía proceder de la sangre de un dragón muerto en combate por un elefante, pero que, en realidad, no era otra cosa que la goma de una planta oriental; una preparación llamada *mithridaticum*, que apreciara Pompeyo *el Grande* y muchos otros. En un extremo de la tabla se amontonaban hierbas raras: José tomó una y se la tendió a María.

—¡No! ¡Se diría un hombrecito! —exclamó María—. Mira… los brazos… las piernas… el cuerpo… ¿Qué es esto?

—Una raíz llamada *mandrágora*. Algunos pretenden que es verdaderamente humana y que grita cuando se la arranca de la tierra: ¡nunca la oí gritar! Esto —tomó mientras hablaba un tarro lleno de un líquido oscuro— es vino de *mandrágora*, que se obtiene por la extracción en frío de jugos sucesivos de la raíz pulverizada: algunos la consideran un filtro de amor.

—¿Por qué?

—Porque dicen que refuerza la atracción amorosa. Quizá los enamorados rechazados o decepcionados le pidan el sueño del olvido. Yo me inclinaría a esta última suposición, porque nosotros la empleamos sobre todo para mitigar el dolor durante las operaciones quirúrgicas o para atenuar las afecciones nerviosas.

—Quienes la utilizan para encontrar el sueño o el olvido, ¿se despiertan después?

—No siempre. Pero para morir es necesaria una dosis muy fuerte.

María sintió un escalofrío; después preguntó:

—Tú dices que se emplea para curar afecciones nerviosas.

Yo me encuentro mal cuando estoy muy excitada, lo que fatiga mis nervios. ¿Crees tú que esto pudiera prevenir el ataque?

—Así debería ser, en efecto —dijo José—. Te daré otra noche un pequeño frasco que llevarás a tu casa. Tomarás dosis muy débiles antes de ir a dar un espectáculo de danza. Quizás, al cabo de algún tiempo, lleguen a suprimirse por completo los ataques.

El pescado estaba admirablemente cocinado y la cena fue muy alegre, ya que María era tan inteligente y espiritual como bella, y varias veces José se sorprendió contemplándola y olvidándose de comer.

La acompañó hasta la calle de los Griegos. Antes de separarse, ella le dijo:

—Me agrada tu madre, José. Y tú también eres muy simpático.

Se alzó sobre la punta de los pies, le dio un beso en la mejilla y desapareció en la casa de Demetrio.

La cálida luz de los ojos de José no pasó inadvertida para su madre, cuando regresó todavía un poco aturdido por aquel beso, más ligero, sin embargo, que una pluma.

—¡María es muy hermosa, hijo! —dijo ella—. Y su padre era judío. Incluso si su madre era griega y si un griego la adoptó, ella, no obstante, ha crecido en la religión de nuestro pueblo.

—¿Qué diferencia existe en que sea judía o griega? ¿Y qué importancia tiene eso?

—Ella me ha hablado del milagro que hiciste al curar el brazo de Simón, el pescador.

—No existe milagro y no hice más que mi oficio. Coloqué el hueso en su sitio y vendé el brazo. Si debe sanar, el Señor será quien cuide de ello.

A lo cual ella respondió, con una lógica irrebatible:

—De acuerdo. Sin embargo, si tú no hubieras colocado el hueso en el lugar adecuado, el Señor, si le hubiere curado, le hubiera curado deformado y de través.

»El pescado viene de la pesquería de Zebedeo. María tiene amigos importantes: Zebedeo es el más rico mercader de pescado de todo el lago.

José comenzaba a ver hacia dónde se dirigía aquella conversación, al parecer sin objeto:

—¡Pero ella danza y canta por las calles! —recordó él con una simulada desaprobación.

—Y el rey David, cuya sangre corre por tus venas, ¿no danzaba ante el Arca para honrar al Todopoderoso?

La respuesta fue hecha con tanto calor, que si José no hubiese comprendido antes, no hubiera podido dejar de comprender ahora.

—Algunos la apodan Jezabel y la acusan de *abodah zarah*.

—¡Serán mujeres, seguramente! Hay mujeres que envidian a las muchachas jóvenes y sólo son capaces de hablar mal de ellas… María posee energía, es valiente y capaz. Sería una excelente esposa para un muchacho inteligente. ¡Te quiere mucho! ¿No lo sabes? Escucha, José… Tendrías que hacerle la corte…

Esta vez ya no respondió riendo:

—Tengo todavía mucho tiempo ante mí para pensar en el matrimonio. Alejandro Lysímaco me ha prometido hoy mismo conducirme, dentro de dos meses, ante los jueces, en Jerusalén.

Cree que ya estoy en condiciones de diplomarme *rophe uman*.

—¡Oh! —exclamó la madre, contenta—. ¡Mi hijo tendrá ya el título de «médico apto»[3]! (Este título sólo era conferido por jueces sabios a aprendices que hubieran terminado el período de aprendizaje requerido, y considerados por sus maestros como aptos para practicar la profesión.).

—¡Ahora ya puedes olvidarte de esa idea loca tuya de ir a instruirte a Alejandría! —añadió la madre, cada vez más satisfecha.

José no discutió la cuestión. Había aprendido todo cuanto Alejandro Lysímaco podía enseñarle; era, casi sin duda, tan capaz como cualquier médico, prácticamente establecido, de toda Judea y de toda Galilea, digamos de toda la provincia de Siria. No obstante, todo cuanto sabía de los trabajos de los filósofos y de los médicos judíos había servido, sobre todo, para darse cuenta de todo lo que le quedaba por aprender si deseaba ser en verdad un gran médico. Y asimismo comprobó que el saber de los más eminentes sabios de tiempos atrás era casi inexistente entre los judíos y, para comenzar, para su mismo maestro.

El gran Hipócrates, Diocles de Carystos, los maestros famosos de Alejandría, Herófilo y Erasistrato, todos ellos habían ya dejado atrás el concepto simplista de «la enfermedad como castigo infligido por el Señor», o «efecto de la posesión de los demonios». Asclepiades de Bitinia se había incluso atrevido a afirmar categóricamente que, puesto que el cuerpo está compuesto por átomos en movimiento constante, la salud dependía del movimiento regular y ordenado de aquellos pequeños átomos, cuyo paro o choque en colisiones violentas ponían en actividad los males diversos que afligen a los hombres. Su principio de contraria contrariis aplicado al tratamiento, le había valido el favor de reyes.

Y, más de una vez, su propia experiencia había llevado a José a considerar más como una verdad y como un consejo formal que como una burla irónica la «opinión»: *Medice, cura te ipsum* (¡Médico, cúrate a ti mismo!).

El estado de Simón, el pescador, mejoró con tanta rapidez, que pronto a José no le quedó pretexto para hacerle permanecer en Magdala. Cierta mañana, al abandonar la casa de Demetrio, prometió que, después de su visita del día siguiente, Simón podría regresar a Cafarnaúm. Al alejarse, María salió de la casa y lo alcanzó; ella llevaba una lira.

—Voy a entregarla en la calle de los Vendedores de Palomas —dijo ella—. ¿Puedo acompañarte?

Él acortó el paso. Detrás de ellos iba la mula, llevando los sacos del joven.

—Sentiré ver marcharse mañana a Simón —dijo él, sencilla y honradamente—, porque ya no tendré ninguna excusa para ir a casa de Demetrio.

—¿Y para qué necesitas una excusa? Tú puedes venir a verme cuando quieras y tantas veces como te parezca.

—Si voy sin ser llamado profesionalmente, las gentes murmurarán y dirán que voy por ti.

—Nadie, nunca, ha venido por mí, José —respondió ella sin elevar la voz, pero con amargura—. Los jóvenes no se atreverían, pues sus madres me apodan Jezabel. ¿Por qué se ha de considerar como un pecado el desear ser feliz?

—Mi madre no te considera en absoluto una Jezabel. ¡Oh!

En modo alguno, te lo aseguro.

—Ya lo sé.

Ella colocó sobre la mano del muchacho una mano cálida y dulce, cuyos dedos, muy vivos, se deslizaron entre los suyos).

—Es buena como tú, José, y la amo.

Él le contó su gran noticia de la víspera.

—Dentro de dos meses voy a examinarme con los jueces de Jerusalén para obtener mi diploma de *rophe uman*.

—¡Oh, José! ¡Es magnífico!

Lanzó aquella exclamación con los ojos brillantes de alegría, pero en seguida terminó con el rostro velado por la tristeza.

—Pero entonces te instalarás en Jerusalén. Magdala resultará demasiado pequeña para ti.

—Mi madre dice que debería casarme y practicar la medicina por mi cuenta. ¡Ella misma ha escogido la muchacha!

María no respondió nada y no miró al joven, pero una sonrisa endulzó sus labios. Él prosiguió:

—Una muchacha muy bonita, además. Encantadora.

Hizo una pausa, y dijo:

—Se llama María de Magdala.

—¿Y tú no tienes en esto ni voz ni voto? —preguntó ella, modesta y reservada,

pero con los ojos chispeantes.

Atravesaban un pequeño parque y, en aquel instante, una zarza los defendía de las miradas. José la cogió por el brazo y la hizo volverse hacia él:

—Tú sabes que te amo muchísimo —le dijo.

—¿Tanto como Filodemo amaba a Xanto, en la canción?

—Tanto y mucho más —dijo con viveza.

—*Demasiado pronto se para la música…* —canturreó ella dulcemente.

Aún resuenan y resuenan
los dulces y tristes acordes…

—Pero tú no me conoces en absoluto, José. Soy vana y olvidadiza…

—Y muy hermosa…

—Glotona e irreflexiva…

—Y muy amable…

Ella golpeó el suelo con el pie, fingiendo cólera:

—¿Me vas a dejar que termine? Te estoy explicando que no soy la clase de mujer que tú te mereces. Yo te estorbaría.

La gente hablaría de mí.

—¿Qué nos podría importar si nos queríamos?

La estrechó contra sí.

—Además… María… si discutes, ¿no quiere decir eso que me amas?

—¡Oh, sí que te amo, José! —exclamó ella en un estallido—.

Te amo, te amo. Pero también amo a Demetrio, y él es antes que nadie.

—Demetrio mismo me dijo que creía que serías más feliz casada con un hombre que te convenga.

—Él trataba, sencillamente, de protegerme.

De repente, ella se acercó a él y él la mantuvo abrazada, no deseando nada más, contento en aquella dulzura de tenerla entre sus brazos. Cuando ella alzó el rostro que había tenido escondido contra el pecho del muchacho, él la besó y encontró la suave dulzura de su boca mezclada con la sal de sus lágrimas.

Finalmente, ella le rechazó, se enjugó los ojos en la manga del aprendiz y le dijo en un tono firme:

—Seamos serios, José. No puedo casarme contigo. Al menos, por ahora.

—¿Y por qué?

—Es una larga historia, pero tú te mereces oírla. Hace años, Demetrio era director del teatro de Alejandría y el músico más célebre de todo el Imperio. Amaba a una muchacha llamada Altea; la formó, la enseñó, la hizo instruir y la preparó de la mejor manera posible para que pudiera convertirse en la primera actriz de su gran teatro.

Adoraba a su amante y no podía concebir que le fuera infiel. No obstante, ella se puso en relaciones con un rico romano e intentó desembarazarse de Demetrio, presentándole a su nuevo amigo como alma y jefe de una conspiración contra los romanos. Demetrio tuvo mucha suerte al lograr unirse a una caravana que se dirigía a Damasco, salvando así la vida y un poco de dinero.

»Sin embargo, como una desgracia nunca viene sola, unos bandidos le robaron lo poco que aún poseía, le golpearon y lo arrojaron al lago. Ya casi no le quedaban fuerzas cuando Simón lo pescó, lo cuidó y le devolvió la salud. Como no tenía dinero, Demetrio se dedicó a fabricar liras aquí, en Magdala, pero sólo piensa en regresar a Alejandría.

—¿Podría hacerlo sin peligro?

—Sí. El amante romano de Altea conspiraba en vano con objeto de convertirse en gobernador de la ciudad, y ambos fueron ejecutados. Demasiado tarde, por desgracia, para que ello pudiera beneficiar ya a Demetrio. Según lo que me contó Simón, estaba a punto de suicidarse cuando yo entré en su existencia y, desde entonces, yo soy toda su vida. Él me ha enseñado todo cuanto sé, José, y su deseo de regresar a Alejandría es más imperioso que nunca, y también convertirme en la más famosa actriz y danzarina que nunca se haya visto.

Sería su venganza sobre la vida y sobre Altea.

—Pero él te quiere lo bastante para desear ante todo tu felicidad, María.

Ella alzó hacia él sus ojos, suplicantes:

—¿No te das cuenta? Yo le debo a Demetrio esta compensación que se ha merecido mil veces, pero también deseo ejercer esa profesión. Mi propio deseo responde al suyo. Existen reyes que abandonaron sus reinas por mujeres de teatro. ¿Cuál es la muchacha que, pudiéndolo, no desearía ser más importante que una reina?

—Supón que no consigas un éxito inmediato. ¿Cómo viviríais en Alejandría?

—Demetrio asegura que poseo más talento que Altea, y que bastará que cante y baile ante el director del teatro para que me acepten inmediatamente.

Recordando la llama viva que era su cuerpo cuando se entregaba a la danza, con su cabellera de luz alrededor de su expresivo rostro, tal como la vio la primera vez en la calle, en Tiberíades, José comprendió la confianza del fabricante de liras.

María siguió diciendo:

—La nueva cítara que Demetrio ha ideado es muy superior a las antiguas. Será, sin duda alguna, muy solicitada en una gran ciudad como Alejandría, donde los músicos abundan. Si es preciso, podremos vivir con el producto de la venta de las cítaras, pero yo seguiré cantando y bailando en las calles si no tuviera otro medio de hacerle feliz. Yo sola, con el recuerdo de mi infancia y de mi primera adolescencia detrás de mí, yo sola puedo saber todo lo que sé, José.

Amándola como la amaba, el muchacho no era capaz de encontrar el valor de

disuadirla. Y, como por su parte, acariciaba importantes proyectos, se confesaba con la misma sencillez con que ella lo hiciera, que «él también deseaba ejercer su profesión», y comprendía el fuego de la ambición que la consumía.

—¿Cuándo pensáis trasladaros a Alejandría? —preguntó él.

Ella rió de nuevo feliz y, de repente, volvió a ser la misma de siempre. Respondió con una viveza teñida de melancolía:

—¿Quién puede saberlo? Ahora apenas tenemos lo suficiente para comer, pero el día en que bailé en Tiberíades la gente me tiró más dinero del que gano en una semana en Magdala, en Cafarnaúm, o incluso yendo tan lejos como a Betsaida.

Él dijo con ardor:

—¡Oh, María!… quisiera que no volvieras nunca más a Tiberíades…

Ella se engalló en seguida:

—¿No vas tú casi cada día y eso no te ha hecho impuro, que yo sepa?

—¡Yo no soy una hermosa joven! Además, yo no hablaba de impureza, sino de peligro. Ya viste de qué manera te miraba Gayo Flaco, el sobrino del Procurador.

—Siempre hay hombres que me miran. ¿Crees tú que no me doy cuenta de lo que esperan sus ojos? Y, sin embargo, no me echo en sus brazos. —Ella frunció la nariz, con una mueca descarada—: El tribuno es un hombre muy guapo y tiene la mano tan abierta que el oro se desliza entre sus dedos.

¡Le dio veinte dineros a Hadja!

—Tú sabes cómo son esos romanos, María. Una muchacha no puede sentirse segura en Tiberíades.

—¡José!… —exclamó ella con una alegría no disimulada—.

Pero ¡si estás celoso, José!

—Es cierto, estoy celoso —admitió él con una convicción que no era tranquila más que en apariencia—. ¿Es que no acabo de decirte que te amo y que deseo casarme contigo?…

Eso no impide que los romanos no sean malos y que no se les pueda tener confianza.

Ella se puso seria:

—Sé todo cuanto pueda decirse de los romanos. Mi padre se disponía a venderme a uno de ellos. Pero pagan bien y nosotros necesitamos su oro. Además, no olvides que no bailo nunca sin Hadja y sus hombres, y que cualquiera de ellos puede con sus manos matar a un hombre. No te preocupes, José.

Yo estaré segura, incluso en Tiberíades.

«No te preocupes: ¿es que una frase como ésta ha impedido nunca a un enamorado no preocuparse»?

Capítulo VII

EN EL QUE SE VE A UNA EVA, DEMASIADO SEGURA DE SÍ MISMA, DIRIGIRSE HACIA EL NIDO DE LA SERPIENTE Y PERDER SU SEGURIDAD

ALGUNOS DÍAS DESPUÉS, María se encontraba sentada en el jardín que daba sobre el lago cuando introdujeron al mensajero del Procurador. Ella estaba ensayando una canción, dejó la lira que tenía en la mano y miró al visitante, que la saludaba.

Era un bello hombre, de alta estatura y de apariencia digna. Por mejor decir, arrogante; para desgracia suya, sus orejas hendidas indicaban que se trataba de un esclavo.

—Soy el *nomenclátor* de Poncio Pilato, Procurador de Judea —dijo—. ¿Dónde se encuentra la que llaman María de Magdala?

—Yo soy María de Magdala —dijo ella, mientras su espíritu se preguntaba febrilmente lo que deseaba aquel importante personaje.

—El Procurador os ruega que asistáis esta noche a la cena que ofrece en su villa de Tiberíades: desea que dancéis y cantéis en honor de sus invitados.

Ella se mostró incrédula.

—¿Estáis seguro de que se trata de *mí*?

—Absolutamente seguro. Ha oído elogiar vuestra danza en las calles de la ciudad.

Su corazón latió con fuerza.

La embriaguez de verse convocada por el más importante funcionario romano de toda Judea borró de su memoria las advertencias de José —a pesar de que no habían transcurrido muchos días—, al mismo tiempo que las cosas muy desagradables que había oído contar respecto a las orgías que se desarrollaban en las villas de las orillas del lago, y también lo que sabía del guapo tribuno. Todo cuanto se dijo en aquel breve instante de que disponía para responder, fue que aquélla era una ocasión de ganar dinero, incluso mucho dinero, y que sería el comienzo del precio de su viaje a Alejandría.

—¿Vendréis? —preguntó el esclavo.

Formuló la pregunta cortésmente, pero en su expresión y en sus entonaciones todo indicaba que consideraba como imposible la negativa de una judía a quien el gobernador romano de Judea hacía el honor de llamarla a su palacio. Porque —y el mensajero estaba de ello visiblemente convencido— no se trataba de una invitación, sino de una orden. María no estaba aún convencida de que lo creyera así.

Iba recuperando su equilibrio.

—Podéis advertir a vuestro amo que me consideraré honrada danzando esta noche para él y para sus invitados.

Comenzó su respuesta con una gran dignidad y terminó con autoridad firme:

—Mis músicos y yo llegaremos a la hora del crepúsculo.

Las cejas del *nomenclátor* se elevaron en punta hacia su frente.

—El Gobernador cuenta con sus músicos propios.

—Ya lo supongo —dijo la joven, a quien las advertencias de José volvían a su memoria—. Pero yo sólo danzo con mis músicos, que me acompañan a todas partes. Sin mis músicos no puede contarse conmigo.

El esclavo se encogió de hombros.

—Llevadlos, pues. Es posible que la… que el Procurador haya omitido mencionarlos.

María había recobrado la memoria, pero su espíritu estaba preocupado por la cuestión de decidir si pediría ahora sus honorarios o sólo después de haber bailado, hasta tal punto que no se dio cuenta del resbalón del mensajero.

Como éste se dispusiera a marchar, ella dijo rápidamente:

—¿Podéis precisarme el importe de mis honorarios?

Nueva expresión de extrañeza en el rostro del otro.

—Los artistas no acostumbran a recibir dinero por distraer al Procurador. Les basta poder decir después que él los mandó llamar.

Al ver la desilusión que se reflejaba en el rostro de la muchacha, añadió con un matiz de bondad:

—Sin embargo, acostumbra arrojar una bolsa a los que le agradan.

—¿Una bolsa? ¿Y cuánto contiene?

—Depende. Si os mostráis muy simpática, quizá mil sestercios.

Ella notó que se sofocaba: ¡mil sestercios! En seguida se revistió de su famosa dignidad y dijo con buen talante:

—Quede bien sentado que será para mí un honor danzar ante vuestro amo, sea cual fuere el importe de los honorarios.

El *nomenclátor* saludó una vez más, como si aquella comedia le divirtiera mucho. Después dijo:

—¿Podéis indicarme la casa de José, el ponedor de sanguijuelas?

Vive aquí mismo, en Magdala…

Adiós, dignidad; esta vez dejó paso a la inquietud:

—¿Qué ha hecho José? ¿Qué deseáis de él?

—La esposa del Procurador necesita sus servicios en seguida.

María le indicó el camino de la casa de José; al fin y al cabo, sólo tenía delante a un esclavo, y dijo:

—Si le veis, no le digáis que esta noche danzo en el palacio, os lo ruego. Tengo mis razones para solicitaros este favor…

¿¡Favor!, a un *nomenclátor*? ¡Ya estaba hecho!

Cuando partió, María se precipitó en la habitación donde Demetrio se curaba un resfriado en el hueco de su lecho, consolándose y curándose a la vez con una botella de vino que aquella misma mañana ella le trajera de Cafarnaúm.

—¡Demetrio! —exclamó ella con fiebre—. Demetrio, lo inverosímil ha sucedido, la buena nueva ha llegado.

—¿Ha mandado Simón otro pescado? Comienzo a sentirme yo mismo tan frío y tan blando como si me hubieran pescado ayer.

La joven se echó a reír y le rodeó el cuello con sus brazos.

—¡Mucho mejor que eso, mucho mejor! ¿Nos bastarían mil sestercios para llegar a Alejandría?

Demetrio estaba acostumbrado a su imaginación constructiva y a sus estallidos de entusiasmo:

—Con mil sestercios llegaríamos hasta mitad de camino.

Si los tuviéramos…

—¡Sí, los tenemos! O lo que es igual, los tendremos esta noche.

—¿Es que el rey Herodes nos entrega sus tesoros?

—¡Mejor aún! Voy a danzar en casa del Procurador Poncio Pilato.

—¿En casa del Procurador?

Demetrio se sentó en el lecho, sin soltar por eso su botella.

—Pero ¿cómo se te ha ocurrido esa locura, hija mía?

Ella golpeó el suelo con el pie.

—El *nomenclátor* de Pilato acaba de salir de aquí; ha venido a decirme que su amo desea que dance en la cena que ofrece esta noche. Ha mencionado una bolsa de mil sestercios si distraigo agradablemente al Gobernador y a sus invitados.

—¿Mil sestercios?

Demetrio volvió a dejarse caer en su lecho.

—¡No he visto nunca tanto dinero desde que puse los pies en Galilea! Veamos. Doscientos es el precio de una mula bastante vigorosa para soportar el peso de mi ridícula humanidad a lo largo de la Vía Maris hasta Jope. Trescientos por las mulas que llevarán nuestros equipajes y las cítaras que venderé en Alejandría. Podríamos vender los animales al llegar al puerto, lo que nos pagaría el pasaje a bordo de un barco.

—Entonces, ¿bastarían mil sestercios?

Él movió la cabeza.

—No del todo. Pero si agradas a Pilato, los romanos y los sirios que poseen villas en Tiberíades te pedirán también que dances para ellos. Quién sabe… quizás el mismo Herodes Antipas.

Y cuando veamos al director del teatro de Alejandría, no hará mal efecto poderle decir que bailaste para Poncio Pilato.

Su rostro, súbitamente, se oscureció y se tornó serio.

—Pero ¿no correrás tú ningún peligro yendo a Tiberíades?

—¡Tú y José parecéis dos viejas! —exclamó ella en un tono de furiosa rabia—. ¿Y Hadja? ¿Y los otros? Me imagino que serán capaces de guardarme.

Ella se dejó caer de rodillas al lado del lecho y unas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Tienes que dejarme ir —suplicó—. Sería tan conveniente para nosotros…

—Verdad es que estamos muy necesitados de dinero —admitió Demetrio—. Pero prométeme de la manera más absoluta que permanecerás constantemente cerca de Hadja y de sus hombres.

—¡Te lo prometo!

María se puso en pie de un salto.

—Bien. ¿Qué me voy a poner para esta ocasión? ¡Ya lo sé!

La *stola* de seda blanca que me regalaste cuando cumplí dieciocho años. Y por encima, el gran velo amarillo. Los guardaba para ponérmelos en Alejandría. Sería necesario que Hadja encuentre un carro y una mula de alquiler para que no llegue a Tiberíades demasiado cansada para bailar bien. ¡Oh! Tengo que peinarme… y que hacer mil cosas más…

Caía el crepúsculo cuando María y su grupo llegaban a la villa de Poncio Pilato en Tiberíades. Ataron la mula y el carro en un bosquecillo que se encontraba fuera de los muros que rodeaban el jardín de la villa —tenían más de diez pies de altura— y se dirigieron hacia el portal. María llevaba su *stola* de seda y su frágil velo, así como unas deliciosas sandalias de cuero ligeramente ribeteadas de oro.

Casi todas las villas de las orillas del lago estaban rodeadas de muros parecidos, cuya extremidad se apoyaba en el agua.

El gobernador de Judea pasaba más tiempo en esta villa, cerca del «mar de Nazaret», ya que el clima era más suave y le agradaba mucho, que en su castillo de Cesárea, constantemente batido por los vientos fríos del Mediterráneo, el *Mare Nostrum* de los romanos. Era de notoriedad pública que su esposa, Claudia, sufría allí mucho a causa del asma, y que su salud mejoraba bajo el clima templado de Tiberíades y cerca de su lago-joya.

Un guardia los acogió en el pórtico y el *nomenclátor* los atendió en el Atrium, habitación central de la casa. Incluso en la oscuridad podían adivinar la belleza del jardín, en forma de terrazas, ya que el perfume de las flores les llegaba de todas partes.

Esclavos vestidos de blanco iban y venían por las terrazas descubiertas, llevando platos al *triclinium* y trayéndolos a la sala del banquete, donde la comida había ya comenzado.

El *nomenclátor* repitió el gesto que le era usual cuando comprobaba algo insólito: al ver el traje burdo de María, alzó las cejas.

—¿Es éste vuestro vestido de danza? —preguntó.

Después, una sonrisa comprensiva afloró a su rostro; ¡la muchacha no era tonta!, había escogido bailar desnuda ante los invitados. Su exquisita esbeltez resultaría un cambio agradable de los encantos más opulentos que, desde hacía ya largo tiempo, caracterizaban a las bailarinas admitidas a distraerlos.

María mostró el pequeño paquete que llevaba. Ella no vio la sonrisa, pues de haberla visto se hubiera sentido legítimamente furiosa.

—Aquí traigo un traje de danza. ¿Hay un lugar donde pueda cambiarme?

—Los artistas se visten en una habitación vecina a la sala del banquete —explicó el esclavo—. Voy a conducirla a ella y enseñaré a sus músicos la alcoba donde se instalarán para tocar.

A través de las gruesas cortinas que tapaban las puertas que daban a la sala del banquete, ella oía el ruido de las voces y de las risas, de dulces acordes de lira y de cítara y el sonido de los vasos y cubiertos al chocar entre sí. Se trataba, sin ningún género de dudas, del *triclinium*, y María supuso que las puertas del otro lado del corredor daban a los dormitorios.

La habitación adonde la condujeron era pequeña, pero arreglada con gusto, y tenía una segunda puerta que daba al *triclinium*.

Había una mesa muy bien surtida, con perfumes, cosméticos, polvos y antimonio para blanquear las mejillas, *kohl* para ensombrecer las cejas, henné para las uñas de las manos y de los pies, y todo aquello que utilizaba una mujer hermosa.

En un armario abierto colgaban varios vestidos, algunos de ellos tan leves que parecía inimaginable que pudieran existir.

Ella había oído rumores relativos a estos vestidos, e incluso se susurraba que algunas bailarinas aparecían desnudas… Sus ojos, asustados, le confirmaron ahora la exactitud de los relatos.

María se había negado a admitir, ni ante Demetrio ni en lo más íntimo de su propio corazón, que sentía una cierta aprensión al tener que bailar delante de Pilato y sus invitados.

Ahora que se encontraba sola y que los gritos de los que clamaban, ya ebrios —¡y la cena sólo estaba empezando!—, le llegaban de la sala vecina, no conseguía tragar la saliva que le remontaba a la garganta.

Rápidamente, por temor a que su valor tuviera tiempo de abandonarla, se quitó sus vestidos y los colocó en el respaldo de una silla. En un repentino impulso de exuberancia, se irguió y dio vueltas, ágil y rápida; de súbito se sofocó y cogió rápidamente su ropa. Sólo entonces se dio cuenta de que la encantadora joven desnuda que la miraba era su propia imagen reflejada en un gran espejo.

Con timidez se adelantó hasta allí y tocó el alto espejo adosado a la pared; nunca viera cosa igual. Su cuerpo entero se reflejaba en él: la columna recta de su cuello y su pequeña cabeza orgullosa, coronada de llamas, la suave caída de sus hombros, la firme plenitud de los senos, que no eran todavía más que la promesa de una femineidad completa, la curva exquisita de su cintura delgada. La criatura que se encontraba frente a ella no tenía ni una mácula, ni una asimetría, nada que no fuera perfecto: Diana…

María sólo abandonó la contemplación de su propia belleza para abrir el paquete de vestidos que había traído. Sintió una vez más —y una vez más en vano— no poseer una pieza de seda lo bastante larga para poderla pasar alrededor de su cintura y disponerla en función de pieza interior, como, según había oído decir, hacían las romanas ricas y las elegantes en todas las ciudades del Imperio. Pero la seda costaba cara y sólo pudo ponerse la braga corta que utilizaban las mujeres corrientemente, cuando las utilizaban. Por encima de la braga, una camisa de tela y después la *stola* de seda —vestido sin mangas, de línea muy clásica—, y un cinturón de cinta de plata bajo los senos. El tejido de la *stola* se adaptaba a sus formas como una caricia y, desde la cinta de plata hasta los tobillos, caía en pliegues rectos y armoniosos. Después se envolvió en la *palla* —a la vez velo y manto— que dejaría caer al comenzar la danza.

Ya sólo le quedaba anudar las sandalias ligeras, las finas correas que rodeaban sus delgaditos tobillos y en seguida estuvo lista, desdeñando aquellos potingues que incluso las jovencitas ya se habían acostumbrado a utilizar. En cambio colocó en sus cabellos un chai de seda blanca que pensaba llevar durante la danza.

De pronto la puerta del corredor se abrió y entró una muchacha que se paró en seco al ver a María, frunció las cejas y preguntó bruscamente:

—¿Quién sois?

La joven era algo mayor y más gruesa que María de Magdala, pero lo que sofocó a ésta fue el vestido de la recién llegada, un vestido flotante, que envolvía su cuerpo con una gracia descuidada y hecha con el mismo tejido casi invisible, casi impalpable, que el que colgaba en el armario, y bajo el cual no parecía llevar más que un minúsculo cinturón de oro que se sostenía por medio de unas delicadas cadenillas del mismo metal que le pasaban alrededor de las caderas.

—¿Sois sorda? —insistió la joven con voz breve—. ¿Quizá no entendéis el griego?

Recobrando por fin su voz, María se excusó cortésmente:

—Me ha asustado. Soy María de Magdala.

—¿Sois vos la que va a danzar esta noche? El *nomenclátor* me ha dicho que había aquí una chica del campo, pero no os parecéis en nada a lo que esperaba ver. ¿Qué esperáis para desnudaros? Os llamarán en cuanto yo termine.

Sin esperar respuesta y sin más ceremonias, apartó a María a un lado y se sentó ante el tocador.

—¡Ya estoy arreglada! —protestó María mientras la recién llegada, a pesar de su juventud, comenzaba a pintarse los labios con el carmín que sacaba de uno de los tarros con un pequeño cepillo, que utilizaba también para colocarlo.

Al oír aquella breve, pero asombrosa respuesta, la joven dejó el cepillo y tocó la *stola*.

—¿Ahí dentro? ¿Vas a danzar así ahí dentro? ¡Van a estallar de risa y os echarán de la sala! O… quién sabe… ¡Quizá no!…

Se puso en pie, se acercó a María y con un gesto enérgico desanudó el cinturón de plata que ceñía, un poco alto, el talle de la muchacha de Magdala; lo ajustó con gestos rápidos y precisos a los senos, lo cruzó, lo anudó otra vez y cuando María dirigió los ojos hacia el espejo, vio incrédulamente que la seda blanca ahora se adhería a su pecho y a sus hombros como si estuviera pintada y no colocada, acentuando así el emocionante contraste entre su delgada cintura y sus senos, redondos y firmes como copas invertidas. Inclinándose, la otra ocupante de la habitación arregló los pliegues de la *stola*.

—Por algo he sido una de las mejores vestiplica-plegadora de togas, por si acaso no conocéis la palabra romana —dijo con cierta vanidad—. ¡Confesad que resulta muchísimo más bonito así!

—¿Sois también bailarina? —se atrevió a preguntar María.

La otra le respondió por encima del hombro:

—¿Yo? Yo soy una esclava. Me llaman Tetis.

—¿Vais a danzar… ahí dentro… Tetis?

La esclava se puso en pie y alisó sobre sus caderas el tejido transparente.

—Durante unos instantes. Cuando los hombres están borrachos, se divierten cogiendo el vestido por un sitio cualquiera cuando bailáis. Fijaos.

Se acercó a María, que vio que en la espalda, bajo la axila y en la cintura, el ligero tejido se sostenía por medio de hebillas de plata sin consistencia y que se podían desprender sin dificultad, con un solo movimiento:

—Una buena sacudida —dijo— y la hebilla se suelta, todo se desenrolla y se deshace sin romperse; el *bombyx* cuesta caro, es difícil de hilar y sólo puede ser tejido por expertos.

Esta pequeña astucia inofensiva, que no daña a nadie, permite realizar una economía… importante…

—¿Y danzáis desnuda?… ¿Delante de los hombres?…

María sentía escalofríos de horror y de incredulidad.

Tetis se echó a reír:

—¿Ningún hombre os ha visto todavía así?

—¡No! ¡Jamás!… Ni tan siquiera Demetrio, mi padre adoptivo, ni cuando era niña…

—Entonces, ¿de verdad sois virgen?

Un rojo vivo subió a las mejillas de la Magdalena:

—¡Claro! ¡Sólo tengo dieciocho años!

Tetis rió de una manera breve y dura:

—Yo contaba doce cuando me vendieron como esclava, y catorce cuando di a luz un hijo. ¡Escúchame, pequeña! —dijo entonces, muy seria—. ¡Escucha! Este sitio es un mal lugar.

Todo aquí es daño y podredumbre. Vuelve a Magdala, cásate con un judío agradable y simpático —¡son los únicos maridos posibles!— y dale hermosos niños. Créeme: los judíos son la única gente buena que he conocido.

—¡No todos los romanos son malos! —protestó María, que no poseía, en el fondo, la menor documentación sobre ellos.

—Todos cuantos yo he conocido lo son, y he conocido algunos —aseguró Tetis de una manera rotunda y despreocupada a la vez—. ¡Espera a saber lo que es ser sobada por un cerdo gordo y que huele a vino! Mira… como tu rey, Herodes Antipas…

Él es… ¡no!… él es aún más repugnante que los otros, ¡te lo juro!

Tetis alzó la cabeza y escuchó un instante:

—Es mi música. ¡No olvides que pronto te llegará el turno!

Y ajustando la gasa encima de sus caderas, con un movimiento tan suave que resultaba natural, abrió la puerta del *triclinium* y la franqueó como una bala, mientras su cuerpo se ondulaba ya según la línea sinuosa de la danza. Una repentina algazara de sonidos la acogió, de gritos enternecidos, de llamadas bestiales y el estallido de un vaso de metal contra el suelo; después la puerta se cerró y María sintió un escalofrío en el silencio ahora anormal de la pequeña habitación.

Sintió un deseo formidable, un impulso casi irresistible de abandonar aquel lugar tan pronto como pudiera.

Cuando se oían contar las orgías romanas, de segunda o de tercera mano, sólo eran historias deliciosamente escandalosas.

Cuando una se encontraba a punto de asistir a una de ellas, ¡la cosa modificaba seriamente el punto de vista! Y ahora, en seguida, se encontraba —iba a encontrarse, pero lo sentía venir— cara a cara con la realidad. Dentro de pocos minutos iba, a su vez, a tener que franquear esa puerta y danzar ante hombres ebrios y ruidosos. ¿Cómo los llamaban? ¡Berreadores avinados!

Sí, seguramente eso era lo que la esperaba al otro lado de aquellas maderas y aquellas cortinas. Únicamente la perspectiva de los mil sestercios —que ella consideraba como si prácticamente se los hubieran prometido— la impidió huir en

aquel mismo momento. No podía privar a Demetrio de las cosas que los honorarios de aquella noche —y, si conservaba su sangre fría, los honorarios de otras noches— le permitirían procurarse.

Tenía que vencer. Pero no podía ni quería entrar en competencia con esclavas, pintadas y desnudas y sensuales.

Esto lo decidió ella firme e irrevocablemente. Vencería —o perdería la partida— con su sola belleza, sin pinturas, y por su talento, tal cual era.

María se acercó a la puerta del *triclinium* y, sin hacer ruido, la abrió un par de dedos y miró. Lo que viera acabó de aterrorizarla.

Ante todo, las dimensiones. Jamás había visto, ni nunca imaginara un comedor tan inmenso. A uno de los lados, los lechos donde permanecían tendidos los invitados, aparecían colocados como los radios de una semirrueda, alrededor de una mesa en forma de herradura.

El otro extremo aparecía vacío, libre, destinado al espectáculo, fuera de la clase que fuera: durante aquel cuarto de hora, Tetis danzaba a los sones de una orquesta disimulada en una alcoba.

El *triclinium* en sí era hermoso, con su techo incrustado de mármoles de diversos colores y sus muros decorados con bacanales pintadas, de un realismo tan franco y tan vivo, que María volvió la cabeza y comprobó malhumorada que se sonrojaba con mucha frecuencia.

Cinco lechos estaban dispuestos alrededor de la mesa de mármol, de donde estaban quitando los platos. No quedaba más que el vino, ánforas y vasos. Dos muchachos delgados, de rostro y modales femeninos, evolucionaban entre los convidados y llenaban los vasos en cuanto los veían vacíos.

El sobrino del Procurador, Gayo Flaco, ocupaba uno de los lechos. A su lado, un hombre grueso, pesado, con un rostro blando y sensual, supuso debería tratarse de Poncio Pilato.

Los otros tres eran de más edad y estaban visiblemente más ebrios que el dueño de la casa. A uno de ellos, muy gordo, con unos ojuelos pequeños, María lo reconoció: era Herodes Antipas, tetrarca de Galilea.

Cosa extraña: Gayo Flaco parecía el más lúcido y el más sobrio —relativamente — de los cinco. Contemplaba a Tetis con una mirada aburrida, bebiendo de vez en cuando un sorbo en el vaso que sostenía en la mano. También esta vez María se sintió asombrada por su belleza; se hubiera creído ver a Apolo descendido del Olimpo para celebrar una pequeña fiesta de familia con unos cuantos mortales. Sin embargo, a pesar de su rostro perfectamente regular, había algo en él que María encontró repugnante, sin saber precisar por sí misma qué era lo que le repugnaba, o si aquel sentimiento era motivado por la repulsión que le inspiraban sus compañeros, las

bacanales pintadas en los muros o los jóvenes muchachos griegos maquillados.

Tetis danzaba, acompañada por una música de ritmo insistente, como el latir de un corazón y, mientras daba vueltas sobre el suelo de mármol, su vestido se desplegaba en torno como una inmensa corola de flor. Al girar se acercaba a los que cenaban y su danza era todo lo sensual que pueda imaginarse.

Entre risas intentaron coger su vestido y ella, riendo también, se alejó con un ligero salto, tentándolos cuando se tranquilizaban, burlándolos cuando se agitaban, acercándose o alejándose según la idea que pasaba bajo su silencio, y como si coquetease con ellos.

Cierta vez se acercó a Gayo Flaco, como si le desafiara a tocar su vestido, cuyo borde hacía girar hasta casi tocar las manos del joven, sin que él pestañeara siquiera, sin que perdiera su sonrisa descarada. Y, de pronto, igual que una víbora que muerde, lanzó su mano hacia delante, cerró su puño sobre el tejido diáfano y pegó una sacudida. Aunque Tetis había explicado a María el sistema, ésta se sintió estremecida por lo inesperado de la maniobra; le pareció como si el indolente Apolo acabara de descubrir su segunda naturaleza —que, no por menos ostentosa, era probablemente menos auténtica—, y aquel espectáculo no resultaba agradable de ver…

Mientras, Tetis, vestida sólo de sus cadenillas y tapándose los ojos con una sola mano, simulaba una vergüenza que estaba muy lejos de sentir.

Los hombres tendidos cerca de la mesa lanzaron carcajadas estruendosas que subrayaron con batir de palmas. Después, mientras la música seguía con un ritmo más cadencioso, Tetis dejó caer los brazos y reanudó su baile, casi sin mover los pies. Sus movimientos expresivos estaban casi por entero limitados a su torso, a sus brazos y a sus manos; era una danza tal, como la reina de Saba hubiera podido ejecutar delante del rey Salomón, o la concubina favorita en el harén de algún potentado asiático.

Al contemplarla, María sentía temblar su propio cuerpo, sus mejillas ardieron y su pulso se puso a latir de acuerdo con el acompañamiento musical.

La danza avanzaba hacia su inevitable apogeo; el próximo desenlace encendía la sangre de los espectadores, ya ebrios de vino y ahora ebrios de concupiscencia. Con los vasos en la mano, golpeaban la mesa.

Tetis, como una estatua estremecida, permaneció inmóvil durante unos segundos y abandonó la sala corriendo.

Para evitar que la esclava que entraba como una tromba tropezara con ella, María se alejó rápidamente de la puerta, pero no lo bastante aprisa para que Tetis no adivinara su movimiento.

—¡Estabas mirando! —gritó jadeante bajo el doble efecto de la danza y de la cólera, y sus ojos lanzaban llamas—. ¿Estabas ahí? ¿Viste cómo Gayo Flaco me quitó el vestido?

La danzarina, con los pies separados y los puños en las caderas, permanecía frente a la Magdalena, quien creyó por un instante que, en su furor, iba a pegarle.

—No quiso nada conmigo por culpa tuya.

—Os equivocáis —protestó María—. Yo sólo he venido para bailar.

Antes de que Tetis pudiera seguir, María oyó un acorde insistente que venía del *triclinium*: reconoció la introducción a su propia danza, el sonido de la gran cítara que tocaba Hadja.

Ahora que se trataba de entrar efectivamente en la sala del banquete, se sentía interiormente vacía, oscilando bajo una especie de vértigo, un inmenso terror y algo de excitación. No se sentía con fuerzas para franquear la puerta y comprendió que, si el otro día José no le hubiera dado vino de mandragora, del que tomaba una pequeña dosis cada día, y del que había bebido antes de abandonar su casa en Magdala, hubiera caído desvanecida en aquel mismo momento. Sin embargo, hubiera acogido con alegría cualquier circunstancia que la hubiera librado de su obligación de actuar.

Después, con un esfuerzo de voluntad que requirió todo el dominio de sus nervios de que era capaz, se obligó a calmarse y a decidirse:

—¡Mil sestercios! ¡Mil sestercios!

Cantaba en su interior estas palabras sobre la música de la gran cítara, y extraía de ellas una ayuda muy necesaria para acabar de apaciguar su pánico.

«¡Quiero hacerlo por Demetrio! —se dijo—. Debo hacerlo.

Debo hacerlo. Lo quiero».

Orgullosamente tranquila, cuando menos en apariencia, empujó con la mano la puerta y pasó al otro lado, sobre el suelo enlosado de mármol, frente a Poncio Pilato y sus invitados.

Capítulo VIII

… YA NO SE TRATA DE UNA SERPIENTE. ENCONTRAREMOS EN ÉL A UN LOBO… ELLA LUCHÓ CUANTO PUDO, PERO, AL FINAL, EL LOBO LA DEVORÓ…

CUANDO DEJÓ CAER SU *palla*, de color amarillo oro, se oyó la risa de uno de los romanos. Acordándose de lo que dijera Tetis, la Magdalena se irguió y se sonrojó de cólera, pero como la música arrastrara su cuerpo, echó la cabeza hacia atrás con su gesto de desafío acostumbrado, y se lanzó a la danza.

La suya no era un sencillo ejercicio de provocación, concebido para inflamar el deseo en el hombre. Con el instinto sutil que caracteriza al verdadero artista, María había comprendido que no debía intentar competir con las actitudes y los modales, cuya intención resultaba demasiado evidente, que formaban parte del repertorio de las danzarinas profesionales. Por el contrario, hizo de su cuerpo un vibrante poema de belleza, que, en el fondo de sí misma, quería dedicar a aquel admirable país de Galilea.

Unas veces parecía un viento huracanado que, descendiendo por los acantilados, agitara las aguas del río y obligara a los pescadores a regresar a la orilla. Otras era como la lluvia de Marehsvan, que hincha la piel tersa de la uva y moja el suelo recién arado, dejándolo presto a recibir el grano del sembrador, la lluvia que reverdece la hierba y otorga nueva vida a los olivos y asegura la abundancia de melones y fruta en el valle de Genesaret.

Después, cuando las flautas dejan oír sus arpegios, agudos y ligeros, y las cuerdas sus deliciosas armonías, la escena vuelve a cambiar. Su cuerpo, flexible, frágil y esbelto y de un encanto insuperable, dentro de sus vestiduras de seda casi castas, su cuerpo explicaba la felicidad de los niños que juegan sobre la hierba húmeda, gozando de su frescura después del chaparrón; sus pies, casi tan ligeros como si la alegría les hubiera dado alas, la felicidad de los niños que se abandonaban a la caricia del sol redimido de su cárcel de nubes.

María se sentía tan dominada por sus emociones y las representaba con tanto arte, que con ayuda de la música, los espectadores podían ver, sentir y oír todo cuanto sugerían y explicaban a la vez; el joven cuerpo y la música, su embriaguez misma no conseguía aislarlos por completo de aquel hechizo viviente.

Sólo Gayo Flaco parecía aburrirse y se agitaba sobre su lecho como si tuviera prisa de que la danza terminara pronto.

Alzado sobre un codo, Herodes Antipas miraba intensamente a María, y sus ojos parecían enternecidos por algún recuerdo límpido e infantil, mientras que Poncio Pilato había perdido por el momento la expresión de fatiga desdeñosa que le era

habitual.

Ahora el tono y el sentido de la danza cambiaron de nuevo, pero de manera tan gradual que apenas se percibía; el sol se ponía en el lago y, bajo la bienhechora protección de las sombras, un joven y una muchacha, enamorados, se encontraban.

Con timidez al principio, y después con una creciente audacia, mientras una mano se tendía a otra mano, y un corazón se acercaba a otro corazón, la conciencia profunda del uno conquistaba al otro; cada paso, de una gracia exquisita, cada emocionante actitud demostraban la alegría exultante de sus almas jóvenes. La cabeza de María, inclinada hacia atrás, con los labios entreabiertos y ofrendados, dibujaba su tierna aventura, confesaba sus esperanzas y los delicados estímulos respondían al cariñoso temor. El final era una redención feliz: el muchacho atraía a la joven contra su corazón y encontraba, dispuestos a acoger a los suyos, los labios firmes y acariciadores.

La historia terminaba con la misma dulzura con que comenzó, y después de aquel primer beso, María permaneció en pie, inmóvil, perdida en la atmósfera que ella misma había creado, como una pálida flor recién abierta en un jardín de ensueño y que se nutría de su propio amor…

Un estallido de aplausos y de exclamaciones entusiastas surgió espontáneamente, mientras María, con toda la lozanía de su gracia joven, saludaba profundamente al Gobernador y resbalaba hasta el suelo ante el lecho donde estaba estirado. De entre los pliegues de su vestido, Poncio Pilato extrajo una pequeña bolsa que lanzó sobre las losas de mármol, al lado de ella. Al oír su tintineo metálico, la Magdalena dedujo que estaba llena de monedas… quizá contuviera más de los mil sestercios esperados… Con un movimiento rápido y gracioso recogió la bolsa y, corriendo hacia el fondo de la sala, hacia la alcoba donde estaban los músicos, lanzó el pequeño saquito de cuero hacia Hadja, que lo atrapó hábilmente al vuelo.

Pronto los nabateos alzaron de nuevo sus instrumentos y el jefe de la pequeña orquesta hizo sonar una cuerda de su cítara, cuyas vibraciones flotaron durante un largo momento por la sala, y los muros adornados con las bacanales devolvían la emocionante armonía como ecos. El cimbalero chocó uno contra otro sus discos de metal pulido y marcó el ritmo golpeando las scabella contra el mármol, desencadenando un huracán de sonidos. Esta vez era la música de la salvaje danza del desierto, que María ejecutaba en las calles de Tiberíades. Rápidamente desanudó el chai de seda blanca y sus cabellos se desbordaron sobre sus hombros como un torrente de cobre en fusión que subrayaba la palidez de su tez y la blancura perfecta de su *stola* plisada. Erguida, sosteniéndose sobre las puntas de los pies, parecía, en

verdad, como había dicho Hadja, «La llama viviente», una columna de fuego para incendiar el corazón de los hombres, un cántico de una belleza hosca que lograba ser, a la vez, tan tierna como los primeros escalofríos de amor de una joven virgen.

Sostenido por la música, el cuerpo de la muchacha se lanzó a los pasos de la danza del desierto, la danza de los nómadas que corren bajo la tempestad de arena y duermen por la noche bajo las palmeras si encuentran el menor charco verde en el suelo árido y ardiente. La danza era por sí misma demasiado fatigosa para durar mucho rato: para los espectadores también, ya que los movimientos eran tan rápidos que los ojos de los romanos no lograban seguirla.

Al terminar permaneció unos segundos en la misma actitud que al principio; recibió así los aplausos y los «bravos» de los espectadores y desapareció por la puerta lateral.

Jadeante y temblando a causa de la exaltación que le producía su triunfo, María se apoyó contra la puerta. La habitación estaba vacía. Tetis se había marchado. Era lo que ella esperaba, porque aquellos minutos embriagadores debían ser saboreados en silencio y soledad. Conocía por instinto lo que saben las actrices de oficio cuando una representación «ha conseguido interesar». Se dirigió hacia el gran espejo y gozó una vez más con la contemplación de la belleza de su cuerpo esbelto; sus cabellos estaban esparcidos, el ardor de la danza los había alborotado. Se sentó frente a la mesita tocador y se dispuso a peinarlos con un peine de marfil que encontró allí. Ocupada en esta operación minuciosa no se dio cuenta de que la puerta que daba al corredor acababa de abrirse hasta que vio al lado de su imagen la de Gayo Flaco, que le sonreía en el espejo.

—No temas, muchacha —le dijo—. Sólo he venido a felicitarte por lo magníficamente que has danzado y, además, para entregarte esto.

(Le entregó una segunda bolsita de cuero, tan llena de monedas como la primera. Sin dejar de mirarle, cogió el saquito y lo deslizó en el bolsillo de su traje de calle, que colgaba del respaldo de la silla). El joven tomó un almohadón y se sentó en el suelo, a sus pies:

—¡Te lo aseguro! Tu danza era maravillosa.

—Sois demasiado bueno —dijo ella, prudente.

—No. Es cierto. Lo creo así —insistió él—. Haces que Tetis parezca tan pesada como una vaca.

—Tetis es muy linda.

Él añadió con una mirada burlona y brillante:

—¿Quién podría fijarse en ella si tiene la ocasión de admirar una belleza verdadera? Su cuerpo está bien formado, es cierto, pero carece de alma.

Sonrió y después dijo:

—Bien, dejemos la cortesía. Debes de tener apetito.

En la excitación de los preparativos para ir a Tiberíades, María se había olvidado de comer. De pronto se dio cuenta de que sentía mucho apetito, pero la idea de tener que ir a la sala donde permanecían los romanos embriagados le repugnó, y se apartó de la puerta. Él vio aquel movimiento involuntario:

—¡No! Ahí no, claro. Voy a ordenar que coloquen una mesa en otra habitación.

—¿Y mis músicos? Ya deben de estar preparados para regresar a Magdala.

—Ahora están comiendo. Les he hecho avisar que cenarías aquí.

Ella vaciló, pero en realidad no veía qué mal podía existir en permanecer allí unos minutos más; y sentía tanta hambre…

—¿Todavía me tienes miedo? —preguntó Gayo sonriendo—.

¡Ya ves que no soy un ogro que se come a las niñas!

Ella no pudo aguantar la risa; tan ridícula le parecía la comparación entre un hombre tan perfectamente guapo y un ogro. Tomó la mano que él tendía.

—Sin embargo, deberé darme prisa —insistió ella—. Demetrio estará preocupado hasta mi regreso.

—Las dos bolsas le harán olvidar su espera. Además, llevas cuatro guardias de corps altísimos.

Mientras la conducía a lo largo del corredor, María se repetía que sus temores eran absurdos. Y, además, resultaba emocionante ser servida por un hombre tan bello. Era incapaz de impedir que su pulso latiera más de prisa al contacto de la fuerte mano en su brazo. Pensó maliciosamente en la cara que pondría José cuando al día siguiente le contara sus diversas experiencias en el palacio del Procurador.

La habitación donde Gayo Flaco la introdujo no era grande, pero sí lujosamente amueblada y decorada. Pesadas cortinas disimulaban las ventanas, impidiendo que penetrara el aire de la noche, con tanta razón temido por los romanos y los galileos —¡en este punto estaban de acuerdo!— en la malsana ciudad de Herodes. Un amplio lecho en el que se amontonaban los almohadones ocupaba casi la mitad de la habitación, y la puerta abierta de un gran armario permitía ver, colgados en buen orden, una cantidad de uniformes púrpura y blanco a que tan aficionados eran los opulentos oficiales del ejército romano.

—¿Es éste vuestro dormitorio? —preguntó ella, repentinamente alarmada.

—Sí, pero no tienes por qué asustarte. Mira: han servido la mesa para ti.

Tomó en el muro una antorcha y dio la vuelta a la habitación encendiendo otras, de manera que en seguida la estancia quedó iluminada magníficamente.

—Si esto no te tranquiliza…

Mientras hablaba, Magdalena alzó la tapadera de plata de una de las fuentes colocadas en una mesa baja y aspiró el apetitoso aroma que despedía.

—¡Qué bien huele! —exclamó a pesar suyo.

—Entonces, ¿qué esperas? Come —le aconsejó, mitad sonriente y mitad nervioso

—. Si yo hubiera trabajado tanto como tú esta noche, te juro que no me quedaría tiempo ni para dudar.

Ella, por consiguiente, no vaciló más.

Allí había de todo cuanto podía agradar a una joven, incluyendo algunos manjares de los que no tenía ni idea, cuyo gusto, apariencia e incluso existencia ignoraba. En un plato separado se veían arreglados, de manera atractiva como para tentar el gusto, los *antecena* o *gustus*, delgadas lonchas de pescado ahumado, almendras saladas, rábanos rosados y tiernos, colocados sobre verdes corazones de lechugas, todo ello bien arreglado para «abrir el apetito». Esto y el apetito que ella ya traía hicieron que se lanzara con entusiasmo a la tarea más urgente: ¡comer!

Mientras ella comía aprisa, Gayo vertía en un cubilete de cristal, esbelto como un lirio, una mezcla de vino dulce y miel, denominado *mulsum*.

La cena —el plato principal— estaba compuesta de trozos blandos de buey asado y suavemente especiado, adornados con legumbres suculentas y ternísimas del llano de Genesaret.

Ella rechazó el vino de un segundo jarro, ya que sentía que su cabeza comenzaba a flotar un poco a causa del *mulsum*, pero no resistió a los pasteles salpicados de avellanas, que constituía la segunda y última parte de la cena, *mensa secunda*, según decían los romanos.

Siempre sentado a sus pies, Gayo Flaco alzaba las tapaderas de los platos para que ella pudiera probarlos, y los colocaba a un lado cuando terminaba. Finalmente no pudo comer más y él le tendió, para que se limpiara los labios y los dedos, una servilleta del tejido más fino que hubiera visto nunca. Después, satisfecha, hizo una aspiración honda.

¿Sería el vino? ¿Sería el efecto de los elogios y de la admiración?

El caso era que sentía un ligero vértigo. No desagradable, en realidad. Ni por un instante se le ocurrió pensar que pudiera ser provocado por algo distinto. Más peligroso.

—¿Le ha gustado la cena? —preguntó el joven tribuno.

—¡Oh! ¡Ha sido deliciosa!

Con la mayor dulzura y simpatía, le preguntó de nuevo:

—¿La he ofendido de alguna manera?

Ella le miró amistosa:

—¡Claro que no! Sin embargo, ahora tengo que irme. Demetrio debe de estar preguntándose qué hago…

Él le cogió ambas manos y la ayudó a ponerse en pie. Ella se encontraba muy cerca de él, más cerca de lo debido, y no lo ignoraba. No obstante, un sentimiento de euforia, de audacia y de aventura la impedía apartarse. Y, como él le sonriera desde lo alto, su ancho pecho tocaba los hombros de la muchacha y ella sintió que las piernas

le flaqueaban. Le pareció que el aire se detenía en su garganta y sintió un impulso casi incontenible de apretarse contra él.

—Tengo… que… irme —dijo sin hacer un movimiento para separarse de él.

—¿No me merezco, cuando menos, la recompensa de un beso? Te he ayudado a obtener una exhibición de danza en el palacio del Procurador. Herodes y Poncio Pilato han quedado encantados contigo, y su favor te puede ser muy útil.

En el fondo de sí misma, siempre supo que Gayo Flaco había persuadido a su tío a que la invitara a danzar y a cenar.

Era una parte del exquisito escalofrío de aventura, e incluso de peligro, que caracterizaba aquella velada. Además, la bolsa que le lanzó a Hadja contenía mucho más dinero del que había existido en casa de Demetrio desde que ella lo conociera y, generosa por naturaleza, era natural que sintiera un gran agradecimiento hacia el bello joven que hiciera posible todo aquello.

Por otra parte, ella se decía, para intentar apaciguar su corazón que tocaba a rebato, que no podía suceder gran daño permitiendo que la besara, sobre todo cuando se confesaba honradamente que sentía un vivo deseo de ser besada por él.

Gayo Flaco, al leer en su rostro que estaba tentada a ceder, la atrajo suavemente hacia sí. Sin embargo, cuando en su ingenuidad le tendió la mejilla, él la besó brutalmente en la boca y sus brazos la enlazaron estrechamente. María había visto ya lucir la pasión en los ojos de los hombres mientras danzaba, pero nunca estuvo tan cerca de ella como ahora. Enternecida por el choque que le produjera la boca de Gayo apoyándose en la suya, sus manos que recorrían todo su cuerpo por encima del delgado tejido de su traje, más estremecida aún por la respuesta de su propio cuerpo a la atracción puramente animal de aquel abrazo, se sintió paralizada durante unos segundos.

Gayo Flaco había montado hábilmente su plan y hasta el momento todo salía de acuerdo con sus previsiones. Sin embargo, cuando notó que por un segundo ella cedía, aunque ya lo esperase, una oleada de furioso deseo ascendió por él, barriendo toda prudencia. Ella sintió que la sangre le latía en las sienes y en el pecho, y comprendió al fin que aquella sensación extraña que experimentaba, procedía más de aquellos brazos fuertes que la apretaban que del vino que había bebido. Sin saber tan siquiera lo que hacía, rodeó su cuello con sus brazos, se abandonó contra él y su boca accedió al ardor desconocido que palpitaba en ella.

Luchando contra la violencia de su propio deseo y sabiendo que no debía ceder a él, María no se dio cuenta inmediata de lo que sucedía. Cuando lo comprendió, todo su ardor se transformó en una oleada de repugnancia y de miedo.

Con un gran esfuerzo se libró de la boca de Gayo y consiguió por un instante desprenderse de su abrazo; pero el hombre de ahora ya no era el mismo que la había servido con una tan galante delicadeza mientras cenaba. El bello y viril muchacho se

había convertido en un macho brutal. El armonioso rostro ya sólo era una máscara, deformada por la lujuria, y aquellos ojos inyectados en sangre eran los de un hombre que se hubiera vuelto repentinamente loco. E incluso loco furioso.

Gritó, luchó y volvió a gritar, pero las espesas cortinas amortiguaban sus voces. ¿Y quién, en el palacio, se hubiera arriesgado a intervenir entre el sobrino del Procurador y su presa?

Las fuerzas de María la abandonaban rápidamente, y además, se sintió llena de pánico al comprender el porqué de su vértigo.

El vino de *mandrágora* había retrasado su desvanecimiento, pero su efecto había pasado y lo que sentía ahora era el «aura» que precedía al síncope. Era ya incapaz de mover un solo miembro y cuando quiso volver a gritar ningún sonido salió de su garganta, pues sus sentidos habían perdido todo contacto con la realidad.

Entonces…

Entonces, por una gracia misericordiosa, María de Magdala se hundió en la inconsciencia…

Capítulo IX

EN EL QUE POR PRIMERA VEZ SE VE A JOSÉ OBLIGADO A «CAMINAR POR LA ORILLA DEL AGUA»…

CUANDO EL «NOMENCLÁTOR» pasó por casa de José, éste ya hacía rato que había partido. Dejó, por consiguiente, un mensaje a la madre del aprendiz, advirtiéndola que avisara lo más pronto posible al muchacho de que Claudia Prócula, la esposa del Procurador, lo esperaba.

Por fin, al caer la tarde, logró encontrar a su hijo en la casa de Eleazar, y ya era de noche cuando José ató su mula a un árbol fuera de la muralla de la villa. Cuando descargó el *nartik*, el paquete que contenía sus instrumentos, así como el tarro de las sanguijuelas, vio que otra mula enganchada a un carro permanecía atada en el mismo bosquecillo, pero no le prestó mayor atención, preocupado por la acogida que iba a tener, pues creía que Poncio Pilato estaría furioso por la lentitud con que respondía a su convocatoria su sanguijuelero preferido.

El tocador donde José fue introducido era reducido y exquisito, como aquella a quien pertenecía: la esposa de Pilato le recordaba siempre las delicadas estatuillas que, viniendo de los países situados más allá del mar Oriental, se encontraban a veces en venta en el mercado de Tiberíades. Cada rasgo de su encantador rostro demostraba su pureza patricia, ya que por sus venas corría sangre de la descendencia imperial Julio-Claudiana.

Sin embargo, sus ojos poseían un color y una dulzura comprensiva que no siempre caracterizara a los miembros de aquella descendencia, en conjunto más odiada que amada.

Cuando José comprendió que no estaba enfadada por su retraso, lanzó un suspiro de alivio.

—Estuve haciendo el recorrido de mis enfermos —explicó él—, y hasta hace una hora no recibí el mensaje del Procurador.

Claudia Prócula sonrió:

—Soy yo la que tendría que excusarse por haceros venir ya de noche. Ya sé lo que vosotros, judíos piadosos, pensáis de Tiberíades.

—Podría suceder —admitió José— que el *chazan* de mi sinagoga no lo comprendiera, pero yo estoy convencido de que el alivio de mis enfermos debe anteponerse a las sutilezas de la ley.

Prócula lo miró, atenta y sorprendida: resultaba cosa por completo excepcional que un judío devoto permitiera a nadie interponerse entre él y su amada ley. Aquel joven colocador de sanguijuelas, serio y de excelentes modales, estaba, con

seguridad, muy por encima del término medio de los judíos con quienes, por una razón u otra, ella se relacionaba. Su rostro, además, señalaba que pertenecía a una excelente raza.

—Lo que me preocupa es mi brazo izquierdo —dijo ella alzando su manga para mostrarle una tumefacción inflamada cerca del hombro.

José reconoció en seguida la naturaleza del mal; había tenido ocasión de cuidar accidentes análogos. La picadura de un insecto o un grano que se excoriara, bastaban a provocar una hinchazón dolorosa y una fiebre que podían durar, a veces, varios días, a menos que el pus saliera y expulsara el veneno contra el cual la carne reaccionaba con tanta violencia.

Claudia Prócula preguntó con voz vacilante:

—¿Podéis darme algo para atenuar el dolor?

José palpó suavemente la hinchazón. Tal como esperaba, la encontró fluctuante, lo cual indicaba una supuración debajo de la piel.

Respondió:

—Hipócrates ha dicho que los males que no cura la medicina, puede curarlos el cuchillo.

—¡El cuchillo! —protestó la joven—. Pero ¡dejará una cicatriz!

—Mucho menor, con toda seguridad, que si el mal es abandonado a sí mismo, ya que hará estallar la piel en forma de estrella cuando el absceso esté maduro y deba vaciarse. Lo que, además, será mucho más largo y más doloroso que si llevo a cabo la incisión en seguida.

—En ese caso —decidió ella—, abrid pronto, porque ya hace dos noches que no duermo.

—Esta noche dormiréis —prometió José, abriendo su paquete.

Ensayó el bisturí en su pulgar: seguía teniendo aquel corte de hoja de navaja que sólo se obtiene con instrumentos forjados con el acero más fino de Damasco. Cada mañana, antes de salir de su domicilio, afilaba cuidadosamente sus cuchillos.

Sacó del *nartik* un puñado de aquella lana lavada que servía para las curas y extendió un trapo limpio debajo del brazo enfermo. Con un signo advirtió a Prócula que estaba preparado.

Ella se mordió muy fuerte el labio inferior y él hundió tan rápidamente el bisturí en la piel enrojecida y brillante, que Claudia apenas tuvo tiempo de lanzar un gemido, que le arrancó más el chorro de materia purulenta mezclada con sangre, que el dolor, ya que casi no notaba nada en la piel y la incisión sólo duró un segundo. El absceso había sido hendido en toda su anchura, con objeto de que vaciara totalmente la infección antes de que la piel se volviera a cerrar.

—¿Le he hecho mucho daño? —preguntó él colocando con habilidad sobre la herida un poco de lana lavada.

—¡Oh!, no… nunca hubiera creído que pudiera sentirme aliviada tan pronto.

—Si queréis ordenar a una de vuestras sirvientas que traiga un poco de vino —sugirió—, os prepararé una droga que podéis tomar antes de acostaros y con la que pasaréis una buena noche durmiendo.

Claudia Prócula dio la orden necesaria e hizo que, al mismo tiempo, trajeran un plato para el joven médico:

—Apostaría a que os apresurasteis tanto a descender a Tiberíades, que no habréis comido.

Lo admitió, sin dudar, y mientras ella esperaba el efecto de su poción somnífera y él comía con verdadera satisfacción aquellos alimentos excelentes, respondió a las preguntas amistosas de la joven y le habló de su ambición, que consistía en estudiar medicina en Alejandría y después regresar a Judea para que los suyos pudieran beneficiarse de conocimientos médicos más sanos y más modernos.

—Recuerdo aquel tiempo en que tenía vuestra edad —dijo ella con melancolía—. ¡Qué fáciles de realizar parecían entonces los sueños!

—Pero ¿qué más puede desear la esposa del Procurador? —protestó él—. No es un secreto que todos los que se acercan a ella, la aman.

—No podéis saber lo que es aspirar a volver a vivir en Roma y todo lo que añora la mujer que ha pasado en Roma la mayor parte de su vida. Además, el clima de Cesárea casi no me permite respirar. Tiberíades me sienta mejor, pero ni aun aquí me encuentro del todo bien…

El interés de José se despertó en seguida:

—¿Sentís la misma molestia en la montaña?

—Con menos intensidad. Cierta vez tuvimos ocasión de efectuar un viaje por el desierto y allí me sentí completamente bien. ¡Pero el Procurador de Judea no podía vivir en el desierto!…

A veces casi me ahogo…

José había visto más de un caso parecido. Algunos quemaban hojas aromáticas, tales como eucalipto, y respiraban su humo; otros inhalaban el vapor de un agua hirviendo en la cual se vertieran aceites aromáticos, aceite de alhucema, por ejemplo, nardo o mirra. Se trataba de paliativos y no existía remedio alguno conocido que curara por completo aquella enfermedad, que unas veces llegaba a costar la vida y otras desaparecía sin que se supiera el motivo…

La sirvienta de Prócula fue en busca de una bolsa para José, quien, por su parte, arreglaba y empaquetaba su *nartik*.

De pronto, desde la habitación contigua se elevó la queja de un niño. Había oído hablar de un hijo de Poncio Pilato, que el pueblo no veía jamás, pues, según se decía, era deforme, pero José nunca tuvo el más leve motivo para creer que los rumores fueran fundados.

Un cierto miedo apareció en los ojos de Prócula, lo que le dio la evidencia de que lo que se rumoreaba no era mentira.

Antes de que la joven pudiera decir una palabra, entró Poncio Pilato, sin fijarse, de momento, en José. Preguntó:

—¿Ha venido el colocador de sanguijuelas, querida?

Después, fijándose en el vendaje:

—Sí, ya veo que ha estado aquí. ¿Te sientes mejor?

Ella consiguió sonreír:

—Mucho mejor desde que me han curado. José está aún aquí, termina de ordenar sus instrumentos y se iba a marchar.

Pilato se volvió y vio al joven médico.

—¡Tardaste mucho en venir! —dijo en tono seco.

—Me encontraba visitando a mis enfermos. En cuanto me dieron vuestro mensaje, me apresuré a venir.

La queja del niño se alzó de nuevo en la habitación contigua y Pilato pareció quedarse helado. José, que contemplaba su rostro, vio ascender a él una expresión de angustia, casi de desfallecimiento. La tragedia parecía habitar aquel palacio; una tragedia, clave quizá de la conducta de aquel hombre extraño que gobernaba Judea por cuenta de Roma.

Los ojos de Pilato se posaron en los de José; habló con lentitud, y con tono de fría amenaza:

—¡Otros hombres han muerto por saber menos de lo que tú acabas de enterarte!

—¡No, Poncio! —exclamó Claudia—. ¡No! José es un hombre de bien.

—¡Dime! —El Procurador se iba poniendo furioso—. ¿Qué se dice de Poncio Pilato en Jerusalén y en Judea? ¿Se dice que tiene un hijo que es un monstruo?

—Yo no escucho jamás las vanas habladurías —respondió tranquilamente el muchacho—. La vida es un don del Altísimo, y yo no discuto nunca la manera como Él la da.

Pilato lo contempló durante un momento:

—Quizá tengas razón. Entra y mira.

La habitación donde entró era un dormitorio de niño: un pequeño estaba acostado en un lecho bajo, colocado en un rincón; acababa de dormirse. Tres años quizá y encantador.

Una miniatura del rostro de su madre, la misma tez fresca, la misma gracia patricia en los rasgos bajo los mismos cabellos claros. La mano de Pilato alzó con prudente dulzura la manta ligera, y José, que admiraba al chiquillo, comprendió la amargura del Procurador, ya que un pie deforme prolongaba casi en línea recta la pierna, y los dedos alargaban del mismo modo el pequeño pie, como si lo hubieran estirado hacia abajo; en suma, un caso típico de pie contrahecho.

—Posees una cierta reputación de saber curar —dijo Pilato—.

¿Serías capaz de arreglar este pie?

De mala gana y sintiéndolo, José movió negativamente la cabeza. Después sugirió:

—Se dice que pueden fabricarse botas de suela gruesa y moldeadas al pie, que permiten a los niños aprender a andar…

—¡El hijo de un soldado! —estalló Pilato—. ¡Mi pequeño Pila obligado a saltar, a arrastrarse, como un mendigo!…

Abría y cerraba nerviosamente los puños. Después cogió al aprendiz por su ropa y lo sacudió:

—¿Tu Dios no es capaz de curar esta enfermedad? Tú eres judío; di: ¿es capaz?

José farfulló:

—El Señor es bueno y compasivo… Tan grande como el Cielo, que se encuentra por encima de la tierra… así es la piedad del Señor hacia los hombres…

Las manos de Pilato se abrieron y cayeron a los costados.

Se volvió hacia el pequeño lecho y volvió a colocar la manta sobre el niño dormido. Sus gestos eran tiernos, sus manos eran suaves y, visiblemente, a despecho de su decepción y de su amargura, amaba al precioso niño deforme.

—No temo a ningún dios —dijo, incorporándose despacio—.

No temo a los dioses porque no existen dioses que temer.

El único dios del hombre es la verdad. Y aun ¿qué es la verdad?

»La verdad está en el corazón de los hombres y no en los dioses a quienes adoran. Ya sé que los judíos dicen que la desgracia de mi hijo me fue enviada porque mandé crucificar a algunos de los suyos que contravinieron las leyes de Roma.

Pero —su voz furiosa subió unos tonos— los vomito a todos, exactamente como vomito a todos vuestros sacerdotes que intrigan con la esperanza de obligarme a abandonar (voluntariamente o no). Judea y nombrar rey en mi lugar a Antipas.

No he terminado aún de demostrarles quién gobierna Judea.

—Mi querido señor —dijo dulcemente Prócula—. José tiene que recorrer mucho camino y me ha dado una poción para dormir…

—Tienes razón, querida —dijo vivamente el Procurador—.

Vamos a dejarte.

Tomó la bolsa que le trajera la sirviente y se la tendió a José con una insistente recomendación:

—Vigila tu lengua sobre lo que viste esta noche, colocador de sanguijuelas. Soy generoso con quien me sirve bien, pero quien me traiciona, muere.

—Cualquier cosa que vea de la vida de la gente a quien visito, lo considero un secreto y no lo divulgo nunca a nadie.

Pilato hizo un gesto de aprobación:

—El juramento de Hipócrates. Cúmplelo. Sacarás de ello provecho.

El corazón de José se sintió ligero en su pecho cuando desató su mula, dejada en el bosquecillo, cerca de la tapia de la villa.

El trabajo de aquella noche le había sido muy bien pagado y, cosa más importante todavía, Pilato le había prometido su apoyo a cambio de su discreción respecto al secreto del niño Pila y de su pie deforme.

La historia del gobierno de Pilato demostraba que su favor poseía un precio y que su ira podía conducir a la muerte súbita o a la agonía de la crucifixión, método de condena a muerte por el que los romanos marcaban una evidente predilección.

Pero José sabía que no existía en él la menor intención de ofender a un Procurador suspicaz. Con clientes tan generosos, contaría antes de lo imaginado con el dinero necesario para ir a Alejandría, pero esta consideración no influía en su conducta.

Mientras sacaba la mula del bosquecillo, observó que la otra mula seguía aún allí, enganchada al carro, y se preguntó quién, a aquella hora, podía permanecer de visita en casa del Procurador, y sobre todo quién podría visitarle con tan modesto vehículo. Aunque extrañado, no pensó más en ello y partió, llevando su animal del ronzal hasta que hubo salido de la arboleda. Durante aquel corto trayecto oyó un ruido raro, algo así como gemidos de dolor de un hombre que sufriera mucho. Escuchó y localizó el ruido entre unas zarzas cercanas al camino.

Quizás hubiera sido más cuerdo no detenerse, en vista de la importancia de la suma que llevaba consigo, pero José no pasaba nunca de largo, sin mirar si podía prestar ayuda a algún ser humano que pudiera necesitarla. Sencillamente, unió la prudencia a la piedad: un sólido palo podía resultar eventualmente útil, y si su empleo no justificaba su presencia, tampoco podía dañarle.

No le costó mucho descubrir una forma tendida en la cuneta y se apresuró… sobre todo habida cuenta que una voz que le pareció conocida imploraba:

—¡En nombre de Ahura Mazda[4], ayudadme o me muero!

Dos pasos aún y a la débil luz lunar, José reconoció el rostro oscuro de perfil de halcón, la barba agrisada de Hadja, el jefe de los músicos que tocaban para María de Magdala.

Su vestido blanco estaba manchado de barro y parecía semiinconsciente.

El joven se arrodilló en seguida al lado del cuerpo extendido y, por instinto, sus dedos se dirigieron a su cabeza. Palpó el cráneo del nabateo: sangraba por un largo corte en la sien, que indicaba había sido derribado por un golpe de porra, lo cual podría ser gravísimo si el hueso se había hundido y hería el cerebro o lo comprimía. El rápido examen a que se dedicó el aprendiz de médico le demostró que no existía

en ningún sitio depresión ósea alguna. Aunque ya pegajosa, la sangre estaba aún húmeda en el corte; el atentado debía de haberse cometido hacía poco. El pulso era lento y fuerte, y por consiguiente, no había que temer por la vida del herido.

José extrajo de su cinturón un pequeño frasco de vino, que llevaba siempre consigo precisamente para circunstancias parecidas a aquéllas. Sin darse siquiera cuenta, por reflejo, el nabateo tragó el líquido que le puso entre los labios; después, dándose ya cuenta de lo que sucedía, bebió ávidamente, como hombre a quien la fiebre altera.

—¿Qué le ha sucedido, Hadja?

—¿Es José de Galilea, el ponedor de sanguijuelas, el que me habla? ¡Loado sea Ahura Mazda! Aquella que tú amas está prisionera en la villa.

—¡María!… Pero ¿cómo es posible?

Hadja le contó, con palabras entrecortadas, la invitación que trajo el *nomenclátor*, la danza de María en la villa ante el Procurador y sus invitados, su gran éxito…

—Después el tribuno nos hizo decir que la Llama Viviente cenaba en la villa y que la esperásemos. Después nos sirvieron una cena y nos condujeron bajo escolta de soldados hasta fuera de la muralla.

¡Gayo Flaco! Evidentemente, el rapto de la danzarina sólo podía ser obra suya. Las historias que corrían por doquier sobre el libertinaje y las orgías del tribuno, acudían ahora, imperiosas e insistentes, al cerebro del joven.

—¿Por qué la abandonaste? —le preguntó con cólera.

—Dos soldados, con los sables desnudos, nos vigilaban. Intenté escaparme para volver atrás, pero uno de los vigilantes me derribó con su arma.

No cabía reprochar nada al nabateo, y aún había tenido una suerte extraordinaria de que el soldado no se sirviera de la hoja de su arma, sin lo cual Hadja ya no se encontraría con vida, y José no sabría nada… Rechazó con violencia de espíritu la rabia furiosa que se alzaba en él contra Gayo Flaco menos porque no hay que odiar que porque la cólera, que es mala consejera, le impedía reflexionar con lucidez. Hacía poco rato que Hadja había sido golpeado y sin duda no era todavía demasiado tarde para salvar a María si —condición indispensable— encontraba el modo de entrar en el palacio. El muro, demasiado alto, no le permitía intentar escalarlo. Sólo quedaba un acceso: la puerta misma por la que había salido.

El soldado de guardia quizá recordara que le viera pasar y le permitiera de nuevo la entrada.

—Voy a buscarla —le dijo al nabateo.

—¡Te matarán!

El músico se puso en pie tambaleándose y tuvo que apoyarse en un arbusto para no caer. Lo único de que fue capaz fue de insultar con profusión a todos los romanos en general y al tribuno Gayo Flaco en particular, pidiendo descendiera sobre ellos la

venganza del dios supremo, Ahura, el dios-sol en persona:

—No soy más que un hombre ciego incapaz de moverse sin ser ayudado —se lamentó—. Suple mi deficiencia. Toma este cuchillo, José. ¡Quizá tengas la suerte de poder hundirlo entre las costillas romanas!

José tomó agradecido el arma de largo mango y larga hoja y la escondió entre los pliegues de su vestido. Cuando se encontró cerca de la puerta, el soldado de guardia se alzó ante él, con el sable extendido, y le obstruyó el paso:

—¿Qué te pasa, *Sanguijuela*? ¿No te pagaron lo suficiente?

Recuerdo haber visto una bolsa colgada a tu cinturón.

Con una rápida y ferviente plegaria mediante la cual pedía al Altísimo le perdonara su mentira y le ayudara, a pesar de ella, en su empresa, se acercó decididamente al hombre:

—Olvidé algunos de mis medicamentos; la sirvienta de Prócula me conoce bien y sabrá encontrarlos sin molestar a nadie. Son de gran valor y me agradaría no perderlos.

El guardia se alzó de hombros:

—Si verdaderamente poseen tanto valor no vacilarás, para ir a buscarlos, en entregarme una de las monedas de oro que hinchan tu bolsa, a mí, a quien la fortuna favorece menos que a ti.

Si hubiese sido necesario, José hubiera cedido de buen grado la bolsa entera para poder entrar en la villa, de manera que su regreso pareciera natural. El guardia, por su parte, pensaba en su propia seguridad, pero su ángulo de enfoque no era el mismo. Guardándose la moneda de oro que le tendiera, refunfuñó:

—¡Ve aprisa y arréglatelas para que no te vean! ¡Si supieran que te he dejado entrar, me ganaría unos latigazos!

El atrio, por el momento, aparecía vacío. Dos corredores partían de él: José sabía que el que acababa de recorrer conducía a las habitaciones de Pilato y de su esposa. Por consiguiente, escogió el otro. Oyó música y empujó una puerta justo lo suficiente para no atraer la atención de nadie, mientras examinaba el interior de la habitación. Era el *triclinium*. La embriaguez y la excelente comida habían, como siempre, excitado a los invitados. Poncio Pilato y otro romano grueso se lanzaban al rostro las estrofas de un poema erótico, con sus coronas de hojas de laurel de oro, colocadas de través.

En los otros lechos, Herodes Antipas y un invitado, a quien no conocía, abrazaban cada cual a una esclava. El quinto lecho, que evidentemente era el de Gayo Flaco, aparecía vacío, y aquella ausencia le pareció una amenaza precisa, propia a confirmar sus peores angustias, sobre todo habida cuenta de que a María no se la veía por ninguna parte.

Cerró la puerta del *triclinium*, sin que nadie se diera cuenta, y regresó

rápidamente por el corredor hasta llegar a una puerta cerrada, que abrió: la habitación que vieran sus ojos estaba vacía, pero los vestidos de la Magdalena se hallaban en el respaldo de una silla. Los colocó bajo su brazo y cuando se disponía a volver al comedor, el ruido de una puerta le permitió resguardarse a tiempo.

Gayo Flaco salió de otra habitación, tropezando, y desapareció.

José, entonces, se apresuró hacia la habitación que el tribuno acababa de dejar: era, según toda evidencia, la suya, ya que su espada y sus insignias descansaban en una silla. El resto del cuadro le llenó de horror, ya que, desde la primera mirada, adivinó lo sucedido. Encima del lecho, pálida como la cera, se encontraba María inconsciente, pero las señales de lucha y los destrozados restos de sus vestidos esparcidos por el suelo, donde Gayo los tirara, y las magulladuras de su cuerpo, todo indicaba que la muchacha había sido ultrajada después de haberse defendido valerosamente, pero en vano.

Prohibiéndose toda mirada inútil, cubrió con la capa que llevaba el cuerpo inerte. Un examen rápido le dio la certeza de que no estaba herida de gravedad. Comprendió que debía reflexionar con rapidez, y actuar pronto, si quería salvarse, ya que el tribuno podría volver de un momento a otro. Ante todo, era necesario proteger del frío de la noche a la muchacha desvanecida, si tenía la suerte de conseguir sacarla fuera de la villa.

Arrancó una de las cortinas que cubrían las ventanas y envolvió con ella a María, mientras pensaba en la manera de salir. Resultaba imposible saltar el muro llevando a cuestas un cuerpo sin conocimiento. También era imposible pasar por delante del soldado que vigilaba la puerta. Sólo quedaba un camino de evasión —muy peligroso ciertamente—, pero era obligado, o bien salir por el lago o aceptar la muerte dejando a la muchacha de Magdala en manos de aquellos que su profanador iba a lanzar sobre sus huellas.

José ignoraba por completo la profundidad del agua en el punto en que el muro entraba en el lago. Si podía andar, tanto mejor. Si era preciso nadar, nadaría con su carga inerte.

No podía vacilar, y una vez decidido, el joven médico se dispuso a actuar. Lo más inmediatamente inquietante fue reconocer los corredores y salir al atrio. Atravesó sin dificultad el espacio libre que se extendía ante la villa. Después de lo cual tuvo que avanzar lenta y prudentemente, a la sombra del muro contra el cual se apoyaba y que iba tocando con la espalda y con los pies.

Una vez cerca del final, se apresuró aprovechándose de que no aparecía nadie: sintió el frío del agua alrededor de los tobillos antes de que el muro se hubiera terminado. El agua estaba helada, a causa de la corriente que en el lago vertía el río Jordán, que bajaba lleno a causa del deshielo de las nieves de los montes Hermon, y temió le dieran calambres. Mientras el muro avanzaba se apoyó en él, aunque el agua

alcanzaba sus muslos, su cintura y sus axilas, teniendo que sostener a María cada vez más alta para que no se mojara, lo cual, en el estado en que se hallaba, hubiera podido tener consecuencias fatales.

De pronto comprendió que el muro terminaba. Torció hacia la derecha y supo que estaba fuera de la propiedad. Algunos metros después, tropezando de fatiga y llevando a María siempre entre sus brazos, alcanzó el sendero donde dejara a Hadja.

El nabateo había recuperado lo suficiente sus fuerzas para conducir al lado de la mula de José la carreta en la que trajera a la danzarina de Magdala. Ésta no daba ningún signo de recobrar el sentido mientras la extendían en el fondo del vehículo.

Aunque ambos se encontraban agotados, no se retrasaron ni un minuto al lado de la villa, sabiendo que la alarma podía ser dada de un instante a otro.

Mientras caminaban, el aprendiz explicó al músico que, después de haber danzado, y sin duda a causa de los nervios y de la fatiga, María se había desvanecido en la habitación donde se cambiara de vestido, y que la halló allí desmayada.

A menos de un kilómetro de la ciudad, el camino se bifurcaba; hacia la izquierda subía por el flanco de la montaña, más allá del gran acueducto que traía a Tiberíades el agua de las fuentes, hasta Magdala, que se alzaba por encima del lago; el de la derecha continuaba bordeando la orilla, pasando por Cafarnaúm y Betsaida y siguiendo alrededor del Mar de Galilea, hasta llegar a las ciudades de la orilla norte.

El pequeño grupo iba a tomar instintivamente el camina de Magdala, cuando Hadja exclamó:

—¡Párate, José! Oigo algo detrás…

José obedeció inmediatamente y, durante unos segundos, sólo oyeron el ruido acariciador de las olas en la orilla y el del viento entre los árboles. Después oyó, débilmente, el ruido que captara el oído del hombre del desierto —un tintinear metálico—, ruido que podía tener más de un origen: uno de ellos era, muy verosímilmente en aquella noche, el del choque de una espada contra un escudo.

Sin perder un instante, dirigieron los animales fuera del camino y del alcance de la vista, entre unos árboles que crecían a la derecha. El terreno era malo, pero una franja de árboles crecía no lejos de la orilla, de manera que no había que recorrer mucho camino para quedar completamente disimulados a las miradas de los que pasaran por el camino.

Permanecieron inmóviles, aguantando cada uno una mula e impidiendo que éstas se agitaran y traicionaran su presencia.

Apenas estuvieron escondidos cuando el ruido de correas y de armas, el paso regular de pies calzados de cuero, llegó a sus oídos con toda claridad y pronto un pequeño pelotón de soldados, alumbrados con antorchas, apareció a sus miradas y, sin detenerse en la bifurcación ni tan siquiera dudar, tomaron el camino que ascendía por el acantilado hacia las alturas de Magdala.

Los fugitivos permanecieron inmóviles y silenciosos hasta que los romanos estuvieron fuera del alcance de su vista, y únicamente entonces sacaron de entre los árboles a los dos animales y al rústico vehículo donde iba una mujer que seguía inconsciente. José secó el sudor que le cubría el rostro. Si el fino oído de Hadja no hubiera captado desde muy lejos el paso de los soldados, ahora se encontrarían en el camino de Magdala, y entonces sólo Dios…

Hadja respiró hondo:

—¿Adónde vamos a dirigirnos ahora? No podemos seguirlos…

—No, no podemos. Irán a casa de Demetrio y la registrarán…

Se detuvo, al ocurrírsele una idea:

—¿Conoces la casa de Simón, en Cafarnaúm?

—¡Claro que sí! He estado allí muchas veces.

—Perfecto. Vamos a esconder a María allí hasta que pueda regresar sin peligro a Magdala.

—El pescador es un buen hombre —confirmó Hadja—. Nos dará asilo de buen grado.

El nabateo herido, cabalgando la mula de José, y José conduciendo la mula del carro donde yacía María, se pusieron en marcha hacia Cafarnaúm, por el camino de la orilla del agua.

Capítulo X

EN EL QUE JOSÉ BUSCA LA MANERA DE CONSOLAR A MARÍA, MARÍA PIENSA EN VENGARSE DE GAYO Y GAYO QUIERE DE NUEVO ENCONTRAR A MARÍA

JOSÉ SE MOVIÓ, se sentó y se frotó los ojos. Ya el sol colocaba grandes manchas claras en la casa de Simón, pero María seguía sin moverse en el lecho donde la extendieron la víspera, alrededor de medianoche.

José había pasado la noche tendido sobre una manta colocada en el suelo, no lejos de ella, para estar seguro de oírla si salía de su estupor.

Simón y su mujer aceptaron, sin formular más preguntas, el relato que José les hiciera sobre el desvanecimiento de la muchacha, sucedido en la casa de Poncio Pilato, después de una sesión en la que había danzado para él y sus invitados.

La gran cortina de terciopelo, procedente de la habitación de Gayo Flaco, quedó abandonada entre la maleza, en algún lugar de un bosque entre Tiberíades y Cafarnaúm. Una vez curada y vendada la herida del nabateo, la cual el joven médico comprobó con alegría que sólo era superficial, ésta no le impidió partir un poco antes del alba, con su carro, para dirigirse a Magdala y tranquilizar a Demetrio.

Ahora el sol brillaba en la orilla, sobre el agua del lago que chapoteaba suavemente y, de vez en cuando, se alargaba como una mano hasta la barca de Simón, que descansaba en tierra con sus velas arrolladas al mástil. Las gaviotas volaban ávidas alrededor de la pesquería de Zebedeo, muy próxima, y los mil pequeños ruidos íntimos que señalaban el despertar de una familia resonaban en la casa; la noche transcurrida parecía tan irreal como una pesadilla. Pero cuando José contemplaba a la muchacha tendida, pálida como una muerta y casi tan inmóvil, con los cabellos esparcidos sobre su rostro y sus hombros, cuando veía las manchas oscuras que dejó en su carne la lucha sostenida contra Gayo, una súbita angustia le recordaba que la noche, por desgracia, no había podido ser más real. Temblaba de deseo de abrazarla contra él como a una hermana, de tranquilizarla y animarla, de permitirle despertarse a la hora acostumbrada, en la seguridad de sus brazos, en el tierno refugio que sería para siempre el suyo: sólo tenía ella que quererlo… Sin embargo, aunque él hubiese sido capaz de decirle cuanto sentía, ella no hubiera estado en condiciones de escucharle… Se contentó, pues, con inclinarse sobre ella y besarla dulcemente en la frente.

Cuando alzó la cabeza se dio cuenta de que ella tenía los ojos abiertos y que le miraba, perpleja:

—Estamos en casa de Simón —murmuró ella—. ¿Cómo es que estoy aquí?

Él le explicó entonces, brevemente, cómo encontrara a Hadja herido, lo que le

permitió después descubrirla en la habitación de Gayo Flaco.

—Entonces —preguntó ella, y su voz casi no se oía—, ¿tú sabes lo sucedido?

—Lo sé —admitió él—, pero aparte de mí, nadie lo sabe.

—¿Por qué no me dejaste morir allí? Había una daga en el armario…

Mientras hablaba, las lágrimas afluyeron a sus ojos y manaron rápidas y abundantes, sobre su pálido rostro, inmóvil, como una máscara de dolor y de vergüenza.

El muchacho apartó de ella la vista, sabiendo que resultaba indiscreto, casi indecente, mirarla en aquel minuto en que ella lloraba la adolescente que había muerto, aquello que ya no volvería a ser nunca más. Adivinaba que nada de lo que pudiera decir en aquel momento aliviaría su congoja, que de nada serviría asegurarle que idéntico infortunio había sucedido a muchas jóvenes y habían sobrevivido a él. Por muy bueno y comprensivo que fuera —y precisamente por ello—, sabía que siempre le resultaría imposible imaginar lo que representaba para una mujer semejante experiencia vivida en tales condiciones.

Lo que le demostraba el lado trágico del caso, era ver en la que se había convertido, por aquella causa, la muchacha despreocupada y alegre, que danzaba y cantaba por la sola alegría de cantar y danzar.

El cambio no residía únicamente en lo físico, en el hecho de haber sido ultrajada; el mal era mucho más grave, se había anclado en su alma y comprobaba que, si la herida debía curarse algún día —cosa en sí problemática—, debería transcurrir mucho tiempo y no sin dejar cicatriz.

No es que hubiera cambiado de apariencia, ya que los «cardenales» y las manchas amarillas que moteaban su carne desaparecerían en pocos días. Su belleza pálida, la antorcha viva de sus cabellos, su cuerpo esbelto y ágil no parecían en modo alguno diferentes de lo que eran la víspera. Y, sin embargo, la mujer que lloraba en silencio ante él, ya nada tenía que ver con la adolescente alegre, la María de Magdala, a quien le agradaba visitar a Simón y a su esposa en el lago, a la «Llama Viviente» que había bailado en las calles de Tiberíades y de Magdala.

Por fin las lágrimas cesaron de fluir.

—Nadie sabe lo que sucedió la noche pasada, María, nadie excepto nosotros —dijo entonces José, intentando reconfortarla por poco que fuera—. Nada he dicho a Hadja ni a Simón y su mujer. Tú misma procura olvidar un recuerdo que sólo puede traerte congoja, ya que el pensar en ello irritará tu sufrimiento.

—¡Que se irrite! —exclamó ella con un repentino ataque de cólera—. Y que mi sufrimiento me impida olvidar que debo vengarme.

—*A mí solo corresponde la venganza*, ha dicho el Altísimo.

Ella estalló:

—¿Dónde se encontraba el Altísimo cuando le imploré que me salvara? ¿Por qué

no me escuchó entonces el Altísimo?

José se calló. La mujer de Eleazar y la mayoría de los judíos, devotos de Magdala, no hubieran dejado de decir, con el gesto adecuado, que el Señor la había abandonado, en la hora de la aflicción, a causa de sus pecados. Pero ¿qué pecado existía en el valor, en el ímpetu, en la impaciencia natural de la juventud, ante el «conservadurismo» de las personas de edad, en el deseo de ser feliz y de querer compartir su felicidad con los demás? ¡Si todo aquello era un pecado, entonces, en verdad, Dios era un dueño injusto!

—¡Tú también piensas que merecí lo que me ha sucedido, porque tú también me aconsejaste que no fuera a Tiberíades! —exclamó ella, acusándole como un niño que, en su pena, intenta a la vez aliviar su herida y su culpabilidad hiriendo y acusando a los otros.

—Nadie de los que te aman será capaz de decir una cosa parecida, ni de pensarla, María —protestó él con dulzura—, porque está escrito: *El odio engendra el odio, pero el amor cubre una multitud de pecados.*

—¡Oh, deja de citar proverbios! —lanzó ella separando la vista de su rostro—. ¿Por qué no te vas y me dejas sola?

—Tenía intención de ir a Magdala esta mañana.

—Pues bien, ¡vete y deja de fastidiarme!

—¿Deseas que le diga algo a Demetrio?

—Dile que quiero morirme.

Su voz se rompió y las lágrimas corrieron otra vez por su rostro, el cual conservaba idéntica inmovilidad, como si la máscara de desesperación se hubiera fijado para siempre.

—Dile que se olvide de haber tenido una hija.

Enroscándose de repente sobre sí misma, hundió su rostro en la almohada.

José salió en busca de la mujer de Simón y le rogó que vigilara con mucha atención a María, que se encontraba extraordinariamente deprimida y quizás a punto de sufrir un nuevo síncope. Después, con el corazón lleno de inquietud por la muchacha a quien amaba, montó en su mula y emprendió el camino de Magdala. Se enteró de que los soldados habían registrado la casa de Demetrio, pero que partieron sin amenazar al anciano, convencidos de que la fugitiva no había ido a esconderse allí.

El resto de los músicos había aparecido renqueando al amanecer, pero el fabricante de cítaras estuvo intranquilo hasta que llegó Hadja y le enteró de que María estaba sana y salva.

—En realidad ¿qué es lo que sucedió en la villa de Pilato, José? —Demetrio le interrogaba con una sencillez directa—.

Estoy seguro de que Hadja no me ha dicho toda la verdad.

—Hadja os ha dicho lo que sabe, no necesita saber más —dijo José.

Pero, ante la pregunta sin eufemismos de un hombre anciano, a él no le quedaba la posibilidad de disimular los hechos.

Cuando hubo terminado su relato, el rostro de Demetrio sólo mostraba pesar y cólera contra sí mismo.

—¡La culpa es mía! Yo hubiera debido prohibirle que fuera allí.

—Estabais enfermo y acostado —protestó el joven—. Además, conocíais su valor; ella cree que nada es imposible y, a pesar de todo, hubiera ido.

Demetrio admitió aquello.

—Nadie hubiera sido capaz de detenerla, una vez decidida a ir a danzar a la villa y procurarse dinero para mí. Temo haber exagerado mi importancia en el teatro de Alejandría, para impresionarla… Y cuanto menos seguro me sentía de mi deseo de volver allá, más convencida estaba ella de que sólo podría sentirme feliz allí. Ahora la que desea vivamente ir es ella… —Colocó la mano en el hombro del joven—. Me agradaría que se casara contigo, José; tú eres un hombre admirable y ella te quiere.

—No lo bastante para renunciar a Alejandría.

—Quizá cuando se dé cuenta de todas las decepciones, de todos los pesares, de todas las esperanzas fallidas que acompañan la vida de teatro… Pero hasta entonces… ¿Cómo se encuentra ahora?

—Es otra. La misma, pero otra, dura y fría. Temo que la única cosa que le permitirá resistir todo esto, es su firme resolución de vengarse.

Demetrio suspiró:

—Una mujer nunca es completamente igual que una muchacha.

¡Qué terrible experiencia debió de ser para una criatura tan sensible como María! Condúcela aquí tan pronto como puedas, José. Quizá pueda ayudarla en esta prueba.

José movió la cabeza:

—No creo que nadie de nosotros pueda realmente ayudarla, Demetrio, por mucho que la amemos. Es preciso que se quede cerca de Simón y de su mujer hasta que sepamos si Gayo Flaco persevera o no en buscarla. Voy a la villa del Procurador para cambiar el vendaje del brazo de su mujer. Quizás así pueda ponerme al corriente de sus planes.

No sin aprensión se acercó a la villa de Poncio Pilato, pues no podía adivinar si su participación en los acontecimientos de la víspera era conocida o, cuando menos, sospechada.

El *nomenclátor* lo trató con deferencia y lo introdujo en la habitación de la esposa del Gobernador. Claudia Prócula se encontraba en plena forma, ya que el dolor de su brazo no había vuelto a aparecer:

—¡Esto parece cosa de magia! —dijo ella alegremente.

Después, mientras rehacía su vendaje:

—Cuéntame noticias de Galilea, José —le rogó ella—. He estado tantos días sin salir por culpa de mi brazo, que he perdido todo contacto con el exterior.

—Se habla de una danzarina que esta noche última fue tratada, aquí mismo, con mucha crueldad —respondió él con toda la calma de que fue capaz, y alegrándose de tener que colocar el vendaje, lo que le permitía mantener el rostro escondido.

—¿Qué queréis decir?

—Anoche, una joven fue contratada para danzar ante el Procurador y sus invitados. Después sus músicos fueron echados y ella guardada aquí contra su voluntad.

—¿Le ocurrió algo malo?

Su voz era sólo un susurro y había palidecido.

—La infeliz entró aquí virgen… y ya no lo es…

—¿Por culpa del Procurador?

Ella jadeaba de inquietud.

—¡No! Pero fue convocada en su nombre.

—Entonces, ¿fue Gayo Flaco?… ¡Nos prometió que semejante cosa no sucedería nunca! —exclamó ella.

Después, haciendo un esfuerzo para dominarse:

—El sobrino de mi marido es un hermoso soldado y uno de los oficiales preferidos del Emperador; pero si bebe demasiado vino se convierte en un… en un verdadero animal… sobre todo, por lo que concierne a las jovencitas. Mi marido procurará dar una generosa compensación a su familia. ¿La conocéis bien, José?

—Yo le había rogado que fuese mi mujer —respondió sencillamente.

Claudia Prócula se sintió sofocada:

—¡José!… ¡Es terrible!…

Ella posó suavemente la mano en su brazo:

—¿Hay algo que podamos hacer?

—Gayo Flaco ha lanzado soldados en su persecución cuando logró escaparse anoche… En este momento está bien escondida.

Es indudable que ahora odia a todos los romanos.

—Comprendo que nos odie —admitió tristemente Prócula—. Pero ¿y vos, José?

—Intento recordar las enseñanzas del Altísimo, pero es duro no poder desear la venganza.

—No sabría acusaros porque desearais matarlo, pero sólo conseguiríais perder vuestra propia existencia. Roma no siempre envía a los mejores para representarla en el exterior, José, y cosas de esta naturaleza suscitan más el odio contra nosotros que todo lo demás. Poncio Pilato nunca hubiera permitido esto… Es un hombre bueno, a

pesar…

Ella no terminó la frase, pero José comprendió que quiso decir «a pesar de su debilidad y de su indecisión», pues aquello era lo que había impedido a su marido ser uno de los grandes administradores coloniales de Roma.

—Os puedo garantizar una cosa, José —continuó Claudia Prócula—, y es que Gayo no volverá a molestar más a esa muchacha. Dentro de unos días embarca en dirección a Roma: el Emperador requiere su presencia en la corte.

Aquélla era una excelente noticia, ya que, por consiguiente, dentro de unos días María podría regresar a Magdala sin tener que esconderse de aquel que la había traicionado.

José se apresuraba a salir de la villa para llevar aquella seguridad a Magdala, pero en el portal se encontró frente a Gayo Flaco mismo. El tribuno llevaba uniforme, pues venía de hacer practicar ejercicio a la guardia de palacio, cuyo jefe era. José se apartó, pero el romano lo llamó con voz autoritaria.

—¡Eh, tú, *Sanguijuela*!… Tengo que hablar contigo.

José se detuvo y esperó. Tenía casi la seguridad de que Gayo Flaco no sospechaba de que fuera él quien, la vigilia, se llevara a María, ya que el soldado de guardia no podía traicionarle sin traicionarse a sí mismo.

—¿Qué sabes tú de María de Magdala, la muchacha que se desmayó en la calle el otro día?

—La conduje a casa de Demetrio, tal como ella me lo pidió.

—¿La has vuelto a ver después?

—La veo con mucha frecuencia —admitió José.

—¿Sabrías, entonces, dónde puedo encontrarla? —preguntó en seguida el romano.

—En casa de Demetrio.

—No está allí —exclamó el tribuno con impaciencia—, y él no me lo quiere decir.

—Quizá porque no esté muy seguro respecto a vuestras intenciones hacia ella…

—Estoy loco por ella —gritó el otro, furioso de confesarlo ante aquel debilucho.

—¿Es que deseáis casaros con ella?

—¿Casarme? ¿Es que un romano del orden ecuestre se casa con una judía? Tú sabes eso, *Sanguijuela*. Nuestra ley lo prohíbe.

—Nuestra ley —corrigió gravemente el aprendiz—, nuestra ley prohíbe a un judío casarse con una pagana y a una judía casarse con un pagano; eso representa convertirse en impuro a los ojos del Altísimo.

Necesitó Gayo un segundo para comprender que era la judía la que se consideraría mancillada por la unión con un romano, y no a la inversa. Entonces se sonrojó y José vio cómo apretaba los puños, pero en aquel instante Claudia Prócula

apareció en el patio y se detuvo para examinar unas flores. José comprendió que ella se había dado cuenta de la ira de Gayo Flaco y que le protegía a él, José, con su presencia.

—¿Es que no sabes nada de la muchacha? —refunfuñó el romano en voz baja.

—Sé que ella es legalmente la hija adoptiva de Demetrio y que Demetrio, siendo como es ciudadano romano, tiene derecho a protegerla, incluso ante el Emperador, contra quien sea —dijo tranquilamente el otro.

Esta amenaza, aunque cortésmente disimulada, paró en seco a Gayo Flaco. Un acto de libertinaje cometido contra una muchacha perteneciente al pueblo sometido podía no tener ninguna consecuencia para un oficial romano; pero un ciudadano romano podía presentar querella contra cualquiera, por debajo del Emperador, por muy alto que estuviera situado el ofensor y si la causa era justa. Tiberio tenía fama de ser muy severo e inflexible con esta clase de ofensas.

—¿Y tú, *Sanguijuela*? ¿Eres ciudadano de Roma? —lanzó con rabia el oficial.

—¿Yo? No.

—Entonces, cuida de que tu lengua sea más prudente otra vez, cuando te dirijas a tus superiores. ¡No siempre encontrarás en el momento oportuno una mujer que te proteja!

Habiendo dicho esto, Gayo Flaco dio media vuelta y entró en la villa.

Capítulo XI

EN EL CUAL NOS ENTERAMOS DE LA EL PROYECTO DE JOSÉ SE PRECISA; CAMINO DE LOS DOS SERES QUE PROMESA DE MARÍA; EN EL QUE Y EN DONDE SE ADIVINA QUE EL SE AMAN VA A BIFURCARSE

MARÍA REGRESÓ a su domicilio en Magdala, unos días después de la partida de Gayo Flaco para Roma, pero el estado de su espíritu no había mejorado mucho. Pasaba una gran parte del día en su habitación o en el jardín, sosteniendo sobre su pecho su querida lira, pero sin nunca pulsar sus cuerdas. La dureza de su rostro, inmóvil, bastaba para reflejar su sufrimiento y vergüenza, pero no hablaba más que cuando le dirigían la palabra, y su respuesta era siempre breve y hecha en tono neutro, tan desprovista de sentimiento como de inflexiones.

Así pasaron las semanas y se acercó la fecha en que el maestro de José, el médico Alejandro Lysímaco, iba a conducirlo a Jerusalén a que lo examinaran los jueces, con el fin de que apreciaran su competencia y su derecho al título de *rophe uman*, que le permitiría practicar la medicina por su propia cuenta.

Unos días antes de su partida, María se presentó en su casa por la mañana, muy temprano. Su madre estaba en el mercado y él se encontraba solo en la casa. Los ojos de la joven despedían un extraño brillo; parecía tener fiebre, pero cuando la interrogó negó sufrir el menor malestar.

—He venido —dijo— a pedirte llenes mi frasco con vino de *mandrágora*, pues está vacío.

Mientras vertía con gran cuidado en el pequeño frasco el útil y poderoso extracto, se dio cuenta de que las miradas de María eran atraídas por una gran jarra que se encontraba en un extremo del anaquel.

—Aquí está mi fortuna —dijo él sonriendo mientras la cogía—.

Fíjate, casi está llena hasta la mitad.

Las bolsas que le diera Claudia Prócula habían hecho aumentar mucho su tesoro, e incluso Pilato mismo recurrió varias veces a sus sanguijuelas.

María tomó un puñado de monedas y lo dejó deslizar entre sus dedos.

—Pronto tendrás lo suficiente para ir a Alejandría —dijo ella con una voz apagada.

Él movió la cabeza y respondió:

—Cuando regrese de Jerusalén, comenzaré en seguida a hacerme una clientela aquí mismo.

—¿Cómo? ¿No deseaba tu corazón firmemente ir a completar tus estudios en Alejandría?

—¿Sería una novedad para ti oír que mi corazón lo que desea es vivir a tu lado? ¿No sabes que prefiero mil veces vivir en Galilea contigo que en cualquier otra parte sin ti?

—¡No digas eso! —susurró ella—. Te lo ruego, José, no digas eso.

Se dejó caer en un banco, escondiendo su cara entre las manos, pero no con bastante rapidez para que él no vislumbrara un infierno de angustia en sus pupilas. Sin embargo, cuando intentó acercarse a ella para consolarla, lo rechazó.

—Ve a visitar a tus pacientes —dijo ella sin mirarle—. Yo me quedaré aquí y veré a tu madre cuando regrese del mercado.

De mala gana cogió él el *nartik* que contenía sus instrumentos y sus remedios, y se alejó de la casa. Su primera visita —se trataba de colocar sanguijuelas en los ojos hinchados e inflamados de un tintorero de lanas— le ocupó casi una hora.

Cuando terminó, y antes de dirigirse hacia el siguiente paciente, se apresuró hasta su propio domicilio para comprobar si su madre había vuelto, ya que a veces encontraba en el mercado otras mujeres, y se entretenía hablando con ellas. El pensar que María pudiera permanecer sola mucho rato, a solas con su congoja, le resultaba intolerable.

La casa parecía vacía y pensó que probablemente su madre habría acompañado a María hasta un pequeño parque vecino.

Considerablemente aliviado por poder decirse que sus temores eran infundados, se dirigió hacia su gabinete con objeto de colocar en el cubo las sanguijuelas ahítas de la sangre del tintorero y coger otras que estuvieran en ayunas. Allí encontró a María en el suelo, y junto a ella el frasco que había contenido su provisión de vino de *mandrágora*.

Por el momento no pudo creer lo que veía. ¿No había dado María aquella misma mañana pruebas de una cierta animación, cosa que no le sucedía desde hacía bastante tiempo? No obstante, recordó que la primera vez que le dio una pequeña dosis de *mandrágora*, le había explicado que una gran cantidad de aquel vino producía el sueño y la muerte.

¿Por qué había hecho aquello? Se lo preguntaba a sí mismo mientras la alzaba, inerte y blanda, y la llevaba hasta su lecho. Vivía aún, pero la completa relajación de sus músculos, la lentitud y la poca hondura de su respiración, atestiguaban que quizás una importante cantidad de la droga había pasado ya a la sangre. Hubiera comprendido que ella tratara de matarse en el paroxismo de su vergüenza y de su dolor en el momento de la abominable experiencia vivida en manos de Gayo Flaco. Pero ya habían transcurrido dos meses desde entonces, tiempo suficiente para que el efecto del choque se hubiera atenuado y recuperado cierto equilibrio.

Sin embargo, no perdió el tiempo formulándose preguntas ridículas. Aunque hubiera tomado la droga en cuanto él se fue, no hacía más de una hora, y existían

muchas probabilidades de que la mayor parte de ella se encontrara todavía en el estómago. Si lograba que la expeliera, cuando menos esa cantidad no agravaría su estado.

Felizmente poseía una *kulcha* —una sonda estomacal— en su *nartik*. Lo que siguió no fue en modo alguno agradable, pero tuvo la satisfacción de conseguir que expulsara una parte del vino de *mandrágora*. Utilizó en seguida el tubo para verter en el estómago de la muchacha una dosis importante de la mezcla denominada *mithridaticum*, debida, según se decía, al rey del Ponto, Mitrídates VI, que deseaba protegerse contra los envenenamientos, tan frecuentes en la época. La hizo preparar para que fuera «un antídoto contra todo reptil venenoso y toda substancia venenosa»; a partir de entonces, bajo formas diversas y ligeramente modificadas, su mezcla se utilizaba en el mundo entero.

Cuando la madre de José regresó, él estaba calentando piedras en el atrio para acabar de entonar a María, ya tapada con varias mantas. Todo cuanto podía hacer desaparecer, o cuando menos atenuar los efectos del veneno, se había hecho. Ahora lo único que podía hacer era luchar, por el medio que fuera, para sostener las fuerzas de la paciente.

Durante todo el día y parte de la noche permaneció al lado del lecho donde María estaba tendida. La dura máscara de dolor que inmovilizaba sus rasgos desde hacía semanas, había desaparecido, y otra vez parecía la alegre niña que danzaba y que amó en cuanto la vio bailar en la calle de Tiberíades.

Al verla tan apacible, comprendió menos aún lo que hiciera su vida insoportable hasta el punto de intentar matarse.

Al finalizar el día, mientras las sombras de la noche comenzaban a extenderse, creyó varias veces que el espíritu de María iba a abandonar el cuerpo. Luchó desesperadamente para salvarla, utilizando todos los recursos de su saber y todos los estimulantes de su farmacopea. Acabó por caer de rodillas al costado del lecho y rogar a Dios que le permitiera vivir, y cuando la oscuridad descendió hasta el lago, cuando la habitación quedó completamente a oscuras, sintió que el pulso se reanimaba entre sus dedos. Con exultación comprendió que había ganado la partida en su batalla contra la muerte.

Era ya más de medianoche, y hacía mucho rato que José mandó a su madre acostarse, cuando María dio señales de retornar a la vida. Bruscamente se retorció a consecuencia —según parecía— de un dolor agudo, encogiendo las piernas como si intentara encontrar una posición que aliviara su dolor, a la manera de los que sufren un cólico. Cuando el muchacho puso sus manos en el lugar del cuerpo donde el sufrimiento parecía haberse centrado, notó los músculos abdominales tensos y duros como madera. Al cabo de unos segundos estiró ella las piernas, pero apenas lo hizo el espasmo se repitió. Esta vez gimió y él creyó, por un momento, que iba a recobrar el

conocimiento, pero el espasmo terminó y sus rasgos se apaciguaron. Poco tiempo después otro espasmo la obligó a encorvarse de nuevo.

Ahora José comprendía por qué María había querido matarse.

No debía de hacer muchos días que ella se sabría encinta, y su desesperación la había conducido a desear suprimirse.

La dosis masiva de vino de *mandrágora* estaba ocasionando un aborto.

José borró toda huella de lo sucedido, enterrando el feto en el jardín.

Al amanecer, María se despertó recordando sólo su pesar y su vergüenza, pero no su sufrimiento. Estaba pálida y grandes círculos oscuros se veían debajo de sus ojos.

—Todo ha terminado, querida, y todo va bien: ¡te encontré a tiempo! —le dijo con voz tranquilizadora.

Lentamente, el rostro de la joven volvió a cubrirse con la máscara que hasta aquel momento no lo hiciera:

—Deseaba morir —dijo con un tono amargo—. ¿Por qué me lo has impedido?

—Nadie tiene derecho a atentar contra su propia existencia, María. Debes vivir para Demetrio y para aquellos que te aman.

—¿Y ser tratada de *meretriz* cuando lleve el niño de Gayo Flaco?

—Esto es lo que intentaba hacerte comprender —dijo dulcemente—.

Expulsaste el germen; tu pesadilla ha terminado y nadie en el mundo lo sabe, excepto tú y yo.

Durante un largo instante permaneció silenciosa. Si aquella noticia la aliviaba, no lo dejaba ver y su rostro no se distendía.

Cuando habló fue para preguntar:

—¿Qué le dirás a tu madre?

—Ella piensa que has sufrido uno de tus síncopes.

María, entonces, volvió el rostro hacia la pared y José prefirió no seguir habiéndole.

Rogó a su madre que le diera un caldo caliente más tarde, cuando estuviera en condiciones de tomarlo, y se fue a visitar a sus enfermos. Cuando regresó, por la tarde, María estaba sentada en el lecho y sus mejillas se teñían de rosa. Él le cogió la mano que descansaba encima de la manta.

—Voy a partir a Jerusalén —le dijo—. Quizás esté ausente toda una semana. Si deseas que no me sienta preocupado, prométeme que no volverás a repetir lo que hiciste ayer.

Ella le miró a los ojos y su aspecto de fría resolución le dio miedo:

—No intentaré volver a matarme —dijo lenta y claramente—.

¡Ahora ya tengo un motivo para vivir!

Durante un minuto, José esperó que ella dijese lo que él aguardaba oír con tanto deseo, pero en cuanto ella habló, sus ilusiones se desvanecieron.

—Hoy —dijo ella— he jurado ante el Altísimo, con un juramento solemne, que no cejaré hasta matar a Gayo Flaco y haberme vengado.

Por mucho que dijo José, nada pudo hacerla retroceder de su determinación. En vano insistió sobre el hecho de que un miembro de la raza conquistada no poseía ni la más pequeña posibilidad de éxito contra un miembro —e incluso un miembro bastante importante— de la raza conquistadora, y que su resolución sólo podía conducirla a la desesperación y quizás a la muerte: la sangre estremecida, la sangre judía de María había triunfado en ella sobre la parte lógica y razonable procedente de su sangre griega, y oía desde muy alto la implacable ley del tiempo de Moisés, en el tiempo en que Dios dijo: *Tú deberás dar vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, lastimadura por lastimadura*.

A partir de entonces, el estado de María mejoró rápidamente y cuando José estuvo dispuesto a partir para Jerusalén, se paseaba ya por la habitación. Había pedido que le trajeran su lira de casa de Demetrio, y la tocaba con frecuencia durante el día. Sin embargo, él no se forjaba ilusiones y no creía ni por un instante que aquélla fuera la María de antes, aquella a quien amara en seguida y a la que nunca había dejado de amar.

Un espíritu malo se había apoderado de ella, un demonio de odio que parecía decidido a no permitirse descanso alguno hasta que no consiguiera su fin: la muerte del hombre que había mancillado su carne y roto su orgullo.

Capítulo XII

EN EL CUAL LA FORTUNA DE JOSÉ SE VISLUMBRA CLARA PARA EL MAÑANA, MIENTRAS QUE SUS ECONOMÍAS DE AYER SE DESVANECEN

COMO LO HICIERA en cada una de sus raras visitas a Jerusalén, José se alojó en casa de su tío, el mercader José de Arimatea.

Más respetado aún en la ciudad por su caridad y su bondad que por su riqueza, José, cuyo nombre llevaba el joven médico de Magdala, ocupaba una posición influyente en el Sanedrín, Consejo a la par civil y religioso.

El día siguiente a su llegada, el joven galileo comía con él cuando, después de haber hablado sobre la familia, los amigos y las ocupaciones, su tío le preguntó, con gran atención y con todo detalle, sobre sus relaciones con Poncio Pilato y su mujer.

Después de haberle escuchado, el mercader aprobó su gestión, subrayando sus palabras con movimientos de cabeza:

—Has hecho muy bien procurándote la simpatía del Procurador y de su mujer —dijo—. Me doy cuenta, aunque no me sorprende, de que tuve razón cuando te recomendé a él.

Acariciándose la barba, prosiguió su interrogatorio:

—¿No has pensado nunca en venir a instalarte en Jerusalén, una vez que poseas el título de médico?

—Supongo —dijo el muchacho sonriendo— que todo aprendiz, todo colocador de sanguijuelas, sueña con llegar a ser aquí, un día u otro, un médico famoso. Pero son tan numerosos los que cuidan enfermos en la ciudad, que mis posibilidades de éxito serían poquísimas… Un guijarro en una montaña…

—¡No tan seguro, no tan seguro! —dijo el otro, sin precisar más su idea—. Ahora a la cama, muchacho. Los jueces no son tan fáciles y valdrá más que mañana tu espíritu esté fresco y lúcido.

En realidad, a José le costó poco convencer a los jueces de Jerusalén de que sus conocimientos médicos y su habilidad en el dominio de la cirugía eran suficientes para valerle el diploma de *rophe liman*, médico experto. A pesar de que terminaba su aprendizaje, su competencia dejaba atrás en mucho la de la mayoría de los médicos de la Ciudad del Templo, los mejores de toda Judea.

Debido a esto sólo necesitó un día para que todos los exámenes que los jueces creyeron oportuno hacerle quedaran terminados brillantemente. El día siguiente tuvieron lugar las formalidades de la redacción y entrega de los certificados en las dos ramas, y José abandonaba, muy feliz, la sala donde se había desarrollado esta pequeña, pero importante ceremonia, cuando un venerable doctor de la ley, Elías, que

también era miembro del Sanedrín, le interpeló:

—¿Cuáles son actualmente tus planes, José de Galilea, *rophe uman*?

Aquel a quien por primera vez saludaban con este nombre, respondió:

—Tengo la intención de practicar durante algún tiempo en Magdala, cuando menos hasta que el Procurador regrese a Cesárea.

—La confianza que te demuestra Poncio Pilato es una excelente cosa —opinó Elias—. ¿Y después?

—Cuando haya podido economizar una cantidad suficiente, deseo completar mis estudios en Alejandría.

—¿Por qué seguir estudiando? Sabes ya más que nuestros médicos de Jerusalén, que la mayoría de ellos en todo caso.

—No creo que exista fin para el estudio —respondió José sonriendo.

—Dices verdad —reconoció Elias—, pues está escrito: *Instruye a un sabio y será más sabio; enseña a un hombre justo y acrecentará su saber*. Pero también está escrito: *El hombre sabio escuchará y enseñará; el hombre de comprensión llegará a los Consejos de los Sabios*. Podrías aprender mucho aquí mismo, en Jerusalén.

—Estoy persuadido de ello, maestro —admitió José, que se preguntaba hacia dónde tendía aquella conversación alusiva.

—Nosotros, los del Consejo, te conocemos desde hace algún tiempo, a la vez por ese excelente médico de Magdala, tu maestro Alejandro Lysímaco, y por tu tío, José de Arimatea, que es amigo mío. También sabemos de tu éxito en los cuidados que has prestado al Procurador Poncio Pilato y a su esposa, la dama Claudia Prócula y, puesto que la sangre de David corre por tus venas, conviene que sirvas en el Templo del Altísimo.

Si te agrada venir a Jerusalén, serás nombrado medicas vísceras para el templo.

El joven quedó tan estupefacto, que apenas pudo creer lo que oía. El honor de servir como médico agregado al Templo se concedía generalmente a hombres maduros, famosos en la profesión e, incluso entonces, no se concedía a la ligera. No dudó ni por un momento que la oferta se debía al hecho de que cuidaba a Poncio Pilato y a su mujer. Sus altas funciones obligaban al Procurador a permanecer en Jerusalén de vez en cuando, una temporada más o menos larga, y su extraordinario mal humor cuando sufría ataques de gota hacía que los contactos oficiales fueran peligrosamente difíciles. Resultaba, por consiguiente, muy lógico por parte del Sanedrín desear tener a mano durante aquellas visitas, a fin de evitar que resultaran peligrosas, a alguien que ya hubiera logrado curar al Procurador.

Fueran cuales fueren las razones que motivaban aquella oferta halagadora, José sabía que su interés consistía en aceptarla.

Como medicas vísceras, tendría segura la clientela de los ciudadanos más importantes y más opulentos de la ciudad y de Judea, y su fortuna estaba hecha. Era

aquélla una perspectiva que no podía rechazarse sin reflexionar previamente y, sin embargo, si había estado dispuesto a renunciar a Alejandría para casarse con la Magdalena, ahora dudaba, al haber sido rechazado por ella, en abandonar su proyecto inicial.

—Contaba estudiar en Alejandría cuando menos durante un año —dijo.

—Esto podría, sin ninguna duda, arreglarse más adelante —admitió amablemente Elías—. Nadie podrá reprobar que un hombre desee aumentar su competencia en la ocupación que ha escogido. ¿Te bastará un mes para arreglar tus asuntos en Magdala?

—Creo que me sobrará.

—Presentaré, pues, tu nombramiento a la firma del Gran Sacerdote y serás informado de ello cuando llegue el momento.

Transcurrió más de una semana antes de que le fuera posible regresar a Magdala, pero mientras se apresuraba en el camino, la buena noticia le llenaba de gozo. Esperaba que ante la oferta de un cargo tan importante María consideraría quizá más favorablemente una boda que la llevaría lejos de los lugares donde tanto había sufrido, pero cuando llegó a su casa se enteró que la joven había abandonado su hogar el mismo día que él partiera, y que su madre no había vuelto a verla desde entonces.

Se apresuró a ir a la casa del fabricante de cítaras, mientras repasaba los argumentos que utilizaría para conquistar a María, explicándole que seguramente podría procurarle a Demetrio una excelente clientela en una ciudad tan importante, y que los cientos de miles de judíos que iban a ella cada año en peregrinación no podían dejar de aumentar, en una elevada proporción, la cifra de sus negocios. Quizás incluso pudiera conseguir que le nombraran músico del Templo.

Al acercarse a su casa por la calle de los Griegos, se preguntó qué encontraba cambiado en ella. Sólo al encontrarse frente a la puerta comprendió que faltaban los ruidos acostumbrados, los martillazos sobre las maderas, la vibración de las cuerdas al afinarlas, las notas inseguras de un alumno que se ejercitaba y, por encima de todo, una voz femenina de una incomparable belleza que flotara en el aire hacia las cimas.

Súbitamente la angustia se apoderó de él, atravesó la calle para ir a llamar a la puerta de la pequeña casa y vio que a través de puertas y ventanas aparecían colocadas unas barras.

Un anciano que pasaba se detuvo y le explicó con voz temblorosa:

—Si busca al fabricante de liras, se ha ido. Y todos los suyos con él.

—¿Cuándo partieron? —exclamó José—. ¿Adonde?

El anciano hizo un gesto de ignorancia:

—Hará una semana o algo así, pero no sé dónde fueron.

Todo cuanto sé es que tomaron la Vía Maris en dirección al sur.

—¿Sabe si la muchacha a quien llaman María de Magdala los acompañaba?

—¿La de los cabellos rojos? Sí. Iba al lado de la mula que llevaba a Demetrio.

José no pudo sacar nada más en limpio de él ni de sus vecinos.

Todos estuvieron de acuerdo en confirmar que el grupo había tomado la dirección del sur, es decir, la de Alejandría.

La rama meridional del Camino del Mar iba, a través de la región montañosa, de Magdala a Jope y a otras ciudades marítimas.

Desde Jope era muy raro que transcurriera un solo día sin que un barco zarpara para Alejandría, a algunas jornadas de vela. También partían hacia allí numerosas caravanas que tomaban la vía terrestre, que era más larga. Parecía seguro que María había convencido a Demetrio para marchar a Alejandría sin demora, y José estaba profundamente convencido de que esta dirección estaba ligada al juramento de venganza de la Magdalena.

Pero ¿por qué había partido sin decírselo? ¿De dónde había sacado el dinero para el viaje? Incluso con las bolsas recibidas por su danza ante Poncio Pilato no hubiera tenido suficiente para llevarse a Egipto a los cuatro músicos y a los hábiles obreros, artistas en su oficio, que, animando el taller del griego, formaban parte de lo que el anciano encontrado en la calle llamaba «todos los suyos».

Todo impelía a José a lanzarse tras las huellas de María. Si alquilaba o compraba un buen caballo o un camello rápido, podía aún perseguirlos por la Vía Maris y quizás alcanzar Jope antes de que tuvieran tiempo de embarcarse. No es que esperara persuadirla de regresar con él —conocía demasiado bien a María para concebir tal esperanza—, pero ella ignoraba sus actuales proyectos para el mañana, ignoraba que había sido nombrado medicas viscerus en el Templo de Jerusalén. Cuando ella lo supiera quizás aceptara esperarle en Alejandría. Necesitaba dinero para alquilar un caballo o un camello —eran más costosos que una mula, pero más rápidos—, mas la jarra en la que guardaba su dinero contenía varias veces el importe necesario para la expedición.

Entró en su casa como una flecha, gritó desde lejos a su madre que salía inmediatamente para Jope y se dirigió hacia la jarra donde guardaba sus economías. Al cogerla la notó en seguida mucho más ligera de lo que recordaba, pero cuando le dio la vuelta y comprobó que estaba vacía, lo comprendió todo.

Comprendió dónde había María encontrado el dinero indispensable para su viaje a Alejandría.

Y, al mismo tiempo, que la persecución se había hecho imposible…

LIBRO SEGUNDO

ALEJANDRÍA

Capítulo I

EN EL QUE EL RICO MÉDICO JOSÉ REALIZA UN ANTIGUO PROYECTO DEL POBRE COLOCADOR DE SANGUIJUELAS…

LOS ESCLAVOS SE DETUVIERON, se inclinaron y soltaron las empuñaduras de la suntuosa silla de manos. José separó las cortinas y puso los pies sobre las losas del muelle en medio de una escena de actividad trepidante: la propia silla de manos del Procurador le había conducido al puerto, a través de toda la ciudad de Cesárea. El sol brillaba en las águilas de oro colocadas en las cuatro esquinas, y el viento movía el guión personal del Procurador, llevado por un robusto soldado de la propia guardia de Pilato. A nadie podía caberle la menor duda respecto a quienes gobernaban allí —la huella de Roma aparecía por todas partes— y José sintió vergüenza durante un breve instante, pues parecía, al dejarse conducir con gran pompa hasta su barco, haber dado a los conquistadores su aprobación, cuando menos tácita.

Se encontraba casi al pie de la pasarela por la cual se subía hasta el puente del gran barco mercante —del tipo llamado «redondo», para distinguirlo del tipo de los navíos de guerra, denominados «largos»—. Protegido por el muelle de piedra maciza, en forma de semicírculo, cuya construcción se debía a Herodes *el Grande* y que había transformado una bahía abierta en puerto abrigado y seguro, el gran barco apenas se movía en el lugar en que estaba amarrado. Los esclavos iban y venían en grandes filas por la pasarela de la cala, pero no se producía ningún embotellamiento o confusión, ya que casi a diario un navío de Roma, o de alguna otra gran ciudad del Imperio, tocaba en Cesárea para descargar o cargar mercancías, traer el correo y los documentos oficiales a Poncio Pilato, Procurador de Judea, o llevarlos, y el trabajo se llevaba a cabo con una cierta rutina.

José de Galilea había llegado a Cesárea unos días antes para efectuar una visita de despedida al Gobernador y a Claudia Prócula, antes de alcanzar Alejandría y permanecer en ella estudiando durante un año, tal y como le fue prometido cuando aceptó, cinco años antes, el empleo de *medicus viscerus* en el templo de Jerusalén. Muchas cosas habían sucedido durante aquellos cinco años. Era ya un hombre rico que se disponía a embarcarse para Egipto, un médico cuya fama se extendía no sólo sobre Judea entera y Galilea, sino hasta Antioquía, capital de Siria, donde había sido llamado para curar al delegado Vitellus.

Se daba perfecta cuenta, pues carecía de vanidad, de que una gran parte de su éxito se debía a su parentesco con José de Arimatea, el rico mercader de Jerusalén, y a la confianza de Poncio Pilato y de su esposa. Su agradecimiento era muy grande; pero, aunque sus relaciones con Claudia Prócula hubieran sido siempre muy

agradables, nunca se había podido acercar verdaderamente al Procurador, salvo físicamente para curar su gota y las demás molestias que aquejaban casi durante todo el año al representante de Roma.

Sin embargo, José había llegado a conocer y a comprender a aquel hombre extraño que era Pilato, quien estaba sujeto a crisis de abyecta compasión hacia sí mismo, cuando pensaba que su hijo era deforme y que estaba condenado a servir a Roma en un país que consideraba como bárbaro. Como sucede con frecuencia en los emocionalmente inestables, era capaz de saltar sin transición de un extremo a otro y de mostrarse entonces cruel hasta lo inimaginable, arrogante, altivo, pisoteando los derechos de los demás, perfectamente indiferente a las libertades que Roma garantizaba a aquellos a quienes había conquistado.

A veces entraba en Jerusalén rodeado de águilas romanas, cosa que no suscitaba ninguna murmuración, pero lo hacía por la noche y ordenaba que las águilas se alinearan frente a la misma puerta del Templo, lo cual era un ultraje y una blasfemia, ya que las representaciones de seres vivos estaban prohibidas por la ley de Moisés, ultraje que ofendió las miradas de los fieles cuando, al hacerse de día, se dirigieron a su templo para adorar al Altísimo.

Sus soldados, con mucha frecuencia, llevaban puñales cuando se infiltraban entre la multitud y, si la más ligera ocasión se presentaba, se servían de ellos con crueldad. Sabedor de que ciertos judíos conspiraban contra él con objeto de nombrar a Herodes Antipas rey de Jerusalén, Pilato desconfiaba de todos.

Los judíos poseían pocos motivos para amarle; pero, por lo que respecta a José, siempre se había mostrado muy bondadoso con él y, al nombrarlo su médico personal y médico de la Corte en Cesárea, así como de la guarnición de Jerusalén, había mejorado singularmente su fortuna, no sólo en oro, sino además, y sobre todo, consiguiendo que su reputación fuera más elevada que la de cualquier otro médico. Si en la naturaleza de Pilato existía una parte perfectamente buena, sin un solo fallo, ésta era el amor inmenso que sentía por su hijo Pila y por la exquisita y menuda patricia que era su mujer. Sólo la influencia que ésta, caritativa, generosa y dulce, ejercía indudablemente sobre él, le impedía convertirse del todo en un tirano.

El asma de Claudia Prócula hizo que José tuviera que personarse con frecuencia en Cesárea, e incluso, aunque menos veces, ya que el clima le resultaba más beneficioso, en Tiberíades, en el transcurso de sus cinco años en Jerusalén. Por desgracia, no había conseguido aliviarla mucho, pero siempre sus requerimientos le producían alegría y le otorgaban una excusa para abandonar de vez en cuando la Ciudad del Templo y escapar así a la tensión que en ella era casi constante y palpable.

Por mucho que los judíos odiasen a los romanos y a aquel que simbolizaba en su país la conquista y el poderío romanos, siempre existía un cierto número de judíos

dispuestos a imitar a sus amos.

En Jerusalén, un pequeño grupo, los herodianos, se había aliado a los saduceos, lo cual les permitía gozar de una considerable importancia política, ya que los sacerdotes del Templo procedían de las filas de los saduceos. Los fariseos, por su parte, permanecían obstinadamente ligados a las leyes y costumbres antiguas de Israel, y consideraban con idéntico desprecio a herodianos y saduceos.

Así, mientras los fariseos contaban con la masa del pueblo, tradicionalista por naturaleza y siempre fiel a las glorias pasadas de Israel, los herodianos y los saduceos eran lo bastante sutiles para darse cuenta que cuando menos en el tiempo presente el mejor porvenir de los judíos dependía de los romanos, dueños de la hora actual, aunque hubieran preferido ver a un rey judío en el trono de Judea.

Mientras contemplaba a su alrededor la activa animación del gran puerto, José, aunque sintiera no poder ver durante aquel período a la dulce Claudia Prócula, sentía en su corazón el gozo de poder, durante un año entero, respirar lejos de las querellas y rencillas constantes de la complicada política del Templo. Llevaba una carta del Gran Sacerdote Caifás para Filo Judaeus, el jefe reconocido de los judíos en Alejandría, cuyo número excedía al de la población entera de Jerusalén. Por su parte, Claudia Prócula le había entregado una carta de introducción para su pariente Cestus, gobernador romano de la ciudad.

Con tales recomendaciones, José estaba seguro de la acogida en la sociedad romana y en la sociedad judía. Su intención, sin embargo, no era la de utilizarlas en cuanto llegara. Él se dirigía a Alejandría como un estudiante serio deseoso de instruirse más, ya que Alejandría era el centro de la ciencia más importante de la época.

Iba allí, por consiguiente, en busca de la ciencia. De la ciencia y de otra cosa que no se confesaba a sí mismo: de una muchacha cuya cabellera era igual que una antorcha encendida.

Sólo al pensar en ello su pulso se precipitaba, adquiría el ritmo de antaño, e incluso fallaba algún latido de su corazón cuando la emoción se hacía demasiado viva y la evocación demasiado precisa.

La llegada de un pasajero en la silla personal del Gobernador no había, evidentemente, pasado inadvertida a los ojos del capitán, quien se apresuró a descender por la pasarela a su encuentro y se inclinó profundamente al saludarle:

—Soy —dijo de la manera más oficial— Marco Quinto, capitán de este barco.

José, a su vez, se inclinó:

—La paz sea contigo, capitán Quinto. Yo soy José de Galilea, médico.

El capitán era un hombre corpulento, llevaba una barba color gris de hierro y tenía unos ojos agudos de marino:

—Vuestra modestia os sienta muy bien, señor —dijo subiendo a su lado por la tabla inclinada—. Numerosos son, en los puertos de Judea y también en un lugar tan alejado como Antioquía, los hombres que ha salvado la habilidad de un médico llamado José de Galilea. Se dice que, aunque sois rico, no negáis vuestra ayuda a nadie.

Abrió la puerta del camarote y retrocedió para dejar entrar a su pasajero:

—No estaréis solo durante este viaje —dijo—. Un médico de la costa de Malabar va embarcado a bordo, y se dirige a Alejandría desde Roma. Uno de mis marineros ha cometido la tontería de romperse un brazo y está curándolo.

José había esperado que durante aquel corto viaje encontraría una soledad apaciguadora, al abrigo de las conversaciones en general y de las discusiones médicas en particular.

Cuando llegó de Magdala a Jerusalén, cinco años antes, todos sus bienes terrenales fueron fácilmente transportados a lomos de una mula. Ahora necesitó bastante tiempo para dejar sus asuntos en orden; a los veintiséis años era un hombre rico y que iba a ausentarse durante un año. Poseía numerosos intereses y un dominio alrededor de la ciudad, una propiedad muy completa, con viñedos, tierras y jardines, como convenía al principal médico de la capital judía. Aquellos años habían sido de gran actividad y muy agradables en conjunto; había madurado mucho e incluso durante algún tiempo casi olvidó su deseo de proseguir sus estudios en Alejandría.

Y, sin embargo, cierto día, hacía de ello tres meses, llegó un hombre, el empleado de un cambista de Jerusalén, quien le entregó una bolsa llena de oro, cuyo importe representaba lo que María había… tomado en préstamo… de la jarra de la casa de Magdala, aumentado por el interés acostumbrado. No le fue posible obtener del banquero ningún dato, excepto que la suma había sido enviada desde Alejandría. A partir de entonces, María ya no se apartó de sus sueños ni de su pensamiento, y se había dicho que tenía que volverla a encontrar, aunque sólo fuera para cerciorarse de que ya no le amaba y si debía renunciar a verla compartir la hermosa vida que se había creado en Jerusalén.

Esta decisión reanimó en él el deseo de completar su bagaje médico por medio de estudios más avanzados.

En Alejandría…

Capítulo II

EN EL CUAL JOSÉ APRENDE QUE SIEMPRE LA RESPUESTA MAS SENCILLA ES LA QUE CONDUCE A LOS GRANDES DESCUBRIMIENTOS

EL MÉDICO BAÑA JÍVARA era un hombre bajo y delgado, que iba enteramente vestido de blanco y llevaba un turbante, también blanco, sobre sus oscuros cabellos. Su piel era de un moreno claro; sus rasgos, regulares y agradables; sus ojos, negros, vivos e inteligentes. Se inclinó muy bajo cuando el capitán Quinto le presentó a José, y se felicitó, en excelente griego, de un honor y de una alegría igualmente apreciables.

Su paciente era un marino musculoso, desnudo hasta la cintura, adornado con aquellos extraños tatuajes de dibujos cabalísticos que apreciaban los marinos deseosos de demostrar que habían ido más allá de las Columnas de Hércules, allí donde el *Mare Nostrum* de los romanos encuentra el inmenso mar que baña las costas lejanas de la isla Británica. La fractura había sido ya reducida y vendada, casi de la misma manera que él lo hiciera con el brazo roto de Simón el pescador. Lo que llenó de estupefacción a José fue ver al herido sentado sobre su silla, erguido como un palo y en apariencia inconsciente de cuanto sucedía a su alrededor y de sí mismo.

—¿Qué droga le habéis hecho ingerir para obtener un tal favorable grado de insensibilidad? —preguntó interesado y curioso.

—Ninguna. Está en estado de catalepsia —explicó el médico—.

Se produce según un método que bastante gente conoce en diversos puntos del mundo. En mi país se utiliza hace por lo menos mil años, y en Egipto desde hace más tiempo aún.

—¿No sentiría ni tan siquiera un contacto en el ojo? Ésta era la última prueba de inconsciencia, ya que el globo ocular es la última parte del cuerpo que pierde su sensibilidad cuando llega la muerte.

Jivaka, con la punta de un trozo de tela, tocó ligeramente el ojo del hombre, que ni tan siquiera movió los párpados.

—¡Sorprendente! —exclamó José—. ¿Cómo obtenéis una rigidez semejante?

—Es un estado de trance —dijo el doctor—. Podría, si quisiera, hundirlo en un estupor tal que vos no sentiríais ni su pulso, ni el movimiento de su pecho. Sólo un espejo colocado ante sus labios os revelaría, por un ligero vaho, que respira.

En la India, los Hombres Santos han pasado horas enteras vivos en este estado.

José movió la cabeza.

—Si no lo hubiese visto con mis propios ojos, no lo hubiera creído —dijo—. Nunca hubiera supuesto que se pudiese obtener una cosa así.

—Puedo enseñároslo más adelante, si lo deseáis —dijo cortésmente Jivaka, que añadió sonriendo—: Un refrán de mi país asegura que el *trajinante pide madera, el médico enfermos y el sacerdote libaciones*. Si os parece que juntos imitemos a los sacerdotes, podemos hablar más sobre esto.

Se inclinó sobre el marinero y le silbó con fuerza en la oreja. El hombre se despertó en seguida y paseó a su alrededor una mirada de asombro.

—He curado tu brazo —le dijo Baña Jivaka—, pero cuida de no moverlo hasta que la venda se haya secado, y ven a enseñármelo mañana.

Ante un vaso de vino, el médico indio interrogó:

—¿Os dirigís a Alejandría?

—Sí. Hace años que deseo ampliar mis estudios en esa ciudad.

Y esta vez me he decidido a hacerlo.

—¡Magnífico!, seremos compañeros de estudios. Yo permaneceré un año en Alejandría antes de regresar a Malabar.

—¿Malabar?

José frunció el sobrecejo como alguien que está buscando.

—Las flotas de nuestro rey Salomón, hace siglos, navegaron hacia un puerto denominado Ofir.

—Ofir —dijo el otro— era probablemente nuestro puerto de Suppara, o el de Maziris. Nosotros, en la India, conocemos a los judíos desde hace mucho tiempo. Creo que una gran parte de las maderas preciosas empleadas en la construcción de vuestro Templo proceden de la costa de Malabar. Se encontraban judíos entre los sabios que acompañaban al general griego Alejandro, lo mismo hacia el este que en nuestra ciudad del interior, Taxila, en cuya Universidad he cursado mis estudios.

—¿No temen los marinos ir hasta tales distancias?

—¿Qué podrían temer más que en un trayecto más corto?

¡Día vendrá en que harán, en un solo viaje, la vuelta a la tierra!

—¿La vuelta a la tierra? ¿Cómo podrían dar la vuelta a la tierra, que es plana? —protestó el galileo—. En nuestros antiguos libros se dice: Dios dijo: *Que las aguas que están bajo el cielo se reúnan en una sola masa. Y que la tierra aparezca*.

—Quizás exista en estas palabras otro sentido que será conocido más adelante. Veréis en Alejandría el lugar mismo en que el griego Eratóstenes, hace varios cientos de años, no sólo demostró que la tierra era redonda, sino que midió su circunferencia.

José se puso en pie, asustado.

—¿Podía, pues, andar sobre las aguas?

—El método de Eratóstenes era más sencillo —explicó Jivaka sonriendo—. Se enteró por un viajero de que en la ciudad de Syena[5], en la costa de África, el sol se hunde directamente en un cierto pozo profundo, al mediodía, el día del solsticio de estío, y por consiguiente que está precisamente encima de él. Eratóstenes, entonces,

alzó en Alejandría un palo vertical y midió el ángulo de su sombra, exactamente a mediodía el día del solsticio de estío, y encontró que este ángulo representaba la quincuagésima parte de un círculo. Según los postulados de Euclides, dedujo que, si se trazaban líneas verticales desde el pozo de Syena y desde el palo de Alejandría hacia el centro de la tierra, formarían el mismo ángulo que la sombra del palo de Alejandría, es decir, la quincuagésima parte de un círculo.

Por consiguiente, la circunferencia de la tierra equivale a cincuenta veces la distancia entre Alejandría y Syena. Y como sabemos que de Syena a Alejandría la distancia es de cinco mil estadios[6], la circunferencia de la tierra es, pues, alrededor de doscientos cincuenta mil estadios, aproximadamente veintiséis mil millas[7].

—¿Calculó todo eso sin salir de Alejandría?

—Eratóstenes hizo todos sus cálculos en el patio del Museum —confirmó Jivaka.

—Tengo que pensar más en ello —dijo José, asombrado—.

Es demasiado sencillo para ser comprendido fácilmente.

Baña Jivaka se echó a reír:

—Yo creo que lo mismo sucede con todo gran descubrimiento.

Después de todo, Arquímedes estaba en su baño cuando descubrió que un cuerpo hundido en el agua desplaza un volumen de agua igual a su propio peso. La inteligencia griega busca siempre la respuesta más sencilla y llega a grandes verdades.

—Dijisteis que me explicaríais cómo lográis la insensibilidad en un caso como el de antes —le recordó José.

—Consiste sencillamente en el control ejercido por el espíritu sobre el cuerpo. Cuando el espíritu es insensible, la carne también lo es.

—Pero ¿no teméis que los mazzikin —los demonios del aire— vuelen junto con su alma?

Jivaka movió la cabeza:

—Nuestros filósofos han dejado de creer en los demonios desde hace mucho tiempo, pero sabemos cuan fuerte es la influencia del espíritu sobre el cuerpo; acabáis de ver un ejemplo en el marinero.

—¿Cómo conseguís la insensibilidad?

Baña Jivaka sacó de su bolsillo una gran esmeralda y la colocó ante una lámpara de aceite. La joya parecía literalmente absorber la luz, ya que resplandecía como una bola de fuego verde.

—Esto —dijo— es sencillamente para atraer la atención.

Cualquier objeto brillante sirve igual. El resto no es más que cuestión de poseer una voluntad más fuerte que la del otro.

—Cuando lo explicáis, esto parece, con toda evidencia, bastante sencillo —admitió José—, pero me pregunto si seré capaz de conseguir lo mismo.

—¡Claro que lo conseguiréis! —afirmó Jivaka—. Lo conseguiréis porque deseáis aprender. Basta con desearlo con la fuerza suficiente para conseguirlo… No creo que os falte fuerza de voluntad. Que esta libación sea, pues, ofrecida a la ciencia que cada uno de nosotros adquiera del otro…

Capítulo III

EL TEMPLO Y EL FARO

LA TRAVESÍA HASTA ALEJANDRÍA duró pocos días, pero fueron para José jornadas placenteras. Su natural avidez de conocimiento se había hallado, durante cinco años, sumergida por la práctica de su profesión, que exigía todo su tiempo y todos sus pensamientos —no se convierte uno en uno de los más ricos ni el más célebre médico de una gran provincia sin pagar de alguna manera este éxito—, pero ahora la curiosidad volvía tan vigorosa como antes. Se quedaba asombrado al comprobar que los médicos de la India estaban mucho más avanzados, lo mismo en cirugía que en medicina, que los griegos y los romanos, y que Susruta había efectuado siglos antes operaciones muy difíciles, de las que él mismo, José de Galilea, nunca había oído hablar.

Lo que prefería era oír a Baña Jivaka hablar de aquellas grandes tierras desconocidas de Oriente, de donde venía, de las regiones más misteriosas y más lejanas aún, más allá de la costa Malabar, donde hombres amarillos de ojos alargados habían progresado en la ciencia, la medicina y la filosofía mucho antes que los mismos griegos.

—¡Venid, pues, conmigo a la India cuando yo vuelva allí!

Jivaka, que se daba cuenta del vivo interés de su nuevo amigo por aquel mundo maravilloso e insospechado, insistía:

—Podemos hacernos a la mar el año próximo, en el momento en que el monzón sople hacia el este, y podréis, si así lo deseáis, regresar a Jerusalén por vía terrestre, con caravana que pasará por Babilonia y Damasco.

—¿Qué es el monzón?

—Un viento fuerte y regular que sopla sobre el gran Océano, entre la desembocadura del Mar Rojo, en Aden, y la costa Malabar, y que cambia su dirección cada seis meses —explicó Jivaka—. Cuando sopla del este, los barcos hacen el trayecto desde Maxiris o Suppara hasta Aden y remontan el Mar Rojo hasta Arsinoé, en el río Nilo, y descienden su corriente hasta Alejandría.

Cuando el monzón sopla hacia el este, hacen el mismo recorrido en sentido inverso, en idéntico tiempo.

Otro día, Jivaka enseñó al galileo una serie de croquis que había hecho durante sus estudios en Egipto; poseía un talento rápido y seguro para representar en un dibujo muy sintetizado, reducido a lo esencial, los diversos aspectos y las diversas fases de una enfermedad. Poseía especialmente croquis de la operación de la catarata con la aguja, procedimiento del cual el joven había oído hablar, pero que nunca viera

aplicar, de la extracción de tumores en el cuello y de muchas otras.

Una serie de dibujos intrigó muy especialmente a José: mostraban las fases de la operación consistente en readaptar y rehacer una nariz parcialmente cortada. Jivaka le explicó que, desde hacía siglos, los cirujanos de la India la efectuaban.

Un trozo de piel en forma de hoja era sacada de la mejilla, a la cual permanecía ligada, digamos por su tallo, y estirada a través del rostro para recubrir y reemplazar la parte de la nariz que faltaba. Trozos de caña huecos se insertaban en los agujeros para conservar la forma y permitir la respiración.

Se modelaba encima, lo mejor posible, la lengüeta de piel, y se la dejaba crecer durante algún tiempo, como una verdadera hoja, hasta que se adhería a la base de la nariz, después de lo cual se cortaba el trozo que aún permanecía sujeto a la mejilla, y el resultado constituía, estética y físicamente, un excelente artículo de sustitución para el órgano dañado o ausente.

Idéntica operación podía hacerse para las orejas.

Otros croquis mostraban diferentes fases de las convulsiones de la epilepsia —lo que Hipócrates denominaba *Mal Sagrado* o, en general, Gran Mal—, una parálisis debida a una coz de caballo en el cráneo —los talones distendidos y el abdomen hinchado por el edema— y una imagen de un caso del cual José había encontrado algunos ejemplos en la vida: una muchacha de ojos globulosos, prominentes y fijos, con una hinchazón en el cuello y casi demacrada. José sabía que el rostro debía aparecer rojo y sudoroso, que el pulso de la enferma sería muy rápido y las manos agitadas por un temblor irreprimible.

—Hablé a Celso del caso que estáis examinando ahora —dijo el indio—. Cree que se trata de una hinchazón del cuello, denominada «bocio», y se sorprendió al saber que en la India tratamos esta enfermedad con algas marinas secas.

—¿Algas secas?… ¿Cómo actúan?

—¿Quién puede saberlo? —dijo Jivaka encogiéndose de hombros—. Lo cierto es que haciendo tomar a la enferma algas marinas secas se logran a veces —no siempre — curaciones maravillosas.

—¡Muchas gracias! —dijo José, sonriendo—. Poseeré muchos remedios y muchas experiencias nuevas que utilizar cuando regrese a Jerusalén. La verdad es que no esperaba…

Cortó de repente su frase y la dejó inacabada. Jivaka lo miraba de reojo:

—Ibais a decir que no esperabais aprender algo de un hombre cuya raza os han enseñado a considerar como bárbara.

¿No es así?

—Perdonadme —dijo José, sonrojándose mucho—. He hablado sin reflexionar…

—¡Claro! —dijo el otro, sonriendo a su vez—. Proceda de donde proceda, nunca hay que avergonzarse del saber.

Dio una mirada al tragaluz:

—Es de noche y nos encontramos ya en nuestro tercer día de navegación desde Cesárea: pronto vamos a percibir la luz de Pharos. Los alejandrinos aseguran que se ve desde el Helesponto.

El barco avanzaba por un mar encalmado cuando nuestros dos amigos subieron al puente. Un viento ligero soplaba sobre las grandes velas y los esclavos galeotes descansaban sobre sus remos o dormían en sus cadenas, sin abandonar para dormir el banco al que estaban encadenados para el trabajo. Por encima de sus cabezas, el cielo estaba cribado de estrellas, y hacia el sudoeste una luz brillante iluminaba el horizonte.

—He aquí, en efecto, la luz de Pharos —indicó el indio—.

Guía a todos los marinos hacia Alejandría. Nada de cuanto el hombre ha construido puede compararse a esa obra maestra.

—Yo colocaría más alto en mi admiración el Templo de Jerusalén —afirmó el galileo.

Jivaka lo miró profundamente sorprendido.

—Vuestro Templo es muy hermoso, pero no es una maravilla arquitectónica como Pharos.

—El Templo fue edificado en honor del Altísimo —dijo el otro—. Un faro sólo sirve para los hombres.

—He sido justamente conducido de nuevo a la humildad del espíritu —admitió con dulzura Jivaka—. Vosotros los judíos adoráis desde hace siglos a un dios único, mientras el resto del mundo busca a tientas entre multitud de impostores.

—Sin embargo, los mismos judíos no se ponen enteramente de acuerdo sobre los fines y voluntades del Todopoderoso —deploró el joven galileo—. Los fariseos, por ejemplo, exaltan la ley por la ley, hasta hacer de ella un ídolo, pero los saduceos, entre quienes se reclutan los principales sacerdotes del Templo, los que gobiernan, se inclinan por el contrario a liberalizar las prácticas religiosas y a centralizar todo el poder en el Templo mismo y en el Gran Sacerdote.

—¿A qué grupo pertenecéis?

—Siendo medicas vísceras del Templo —explicó el otro—, esperan evidentemente de mí que me incline del lado de los sacerdotes, pero los saduceos no creen en la vida después de la muerte, mientras que los fariseos sí, y a mí me causa espanto pensar que todo termina en la muerte. Esto me parece despojar de todo sentido a la vida…

—Vos no poseéis el monopolio de esta aspiración, José. La mayoría de las religiones creen en otra vida. He aquí una plegaria extraída de un viejo poema de mi pueblo:

Desde lo Irreal, condúceme hacia lo Real,
Y de la Sombra hacia la Luz,
Y de la Muerte, condúceme hacia la Vida.

José protestó:

—¡El Altísimo ha escogido expresamente a los hijos de Israel como su Pueblo! Los prefiere a todos los demás y los favorece entre todas las naciones de la tierra.

—Según la historia de vuestro pueblo, tal y como la he oído contar por mis amigos los judíos de Alejandría, el favor particularísimo de vuestro Dios es más bien una pesada carga —respondió secamente el oriental—. Hablan de sangre vertida, de persecución y de esclavitud.

José insistió:

—¡Eso no durará siempre! Un Mesías nos está prometido, un Mesías de la sangre de David, la sangre que corre por mis propias venas.

—¿Mesías? —Jivaka frunció las cejas, perplejo—. No entiendo esa palabra.

—Será un Gran Guía que instalará el reino de Dios sobre la tierra —dijo José con entera confianza— y Él elevará a los judíos y les concederá el gobierno de todos los pueblos de la tierra.

—Esto implicará la lucha contra el poderío de Roma. Los judíos son poco numerosos y están dispersos por todas las partes del mundo. ¿Cómo podríais nunca oponeros a Roma?

—Cuando venga el Mesías, su gloria será tal que el mundo entero Le reconocerá y aceptará Su poder.

Baña Jivaka movió la cabeza:

—Yo podría creer en vuestro Dios, José, ya que me han dicho que Él se preocupa en proporcionar sabiduría a los hombres y ayudarlos en los momentos difíciles de la existencia, perdonándoles sus errores con tal que los reconozcan y pidan su perdón; pero no veo por qué complicáis vuestras relaciones con Dios con esa historia de Mesías…

José estaba convencido de que el otro blasfemaba, pero sólo veía vagamente por qué y cómo. Después recordó las palabras del profeta: ¿*Qué pide el Señor al hombre, sino ejercer justicia, amar la piedad y avanzar humildemente ante Dios*?

Se las repitió a Baña Jivaka, que sonrió amistosamente:

—¿Lo veis? Sucede como en las medidas de Eratóstenes, *la respuesta más sencilla es siempre la mejor, incluso entre el hombre y su Dios*.

Capítulo IV

EN EL CUAL LOS OJOS Y LOS OÍDOS DE JOSÉ LE DESCUBRIERON INNUMERABLES NOVEDADES

LO QUE DESPERTÓ a José cuando despuntaba el alba, fueron los gritos furiosos de los oficiales de a bordo y los aullidos de los esclavos, a quienes fustigaban los vigilantes. Los largos remos gemían sin cesar contra su collar de cobre, pues el viento había menguado y el barco avanzaba gracias al terrible esfuerzo de los galeotes. Cuando llegó al puente, José vio el mar bañado de claridad, aunque la aurora no hubiera aún aparecido.

El capitán Quinto le dijo que faltaban aún diez buenas millas para llegar a Alejandría.

La costa de Egipto era tan baja en aquel lugar, que la gran ciudad ni tan siquiera se adivinaba y el faro de Pharos surgía bruscamente en el mar. Desde la isla baja sobre la cual se erigía hasta la cima coronada por el gigantesco espejo, ante el cual, desde la puesta hasta la salida del sol, ardían grandes fuegos, la imponente torre, construida por Ptolomeo Filadelfo, medía cerca de seiscientos pies de altura, verdadero pilar de alabastro que guiaba a todos los marinos hacia Alejandría.

Aunque a aquella hora los fuegos estuvieran ya a punto de apagarse, los rayos del gran espejo bruñido resultaban suficientes para cegar a quien los mirara directamente.

Imitando el estilo arquitectónico babilónico, aquella maravilla, la más alta del mundo, consistía, de hecho, en cuatro torres superpuestas, cuadradas las inferiores y redondas las superiores. Los bloques de piedra sobre los cuales Sostrato de Cnido erigió el conjunto macizo, estaban soldados con plomo fundido; nada que no fuera aquello, en efecto, hubiera podido resistir los ataques de las olas que, noche y día, las castigaban brutalmente durante las tempestades invernales.

—Le envidio poder ver Pharos «desde el mar» por primera vez. Resulta mucho menos impresionante visto «desde el Nilo» y de las orillas del Lago Mareotis, tal como yo lo descubrí al llegar desde la costa de Malabar.

Se encontraban en la proa del barco, que hendía las masas de agua que se dirigían hacia la playa, como si quisieran engullir aquella ciudad que era ya Egipto, aunque no formara parte de él.

Detrás de ellos, los vigilantes recorrían incansablemente las crujías que dominaban los bancos donde los esclavos se esforzaban encadenados a sus remos. Si un remo no descendía a la cadencia exacta de los otros, el restallar del látigo sobre las espaldas desnudas hacía subir un grito de dolor y de rabia.

Y, sin embargo, aquello que sólo parecía una inútil crueldad, aquella manera de

actuar, era en realidad la única que podía disminuir los riesgos, ya que el menor retraso hubiera bastado para que dos remos se entrecruzaran y chocaran contra otros dos y, en pocos momentos, el barco hubiera girado sobre sí mismo, terminando por desplazarse en el centro de un torbellino.

Otra consecuencia se derivaba de la primera con certeza, y es que el falso movimiento podía causar la muerte a un centenar de personas.

Desde donde se encontraban veían a unos soldados que montaban una atenta guardia; iban y venían por los balcones de las torres bajas con tanta solemnidad como en un desfile; veían también las trescientas ventanas del edificio que miraban al mar y, de pronto, aquel espectáculo les fue sustraído: a una orden del capitán, los esclavos sentados al costado oriental habían subido a su vez los remos y el gran barco, modificando bruscamente su curso, corría como una flecha por un estrecho canal formado entre la escollera de piedra, a la izquierda, y las puntas rocosas que surgían del mar, a la derecha, y penetraba en el amplio puerto.

El paso sin transición desde las olas espumeantes y violentas al encalmado espejo del gran puerto, era cosa pasmosa; se creía uno de pronto en un estanque: la arena blanca y las piedras del fondo, en las cuales se enredaban Hrgas algas flotantes de colores diversos, se veían con una absoluta nitidez.

Anémonas de mar se balanceaban en las tranquilas corrientes de aquellas transparentes profundidades. Delfines bruñidos y brillantes jugueteaban en bandadas en la superficie. Peces multicolores de tonos vivos esmaltaban los fondos claros, perfectamente indiferentes al barco, que —si puede arriesgarse esta imagen— sobrevolaba por encima de ellos.

A los ojos admirativos del joven médico, los edificios del Frente del Mar se alineaban en todo su esplendor. A pesar de toda su gloria, Jerusalén estaba lejos de presentar un espectáculo tan magnífico y José nunca hubiera podido imaginar que la mano del hombre fuera capaz de crear tanta grandiosidad.

Hacia el este, a la izquierda, se estiraba el inmenso malecón, que formaba un arco de círculo llamado Diabathra, y que era la prolongación del promontorio de Loquias, que constituía uno de los límites del puerto. Allí se alzaba el Palacio Real, y a su lado, brillante bajo el sol matinal, el templo de Isis. En el puerto más pequeño, y más protegido, grandes gabarras, barcos de fondo plano y chalanas aparecían anclados, cuyos colores vivos atraían las miradas.

El capitán ordenó arriar las velas y el barco prosiguió lentamente su camino, atravesando todo el Gran Puerto, así denominado para distinguirlo del puerto del Feliz Retorno, que se extendía al oeste de una gran calzada de piedra llamada Heptastadium, la cual unía a la ciudad misma con la isla de Pharos.

Desde el puerto del Feliz Retorno, el canal Agathadaemon atravesaba el activo y

trepidante barrio griego, conducía hacia el sur al lago Mareotis y al Nilo, y los barcos que llegaban de los mares orientales podían, siguiéndolo, alcanzar directamente el Mediterráneo, de manera que esta estrecha vía de agua constituía el lazo entre las tierras históricas de Oriente y el misterioso Occidente más allá de las Columnas de Hércules. A cada extremidad de la calzada del Heptastadium —de una anchura de cien pies— canales, que atravesaban varios puentes, ponían en comunicación los dos puertos de la ciudad de Alejandría.

La orilla del Gran Puerto estaba enteramente bordeada de anchos muelles de piedra, en donde amarraban barcos procedentes de todas las partes del mundo; podían en ellos desembarcarse sin pagar derechos las mercancías no destinadas a Egipto, en tránsito hacia otros países. Esta feliz y provechosa disposición había elevado a Alejandría a la categoría del más importante centro de distribución de productos y de materias primas, de mercancías y de materiales, de todo el Imperio Romano.

José no había visto en toda su vida tantos barcos birremes, trirremes, cuatrirremes —denominados así según el número de sus filas superpuestas de remeros—, barcos mercantes y barcos de guerra, galeras de cabotaje y faluchos, barcazas, barcas planas de vela cuadrada, barcos de remos gracias a los cuales los comerciantes podían transportar todo cuanto puede encontrarse bajo el sol; mástiles apretados como un bosque, velas de colores audaces, pabellones multicolores: la mirada podía asombrarse con razón.

En ningún lugar del mundo existía una ciudad comparable a ésta y sólo el pensar que se hallaba en ella, hacía latir con más rapidez el pulso del joven.

Los muelles aparecían abarrotados de una multitud tan diversa, tan colorida como los barcos. Marinos y mercaderes, vendedores callejeros, que llevaban a sus espaldas, sobre la cabeza o en los brazos, cestas de frutas o de legumbres, mercaderes de vino que transportaban a sus espaldas curiosos odres de piel muy hinchados, mendigos de todas las nacionalidades, con extraños jeroglíficos tatuados en la frente, soldados de todas las cohortes romanas, rostros, voces y vestidos de todos los rincones del mundo llenaban los muelles y se movían sin razón aparente.

Las mujeres sorprendieron a José aún más. Habituado a las costumbres de Jerusalén, donde ellas pasaban la mayor parte de sus vidas encerradas, quedó extraordinariamente extrañado de verlas por todas partes mezcladas a la muchedumbre, circulando entre los grupos, acercándose a los marinos e invitándolos a seguirlas sin ningún disimulo ni discreción, parloteando como grullas, con los cabellos al descubierto, y el rostro sin velo y pintado de tal manera que le pareció desvergonzada.

Las únicas escenas de calma y dignidad que podían descubrirse no procedían de los humanos, sino de las bandadas de ibis y de flamencos, blancos, negros, rosas y de todos los tonos intermedios, que se paseaban por los muelles con aspecto de filósofos

y sumamente indiferentes a la presencia de los hombres.

—Vamos a acercarnos al Bruqueión —explicó Baña Jivaka—.

A veces se le denomina Zona Real y es uno de los lugares más activos de la ciudad.

—Nunca he visto almacenes y depósitos como éstos, ni tanta gente —dijo José—. ¡Ni tan siquiera durante la Pascua hay tanta gente en Jerusalén!

—Aún está mejor edificado y más animado al otro lado, sobre el lago Mareotis, donde se efectúa el comercio marítimo del Nilo con Persia y la costa de Malabar. ¡Esperad a ver las chalanas llenas de grano! La línea de vida de Roma pasa por esta estrecha lengua de tierra que separa del mar el lago Mareotis y sobre la cual se alza Alejandría misma.

Hacer atracar un barco del tamaño de los grandes navíos redondos era una operación larga y al cabo de un cierto tiempo, aburrida, para aquellos a quienes, como Jivaka y José de Galilea, obligaba a permanecer a bordo. Era ya media mañana cuando descendieron por la pasarela. Ya sus equipajes, sacados de la cala, estaban amontonados en el muelle y una multitud de porteadores, hablando todos a la vez, los rodeaba.

A Jivaka le costó poco escoger a dos y darles instrucciones respecto al lugar donde transportarlos. Una docena de sillas de mano esperaban a que los viajeros quisieran, a su vez, trasladarse a la ciudad, pero el indio sugirió que la distancia era corta desde el puerto a su domicilio en el barrio griego y que sería agradable ir a pie, a lo que José accedió en seguida.

Abandonando el Frente del Mar, atravesaron las frescas arcadas del Foro y se encontraron en la gran avenida central, denominada Mesón Pedion, o más familiarmente, calle de Canopus.

Flanqueada por columnas, esta importante arteria atravesaba Alejandría de este a oeste en una línea recta de más de tres millas de largo y más de treinta pasos de ancho. Comenzaba en el muro occidental de la ciudad, en la Puerta de Necrópolis que daba acceso a una amplia extensión de tumbas y mausoleos, y de catacumbas inextricablemente mezcladas debajo de tierra, inmediatamente después de la muralla; más adelante, como una gran cinta enlosada, alcanzaba la muralla oriental, la Puerta de Canopus, donde comenzaba un canal que se extendía hasta la misma ciudad de Canopus, situada en una de las numerosas desembocaduras del delta del Nilo. Muy cerca de la puerta de Canopus, el barrio judío ocupaba casi un tercio de Alejandría, y constituía el grupo de población más importante de esta metrópoli, con sus tribunales propios, sus propios funcionarios y la libertad de culto en las sinagogas.

El barrio griego, denominado Rhakotis, no estaba habitado exclusivamente por griegos, sino que en él se encontraban nativos de todas las comarcas. En las calles

estrechas, altos macedonios se codeaban con los rubios descendientes de los soldados de Pompeyo, en su mayoría reclutados en las Galias, que se habían unido con mujeres de Alejandría y contribuido así por su parte a aumentar el singular revoltillo que constituía la población mestiza de aquella ciudad, la más cosmopolita entre todas. Egipcios, italianos, cretenses, fenicios, cilicios, chipriotas, persas, sirios, armenios, árabes, judíos, indios e incluso, alguna vez, algún ciudadano de ojos oblicuos y estirados de los imperios amarillos situados al Sol Naciente, pisaban las calles enlosadas y añadían, todos y cada uno de ellos, algo a la indescriptible cacofonía de los sonidos. Un único lenguaje era casi común a los diferentes miembros de aquella prodigiosa Babel, el griego popular que hablaban casi todos, con una docena de acentos variados.

La primera reflexión que se hizo José fue que resultaría casi tan fácil encontrar a María en medio de todo aquello como un molusco determinado en el mar, ya que cerca de medio millón de habitantes residía entre las murallas de la ciudad. Sin embargo, no se descorazonó, aunque al día siguiente de su llegada sufriera su primera decepción. Habiéndose trasladado sin perder tiempo al teatro del Bruqueión, muy cerca del Frente del Mar, se vio negar el acceso a la presencia del director, pero intentó cuando menos informarse respecto a una bailarina y cantante llamada María de Magdala.

Le aseguraron que ninguna persona de este nombre había pertenecido nunca a la compañía del gran teatro de Alejandría y, oído esto, le pareció evidente que no había realizado su ambición de convertirse en bailarina estrella de aquel escenario.

Grandes carteles, colocados en varios lugares, anunciaban que la bien amada de los alejandrinos, una danzarina llamada Flamen, daría una representación cada tarde, a partir de la semana siguiente, con una serie de danzas absolutamente inéditas.

En espera de enterarse de algo concerniente a María en el barrio judío, se dirigió con su carta de introducción a casa de Filo Judeo, el célebre abogado, jefe reconocido de los judíos de Alejandría. Fue recibido cortésmente; el patriarca, de barba blanca, que era considerado como el judío más influyente y más importante fuera de Jerusalén, le ofreció pasteles de especias y vino, pero no pudo decirle nada, excepto que ninguna mujer con el nombre de María de Magdala vivía en el barrio judío, superpoblado. La conversación entonces derivó a Jerusalén.

—¿Qué se piensa en Judea de ese Juan Bautista que predica la venida de Cristo? —preguntó.

José se alzó de hombros.

—¡Ha habido ya tantos! Los hay incluso que se proclaman el Mesías en persona.

—¡Sin embargo, nunca ninguno tuvo la fuerza ni la convicción de un Juan Bautista! Recientemente he tenido ocasión de encontrar viajeros que venían del Jordán y que habían hablado con él. Me dijeron que se ha rodeado de muy numerosos

adeptos, que otorga gran importancia al bautismo y repite que la gente debe arrepentirse de sus pecados y ser lavados en agua para ser purificados, espiritualmente purificados.

—Hace años que los esenios predican parecida doctrina —subrayó José.

—Juan Bautista es alguien muy distinto de un esenio más.

Algunos de sus discípulos han llegado hace poco a Alejandría y viven entre los terapeutas.

Esta rama de los esenios de Judea y de Galilea, hombres piadosos como todos los esenios, vivía en las orillas del lago Mareotis, observando en todos sus detalles la ley oral y la ley escrita, viviendo juntos en moradas que eran propiedad común y obedeciendo estrictamente la divisa del Kasidim: *Lo que es mío y lo que es tuyo, te pertenecen*.

—Como médico —hizo observar Filo—, te resultaría interesante estudiar los métodos de los esenios y de los terapeutas.

Yo les he visto obtener, por medio de la plegaria, curaciones maravillosas.

Colocó la mano en el hombro de José, y le dijo con tono paternal:

—Vuelve a verme, muchacho. Ya que te encuentras en este lado de la ciudad, podrías ver si encuentras a la joven en el pueblo de Eleusis, aunque deteste incluso la idea de que una judía pudiera tener cualquier clase de relación con los borrachos y las prostitutas que viven en este lugar de pecado.

Era aún temprano cuando José dejó la casa del excelente hombre; decidió, pues, seguir su gestión y visitar Eleusis, situado a orillas del mar, justo en los límites de la ciudad, al otro lado del bosquezuelo de Némesis que corría a lo largo de la muralla exterior. Para llegar allí, José salió por la Puerta de Canopus y siguió el camino que conducía al Gran Hipódromo, donde cada estío se celebraban carreras de caballos. Los alejandrinos, amigos del placer y de las distracciones, iban allí durante el transcurso de la temporada, pero ahora no se veía ni un gato.

Más allá del Hipódromo, escondido por el cañaveral y los papiros del lago, se encontraba un pueblo de chozas blancas: al acercarse reconoció la colonia de los terapetuas, de la que le habló el anciano abogado. Había visto colonias esenias de esta clase en las afueras de Jerusalén, y ésta, a despecho de su noble nombre, no le parecía muy diferente de aquéllas. Las chozas donde vivían los Santos Hombres estaban construidas con esteras de caña y de papiros, pasadas después por entero en una especie de mortero hecho con conchas de mar machacadas, conchas que se podían encontrar en abundancia en la playa cercana. Vestidos de un blanco inmaculado, los terapeutas se ocupan de su trabajo, hablando sólo cuando se les hablaba.

Algunos de entre ellos se lavaban interminablemente en el lago, ya que los esenios de todas las sectas tenían la limpieza en gran estima.

Hubiera sido pueril y tiempo perdido buscar a María entre los terapeutas.

Prosiguió, por consiguiente, hasta Eleusis. Francamente destinada al placer, denominada lo mismo que la ciudad griega, donde cada año se celebraban grandes festivales en honor de Dionisos, este pequeño pueblo se componía esencialmente de tabernas y casas de juego, más algunas casas donde residían mujeres de placer. José no esperaba encontrar allí a María, de manera que no se sorprendió y, sobre todo, no se sintió molesto de que nadie la conociera.

Un pequeño grupo, que se había formado en el límite del pueblo, escuchaba a un predicador ambulante, un hombre de aspecto hosco vestido con un tejido parecido al de los terapeutas.

Como aquella gente bloqueaba el paso, el joven médico se vio obligado a detenerse y escuchar.

—¡Arrepentíos! —gritaba el predicador—. ¡Arrepentíos, ya que el reino de los cielos está cerca!

Aquélla era una exhortación familiar a los fanáticos que invadían Jerusalén los días de fiestas religiosas.

Un hombrecillo grueso que estaba a su lado, le tocó el brazo:

—¿No sois vos el médico José de Galilea? —le preguntó cortésmente.

—Soy el mismo. ¿Cómo es que vos me conocéis?

—Os vi en Jerusalén el año pasado cuando fui allí —explicó el otro—, pero no esperaba encontraros en Alejandría.

—Acabo de llegar para completar mis estudios.

—Según lo que oí decir en Jerusalén, los alejandrinos no tienen grandes cosas que enseñaros por lo que respecta a vuestra profesión —aseguró luego el hombre—. Mi nombre es Matthat.

—*Shalom*, Matthat. ¡Y larga vida para vos!

—¡Para vos también! —dijo Matthat inclinándose.

—¿Quién es el predicador? —preguntó José.

—Le llaman Eliacim; es discípulo de un cierto Juan a quien denominan Bautista, porque predica el bautismo de agua.

Los ojos de José se iluminaron:

—Hace una hora estuve hablando del Bautista con Filo Judeo.

—¡Hombres como éstos no son dignos de lavar los pies de un hombre como Filo! —dijo Matthat con desprecio—. Él es todo cuanto un judío debe ser, pero estos predicadores no son más que fanáticos.

—¡Yo soy enviado por Juan el Bautista! —gritaba el hombre con los brazos alzados—. El mensaje que él os dirige está tomado de las palabras del Profeta Isaías:

Una voz grita:
Abrid en el desierto el camino del Señor.

Allanad sus senderos.
Que todo valle sea colmado,
que la montaña se allane
y la colina se convierta en valle,
y que toda carne contemple
la gloria y la salvación
del Señor tu Dios.

—¿Cómo —preguntó alguien entre la muchedumbre—, cómo huiremos de la ira del Altísimo que se acerca?

El profeta los amenazó con un dedo huesudo:

—Llevad dignos frutos de arrepentimiento. Ya que el hacha está colocada en la raíz y todo árbol que no lleve frutos buenos será cortado y lanzado al fuego. Que aquel que posea dos túnicas, las comparta con aquel que no tiene ninguna. Y que aquel que tenga comida, haga lo mismo.

—Estos predicadores ambulantes me asquean —comentó Matthat—. Siempre están dispuestos a aceptar la mitad de los bienes de quienes trabajan, mientras ellos mismos se pasean amenazando a los demás con el infierno y la condenación…

Escupió en el suelo de una manera por demás elocuente.

—¿Juan es el Cristo? —preguntó una voz entre el auditorio.

El predicador alzó la mano reclamando silencio:

—Voy a responder con las propias palabras de Juan:

»Yo os bautizo con agua. Pero Aquel que viene después de mí es más poderoso que yo; yo no soy digno de desatar la correa de sus sandalias. Él os bautizará en el Espíritu Santo y en el Fuego. Él lleva en su mano su pala de aventar, ya que va a limpiar su era y a recoger el trigo en su granero. Pero la paja Él la quemará en un fuego que no se apagará.

El predicador había terminado y la multitud comenzó a dispersarse.

—Cuando menos —dijo Matthat—, Juan ha tenido el sentido común de no proclamarse Cristo, ya que hubiera sido destruido como todos los otros impostores que han surgido en Israel.

—Pero ¿y si fuera realmente el precursor anunciado por Isaías? —sugirió José—. Eso significaría que la venida del Mesías está cercana.

—Los judíos que viven fuera de Judea y de Galilea hablan cada vez menos del Mesías. Quizá gobernemos algún día el mundo, tal y como nuestros profetas nos lo han prometido, pero será por medio del comercio y del dinero. Con ellos y por ellos, pueden comprarse y venderse políticos y adquirir el poder necesario para gobernar a las naciones.

—Quizá tengas razón —dijo José—. Numerosos son los que se han declarado

profetas, e incluso algunos se declararon Cristo.

—¡Pero ninguno pudo probar que había sido enviado por Dios! —terminó triunfalmente Matthat—. Venid, acompañadme a mi casa de comercio en la ciudad. Nos refrescaremos con un vaso de vino y hablaremos de Jerusalén.

La casa de Matthat se hallaba situada en la calle de la Puerta del Sol, en el mismo centro de la ciudad. En las lujosas habitaciones que se encontraban a continuación de la tienda, un esclavo les sirvió vino.

—Sin duda —dijo Matthat sonriendo—, os preguntáis por qué un hombre que dirige un negocio como éste puede encontrarse bien en Eleusis. ¡Os aseguro que yo no buscaba una mujer!

José sonrió a su vez.

—Si me lo hubieseis preguntado, os hubiera respondido que yo lo que precisamente buscaba era una mujer.

El mercader alzó las cejas:

—Nada hay en Alejandría que cuente menos y que, a la vez, resulte más costoso que las mujeres. Si deseáis una, no tenéis más que gritar por una ventana del Rhakotis, y os encontraréis literalmente inundado de ellas.

—¡Existe una confusión! —dijo José—. Yo busco a una amiga que vive en Alejandría, o que vivía hace poco. Se trata de una bailarina y cantante sumamente hermosa que se llama María.

—¿Judía?

—Medio judía y medio griega. Ella vino de Magdala.

—No hay ninguna judía que se llame María de Magdala que se dedique al teatro ni que viva en el barrio judío. ¡Conozco bien la región! Pero si deseáis ver danzar —sus ojos brillaron—, debéis permitirme que os lleve a ver bailar a Flamen, que comenzará la semana próxima una serie de representaciones.

Un judío, aunque se tratara del más devoto de Jerusalén, no sería capaz de venir a Alejandría sin ir a ver danzar a Flamen, la bailarina más famosa de todo el Imperio romano.

—Mi objetivo, al venir a Alejandría, es estudiar cosas que no es posible estudiar en Jerusalén…

Matthat hizo una mueca divertida:

—Llamaremos, pues, a vuestra visita al teatro un estudio de mujeres bonitas. ¡Creedme, nada turbará nuestra vista!

Dejó su vaso.

—Fui a Eleusis este mediodía para visitar a un hombre que debe pensárselo dos veces antes de entrar en la ciudad.

—¿Lo que quiere decir…?

—Que nos dedicamos al negocio de metales preciosos y de piedras preciosas, que

compramos a quienes los venden y que, a veces, es preferible no conocer con demasiada exactitud la identidad de los vendedores.

—¿Ladrones?

—¡Si sois tan poco caritativo que les otorgáis ese nombre!

Yo prefiero seguir un razonamiento equitativo y lógico: los ricos se enriquecen a costa de los pobres, haciéndolos trabajar por un precio irrisorio, y resulta natural que los pobres intenten defenderse robando a los ricos. Si yo me hallo entre ellos dos y puedo realizar un beneficio vendiendo a un hombre rico lo que fue cogido a otro hombre rico, ¿quién podrá decir que yo soy un ladrón o aprovechado?

José se echó a reír:

—Razonáis de tal manera, que un filósofo griego se avergonzaría de no poder mejorarlo. Presumo que existen muchos ladrones en una ciudad tan importante y tan poblada.

—No es precisamente eso lo que falta —convino Matthat—.

Hay de ellos más vivos que muertos en todo Necrópolis. La policía permanece prudentemente a lo largo de las Catacumbas, sabiendo que un hombre puede fácilmente notar que un cuchillo se hunde entre sus costillas, sin ni tan siquiera haber visto a nadie. Pero es una excelente cosa saber que, aunque fuera en compañía de ladrones, se puede siempre encontrar en Necrópolis un refugio contra los romanos. Nosotros, los judíos, más de una vez nos hemos visto obligados a aprovecharnos de un tan indigno asilo.

—*Los hombres no pueden despreciar a un ladrón, si roba para apaciguar su espíritu cuando siente hambre* —citó José, y Matthat aprobó, completando la útil cita:

—El profeta dice también: *Quien conserva su boca cerrada y su lengua quieta ahorra muchas tribulaciones a su alma*. Acordaos de esto, José, y con esta condición podréis quizá daros cuenta que los ladrones son, a veces, apreciables amigos.

Capítulo V

EN EL QUE EL PROVINCIANO JOSÉ QUEDA DESLUMBRADO POR LA INMENSA CIUDAD; EN EL QUE EL CIRUJANO JOSÉ DESLUMBRA A LOS ALEJANDRINOS, Y EN EL QUE EL ENAMORADO JOSÉ BUSCA A MARÍA SIN ENCONTRARLA

A POCOS DÍAS DESPUÉS de su encuentro con Matthat, el esclavo de éste vino a la casa del Rhakotis, donde José vivía en compañía de Baña Jivaka, y le rogó fuera a casa de su amo, con sus instrumentos y sus drogas. El amo le mandaba decir que tenía un amigo enfermo y que deseaba procurarle los mejores cuidados médicos.

Mientras esperaba una silla de manos, en el ángulo del Mesón Pedion y de la calle de la Puerta del Sol, cerca del jardín público llamado de Onfalos, José tuvo ocasión de comprobar la actividad de aquella gran ciudad en uno de sus puntos neurálgicos.

A un lado se encontraba el barrio judío, al otro la Regia, que daba acceso a los cuarteles, a la Sema —así se denominaba el templo-tumba donde el cuerpo de Alejandro reposaba en un féretro de oro—, al palacio en el promontorio de Loquias y al cercano templo de Isis. El sol estaba próximo a su puesta y las calles aparecían llenas de gentes; los peatones se deslizaban con habilidad entre un alud constante de carros, de vehículos diversos y de sillas de manos, lo que hacía más difícil atravesar aquel cruce, el más congestionado de la ciudad.

Todavía era demasiado temprano para las cortesanas, que rara vez mostraban su rostro —y lo que se atrevían del cuerpo— antes del crepúsculo, pero en cambio por todas partes circulaban hombres, toda clase posible de hombres. Los romanos regresaban a sus hogares desde el baño, donde habían pasado buena parte del día, y empujaban con arrogancia a los griegos y a los egipcios de piel oscura.

Un príncipe, vestido de blanco, jefe de tribus que vivían más allá del Mar Rojo, atravesaba la multitud con un orgullo igual al orgullo romano, en traje de gala, con todos sus cobres bruñidos y brillantes al sol poniente, y seguido por dos esclavos con el sable desenvainado, para el caso de que su amo se encontrara metido en una de aquellas peleas causadas por el odio y carentes de gloria, que estallaban con frecuencia entre individuos de distintos países en aquella ciudad poliglota. Se decía, y era cierto, que en una hora se podía ver pasar, en aquel cruce, cuando menos un rostro perteneciente a cualquier país de la tierra. No es menester decir que los judíos abundaban, ya que el barrio judío de Alejandría era, en verdad, el más rico de todas las ciudades judías y más poblado que ninguna de ellas.

Matthat tuvo que hacer signos a varias sillas de manos, antes de que se detuviera ante él una de dos asientos, a los puños de la cual aparecían encadenados cuatro esclavos. El monopolio de las sillas de manos en toda la ciudad estaba en manos de

unos pocos que, a consecuencia de ello, podían establecer las tarifas que les viniera en gana.

(Los alejandrinos verdaderamente ricos poseían su propia silla conducida por sus propios esclavos). El movimiento de la multitud se dirigía principalmente hacia el Frente del Mar, donde la vida social se desarrollaba al caer la tarde, a causa de la frescura apaciguadora que allí reinaba y de los lugares donde se servían bebidas.

Ya en el Foro, un centenar de grupos más o menos numerosos discutían con vigor sobre los temas más diversos, y viajeros que llegaban de países lejanos cautivaban a sus auditorios conocidos o desconocidos, con el apasionante relato de algunas de sus aventuras. Una hora después, cuando el sol ya se había enteramente ocultado, las cortesanas descenderían de sus habitaciones, situadas en lo más alto del bullicioso barrio griego, y pasearían a lo largo del Heptastadium, mientras la brisa pegaba a sus cuerpos los tejidos… ligeros… que las vestían; y los galanteadores escribirían con tizones de madera en las piedras del parapeto el nombre de la bella cuya compañía solicitaban, la hora de la cita y, claro, el precio que estaban dispuestos a pagar; después de lo cual, la señorita se dirigiría al lugar designado, o bien borraría desdeñosamente la oferta, porque no le agradara o porque resultara humillante por su mezquindad.

Todo esto resultaba muy abierto, muy sereno…

La silla avanzaba con lentitud a través del Rhakotis hasta la puerta Necrópolis, donde la más pequeña biblioteca del Museo aparecía ya cerrada, contra el Serapeo, el templo del dios artificialmente creado por los Ptolomeos para unir en un solo culto los de Isis y Osiris.

Las calles del Rhakotis eran estrechas, y la silla fue varias veces detenida por verdaderas reatas de mulas, cargadas con los famosos odres bulbosos conteniendo vino, y cestas de frutas que iban a ser vendidos aquel mismo día a lo largo del Frente del Agua.

En el centro mismo del barrio griego se celebraba el mercado, casi vacío de provisiones a aquella hora. Aquí los puestos iban a ser guarnecidos durante la noche y la clientela matinal encontraría en ellos todo cuanto su exigencia pudiera desear. En aquel momento era una plaza completamente desordenada, llena de cestas vacías, sacos, jaulas y, como en todos los mercados del mundo, de desperdicios que esperaban la llegada del barrendero. Todas las mercancías que quedaban se agostaban por momentos —las bayas demasiado maduras, las hortalizas marchitas, las flores ajadas, los pescados malolientes— e iban a ser vendidas a bajo precio; la verdura se colocaba en los cestos vacíos para las cabras y los conejos, que esperaban su pitanza, desechos de la ciudad.

Alrededor del mercado varias tabernas habían instalado mesas y sillas o bancos para tentar a los que sentían apetito; dátiles e higos secos, aceitunas negras y verdes,

anguilas ahumadas, dulces rellenos de manteca y azúcar o miel, pequeñas jarras de vino o de cerveza, dispuestos encima de las mesas, llamaban silenciosamente a los paseantes.

Pero, por muy atentamente que José abriera los ojos y los oídos, no veía por ninguna parte a la esbelta muchacha roja ni oía ninguna voz clara que cantara bellos poemas de amor, acompañada por una cítara gigante…

Los esclavos torcieron hacia el sur y la puerta de Necrópolis, que era necesario franquear para llegar al dominio de los muertos. Pasaron el canal de Agatadaemon, que unía el lago Mareotis al puerto del Feliz Retorno. Parecía el canal demasiado escuálido y débil para unir Oriente a Occidente y, sin embargo, desempeñaba bien su cometido, y desde el Mar Rojo, desde el Alto Egipto, los barcos, gracias a él, alcanzarían el More Nostrum, y a través de él franquearían las columnas de Hércules y pasarían al océano para alcanzar las costas bretonas, las británicas, las caledonienses y las hibernianas.

Al llegar a la puerta de Necrópolis, Matthat despidió a los porteadores y su silla y, con José, pasó a pie al otro lado.

Hacia el sur se extendía el estadio, lugar donde se desarrollaban los más bellos festivales religiosos de Alejandría. Las grandes Dionisíacas se efectuaban allí cada primavera, celebrando la resurrección de la vida en el grano que estaba muerto en el corazón cálido de la tierra y el surgir de las tiernas hierbas verdes, promesa del trigo y de la futura cosecha. En el estadio tenían asimismo lugar los juegos preferidos por los griegos.

Matthat giró en la dirección opuesta, hacia los lugares de reposo de los muertos instalados para su último sueño cerca de la orilla del lago Mareotis. Existía en la orilla misma un suntuoso barrio de ricas villas, pero a la Necrópolis misma los ruidos de una vida opulenta y alegre no llegaban, y la paz de la tarde entre las tumbas era completa.

Resultaba difícil imaginar que ladrones —muy vivos— habitaran entre aquellos muertos… y sin embargo…

No había duda de que Matthat sabía lo que hacía y adonde iba, ya que andaba delante de su compañero con paso seguro, a lo largo de una avenida pavimentada que atravesaba el vasto cementerio. Como todas las ciudades de la época, Alejandría enterraba desde hacía mucho tiempo sus muertos más allá de sus murallas. Allí, según la riqueza terrestre del difunto y de su familia, las tumbas representaban una enorme diversidad en su magnificencia y, como es natural, en su buen gusto. La larga avenida pavimentada que atravesaba la necrópolis por su centro aparecía literalmente bordeada por una muralla casi ininterrumpida de amplios, sólidos e imponentes mausoleos de mármol, cada uno de los cuales llevaba grabada en una tablilla la lista

de quienes ocupaban las tumbas. Detrás de aquel muro, tan macizo como el de una fortaleza, se alineaba una fila de tumbas menos impresionantes, menos costosas, entre las cuales se veía alzarse la alta silueta de oscuros cipreses, o extenderse el verde de pinos marítimos o de pinos parasoles.

A medida que uno se alejaba de la fastuosa avenida central, las criptas eran cada vez menos suntuosas y cuando, finalmente, se llegaba cerca del lago, una especie de gran campo bastante inculto, se extendía hasta el borde del agua, sembrado de tumbas que abrigaban el descanso de aquellos que fueron demasiado pobres para que les fuera elevado un monumento cualquiera, sobre todo si no eran miembros de alguna de las numerosas sociedades de inhumación. Éstas habían agujereado, bajo el suelo, en su parte más alta, más alejada del lago, una serie de largas catacumbas, que permitían sepultar en pisos diversos y variados; en suma, una utilización provechosamente racional del subsuelo en un cementerio que, cada vez con más rapidez, tendía a la superpoblación. Cualquiera, en Alejandría, podía entregar a la sociedad que prefiriera una módica cantidad mensual y conseguía asegurarse una última morada, fuera cual fuese la hora de su muerte.

—Como médico que sois, presumo, José —dijo Matthat—, que no sentís hacia la muerte el terror de la mayoría de los judíos.

Según su costumbre, el joven respondió con una cita:

—*Es conveniente aspirar a la muerte si ésta conduce al espíritu a un lugar donde viva eternamente*.

Matthat frunció el entrecejo:

—Cuando era joven conocía bien los libros de la ley y los profetas, pero no recuerdo en absoluto ese texto.

—Fue un filósofo romano quien pronunció estas palabras.

Se llamaba Cicerón.

Baña Jivaka había revelado a José las obras de este gran orador, así como las opiniones de Sócrates y de algunos otros griegos, y el joven médico quedó muy sorprendido al comprobar hasta qué punto el pensamiento de aquellos genios paganos sobre la vida y la religión correspondía a las cosas que le habían sido enseñadas.

Matthat se detuvo ante una entrada con columnas de mármol que ostentaba el nombre de una sociedad de inhumación.

Después de haberse cerciorado de que nadie los observaba, empujó la pesada puerta e hizo una señal a José para que le siguiera al interior. Una lámpara ardía detrás del batiente, al lado de una hilera de antorchas entre las cuales Matthat escogió una que encendió en la lámpara; después, alzando la llama por encima de su cabeza, penetró en un estrecho pasadizo descendente.

Las paredes y el suelo aparecían húmedos, de manera que el pie resbalaba y un escalofrío se deslizó por las espaldas del galileo.

—Morada adecuada para los muertos, en efecto. Un vivo pronto se moriría aquí, tísico.

—Nos encontramos por debajo del nivel del mar, lo que explica estas filtraciones —dijo Matthat—. Respecto a una eventual consunción, siempre es muy preferible a una crucifixión segura. ¿Habéis visto alguna vez un hombre clavado a la madera de la cruz por los soldados romanos, José?

—Una vez, en Cesárea, Poncio Pilato hizo matar a un fanático que intentó asesinarle.

—Según lo que oigo contar, Pilato tiene una tendencia demasiado frecuente y rápida a crucificar. No es muy sorprendente que nuestra gente le odie. Sobre todo, habida cuenta de que, en nuestros climas, sucede con frecuencia que los condenados tarden varios días en morir en la cruz, con ese refinamiento de horror de que las moscas los atacan y que las ratas, por la noche, roen sus vísceras. Los asesinos son mucho menos crueles que los romanos. En general, acaban con sus víctimas pronta y radicalmente, lejos de las miserias de este mundo, mientras los guardias efectúan su ronda o miran hacia otra parte.

—Evidentemente, es más misericordioso —reconoció el otro.

Bastante más abajo llegaron a una puerta sólidamente cerrada, en la que el judío dio dos golpes rápidos y, después de un intervalo, dos más.

Una pequeña mirilla se abrió al cabo de unos instantes y una voz gangosa preguntó:

—¿Quién va?

—Matthat. Abre, Manetho. ¡No nos encontramos aquí para jugar!

La puerta se abrió, pero un sable desnudo cerraba el paso.

Matthat dijo entonces a su compañero, en arameo:

—Éste siempre es tenaz, ya me arreglaré con él.

—¿Has venido a engañarnos una vez más? ¿Y quién es ese canalla que traes contigo?

—Un médico para curar a tu padre —dijo secamente Matthat—.

¡Apártate, bufón!

—No necesitamos ningún medicucho —refunfuñó el bandido—.

Esta mañana he oficiado un sacrificio a Serapis. Pronto se encontrará bien.

—¡Basta! Aquiles me rogó que trajera un médico. Traigo uno. Quiero que José de Galilea entre. Déjanos pasar.

Manetho se apartó como le ordenaban, pero murmuró aún:

«¡Estos judíos! ¡Qué porquería!…», y escupió a sus pies de manera elocuente.

—¡Nosotros somos los que corremos peligro y vos el que os lleváis el provecho! —dijo aún en un tono de rabia, pero sin embargo, obedeció.

—¿Y qué haríais, dime, si yo no vendiera lo que vosotros robáis? —preguntó

Matthat, mientras caminaban—. ¿Crees que no hay peligro en ello? ¿Por qué no lo haces tú, entonces?

Sabes muy bien que otras bandas estarían encantadas de que os dejase para ocuparme de sus mercancías y las transformase en oro.

Penetraron en una habitación bastante grande, iluminada por las lámparas de aceite. El aire era glacial, pero no viciado, y el joven galileo dedujo que debía existir una abertura cualquiera en la superficie, quizá disimulada por otra tumba. En un rincón ardía un brasero de carbón, sobre el cual se calentaba un potaje que despedía un olor apetitoso. Varios hombres rodeaban el brasero y, sobre un lecho, un anciano de cabellera de nieve estaba tendido. Una muy hermosa joven vestida de blanco, visiblemente hija suya, permanecía a su lado.

—*Shalom*, Matthat —dijo cortésmente el anciano—. Te saludo a la manera de tu pueblo.

—¡*Shalom*, Aquiles! He conducido hasta ti a uno de los mejores médicos conocidos, José de Galilea, a quien ves aquí.

El rostro de la joven se iluminó y José vio que era muy hermosa, con rasgos delicados debajo de unos cabellos negros que le caían encima de los hombros, y una silueta encantadora.

—Ésta es Albina —dijo Matthat presentándola—. Baila en el gran teatro de Alejandría.

—Salud a ti, José de Galilea —dijo ella con una voz grave y musical, inclinándose ante el joven—. Cura a mi padre de esta grave enfermedad y podrás pedirnos lo que quieras, incluso nuestras propias existencias.

—¡Judíos! —murmuró Manetho desde lejos, pero Aquiles le llamó al orden con rudeza, por lo que, rojo aún de furor, se unió al grupo que se calentaba al fuego.

—Perdona la grosería de mi hijo —dijo dulcemente el anciano—.

Es un zopenco mal educado, vergüenza de la sangre que llevamos en nuestras venas mezclada a la sangre de Egipto.

He estado gravemente enfermo y la fiebre no me abandona.

Si tú tienes un remedio eficaz…

—Permitid, primero, que os examine, y después quizá pueda hacer algo para aliviaros.

El diagnóstico no fue difícil de establecer. Hipócrates, cinco siglos antes, había ya descrito la pleuresía purulenta y su evolución. Inflamación de los pulmones para comenzar, lo cual no era difícil de comprender en un hombre de cierta edad que vivía durante todo el año en aquel lugar frío y húmedo. Después, derrame del fluido en el interior del pecho, acumulación purulenta y lento envenenamiento de la víctima. En aquella época, la mayoría de los médicos opinaban que era conveniente esperar que el empiema rompiera por sí mismo su cubierta, lo que no se producía en la mitad de los

casos. Pero Hipócrates y sus seguidores, algunos cirujanos audaces, aconsejaban un tratamiento más eficaz y más expedito: el drenaje del humor envenenado, por medio de una abertura practicada entre las costillas, directamente a través de la pared torácica. José se preguntó si convenía arriesgarse en aquella ocasión, tratándose de un jefe de bandidos, con un hijo amenazador que sólo esperaba el más pequeño pretexto para intervenir.

Sin embargo, no dudó más allá de un minuto, ya que, fiel ante todo a su profesión, no podía proponer más que el único tratamiento que le pareció contener alguna garantía de curación, independientemente de las consecuencias que pudieran derivarse.

Albina, que le había observado con ansiedad, exclamó:

—Hay esperanza, lo leo en su rostro.

Él dijo:

—Sí, creo que vuestro padre puede ser salvado; pero no con un remedio, sino por la cirugía.

Ella se sofocó un poco y dijo a su vez:

—¿El cuchillo?

—El cuchillo.

—El cuchillo es la herramienta del embalsamador —gruñó Manetho—. Mi padre no está muerto.

José explicó:

—En su pecho se ha formado una acumulación de pus.

A menos que se le extraiga en seguida, vuestro padre se envenenará.

Aquiles dio en seguida su conformidad:

—Hace días y días que siento un peso en el costado. Haced lo necesario, José, pero nacedlo aprisa, porque siento que ya el veneno mina mis fuerzas.

José, siguiendo las indicaciones de Matthat, había llevado consigo la caja donde colocaba sus instrumentos y sus remedios.

No fue precisa una larga preparación. De acuerdo con la descripción muy detallada que dejó Hipócrates, el espacio entre las costillas del lado derecho se encontraba lleno, hinchado por la acumulación de pus que se había formado en el fondo de la cavidad torácica. Hizo que el anciano se acostara sobre el lado izquierdo, y estirando la piel entre las dos costillas más bajas, bajo la axila, de un solo golpe, rápido y seguro, cortó la piel y la capa de grasa en un corte largo como la palma de la mano. Los pequeños vasos dejaron escapar sangre y Aquiles tuvo un pequeño espasmo a consecuencia del dolor inesperado.

Albina, con inteligente valor, acercó la lámpara de aceite con objeto de que el joven médico pudiera ver el campo operatorio y taponar con lana lavada la sangre, cuya sola vista había hecho que Matthat se desmayara. Mientras esperaba, dejando la

herida taponada, que los pequeños vasos se obstruyeran al coagularse la sangre, no pudo dejar de admirar la gracia de los movimientos de la muchacha. En cierta medida le recordaba a María. Recordó entonces que también ella era bailarina y tomó nota mentalmente de preguntarle sobre el asunto.

La pequeña hemorragia, debidamente cortada, permitió a José apartar los labios de la herida con su mano izquierda y después, a todo lo largo de la incisión, cortar el tejido nacarado que envolvía los músculos; dando media vuelta al bisturí, se sirvió del mango de hueso para separar, siguiendo la fibra, los músculos que encontraba bajo sus dedos.

¡Cómo hubiera deseado poseer el poder de Baña Jivaka y colocar al paciente en trance para evitarle aquel dolor agudo!

Lo más penoso de soportar iba a llegar ahora: en la segunda capa muscular, las fibras eran perpendiculares a las de la primera.

Ahora ya no se trataba de trabajar con el mango del bisturí para abrirse paso, era necesario cortar resueltamente, pero con un exquisito cuidado, pues la bolsa de pus se encontraba precisamente debajo de aquellos músculos.

Cuando hubo preparado la herida, separando con ambas manos la carne, y colocando en la abertura una capa de lana lavada con objeto de que el líquido envenenado no se extendiera al azar, hundió sus dedos en la abertura; entonces percibió una masa bastante parecida en su resistencia a lo que pudiera ser la piel tirante de un tambor. Hizo deslizar la hoja del bisturí a lo largo de su dedo índice, colocó la punta de acero en la envoltura del absceso, apoyó lentamente en el mango y sintió cómo la hoja penetraba en la bolsa tensa… De repente, un espantoso olor llenó la cueva… Supo que había logrado su objeto…

—¡Madre sagrada de Horen! —exclamó la joven—. ¿Cómo ha podido vivir con este horror dentro del cuerpo?

José trabajaba rápidamente, dejando manar lo más fétido de la cavidad donde había estado el pus, y secándolo a medida que salía. Cuando el agujero se vació, enrolló en forma de tubo un cuadrado de lana y lo deslizó por la abertura, para que sirviera de tapón y de drenaje a la vez, impidiendo que la incisión se cerrara antes de que el pus quedara completamente evacuado.

La operación, desde el comienzo al final, no había durado más de media hora.

A pesar de su sufrimiento, Aquiles respiró a fondo:

—¡Ah!… —alargó mucho su exclamación—. Me habéis quitado un gran peso, José, habéis hecho un milagro.

—¡Nada de milagro! Sencillamente una operación quirúrgica.

—Pero que pocos cirujanos se atreverían a llevar a cabo, incluso en Alejandría —dijo calurosamente Albina—. Nuestra deuda hacia vos es grande. Os debemos incluso nuestra vida por haber salvado a nuestro padre.

—No pido honorarios. Sois amigos de Matthat, que es amigo mío. Esto es suficiente.

—No —intervino con firmeza Aquiles—. Los antiguos escritos de los judíos dicen, yo lo sé, que todo trabajo es digno de su salario. Albina, coge la bolsa en el cofre y tráemela.

Su respiración era mucho más fácil. Dirigió una ligera sonrisa a José: en adelante era un amigo.

Cuando la joven volvió con el objeto pedido, el joven galileo se estaba lavando las manos. Mientras se las secaba, Aquiles desató el cordón de la bolsa e hizo deslizar algo en el hueco de su mano.

—Toma esto —dijo al cirujano—. Es la dote prevista para Albina. No tienes por qué vacilar, no ha sido robada, sino comprada.

Si no quería ofender al anciano, José debía aceptar: se trataba de una perla muy hermosa, de tamaño mayor que una nuez. La tendió a la muchacha.

—Acéptala de mi parte, como un regalo de amistad —dijo—.

Yo no deseo pago ninguno por haber podido aliviar a tu padre.

La bella danzarina morena sacudió la cabeza:

—La vida de mi padre vale para mí más que todas las joyas del mundo. Toma la perla, te la ofrecemos él y yo: la has merecido diez veces.

José la depositó en su bolsa.

—En este caso, la venderé —dijo— y daré, a vuestra intención, el dinero a los pobres.

Mientras colocaba sus instrumentos, vio que los rasgos de Manetho estaban deformados por la ira. Al salir de Necrópolis, Matthat hizo una observación que confirmaba esta impresión:

—Temo haber subestimado a Manetho y creo que te hundiría sin vacilar, e incluso con alegría, un puñal entre las costillas, para asegurarse la posesión de esa perla. Entrégamela y la venderé; el dinero estará seguro entre las manos del prestamista y dará intereses hasta que te dispongas a regresar a Jerusalén. Me las arreglaré para que Manetho sepa que ya no posees ni la perla ni el dinero.

Consintió muy a gusto en ello, ya que no sentía el menor deseo de que su cuerpo fuera descubierto cualquier mañana flotando en las aguas del canal Agatadaemon.

Al llegar a orillas del canal, Matthat llamó a una de las barcas que hacían el trayecto entre el lago Mareotis, el puerto del Feliz Retorno y el centro de la ciudad; allí José se despidió de él para regresar solo al Rhakotis.

Los alejandrinos gozaban de la reputación de dormir de día y de velar de noche, reputación que le pareció bien merecida; aunque se acercara el invierno, hacía aún calor y podían oírse conversaciones en veinte lenguas. Fuertes marinos y pescadores del Frente del Mar pasaban por las estrechas calles, dándose el brazo, y quienes se

cruzaban con ellos debían esconderse en los corredores o en las puertas si no querían encontrarse derribados en medio de la calzada. Casi en cada rincón, una taberna dejaba escapar risas ruidosas, voces animadas por las discusiones, gritos alegres de mujeres rodeadas de hombres y casi tan numerosas como ellos.

En una noche tan feliz y tan cálida, José recordaba con una amarga dulzura haber atravesado la ciudad de Magdala acompañando a María a casa de Demetrio, y antes de entrar en ella haberle dado un beso. ¿Llegaría a hallarla alguna vez en aquella ciudad bulliciosa y desbordante? Se lo preguntaba sin creer demasiado en ello. Si ella había fracasado en su ambición de ser danzarina estrella en el teatro de Alejandría, su búsqueda tenía pocas probabilidades de éxito. ¿Dónde buscarla? Quizás, incluso, despechada, habría abandonado la ciudad para dirigirse a Éfeso, a Antioquía, o incluso a Roma, donde existían teatros importantes.

Sin duda la presencia hostil de Manetho había impedido al joven cirujano preguntarle a Albina, como fuera su intención.

Sin saber en realidad por qué, tomó por una calle que conducía al Gran Puerto; ya que sólo podía confiar en la casualidad, comenzaría por el Frente del Mar… Los mástiles y los remos de innumerables barcos se veían desde todas las calles que daban al puerto, y si María se había embarcado para «algún lugar», fuera cual fuera aquel «algún lugar» tenía que haber partido desde aquel gran muelle.

Cuando llegó al acantilado cercano al Heptastadium, quedó durante un instante asombrado: era la primera vez que iba allí de noche y no estaba preparado para lo que vio. Un espejo reflejaba en dirección al mar la luz de los grandes fuegos encendidos cada noche sobre la plataforma en la cima del Pharos, pero incluso las mismas llamas bastaban para iluminar el puerto y la gran calzada de piedra que unía al continente la isla sobre la cual se elevaba el faro.

En las calles, en la calzada y en el muelle evolucionaba una multitud inmensa, la mayor que José contemplara nunca, ya que aquel lugar sin par en el mundo constituía el paseo favorito de los alejandrinos.

En Judea, las mujeres no salían por la noche, a menos de ir acompañadas por hombres de sus familias, mientras que la muchedumbre que desfilaba ante sus ojos estaba formada por muchas mujeres solas de todas las nacionalidades, de todos los colores de piel y de todas las clases sociales. La altiva patricia romana paseaba indolente, vestida con lujo, acompañada, a veces, de una esclava negra como el carbón, desnuda hasta la cintura, y con la parte inferior del cuerpo cubierta con una tela de un blanco de nieve. Casi codo a codo con la matrona más casta, una cortesana se paseaba con el ondulante y despreocupado movimiento de caderas particular de su tribu, con las mejillas coloreadas con antimonio, pupilas llenas de *kohl*, labios de un carmín vivo muy pintados, mirada que se hundía audazmente en los ojos de los hombres, y sonrisa que invitaba más que las palabras, dirigida a quienes su apariencia

denotaba prosperidad. Egipcias de piel oscura paseaban al lado de gigantes rubios, descendientes de los soldados que vinieran antaño con Alejandro y luego con las legiones de César. A José, estupefacto, le parecía que las cortesanas eran más numerosas que las mujeres respetables y quizá no anduviera demasiado equivocado.

En una comunidad exclusivamente judía, aquellas mujeres «pintadas y llenas de adornos» se hubieran hecho lapidar por el populacho, pero aunque un reflejo producido por su educación le hiciera apartar la mirada, su voluntad no bastaba a impedir que su pulso latiera más de prisa al cruzarse con aquellos cuerpos deseables y simpáticos, apenas disimulados bajo vestidos de seda diáfana, que disponían de manera que quedara al desnudo un hermoso seno tentador.

Para que la tentación resultara menos fuerte que su voluntad de resistencia, el joven se dirigió resueltamente hacia los muelles, donde día y noche proseguían la carga y descarga de los barcos. Si María había dejado Alejandría, quizás algún marinero, o algún descargador, se acordara de haberla visto embarcar, de haber visto a Demetrio, o a Hadja, el nabateo de alta estatura, de anchas espaldas y perfil de halcón.

Se detuvo para charlar con mercaderes fenicios de cabellos y nariz largos, quienes —mientras esperaban embarcar— vigilaban con todo cuidado los montones de paquetes de tejidos teñidos con aquella rica púrpura romana que los oficiales de Tiberio tanto apreciaban para sus uniformes, pero de nada se enteró por ellos, y tampoco por los romanos que, habiendo ido más allá de las Columnas de Hércules, tenían importantes cantidades de ámbar y de estaño en bruto.

Todos los productos fabricados, todas las materias primas del mundo entero se cruzaban en aquel puerto inmenso y seguro, puerto obligado y también libre, donde las mercancías en tránsito para otros países no pagaban derechos de aduana.

Venidos del lejano Imperio de los Han, los tejidos de algodón y las ricas telas de seda, a veces bordadas en oro, procedentes de las costas de Malabar; los monos y los pavos reales y las joyas preciosas, venidas de Arabia; el incienso y las especias, venidas de los países que los negros llaman Nubia; el marfil y el oro, todo y centenares de otras mercancías llenaban depósitos y almacenes y desbordaban en el muelle.

Interminables filas de esclavos subían y bajaban por las pasarelas de las calas manipulando día y noche, bajo el látigo de los vigilantes, las cargas más diversas.

Todos los caminos del mar se dirigían hacia aquel puerto rebosante de barcos, hacia aquellos muelles saturados de humanidad, y desde los graneros inagotables del valle del Nilo, un río interminable de trigo desembocaba en las sentinas, con destino a Roma y especialmente para sus soldados.

Sin embargo, ningún capitán recordaba haber tomado a bordo una muchacha cuyos cabellos eran tan rojos y tan ardientes como la puesta del sol sobre el lago

Mareotis, un músico anciano, grueso y alegre, y un gigante negro nacido en el desierto.

Capítulo VI

EL CUAL JOSÉ SE DA CUENTA DE QUE EL AMOR Y LA PACIENCIA LLEGAN A DESCUBRIR UNA AGUJA EN UN ALMIAR

DISGUSTADO EN LO CONCERNIENTE a la búsqueda de María, José no lo estaba en lo que se refería a sus estudios. Gracias a las relaciones de Baña Jivaka y a su experiencia en Alejandría, pudo dirigirse en seguida a la fuente de ese abundante río de ciencia que era el gran Museo, situado entre la calle de Canopus y el Frente del Mar. De hecho, el Museo constituía una parte de un importante conjunto, un palacio que contenía dentro de sus muros una universidad consagrada al estudio de las ciencias y de varios otros temas.

Los maestros comían en una amplia sala, de la cual partían una serie de arcadas, lugares de conversación y de discusión de los estudiantes entre sí e incluso con sus profesores, en el intervalo de las conferencias, y cerca de allí se abrían las aulas en las cuales se desarrollaban los cursos.

En lo alto, entre el Museo y el promontorio de Loquias, se elevaba el célebre teatro alejandrino. Desde las localidades más altas, los espectadores, si bien se hallaban más alejados del escenario, gozaban en cambio de una amplia vista sobre el maravilloso paisaje del puerto, su bosque de mástiles, su multitud de grandes y pequeños barcos y el gran faro blanco en la isla, al final, al otro lado de la cual se extendía el mar, inmenso y libre.

Al lado del teatro se alzaba el Templo de Pan y más al oeste aún el gran Gimnasio, cuya longitud sobrepasaba un estadio. Inmediatamente después, y finalmente, el Tribunal.

José pasaba los días en el Museo, observando a los médicos y a los cirujanos ocuparse en los enfermos indigentes que afluían desde todos los rincones de la ciudad. Los profesores, mientras establecían sus diagnósticos y trataban a cada cliente, daban una conferencia destinada a los enfermos que les rodeaban en semicírculo, estudiosos y atentos.

Las operaciones quirúrgicas se efectuaban con menos frecuencia, pero en este dominio, ninguno de los profesores podía igualar en habilidad y audacia a Baña Jivaka, ni la enseñanza del célebre Susruta, cuyos preceptos seguía escrupulosamente.

Las tardes se consagraban a las ciencias y, en particular, a la astronomía, dominio en el cual la escuela de Alejandría iba en cabeza de todas las escuelas del mundo.

Allí fue donde Euclides demostró sus famosos teoremas de geometría, allí también donde Eratóstenes había llevado a cabo el hecho prodigioso de medir la circunferencia de la tierra, y bajo aquellas frescas arcadas, Aristarco de Samos había

estudiado las estrellas durante muchas noches, para finalmente enunciar la teoría revolucionaria de que la tierra y los planetas, satélites disciplinados, daban vueltas alrededor del sol.

A medida que transcurrían los días, José se fue dando cuenta de que aprendía más de Baña Jivaka que de sus maestros oficiales. Bajo la dirección de su amigo, se hizo hábil en suscitar aquel extraño estado de trance que permitía al cirujano indio efectuar operaciones muy difíciles sin que el paciente sintiera dolor. Bastaba con hacer fijar la mirada y la atención del paciente sobre un objeto brillante —como, por ejemplo, la joya de que se servía Jivaka—, mientras que la voluntad del operador dominaba progresivamente la del otro persuadiéndole de que dormía, y terminaba, en efecto, por hundirse en un sueño tal que los músculos y los nervios quedaban afectados al igual que la conciencia, contrariamente al sueño normal, en el que basta pellizcar, sacudir, y a veces sólo tocar al durmiente, para que su sensibilidad física se despierte, lo mismo que su conciencia. Aprendió de un estudiante egipcio que la práctica de este arte no se limitaba a la India, pues los sacerdotes del Nilo lo utilizaban desde hacía milenios.

Trabajando juntos, José de Galilea y Baña Jivaka ejecutaron en cirugía tales proezas que llegaban a ellos gentes de todas partes, de manera que se ganaban la gratitud y con frecuencia la amistad de hombres influyentes, que participaban, por ejemplo, en el gobierno de la ciudad, de mercaderes de bazar, de cambistas cuyas oficinas estaban situadas en los grandes almacenes, en las casas de comercio extranjero, de gentes de su propia raza que habitaban en el barrio judío.

A consecuencia de su éxito cerca de Aquiles y de su discreción, también llegaron a José ladrones y pequeños malhechores de derecho común, que vivían distribuidos por todas partes.

La convalecencia de Aquiles proseguía con una regularidad sin complicaciones. Durante la primera semana José le visitó en días alternos y al cabo de la segunda, la curación estaba tan avanzada, que el paciente sólo requería los cuidados de un examen ocasional de la herida.

Tal como lo prometiera, pero algunas semanas más tarde —y no la semana siguiente—, Matthat se presentó cierto día para llevar a José al teatro, donde las representaciones comenzaban por la tarde y se prolongaban hasta el crepúsculo.

El drama y la danza eran las distracciones favoritas de los alejandrinos, muy dados al placer, y una gran muchedumbre, que se dirigía hacia las murallas macizas del gran teatro, llenaba cada día las calles cercanas del Frente del Mar, para inmovilizarse en una cola paciente cuando todas las gradas del enorme edificio estaban ocupadas.

—Siempre sucede esto cuando Flamen danza —explicó Matthat, mientras eran empujados por la multitud—. Los habituales al teatro la adoran literalmente y jamás

hubo nada igual en Alejandría.

—¿Es una cortesana? —preguntó José, que había llegado a saber que allí, como en muchos otros lugares del mundo, las actrices pertenecían con frecuencia a esta categoría social.

Matthat alzó los hombros.

—Numerosos son los que afirman lo contrario. Hombres influyentes que han solicitado en vano sus favores, están dispuestos a apostar que no es virgen. Sea lo que fuere, su poder sobre los hombres sobrepasa en mucho al de cualquier otra mujer de la ciudad. Quizá no exista otra en el país que pueda comparársele. Es rica de todos los dones que le han sido hechos por sus admiradores rechazados.

—¿Por qué la buscan si ella los rechaza?

Matthat sonrió con ironía:

—Tú eres médico. Deberías saber que el mismo hombre se arruinaría a gusto por la mujer insensible a sus homenajes, que la abandonará en seguida si ella cede a sus súplicas. Cortesana o no, esa Flamen es inteligente y posee una asombrosa sangre fría. Este último año, el recaudador Flavio perdió su cargo por haber robado el dinero de los impuestos para ofrecerle suntuosos regalos a la señorita. El mismo día en que lo apresaron se volvió hacia otro más rico admirador, que fue obligado, como el anterior, a contentarse con pagar muy caro aquella amistad platónica.

Matthat había adquirido billetes que les daban derecho a dos asientos en la gran cavea o auditórium. Penetraron por el pasillo denominado *paradoi*, que separaba a los actores del público, y recorrieron otros corredores que se separaban del primero hasta alcanzar una fila de asientos cercana al escenario.

Las filas que precedían a la suya estaban reservadas a la nobleza y a la clase opulenta que, prácticamente, se asimilaba a ella. Justo encima de las aberturas construidas para la entrada del público, dos palcos, muy adornados, llamados *tribunalia*, se destinaban exclusivamente a los altos dignatarios de la ciudad.

—Una de las tribunália está siempre ocupada por el enamorado de turno, aquel de quien Flamen acepta temporalmente las atenciones —explicó el judío—. ¡Puedes comprobar con ello que sólo tolera la corte de hombres muy ricos! Nadie que no lo fuera podría ofrecerse, día tras día, el lujo de ocupar una de esas carísimas tribunália.

José dirigió a su alrededor miradas nuevas —era la primera vez que ponía los pies en un teatro—, tratando de verlo todo de una vez. Delante del escenario se encontraba una vasta plataforma semicircular, sobre la cual, según las necesidades del espectáculo, los coros cantaban o bailaban, y al borde de la cual se sentaban los músicos. Estaban afinando sus instrumentos cuando ellos entraron.

Una especie de gran tabique separaba al público del escenario propiamente dicho, pero apenas los dos amigos se hubieron instalado, el tabique se hundió, descendiendo por una hendidura preparada a este efecto en el suelo por los arquitectos, y el

escenario apareció, con su tela de fondo pintada.

Casi no existía maquinaria escénica, a excepción del *eccyclema,* plataforma con ruedas que se empujaba sobre la escena cuando ciertas representaciones especiales así lo exigían.

El auditorium se llenaba rápidamente, y todas las conversaciones reunidas producían un rumor de oleaje. Este espectáculo que precedía al otro, era ya muy brillante: las túnicas de los hombres y los vestidos de las mujeres que los acompañaban rivalizaban en color y brillo. Los vendedores recorrían los pasadizos vendiendo caramelos diversos, frutas y pequeños odres de vino para los espectadores que tenían sed. Hasta entonces nadie había bebido todavía y ya se llamaban de un asiento a otro, con frecuencia a varias filas de distancia; se lanzaban chistes y se contaban las últimas novedades y los más recientes rumores escandalosos.

Pronto los músicos atacaron la obertura y hubo una ligera disminución del tumulto verbal. Por suerte, Matthat y José estaban colocados de modo que oían bien la música y veían por entero el escenario.

Aparecieron primero unos malabaristas: jugaban diestramente con sables y dagas que se lanzaban unos a otros con magistral destreza.

Una hermosa muchacha con los senos cubiertos con placas de metal incrustadas de piedras preciosas y que llevaba un cinturón dorado, colocó los sables en el suelo con las puntas al aire, y ejecutó entre las hojas puntiagudas una danza de una agilidad sorprendente. Parecía, a cada instante, que fuera a caer encima de una de aquellas puntas amenazadoras y los espectadores retenían la respiración, pero a cada paso sus desnudos pies y sus largas piernas blancas pasaban a poquísima distancia, sin tocarlos nunca.

Vino entonces la primera obra. Se trataba de un mimodrama subrayado con comentarios hablados, uno de aquellos cortos dramas escandalosos, donde los gestos contenían tanta intención como el texto, y donde el texto, apartándose con frecuencia de los sobrentendidos, se dirigía al auditorio en apartes de una franqueza absoluta y de una crudeza sin paliativos.

Los caracteres principales de las obras eran clásicamente la esposa infiel, el amante afeminado y demasiado guapo, el marido cornudo y la alegre coqueta. Esta jovencita, muy bonita, obtuvo un ruidoso éxito al aprovechar todas las ocasiones de enseñar lo más posible. Los espectadores demostraron un entusiasmo tumultuoso, lo que no les impidió proseguir en voz alta sus conversaciones… que en este caso no nos atrevemos a llamar «privadas».

Después llegó corriendo, desde el fondo del escenario hasta la orquesta, un grupo de bailarinas, con ligeras túnicas, collares de flores en los cabellos y alrededor del cuello, y liras doradas entre los dedos. Cantaron un tierno poema de amor y, dejando las liras alrededor del escenario, danzaron con una gracia voluptuosa, mientras las

ropas casi transparentes añadían un encanto turbador.

Siguió una farsa mimada, el *Atellan*, con sus personajes cómicos: el payaso Buceo, el tonto Pappus, el atolondrado Maccus y el sabio Dossemus.

A continuación el escenario quedó vacío y los músicos interpretaron una extraña melodía, de una melancolía obsesionante y dulce, muy pegadiza, que José no había escuchado nunca y que Matthat le dijo ser una canción del antiguo Egipto.

Una muchacha de piel oscura apareció y corrió sobre las puntas de los pies y los brazos en alto, hasta el centro de la escena, donde se inclinó, flexible como un junco, hasta tocar el suelo con los dedos. Después se irguió y saludó con una lenta sonrisa: José dio un respingo de extrañeza al reconocer a Albina, la hija de Aquiles.

—Después de Flamen es la mejor danzarina de Alejandría.

Son las dos mejores que hayan actuado en este teatro desde hace muchos años. Además, es una muchacha muy buena y muy simpática.

La estatuilla bronceada no llevaba más que una banda de seda en forma de taparrabo, alrededor de los ríñones, pero resultaba tan agradable de contemplar, había en ella algo tan casto en su esbelta y flexible silueta, que José ni por un instante pensó que fuera casi desnuda. Su danza era para él una cosa nueva, consistente más en estatismo que en movimientos, en actitudes estilizadas donde los dedos representaban un papel importante, pero que el público apreciaba visiblemente: los egipcios, sobre todo, parecían entusiasmados. José se dio cuenta de que debía ser la gran favorita de los de su raza.

Cuando terminó y desapareció, los aplausos y los gritos la obligaron a volver a saludar, con el extraño y gracioso saludo de su delgado cuerpo enhiesto y después plegado por el talle hasta tocar el suelo con sus dedos. Después desapareció entre una interminable ovación.

La representación prosiguió según el programa establecido: el espectáculo duraba cuatro horas enteras.

Finalmente, un grupo de mujeres negras venidas del lejano corazón de África ejecutó las inquietantes y sensuales danzas tribales de su país, con sus cuerpos desnudos que cubría sólo un delgado cinturón, bañados en sudor y brillantes de reflejos a la luz y al calor de un auténtico fuego encendido en el escenario en un amplio barreño de cobre.

—Pronto aparecerá Flamen —dijo Matthat—. Su actual enamorado ha ocupado el palco.

José volvió los ojos hacia la *tribunalia* y vio ocupado un asiento hasta entonces vacío. Aquel tardío espectador era un hombre alto, de rostro duro, pero hermoso, de romano, con las sienes grisáceas, patricio hasta la punta de las uñas y en cada uno de los rasgos de su altivo rostro.

—Es el *gymnasiarca* Plotino —explicó Matthat—. Aseguran que se ha gastado

ya, siempre en vano, varios miles de denarios de oro con Flamen.

José llevaba ya en Alejandría el tiempo suficiente para saber que el *gymnasiarca* era el jefe director del gran *gymnasium*, el gran centro de educación, de instrucción y de atletismo, lugar principal de las actividades sociales y de la vida política de la ciudad, y uno de los hombres más importantes de Alejandría.

—¿Qué hace, pues, esa Flamen para ser tan popular? —preguntó José, intrigado —. No creo que pueda ir más desnuda que las que la han precedido.

—No va desnuda. Se asegura que cuando llegó a Alejandría, el director del teatro pretendió que bailara desnuda como las otras, pero ella se negó categóricamente. Ya juzgaréis si tuvo razón de conservar su originalidad cuando la veáis danzar, más vestida, en verdad, que la mayoría de las mujeres que se encuentran entre el público, y comprenderéis la magia que ejerce sobre la multitud.

La última de las danzarinas negras se marchó moviendo las caderas, y la pesada separación subió gimiendo desde las profundidades del subsuelo. El crepúsculo había ya caído y el personal del teatro encendió las antorchas. El silencio de la asistencia indicaba su espera, estremecida, de la atracción principal.

Entonces, lenta y pesadamente, igual que subió, la separación descendió otra vez, descubriendo un espectáculo de una belleza maravillosa.

Un jardín florido, colocado en el *eccyclema*, había sido puesto en el escenario. Aparecía en él un banco y una pequeña fuente dejaba oír el canto del agua, con tanto frescor y gracia como si hubiera sido natural. Las flores estaban dispuestas con tanto arte que parecía hubieran crecido alrededor de la fuente y a causa de ella. La belleza del cuadro por sí sola arrancó ya aplausos a los espectadores entusiasmados.

Cuando el silencio se hizo de nuevo, una mujer surgió de una glorieta que se alzaba detrás del banco. Llevaba un lirio entre las manos. Iba vestida con una túnica de un blanco deslumbrante, cuyo tejido, a cada uno de sus pasos, a cada uno de sus movimientos, se pegaba a su cuerpo. Una cinta de plata rodeaba su cintura y subrayaba cada uno de sus pechos. En sus cabellos, de un rojo encendido, una ligera diadema de piedras preciosas resplandecía a la luz de las antorchas.

Los aplausos la saludaron con frenesí y ella esperó pacientemente a que hubieran cesado antes de pulsar las cuerdas de su lira y de ponerse a cantar.

El canto —el poema— cuando llegó a los oídos de José le era ya familiar. Le era familiar ya cuando lo oyera por primera vez cierto día en las calles de Tiberíades, por una voz conmovedora, cálida y fresca a la vez, que planeaba hasta las aguas del lago:

Tejeré violetas blancas
y hojas de mirto verde,
y rodearé con narcisos
la vara de los altos lirios claros,

mezclaré azafrán tierno
al jacinto de mirada azul,
y confiaré a la rosa
todo el amor de mi ardiente corazón.
Heliodora, toma la corona
y colócala en tus cabellos.

Capítulo VII

EN EL CUAL JOSÉ, HABIENDO HALLADO A UNA MARÍA QUE RECHAZA SU AMOR, ENCUENTRA AL MISMO TIEMPO UN ENCANTADOR AMOR QUE ÉL RECHAZA ASIMISMO, PERO CON GENTILEZA

ÉL LA ESCUCHABA CANTAR bebiendo literalmente su belleza con los ojos y su encanto conmovedor con los oídos. María había cambiado desde sus años en Magdala; su cuerpo era ahora el de una mujer espléndida, sin ninguna huella de adolescencia, y su voz había cobrado una cálida madurez. En otro tiempo poseía la imponderable calidad de las campanillas de plata que fabricaban los artesanos de Éfeso, que no tienen igual en el mundo; pero ahora había adquirido una hondura, una gravedad redonda y plena; era una voz que hacía latir el pulso de los hombres con fuertes golpes y enviaba su sangre a las sienes.

Resultaba fácil comprender que había —y por qué había— ganado la admiración de las multitudes hastiadas de Alejandría, ya que bastaba dirigir una mirada al público para comprobar que, aunque se hallaran presentes las más célebres cortesanas de la ciudad y las más ricas patricias, no existía una sola mujer que se le acercara ni en belleza, ni en porte, ni en seducción naturales. El *gymnasiarca* Plotino se había inclinado al borde de su palco y, al terminar la canción, José vio a la joven cantante alzar los ojos hacia la tribunália y sonreír, antes de agradecer, con un saludo lleno de gracia y de soltura, el fragor de aplausos y de aclamaciones que atronó el aire.

—¿No es cierto que es exquisita? —preguntó Matthat.

—Todavía más que hace cinco años —respondió José con una convicción ferviente y sin separar de ella la mirada.

—¿Cinco años?

Una sorpresa intensa apareció en el rostro del judío.

—¿No querréis decir que…?

—Sí. La mujer que Alejandría conoce por Flamen no es otra que la María de Magdala que yo buscaba…

Los ojos del mercader se le salían de las órbitas:

—Entonces… ¿cómo es que no llegabais a encontrarla?

—Porque ya no utiliza el único nombre con que yo la conocía, el suyo. Y también porque parece ser que ha procurado ignoren que es medio judía.

—Fue sensata —dijo Matthat moviendo la cabeza—. A nosotros, los judíos, no nos aman, a pesar de que formamos el grupo más importante de Alejandría. Es absolutamente seguro que ningún romano se casaría con ella si supiera que es judía.

—Sólo mitad judía —repitió José—, y ha sido educada como una griega por un

griego.

Pero él no podía sino lamentar que María hubiese decidido disimular su origen hebreo, del que él mismo se enorgullecía.

—Flamen —dijo soñadoramente Matthat—. La antorcha.

¡No podía haber escogido nombre más adecuado! A veces parece, en verdad, un hachón ardiendo.

—Un músico nabateo le dio ese nombre. Hadja siempre la llamó la *Llama Viva* y ella ha tomado el seudónimo de Flamen para el escenario. ¿Cómo fui tan imbécil de no haber pensado en ello en seguida?

Los aplausos habían, por fin, terminado; la orquesta de cuerda atacó una melodía dulce y acuñadora, y María comenzó a danzar. Era la misma danza que ejecutara ante Poncio Pilato y sus invitados, pero José no la había contemplado nunca. Mientras ella se desplazaba por el *eccyclema*, él podía imaginar visualmente la escena que los movimientos de su cuerpo evocaban con un arte maravilloso, con tanta claridad como si se hallara a orillas de su querido y hermoso mar de Genesaret, bajo un cielo negro y preñado de truenos que atravesaban deslumbradores relámpagos; oía la lluvia de Marshvan sobre el agua del gran lago y acariciar las orillas con sus promesas de ricas cosechas. El muchacho y la joven que se paseaban por él dándose la mano, podían incluso ser José y María, aquel José y aquella María de hacía una eternidad…

Matthat hizo una aspiración profunda:

—Es la primera vez que la veo bailar esta danza. ¡Vuelvo a encontrar el olor de la lluvia en las colinas de Galilea!…

La música se extinguió dulcemente. La magnífica criatura coronada de llamas se dejaba lentamente deslizar hasta el suelo del escenario, con los brazos extendidos ante ella, mientras la multitud se ponía en pie en un gran ímpetu de delirio colectivo.

Los hombres lanzaban al aire sus botas de vino vacías, las mujeres las hojas secas que habían contenido los pasteles. Sus entusiasmos necesitaban expresarse por medio de gestos vanos, pero que aliviaban sus nervios, demasiado en tensión.

María permanecía en escena, allí donde se había detenido, y saludaba aún, esperando con paciencia que el tumulto se calmara; José ya no podía dudarlo: ella había alcanzado la situación triunfal que ambicionara. Ídolo del pueblo de Alejandría, teniendo como esclavo a uno de sus más importantes ciudadanos, el *gymnasiarca* Plotino, ¿podía desear algo más?

Cuando se restableció la calma, la orquesta tocó una melodía completamente diferente, de ritmo sensual, y el cuerpo de Flamen se convirtió en seguida en la promesa eterna de la mujer, su respuesta al deseo imperioso del hombre.

—Se dice que Salomé, la hija de Herodes, danza así para sus amantes —dijo Matthat—. He visto veinte veces a mujeres de Oriente bailar esta danza desnudas, pero resultaban infinitamente menos deseables que esta Flamen que danza vestida.

El joven cirujano dirigió su mirada hacia la tribunália. Plotino, pálido, con gruesas gotas de sudor en las sienes, aparecía inclinado hacia delante, con los ojos fijos en la seductora silueta que con tanto arte se movía en la escena. En un instante de adivinación, José comprendió que el otro no había poseído aún a María de Magdala: ningún hombre desea con tanta voracidad un fruto que ya ha probado. Aquella seguridad, sin embargo, le aportó poca alegría.

—¿Cómo sois capaz de conservar vuestra calma? —Matthat demostraba una gran extrañeza—: Si amáis a esa joven, ¿no ardéis en el mismo fuego que Plotino?

José movió lentamente la cabeza.

—Cierto es que Flamen es todavía más hermosa de lo que lo fuera María de Magdala, pero la mujer que danza no es la misma. Un espíritu malo se ha apoderado de ella.

—Si se trata de un mal espíritu, vos sois el único hombre aquí que no estuviera dispuesto a entregarle su alma… No es extraño que ella pueda hacer de los hombres lo que desee.

La danza alcanzó su inevitable apogeo y María abandonó la escena corriendo. Sin embargo, la muchedumbre la aclamaba, gritaba y armaba un alboroto formidable y ella tuvo que volver a saludar varias veces antes de irse, y sólo se restableció el silencio cuando subió del subsuelo el tabique de separación.

—Deseo hablar con ella —dijo el galileo—. ¿Sabéis por dónde se va a los vestuarios?

—Sí. A veces Albina cena conmigo después de terminado el espectáculo.

En la parte posterior del vasto escenario todo le pareció confusión mientras buscaban el camarín de la bailarina. Mujeres apenas vestidas atravesaban rápidas. Estaban quitando el decorado del *eccyclema*, porque el espectáculo del día siguiente sería distinto. Con sus instrumentos debajo del brazo, los músicos abandonaban el teatro. A la entrada de un corto corredor que conducía al camarín de la estrella, aparecía pintada en la pared una antorcha encendida. Debajo de ella, un soldado romano montaba guardia, con la espada en alto, con el escudo personal del *gymnasiarca* fijado a su casco debajo de las águilas romanas. Cuando Matthat y José llegaron a su altura, extendió el brazo y la hoja brillante les cortó el paso.

—Deseamos hablar a la danzarina Flamen —dijo cortesmente José—. Somos antiguos amigos de Galilea.

—Nadie visita a Flamen sin permiso especial del *gymnasiarca* —dijo el soldado con aire de aburrimiento y fatiga, como si aquella clase de tentativa se produjera con mucha frecuencia y resultara monótona—. Seguid vuestro camino.

—Pero…

—¿No habéis oído lo que os ha dicho el guardia? —exclamó una voz a sus espaldas.

José se volvió y vio a Plotino a menos de un metro de él. El rostro del *gymnasiarca* resultaba aún más duro y amenazador, visto de cerca, que desde lejos en la *tribunalia*.

—Lo he oído —dijo José, siempre igualmente cortés—. Si permitís que le digan a Flamen que José de Galilea está aquí y desea verla, estoy seguro de que me recibirá. Somos antiguos amigos.

—Flamen no tendría a un judío por amigo —dijo Plotino, despreciativo—. Conozco a este Matthat; es un encubridor, un mercader de objetos robados. ¿Esperáis, por medio de un subterfugio tan grosero, llegar a venderle algo?

—No pretendemos venderle nada —aseguró Matthat.

José insistió:

—Os aseguro que la conocí en Galilea.

—¡Silencio, perro judío! —gritó el otro, rojo de ira—. ¡Insultas a Flamen sólo con insinuar que podría conocer tu maldito país!

Una luz asesina pasó rápidamente por sus ojos; sin que José hubiera podido esperar que Plotino se dispusiera a pegarle, recibió en la sien el choque violento de un puño con guante de malla, sintió que la piel se hendía bajo el metal en un relámpago de sufrimiento, y después la oscuridad se lo tragó.

De momento creyó hallarse en su domicilio, en el departamento que compartía con Baña Jivaka, en el Rhakotis. Era de noche, pues una lámpara de aceite brillaba, en un aplique, contra la pared, y la habitación era semejante a la que él ocupaba, semejante a miles en el barrio griego, pero algo, sin embargo, distinguía a ésta de aquéllas: una cierta manera de estar colgadas las cortinas de la ventana, algunos almohadones de colores alegres y un olor delicado que flotaba en el aire.

Percibió un movimiento en el rincón más alejado y distinguió un vestido de seda blanca. Durante un breve instante de ilusión apasionada, creyó que se trataba de María, pero cuando una joven avanzó hacia el centro del círculo de luz, reconoció la piel oscura y los rasgos de Albina, la hija del ladrón.

—¡Por fin has decidido despertarte!

Los dedos de la joven tocaron su frente y él se dio cuenta de que llevaba un vendaje. Entonces recordó casi lo sucedido, cuando se encontraba a dos pasos de la puerta de María.

—¿He permanecido mucho tiempo inconsciente?

—Casi seis horas, según la clepsidra. Vi cómo Plotino te lanzaba al suelo en el corredor del camarín de María. Matthat y yo te trajimos aquí mientras permanecías sin conocimiento.

—¿Quién me vendó?

—Tu amigo, el médico de Malabar. Matthat fue a buscarlo.

Nos aseguró que sólo estabas aturdido y que lo mejor era dejar que volvieras en ti por ti mismo.

—¡Pero es de noche!

Intentó alzarse sobre un codo y en seguida la habitación se puso a dar vueltas. Albina le ayudó dulcemente a recostarse en los almohadones.

—Es casi de día —dijo—. ¿Por qué?

—¿Hemos pasado la noche juntos?

—Buena parte de ella, sí. ¿Qué sucede? Yo no me inquieto por ello, ¿por qué habrías de inquietarte tú?

—¿Y tu reputación?

Ella alzó los hombros sonriendo:

—Yo soy bailarina. Que lo seamos o no, todo el mundo nos cree cortesanas. Por consiguiente, más vale que no nos preocupemos por ello. Tienes que permanecer acostado.

—Ma… Flamen… ¿se enteró de que yo la buscaba?

Albina negó con la cabeza:

—Plotino está loco de celos. En cuanto ella llega al teatro, coloca un guardia ante su puerta y nadie puede invitarla, ni siquiera el director. ¡No hubieras debido intentar verla en el teatro! Si Matthat y yo no te hubiésemos sacado de allí inmediatamente, Plotino hubiera podido muy bien matarte. Es el dueño en Alejandría. Se asegura incluso que el Gobernador se halla más o menos sometido a él.

—Pero ¡si hacía semanas que la buscaba fuera del teatrof —protestó el joven.

—Entonces, ¿es verdad lo que dijiste de Galilea?

Quizás hubiera dicho demasiado, pensó de pronto el herido.

Si María deseaba que su origen medio judío no se conociera en Alejandría debía, como amigo, guardarle el secreto.

—Quizá me engañara —dijo vagamente, pero era demasiado honrado para mentir.

—No te preocupes —dijo Albina, consolándole—. Yo soy una de las pocas personas que saben que Flamen lleva sangre judía. Al principio de estar ella aquí, fuimos muy amigas. Yo entonces era primera bailarina y ella formaba parte del coro, pero no tardó mucho en pasar delante de mí.

—¡Después de eso, la mayoría la odiaría!

Albina movió la cabeza:

—No. ¿Por qué? Flamen es una gran artista; la mejor danzarina que yo he conocido. Es normal que ocupe el lugar que le corresponde según los dones que ha recibido, y nadie podría odiarla por eso. Lo malo es que ha matado su alma, y eso no puedo perdonárselo.

—¿Qué estás diciendo?

—La mujer ha sido creada para responder a una inmensa necesidad del hombre. Entre sus brazos, y sólo allí, puede olvidar las preocupaciones de la jornada y ella puede otorgarle hijos vigorosos e hijas hermosas, con el fin de que su linaje no se extinga. Pero una mujer que atiza las pasiones de los hombres y que, aunque está resuelta a no calmarlas, se dedica sabiamente a inflamarlas todavía más en su propio interés, esto lo considero deshonesto.

—¿Es, pues, cierto que no se entrega a ninguno de los hombres que la siguen así?

Una expresión de desencanto, casi de pesar, cruzó por sus hermosos ojos:

—¡Tú también, José! Tú la amas… como los otros…

—No como los otros —rectificó tiernamente—. Siempre la amé. Hace años que la conozco, años que la amo fielmente.

¡Pero no a la mujer que he visto! Ella era entonces una adolescente exquisita, intacta, que nada había estropeado… Hoy…

Dejó en suspenso la frase comenzada: el pensar en lo que se había convertido, le hacía daño.

—Resulta difícil pensar que Flamen haya sido como tú dices, José. Pero, ya que la amas tanto —prosiguió Albina—, voy a decirte lo que creo, y es que Flamen no ha sido la amante de nadie, que sólo ha amado su propia avidez, su propio y único deseo, el deseo de oro y de poder.

—¡No! No es la avidez lo que la empuja —objetó él suavemente—.

Es un profundo deseo de venganza.

—¿Qué deseo de venganza podría poseer tanta fuerza y tanta duración?

—Fue cruelmente violada por un romano, en su adolescencia —explicó él.

—Y en consecuencia… ¿odia a todos los romanos? Sí… eso puedo comprenderlo… cualquier mujer lo comprendería…

¿Y tú seguiste amándola a pesar de todo, José? Debes de ser un santo.

José movió la cabeza:

—¿Por qué culparla de su desgracia? Un sabio entre los judíos dijo cierta vez: *El amigo ama en cualquier tiempo, y el hermano ha nacido para amar en la adversidad.*

Albina alisó con sus dedos suaves la venda que le rodeaba la frente:

—No he conocido muchos judíos, José, y nunca a ningún hombre parecido a ti, y si Flamen te trata como trata a los demás…

Ella respiró profundamente, como para reunir todo su valor:

—¿Por qué me resulta tan difícil decirte que me sentiría feliz si pudiera concebir robustos hijos de ti, y consolarte entre mis brazos, y preservarte del daño que causa el mundo? Yo soy una danzarina y me consideran, como es lógico, una *meretriz,* pero nunca he dormido con un hombre por su oro, ni lo haré. Por consiguiente, ningún hombre de bien querrá casarse conmigo a causa de ello.

—Creo que te engañas, Albina —dijo, poniendo una mano encima de las suyas

—. Muchos hombres te querrían por lo que eres, y no por lo que la gente cree que te es común.

—Hombres como tú, sí, pero nunca he visto ni uno solo. Yo desearía ahorrarte el pesar que Flamen te causará, lo sé, pero si insistes en querer verla, voy a decirte dónde y cómo podrás encontrarla. Ella vive a orillas del lago Mareotis, fuera de las murallas de la ciudad, más allá del Serapeo, allí donde la mayoría de los ricos tienen sus villas. Según me han dicho, Plotino la rodea de una guardia continua, pero si vas a lo largo de la orilla, te será posible deslizarte en el jardín, entre las tapias y el agua.

Él se acordó de una experiencia análoga, cuando la salvó al pasarla por el agua más allá del muro…

—¿Cómo sabes tú eso? —le preguntó.

Albina le sonrió tiernamente:

—¿Olvidas que mi padre es ladrón de oficio? Pero vigila que no vean o crean también que eres un ladrón. Sus guardias pronto alejarían de ti toda esperanza de volver a verla… a ella… a cualquiera…

La boca de la muchacha sonreía, pero sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Capítulo VIII

MÉDICO DEL CUERPO, JOSÉ CURARÁ LOS OJOS DE DEMETRIO, MÉDICO DEL ALMA, ¿CURARÁ LA DE MARÍA?

LA HERIDA OCASIONADA por el puño cerrado de Plotino no tuvo más consecuencias que un ligero dolor de cabeza que desapareció a los pocos días, al mismo tiempo que la piel se cicatrizaba lo suficientemente para poder prescindir del vendaje.

Cierto día, hacia el atardecer, José se puso en camino hacia la villa que habitaba María, pero como todavía no conocía bien el populoso Rhakotis, la oscuridad llegó rápidamente cuando alcanzaba, al sur de la ciudad, el lago Mareotis y las lujosas residencias que lo rodeaban.

Aquel pequeño mar interior formado por uno de los recodos del Nilo, está completamente bordeado por tierras ricas y fértiles; por ello las mansiones de los romanos opulentos y de las hermosas hetairas que sentían predilección por aquel lugar soleado de la ciudad, permanecían casi escondidas entre las flores, los árboles y los viñedos. Vergeles y viñas crecían por todas partes y, aunque se estuviera a principios de invierno, las flores eran abundantes y despedían olor, ya que en Alejandría no existía un solo día del año en el que algo no floreciera.

Varias calles descendían hasta el agua, donde habían sido construidas con objeto de facilitar el tráfico entre la ciudad y las ocho islas, de jardines maravillosos, cuyas siluetas se destacaban sobre el fondo rojizo del cielo, donde el sol acababa de terminar su carrera.

Desde el canal Agatadaemon, una línea regular de barcos transbordadores iban y venían entre las islas y tierra firme. El agua que reverberaba estaba plateada por los mástiles de velas fuertemente coloreadas de las barcas del Nilo que recorrían constantemente el gran río, descargaban víveres y trigo con destino a Alejandría y a Roma, y tomaban, a lo largo de los muelles del lago Mareotis, mercancías variadas destinadas a otros lugares del Imperio. Pequeñas galeras, graciosas barcas de placer con hermosas velas latinas y esquifes ligeros pasaban, rápidos, entre los barcos de carga y se apresuraban para alcanzar sus lugares de amarre antes de que la noche se hiciera completamente oscura.

Sucedía con frecuencia, durante los días de invierno, que el viento soplaba con violencia desde el Gran Mar hacia la tierra, aportando miasmas húmedos y fríos, que ponían a prueba la salud de sus habitantes, pero por la noche la temperatura era tal y como la apreciaban los alejandrinos, grandes amigos de todos los placeres. Una brisa dulce y cálida descendía desde el valle del Nilo hacia su múltiple delta, cargada de

olores a especias y a flores.

Una gran multitud llenaba el Frente del Mar; numerosos grupos se paseaban de una punta a otra del Heptastadium; en los barrios indígenas, superpoblados, la gente se tendía fuera de sus casas, unos sobre esteras y otros sobre almohadones o sobre el mismo suelo; en rincones oscuros las parejas de enamorados se abrazaban estrechamente, pero a orillas del lago la paz era dulce y la calma completa.

Exactamente como Albina se lo había dicho, los soldados montaban la guardia en una villa encima de cuya puerta aparecía pintada la misma antorcha que en el teatro adornaba el corredor del camarín de Flamen: ¡no cabía ningún error! Su penosa y reciente experiencia hizo a José prudente, por lo que siguió con tranquilidad su camino, contando con atención las villas que separaban la mansión de la antorcha del primer sendero que descendía hacia la orilla, sendero que siguió de manera que, volviendo sobre sus pasos, pero esta vez por la orilla, le costó muy poco volver a encontrar la villa de María.

Pinos, arces y árboles de especias crecían con abundancia en la orilla, por donde los ibis caminaban lentamente, en un silencio altivo. Una bandada de patos alzó el vuelo a su paso con un gran batir de alas y, mientras él avanzaba a lo largo del estrecho sendero que separaba el lago de los opulentos jardines —entre los cuales se hallaba el de la villa de la antorcha—, un grupo de flamencos de color rosa le contempló durante un momento con atención antes de apartarse para dejarle vía libre.

José se preguntó si haría bien anunciando su presencia de algún modo, pero decidió no hacerlo, esperando conseguir sorprender a María y Demetrio. Mientras recorría una avenida de gravilla que ascendía serpenteando desde el lago a la casa, una silueta salió de la sombra de un árbol, un brazo robusto lo sujetó por detrás y le apretó con fuerza el cuello, alzándolo, medio sofocado, sobre las puntas de los pies.

—¿Qué buscas en el jardín de Flamen, extranjero, sino tu muerte?

La voz que le interrogaba era grave y profunda, y también familiar, después de cinco años. Pero la pregunta prometía quedar sin respuesta si no llegaba a reunir un poco de fuerza para hablar antes de ser estrangulado por completo.

—¡Hadja! —dijo, intentando deshacerse de la presión del brazo sobre su cuello —. ¡Hadja!… Soy yo… José de Galilea…

Al oír susurrar su nombre, el gigante aflojó instintivamente un poco su brazo; al comprender el nombre de su víctima, lo soltó con tanta rapidez que el otro por poco se cae.

—¡Loado sea Ahura Mazda! —exclamó, abrazando a José con una fuerza tal que por poco le rompe los huesos—. ¿Por qué entras por el jardín como un ladrón?

—¿Y cómo quieres que lo haga? Un romano me golpeó y me tiró al suelo hace unos días, cuando intenté ver a María en el teatro.

—¡Era Plotino! —gruñó Hadja—. Un día de estos hundiré mi cuchillo entre las

costillas de ese gimnasiarca maldito. ¿Viste a *Llama Viva*?

—Sólo en el teatro.

—¿Qué piensas de ella?

—Que ha cambiado mucho, Hadja, pero que es más hermosa que nunca.

—¡Sí! Es la belleza del diablo, la belleza del mal. A veces creo que la poseen cuando menos siete demonios —dijo el nabateo malhumorado.

—Hadja, ¿es ella feliz? Si lo es, lo mejor que puedo hacer es sin duda marcharme.

El músico sacudió la cabeza:

—¡Ella sólo vive para conducir romanos a la ruina! Pero ven al lado de Demetrio; se sentirá feliz al verte, José.

Hadja condujo al joven a una de las habitaciones interiores.

La villa estaba amueblada y decorada con suntuosidad; las paredes estaban llenas de cuadros, se veían maravillosas estatuas y espesas alfombras orientales cubrían los suelos; ante las ventanas colgaban cortinas de seda.

—*Llama Viva* aún no ha vuelto —dijo Hadja—, pero pronto regresará del teatro.

Sólo una pequeña lámpara de aceite ardía en la habitación donde Demetrio se encontraba tendido. Hadja hizo entrar a José y se retiró sin hacer ruido, cerrando la puerta. Al principio el joven creyó que el anciano dormía, pero al acercarse comprendió por qué su viejo amigo no le había saludado: la pupila de sus ojos aparecía oscurecida por un disco de un color blanco mate, la opacidad de la catarata… ¡Demetrio estaba ciego!

—He oído entrar a alguien —dijo con voz temblorosa el anciano—.

¿Quién anda por ahí?

—Un antiguo amigo de Galilea —respondió dulcemente José.

—¿De Galilea? ¡Es José! —exclamó el anciano de pronto, muy excitado—. ¡José de Galilea! Reconozco tu voz…

El cirujano lo abrazó con cariño.

—¡Sabía que vendrías, estaba seguro de ello! —gritó el fabricante de cítaras—. ¿Desde cuándo estás en Alejandría?

—Desde hace unos meses.

—¿Y no nos buscaste antes? ¿Cómo has podido…?

—Yo buscaba a María de Magdala. ¿Cómo hubiera podida imaginar que en Alejandría se hacía conocer por Flamen?

—¡O que no quiera que se sepa que lleva sangre judía en sus venas, como si eso le diera vergüenza! —dijo el anciano con amargura—. ¡Nos encuentras en muy triste estado, hijo mío!

Esa maldita voluntad de venganza ha convertido a María en otra mujer. Sólo piensa en dos cosas: ¡poseer dinero y reducir a los romanos a sus caprichos!

—Habladme de vos —pidió el otro, afectuosamente.

—¿Qué puedo decir? —suspiró Demetrio—. Como todo cuanto deseo, bebo cuanto quiero beber. Pero ¿qué significa todo esto cuando la luz se ha ido?

—¿No veis nada en absoluto?

—Distingo el día de la noche y una luz viva me hiere. Por consiguiente, sólo puedo vivir aquí, en la oscuridad, sin tocar una lira ni una cítara. Ni tan siquiera puedo ver a María, y me aseguran que aún es más hermosa que en su adolescencia.

—Mucho más hermosa, pero diferente.

—¿Así que la has visto?

—En el teatro, en el escenario; pero cuando intenté ir a hablarle, un romano me lo impidió.

—¡Plotino!

Demetrio escupió aquel nombre como lo hiciera Hadja.

—Que pueda pronto despojarle de su dinero, ya que eso es lo que ella pretende, y desembarazarse de él. Los precedentes eran estúpidos, pero éste es peligroso.

—¿Así es que hubo otros?

Hasta entonces había esperado, a pesar de todo, que lo que le contaban de ella fuera falso.

—Una serie de necios que casi han llegado a la mendicidad con la vana esperanza de que se acostaría con ellos. Si fuera capaz de ver, quizás apreciara la ironía de la cosa, pero nunca dejaré de temer, y de temer terriblemente por María. ¿Durante cuánto tiempo crees tú que se puede odiar, José, hasta que el odio consuma a la persona misma que lo siente?

—¡No lo sé! Nunca he odiado a alguien mucho tiempo.

—¡Es verdad! Tú eres un hombre bueno —dijo el anciano suspirando—. Y los dioses saben que en Alejandría no sobran.

Entró un esclavo, portador de dos bandejas.

Mientras José comía, el esclavo daba de comer a Demetrio, que había perdido el apetito, cosa que él nunca hubiera creído posible en la época en que veía e iba escaso de comida. Entonces, su alegría por el vino y por los alimentos sabrosos quedaba limitada sólo por la escasez de vituallas que padecía. Ahora su piel, vacía de grasa y casi de carne, colgaba fláccida y blanda sobre su macizo esqueleto. Incluso la sed parecía haberle abandonado, ya que rechazó con la mano el vaso de plata medio vacío.

—Llévate todo esto, muchacho —dijo al esclavo—. ¡No me apetece nada!

—Habladme de vuestra vida —insistió José, cuando el efebo marchara con los platos—. ¿Cuánto tiempo hace que vuestra catarata comenzó a formarse?

—Poco tiempo después de nuestra llegada aquí. Quizás incluso había empezado a formarse antes…

—¿Y desde cuándo habéis dejado de ver por completo?

—Hace, cuando menos, tres años. Pero ¿por qué me haces esas preguntas? No sirven para nada.

—Quizá se pudiera…

Baña Jivaka le había enseñado la operación que, en casos análogos, se practicaba en la India, donde con frecuencia habían devuelto la vista a muchas víctimas afectadas de catarata.

También Hipócrates la había mencionado, pero los griegos no se habían mostrado tan hábiles como los indios en estos trabajos delicados. En el transcurso de aquellos meses, José había logrado llegar a ser tan hábil como su maestro.

—¡No te burles de mí, José! —dijo Demetrio con voz cansada—. Sé tan bien como tú que no existe ninguna esperanza.

—¡Pues sí, existe! He aprendido la manera de cuidar y curar la catarata. Si la operación sale bien, recuperaréis la vista.

—¿Y si no sale bien?

—¿Qué podéis perder?

—Tú lo has dicho: ¿qué puedo perder? —admitió el griego—.

—Quizá, si viera, conseguiría que María se apartara del camino absurdo y peligroso por el que anda. ¿Cuándo podrás intentarlo, José? —suplicó inmediatamente decidido, y ansioso como un niño de que la cosa estuviera ya hecha.

—Uno de estos próximos días sin duda —respondió el otro, poniéndose en pie—. Ahora será mejor que me vaya, ya que María va a regresar de un momento a otro.

Demetrio protestó:

—Tú eres un antiguo amigo. ¿Por qué no serías bien acogido en esta casa?

—No os he contado por entero mi encuentro del otro día con Plotino —dijo el galileo, sonriendo a pesar de todo—. Plotino me dejó sin sentido de un puñetazo con la mano enguantada de hierro, en la sien. ¡No deseo una segunda ración!

Demetrio juró furioso. Ninguno de los dos había oído abrirse la puerta, ni se habían dado cuenta de que no estaban solos, hasta el momento que María gritó:

—¿Qué motivos tienes para jurar así, Demetrio? ¡Hace mucho tiempo que no te veo tan animado! ¿Has salido, pues, de tu apatía acostumbrada?… ¡Se diría que el Demetrio de antes se ha despertado!…

En la oscuridad no se había dado cuenta de la presencia de un visitante.

La noche era calurosa y al regresar del teatro se había puesto uno de esos vestidos diáfanos de seda que a las romanas les gustaba llevar en sus habitaciones. Sabiendo que Demetrio no podía verla, no vacilaba en entrar en su cuarto con aquella vestidura que revelaba casi por entero las suaves líneas de su cuerpo, mientras permanecía ante la puerta. De pronto se dio cuenta de que alguien estaba al lado del anciano, y de quién era aquel alguien.

Lanzando una breve exclamación, pronunció: «¡José!» y, sonrojada, huyó

diciendo:

—Perdonad un momento…

—¿Qué le pasa? —inquirió Demetrio.

—Iba muy poco vestida…

—Es la única costumbre inteligente que haya imitado de las romanas —dijo el otro riendo—. Cuando hace calor, andan casi desnudas, y esto, sin duda alguna, hace la vida más interesante, incluso para los viejos tontos como yo.

María volvió al cabo de unos instantes, vestida con una larga túnica opaca, y tendió ambas manos a José.

—¿Por qué no me avisaste que estabas en Alejandría?

—Hace meses que está aquí —gruñó el anciano—. No podía adivinar que te habías cambiado el nombre. Y cuando te descubrió y quiso hablarte… se… lo… impidieron… ¿Hasta cuándo vas a llevar esa vida insensata?

—Quedamos en que no hablaríamos de eso, Demetrio —dijo ella secamente—. ¿Lo recuerdas?

—Es cosa tuya, sí. ¡Estropea tu vida si eso te agrada!

María cogió la lámpara de aceite y la alzó de manera que pudiera ver bien a José:

—No has cambiado —dijo con dulzura—. Siempre serás el mismo.

—Me agradaría decir lo mismo de ti, María.

Durante unos segundos pasó por sus ojos una expresión dolorida; después se echó a reír, con una risa que sonaba un poco falsa, que se parecía a un sollozo.

—Claro que he cambiado. Cuando salí de Magdala yo no era más que una chiquilla. Ahora soy una mujer.

—Una mujer muy hermosa —reconoció él sin vacilar—.

¡Has recorrido mucho camino!

—Ya te dije que llegaría a ser la primera bailarina de Alejandría.

—Te vi bailar hace unos días. Mereces, evidentemente, que toda la ciudad se ponga a tus pies. ¿Eres feliz del resultado obtenido, María?

La expresión de angustia volvió a aparecer en sus ojos, antes incluso que volviera a resonar su risa falsa.

—Soy rica. Todos los hombres importantes están, como tú mismo acabas de decir, a mis pies. El pueblo me adora…

Lanzó su exclamación con un tono despreocupado.

—¿Qué más puede desear una mujer?

—El amor de un hombre de bien en vez de la concupiscencia de los romanos malditos —respondió Demetrio—. ¡En mal día abandonaste Magdala!

—No fue un mal día para ti, José —dijo María, volviéndose hacia su amigo de otro tiempo—. He oído decir que eres rico y célebre entre todos los médicos y cirujanos de Judea.

Demetrio recobró su entusiasmo:

—¡Ha aprendido a curar la catarata! ¡Va a devolverme la vista!

—¿Es eso verdad? —preguntó rápida María, con una afectuosa esperanza.

—Existe una operación que cura la catarata. Espero que tenga éxito en tu padre adoptivo y le devuelva la vista.

María corrió al lado del anciano y le echó los brazos al cuello; fue un rasgo impulsivo como los de otro tiempo y José supo que estaba llorando, porque un movimiento convulsivo agitaba sus hombros. Ella escondió el rostro en el pecho del anciano, conmovido y feliz —aunque adivinó que se trataba de una emoción que María procuraría hacer callar rápidamente— de volver a encontrar a la niña a quien tanto quería.

Conociéndola como él la conocía, José se daba cuenta de que aquellas lágrimas no eran sólo lágrimas de alegría al pensar que Demetrio recobraría pronto la vista, y por ello se guardó de interrumpir la efusión.

El ciego, por su parte, la dejó sollozar todo cuando quiso, hasta que por fin ella alzó la cabeza y se enjugó los ojos en la manga del anciano.

—¡Qué feliz soy al pensar que puedas volver a ver, querido mío! —dijo con voz apagada—. Bailo una danza que tú no conoces todavía. José tendrá que llevarte al teatro y aquel día danzaré para ti solo.

Demetrio se sonó con fuerza:

—¡Marchaos los dos! —dijo— y dejad a los ancianos descansar en paz. Vuelve pronto a verme, José.

—Mañana —prometió el joven—. Haremos planes precisos para devolveros la vista.

—¿Cómo has entrado en la villa? —preguntó María mientras acompañaba a José al jardín.

—Por el sendero de la orilla. Después de mi experiencia de hace unos días con Plotino, he preferido no enfrentarme con los guardias.

—Él me dijo que había castigado a un mercader que intentaba forzar la entrada de mi camarín. No podía suponer en modo alguno que se tratara de ti.

—¿Me hubieras… reconocido…? —preguntó él tranquilamente.

—¡Oh, José! ¿Cómo puedes preguntar eso?

—¿No has renegado de tu sangre judía?

—No he renegado de nada. Me he contentado con no hablar de ello. —Ella le colocó la mano en el brazo—. Trata de comprenderme, José. Como judía hubiera tenido pocas probabilidades de conseguir éxito en el teatro. Tú sabes que los romanos odian a los judíos y sabes, también, que soy mitad griega.

—¿Has olvidado también al Dios de tu pueblo?

Volvió a reír, con su risa amarga:

—¿Por qué me preocuparía del Altísimo? Él hubiera permitido que me vendieran como esclava si Demetrio y Simón no me hubieran rescatado y salvado, y Él me abandonó cuando tuve necesidad de Su ayuda, aquella noche en Tiberíades…

—Escrito está: Tú no dirás: «*Yo voy a pagar el mal*», *pero abandónate al Señor, espera, y Él te salvará*.

María dio un puntapié rabioso al tronco de una palmera, al borde de la avenida:

—¡No me cites más proverbios! —gritó furiosa—. ¡Esperar, esperar!… ¿Quieres decirme lo que hubiera sido de mí si hubiera permanecido en Magdala?

—¿Y qué es de ti ahora, María? —preguntó él dulcemente—.

Eres rica y célebre, pero nadie es feliz a tu alrededor por culpa de la vida que llevas. ¡Nadie, ni tú misma!

—Yo hago lo que quiero —respondió irritada—. Yo hago lo que juré hacer.

—¿Y si lo que juraste es malo?

—Entonces, que el mal caiga sobre mi alma. ¿Por qué te mezclas tú en eso?

Ella le puso una mano en el brazo, y dijo implorante:

—Te lo ruego, José, no nos peleemos. Hace cinco años que no nos hemos visto. ¿Por qué has venido a Alejandría?

—Porque te amo, María; para saber si tú me amas aún.

Durante un momento ella no dijo ni una palabra, y él tuvo la impresión de que ella tenía lágrimas en los ojos:

—Y ahora que ya sabes lo que querías saber —dijo ella en voz baja—, ¿por qué no te vas?

—Todavía no sé nada. Tú no me has respondido.

—No tienes que amarme, José —suplicó ella—. Eso sólo puede traerte desgracia. Regresa a Jerusalén y olvídate de que conociste a María de Magdala.

Él la cogió por los brazos y la hizo volver hasta que se encontraron cara a cara en la penumbra del jardín:

—Cuando me jures por el Altísimo que ya no me amas, María, entonces me iré. Es la única cosa que puede alejarme.

Oyó un sollozo ahogado en la garganta de María y, de pronto, los brazos de ella le rodearon. Se pegaba a él, lo abrazaba desesperadamente, escondía su rostro contra el pecho del joven y sollozaba, sin contenerse ya.

Él le dio tiempo para que se tranquilizara; después le alzó la barbilla y la besó dulcemente en los labios. Su beso duró largo rato. Ella se secó los ojos en su larga manga flotante, echó hacia atrás los cabellos que le caían sobre la cara y, con una voz asombrosamente normal y precisa, dijo:

—Hace mucho tiempo que no lloraba así, José. Nada alivia tanto los nervios de una mujer preocupada.

—Nada te obliga a sentirte nerviosa y preocupada. Regresa conmigo a Jerusalén y

acepta ser mi esposa.

—Deberías comenzar a saber, José, que yo no soy una mujer como las otras. No puedo irme contigo ni ser tu mujer, cuando una parte de mí sólo vive para odiar a Gayo Flaco.

—¿Podré yo hacerte comprender la futilidad de tu odio?

María sacudió la cabeza:

—No soy capaz de mentirte, José, te amo demasiado para eso.

Pero cuando quiso volver a abrazarla, ella colocó sus dos brazos en su pecho, rechazándolo así:

—¿Crees tú que es fácil ser como soy? ¿Crees que deseo ver cómo son desgraciados Demetrio, Hadja… ¡sí!… e incluso tú?

Pero hasta que no haya cumplido mi juramento y matado (ésta es la verdadera palabra) a Gayo Flaco, no podré volver a ser la muchacha que conociste en Magdala. Es como una enfermedad que se encontrara en el centro de mi alma. Le odio y, por su culpa, odio a todos los romanos. Nada puede borrarlo, nada puede limpiar mi alma si no mato a Gayo Flaco con mis propias manos.

—Hadja tiene, pues, razón cuando dice que te posee un demonio.

—Hadja dice que son siete. —Ella sonrió—. Quizás estés en lo cierto, pero el demonio del odio poseerá mi alma hasta que haya destruido a quien lo despertó en ella.

—¿Has vuelto a ver a Gayo Flaco, después de dejar Magdala?

—No.

Vaciló unos segundos y después continuó:

—Plotino tiene mucha influencia cerca del emperador y me ha prometido que, dentro de poco, obtendrá el nombramiento de Gayo Flaco para Alejandría.

—¿Has contado a Plotino por qué deseas volverle a ver?

—Le he dicho sencillamente que odio a Gayo Flaco y que deseo humillarlo. Plotino es un hombre cruel y capaz de comprender lo que busco.

—Así que tu comportamiento con Plotino no es más que una parte de tu plan de campaña.

—¡Claro! —exclamó ella—. No habrás supuesto que pueda amar a un romano, sea quien sea, después de lo que Gayo me hizo… Me dan oro porque creen que me entregaré a ellos a cambio… ¡Dios no lo quiera! En cuanto poseo su fortuna, los rechazo lejos de mí.

—¿Cuándo habrás terminado con Plotino?

—Cuando traiga a Gayo Flaco a Alejandría.

—Abandona esa locura, María —suplicó él—. Renuncia a ese proyecto criminal e insensato. No serás capaz de asesinar a un hombre con serenidad…

—No resultará fácil, claro —dijo ella fríamente—. Pero lo lograré.

—¿Vale la pena para conseguir eso manchar tu alma y tu cuerpo?

—¿Manchar mi cuerpo?

Ella rió con desprecio:

—Gayo hizo de mi cuerpo una cosa de vergüenza y de asco.

¿Qué diferencia puede haber ahora en el modo como utilice mi cuerpo deshonrado? Además —añadió ella en un repentino impulso de sinceridad—, yo misma no estoy libre de pecado. Aquella noche vi bailar a una esclava en la villa de Pilato. Ella arrancó sus vestidos y danzó desnuda delante de los hombres; yo sentí impulso de hacer lo mismo. Tuve que contenerme para terminar la danza vestida como la había empezado. ¿Esto no me daba una parte de culpa?

—El Malo te tentó.

—Y cuando Gayo Flaco me estrechaba entre sus brazos, me sentía bien, y deseaba seguir allí. Quizá no hubiera hecho… lo que hizo… si yo me hubiese defendido. Quizá deseara que sucediera… aquello. No lo sé, ya no me acuerdo…

Durante unos momentos le fue dado ver a José al desnudo el alma de aquella a quien amaba y la fuerza que en ella luchaba y la torturaba. Sabía que por mucho que lo intentara, María no podría nunca hacer callar las enseñanzas del Señor, que todos los niños judíos reciben desde su más temprana edad, que permanecen en lo más secreto de ellos mismos, en lo más íntimo de su ser, y que su conciencia implacable la torturaría si insistía en no hacer caso de las advertencias de su alma. Esta conciencia implacable exigía una penitencia para el pecado de lujuria que la había tentado en la villa de Poncio Pilato, como en un momento dado de su existencia son tentados todos los hombres y todas las mujeres.

María podría matar a Gayo Flaco empujada por el demonio del odio, pero el acto no le procuraría ni paz ni reposo, ni la satisfacción de la venganza cumplida, porque su conciencia vigilante siempre se encontraría presente. Él sabía que ella se ilusionaba, pero no veía el modo de convencerla de que la única manera de volver a recobrar la serenidad consistía no en cultivar un deseo de violencia, sino en reconocer su propia culpa y rogar a Dios que la librara del demonio del odio.

Uno de los guardias, al otro lado de la villa, lanzó una seca advertencia a alguien que paseaba por la calle.

—Plotino ha llegado para llevarme a cenar —murmuró la joven—. Regresa a la ciudad siguiendo siempre la orilla. Más adelante le diré a Plotino que eres un cirujano que cuida a Demetrio y podrás venir cuando quieras.

María se alzó sobre la punta de los pies y le besó rápidamente:

—Cura a Demetrio, José, y después vete de Alejandría.

Créeme, será mejor para ambos.

Ella se encontraba ya lejos, huyendo con un rumor de sedas y dejando a José solo

en la oscuridad del jardín. Mientras buscaba el camino hacia el lago, vio encenderse en la villa unas luces y oyó la risa alegre de la mujer llamada Flamen, que recibía a su admirador romano.

Después de haber visto de nuevo a María, José supo que su amor hacia ella ardía con un fuego más intenso y más profundo aún que en los tiempos de Magdala. Al haberse dado cuenta de que ella le seguía amando, decidió que era necesario encontrar, de una manera o de otra, un medio para impedirle llevar a cabo el crimen insensato que meditaba, y no sólo porque el suprimir a Gayo Flaco sería un asesinato, sino sobre todo porque, de hacerlo, María perdería toda posibilidad de hallar la paz que necesitaba para volver a él, como él lo deseaba, amándola como la amaba, con un amor sin reservas. Su odio, su necesidad de venganza se había convertido en una enfermedad, y aun en el caso de que no la hubiera amado, su deber de médico consistía en curarla.

La tarea era dura, pero excitante, y, ¿quién podía esperar una más espléndida recompensa?

Capítulo IX

EN EL QUE DEMETRIO RECUPERA LA VISTA Y MARÍA SIGUE NEGÁNDOSE A ABRIR A LA VERDAD LOS OJOS DE SU ALMA

JOSÉ Y BANA JIVAKA operaron el ojo derecho de Demetrio unos días más tarde, y al cabo de dos semanas retiraron el vendaje con el que habían cubierto ambos ojos con objeto de que toda luz, por débil que fuese, todo estímulo y toda fatiga fueran evitados no sólo al órgano operado, sino también al otro, y que los movimientos fueran en ambos reducidos a lo mínimo, con objeto de facilitar la curación.

Al indio le costó bastante obtener el trance que suprime toda conciencia y, por consiguiente, todo sufrimiento, ya que el resto de visión que le quedaba al anciano era tan reducido que apenas divisaba la esmeralda. Sin embargo, para obtener la inmovilidad total era necesario una especie de deslumbramiento producido por un objeto brillante, y ella era necesaria en una operación tan larga, minuciosa, delicada y, hay que decirlo, tan dolorosa.

Fue imprescindible, por consiguiente, recurrir a una llama muy viva, que el anciano miró no sin aprensión, ya que causaba mucho dolor a su nervio óptico, pero sí con valor, mientras que con una voz serena e irresistiblemente firme, en la que ponía toda su voluntad, el cirujano le ordenó que se durmiera.

Los instrumentos colocados encima de la mesa formaban un arsenal en apariencia muy mezquino para luchar contra la ceguera: un finísimo punzón de metal terminado en un garfio minúsculo, una larga aguja, todo lo afilada posible, terminada en vez de ojo en un pequeño mango de madera perfectamente adaptable a los dedos y a la palma de la mano del operador.

María y Hadja quisieron hallarse presentes.

—La operación que voy a efectuar —dijo José cogiendo el delgado garfio— es muy sencilla. La catarata, como sabéis, se limita al pequeño cuerpo esférico, transparente como cristal en todo ojo sano, que ocupa el centro del globo ocular. Este cuerpo que se ha vuelto opaco hay que desalojarlo de su posición normal y hacerlo caer fuera del rayo visual, lo que permitirá que la luz pase. El garfio se utiliza para asegurar la inmovilidad total del ojo durante la inserción de la aguja.

Mientras iba explicando, José introdujo con prudencia el pequeño garfio en el extremo del blanco del ojo, de manera que, cuando fijaba firmemente el punzón, el instrumento estabilizaba el ojo por completo.

—¿No siente ningún dolor? —preguntó María, inquieta.

—El dolor radica en el espíritu, y durante el trance dominamos el espíritu.

José tomó entonces la aguja y, cogiéndola por el mango de madera entre sus dedos, presionó con sumo cuidado la punta en el globo del ojo, justo al borde del iris, y la hizo deslizar de tal suerte que pasaba por detrás de la pantalla pigmentada, en el centro de la cual se abre la pupila.

—Puede alcanzarse la catarata por delante o por detrás del iris; Susruta utiliza este último procedimiento y, por consiguiente, hacemos lo mismo.

Los gestos del joven cirujano eran mesurados, seguros y tranquilos, ya que durante aquellos meses había efectuado esta operación en varias ocasiones; la aguja le obedecía tan perfectamente como sus dedos y parecía formar parte de él mismo. En un momento dado encontró la resistencia del cuerpo esférico que endurecía la catarata, y por medio de varios movimientos perfectamente controlados, rompió la cubierta de la lenteja y los asistentes pudieron ver la pequeña abertura redonda de la pupila, la punta de la aguja y el desgarro que ocasionaba; apareció una minúscula esfera de un blanco mate, del tamaño de un guisante, que resbaló lentamente a través de la clara gelatina que llevaba la parte posterior del ojo, gelatina que iba a atravesar por efecto de su propio peso y en el fondo de la cual caería.

Baña Jivaka, que en más de una ocasión disecó cadáveres de gentes que habían fallecido por otros motivos algunos años después de haber sido operados de cataratas, aseguraba que ésta se disolvía y reabsorbía enteramente con el tiempo, sin dejar rastro.

José retiró la aguja cuando el borde superior de la esfera opaca llegaba al borde inferior del iris. Esperó con ansiedad para ver si, como algunas veces sucedía, la bola blanca saltaba y pasaba delante de la pupila, ya que en ese caso sería necesario empujarla hacia atrás y guiarla hacia abajo, e incluso partirla en varios pedazos con la punta de la aguja, trabajo que requería mucho tiempo y presentaba —sobre todo— el riesgo de provocar una peligrosa inflamación del ojo, que destruiría el efecto de la operación.

Todo salió bien. La catarata desapareció fuera del rayo luminoso y no hizo falta hacer nada más. El vendaje fue colocado fácil y sencillamente. La colocación con una tela que cubriera el vendaje y tapara los ojos fue más laboriosa. No quedaba por hacer más que esperar las dos semanas de ritual para saber si la operación había logrado éxito y si se iba a poder tratar el ojo izquierdo.

Las dos semanas habían transcurrido. María y Hadja se encontraban cerca de José y de Jivaka en la habitación semioscura mientras José, habiendo retirado la envoltura externa, se encontraba ante la última capa de vendas, vacilando quitarlas y romper la especie de sortilegio que los tenía inmóviles y tensos… El cuerpo de María se pegaba al suyo: tanto temblaba de esperanza y de angustia a la vez.

Suavemente, retiró el último obstáculo a la luz y con un gran suspiro silencioso de

satisfacción, comprobó que, por debajo, la pupila aparecía transparente y clara.

—¡Por Diana! —exclamó Demetrio—. ¡Veo la luz! ¡Veo…! María se lanzó al cuello de José y lo besó en la boca:

—¡Lo has conseguido, José! ¡Le has devuelto la vista!

Después, confusa por aquella explosión espontánea, se volvió hacia Jivaka.

—¡Perdonadme, os lo ruego! Nosotros, los judíos, nos excedemos al manifestar nuestros sentimientos, y nos emocionamos con facilidad…

—Un hombre a quien tal felicidad no estremeciera sería de piedra —dijo José—. Los cirujanos no conocen alegrías más vivas que las de volver la luz a un ciego.

Sin embargo, José había tomado nota del Nosotros, los judíos…

—¡Hay que celebrar dignamente esto! —gritó María—. ¡Esto nos recordará los buenos tiempos de Magdala!

José, emocionado hasta lo hondo de su corazón, seguía tomando nota.

Los amigos, a quienes la feliz emoción común facilitaba la conversación, aprovecharon aquella distensión de sus nervios para discutir largamente de las cosas que más les interesaban, y que más preocupaban a José: de los dioses paganos y del Dios único, de Sócrates y de la conciencia, del Mesías y del amor al prójimo, que tendía a reemplazar, en los judíos, la estrechez de fórmulas.

José recordó las palabras de Demetrio, que el indio admiró muchísimo: *Los demonios que poseen a un hombre nacen en sí mismo, son los hijos de sus propios deseos*.

Al cabo de un tiempo bastante largo, el anciano manifestó que deseaba descansar y María dijo que necesitaba prepararse para el teatro. Jivaka retornó al Rhakotis, pero María retuvo a José, que se disponía a partir con su amigo:

—José, ven conmigo al jardín; tengo algo que decirte.

Por la mañana había llovido y los árboles y las flores aparecían aún relucientes de humedad. El sol había secado ya el banco de piedra de la orilla del estanque.

—Siéntate un momento cerca de mí —dijo ella—. Ya casi no te veo.

—Me aconsejaste que me fuera de Alejandría, recuérdalo. —Si lo hicieras, sería mejor para ti y para mí. Yo soy tal como decía tu amigo hace un momento hablando de los judíos: por todas partes por donde yo paso, se produce inevitablemente «una gran conmoción y mucho ruido».

—¡Yo también soy judío! ¿Lo has olvidado?

—Sí, pero tú eres sensato y serio, y en cambio mis emociones son tan ardientes como mis cabellos.

—La muchacha a quien conocí en Magdala era amada por todos y, no obstante, sus emociones también eran ardientes…

María sonrió con su risa medio falsa, medio cínica, que él ya le conocía.

—¡Olvidas fácilmente, José! Las mujeres de Magdala me odiaban porque sus

maridos se paseaban para seguirme con sus ojos por la calle. Ellas sabían lo que ellos pensaban, y yo también…

—Que los hombres sientan el deseo de poseerte, no te da derecho a odiar.

—No —admitió ella—. Supongo que no. Pero yo sólo odio a Gayo Flaco y a los romanos.

—¡Eso representa ya odiar a muchos! Recuerda lo que Demetrio decía de Sócrates: la bondad y la caridad son un fin en sí mismas. Nuestros antiguos profetas enseñaron la misma cosa durante miles de años. Deberías anular el odio en tu corazón y en tu alma.

—¿Cómo podría hacerlo mientras él esté vivo?

—Matar a Gayo Flaco, empujar a algunos romanos a la ruina a causa del deseo que sienten por ti, no te proporcionará nunca la paz, María. Si llevas a cabo ese horrible proyecto, te arrepentirás toda la vida, y eso admitiendo que no pierdas la tuya al ejecutarlo.

—Entonces tú, en mi lugar, ¿qué harías?

—Sólo encontrarás la paz perdonando.

—¡Perdonar a Gayo Flaco! —exclamó ella, roja de ira y de vergüenza—. ¿Cómo puedes sugerir semejante cosa y pretender aún ser amigo mío?

—Precisamente porque soy amigo tuyo sé que no existe otro camino que conduzca a la paz interior, y te lo digo. Abandona ese plan insensato, María —suplicó él—. Gayo Flaco es uno de los favoritos del emperador Tiberio, y sobrino de Pondo Pilato. No podrás suprimir a un romano de esta importancia y vivir un día más.

—¿Ni tan siquiera si tal es mi derecho, según la ley?

—Ni tan siquiera así. Pero ¿qué ley te daría el derecho de matar?

—La ley escrita de los judíos: *Si un hombre encuentra en un prado a una joven prometida, y si la viola, y si se acuesta con ella, entonces el hombre que se haya acostado con ella morirá*.

José, de momento, no encontró respuesta, pues ella había dicho verdad: tal era la rígida ley de los judíos. Sin embargo, protestó:

—La ley dice que el hombre morirá, pero no te da derecho a matarlo. La ejecución de la ley pertenece al dominio del Consejo y de los jueces.

—La ley dice que la vida del culpable pertenece al hombre a quien la joven está prometida. Tú no has matado a Gaya Flaco, José; por consiguiente, me corresponde a mí el hacerlo.

—Eso hubiera sido un asesinato.

Ella golpeó el suelo con cólera:

—¡Yo era tu prometida! —exclamó ella—. Pero ni tú, ni el Consejo, ni los jueces judíos se hubieran atrevido a matar a Gayo Flaco, porque es romano y tenéis miedo. La ley de nuestro pueblo dice que debe morir y yo, que no tengo miedo, ejecutaré la

sentencia.

Su furor y su resolución la hacían aún más hermosa y, sin embargo, él sabía que lo que ella se proponía era pura locura que sólo podía desembocar en su propia muerte, fuera cual fuese la justificación que invocara. Pensó en algún medio para impedirlo. Si lograba obtener que le revelara su plan, quizás encontrara el medio de hacerlo fracasar. Sabía que su odio, entonces, derivaría hacia él, pero incluso a ese precio estaba dispuesto a obtener la salud y la vida de la mujer amada.

—¿Cómo esperas conseguirlo?

Ella movió la cabeza, la alzó con un gesto que él conocía bien y que no presagiaba sumisión.

—¿Crees que ahora voy a revelártelo? Mi decisión está tomada, y Alejandría entera conocerá la hora de mi venganza.

—¿Alejandría?… Yo creía que Gayo Flaco estaba en Roma.

—¿En qué crees que he trabajado durante estos últimos meses? —le preguntó ella —. Recuerda que te dije que Plotino haría destinar a Gayo Flaco a Alejandría cuando yo quisiera.

Estará aquí dentro de unas semanas: ¡le han nombrado *praefectus vigilium*, al mando de todas las tropas romanas acantonadas en la ciudad!

Capítulo X

EN EL CUAL SE ENCUENTRAN REUNIDOS POR VEZ PRIMERA ADÁN, EVA Y LA SERPIENTE

SABIENDO QUE NO PODRÍA convencer a María de que abandonara su firme resolución de venganza, el galileo estuvo tentado de hacer lo que ella le aconsejara y regresar a Jerusalén. Sin embargo, se vio obligado a cuidar el ojo izquierdo de Demetrio, y la operación, esta vez, fue seguida de una inflamación que le obligó a curar a diario el ojo enfermo, es decir, a visitar cada día la suntuosa villa de María en el lago Mareotis, y ello hasta que la inflamación desapareció. Fue preciso un mes entero antes de que Demetrio se encontrara en estado de salir, y aun entonces se necesitaban muchos cuidados, porque el edema y la hidropesía habían hinchado su cuerpo.

Cuando el anciano músico pudo soportar el trayecto y la fatiga de varias horas de teatro, el galileo le acompañó a ver danzar a María. Desde un asiento algo alejado de la tribunália, consiguió ver bien, ya que su visión era mejor de lejos que de cerca. María, aquel día, parecía inspirada y nunca bailó con más ardor al mismo tiempo que con tanta gracia. Al contemplar su belleza, José admiró el exquisito encanto de su esbelto cuerpo, mientras evolucionaba por la escena siguiendo el ritmo expresivo de la danza. Sintió una depresión profunda y un sombrío presentimiento se apoderó de su alma. Ella se había lanzado por un camino terriblemente peligroso y no estaba en su mano el poderla detener. Ella estaba poseída, en efecto, por un demonio, pero no conocía el medio de echarlo. Su angustia aumentó todavía cuando vio, en el palco reservado al gobernador de la ciudad, a Gayo Flaco, bello como un dios griego.

Cuando la representación hubo terminado se dirigieron hacia el camarín de María por los corredores que se cruzaban en el subsuelo del gran teatro. Ella llevaba aún el vestido con el que acababa de bailar; se encontraba sentada ante su mesita tocador y su ayudante, una esclava de Cirinea, de piel oscura, le cepillaba el cabello. María se puso en pie y corrió hacia el anciano, al que besó con ternura.

—¡He danzado para ti, Demetrio! —exclamó ella—. ¿Te ha gustado?

—Nunca te ha igualado nadie, hija mía —respondió con una voz velada por la emoción—. Este minuto es la culminación de mi vida.

—¡Tendremos otros minutos! —aseguró ella alegremente—.

Muchos otros. El director ha prometido montar las Bacchae de Eurípides, para la gran dionisíaca, y yo conduciré las danzarinas.

—Sé que triunfarás —dijo orgullosa y tiernamente Demetrio—.

Ahora posees cuanto habías deseado.

—¡Todo no! —rectificó María, súbitamente seria—. Todo no. Pero el momento se acerca. ¿Le has visto?

La pregunta iba dirigida a José.

—Sí. ¿Desde cuándo está en Alejandría?

—Desde hace pocos días. Plotino organiza un banquete en honor suyo mañana por la noche.

—¿Qué misterio es ése? —preguntó Demetrio.

María explicó:

—Gayo Flaco se encuentra en Alejandría. Hoy estaba en la tribunália.

—¿Cómo te las arreglarás para que no se peleen? Plotino, si te muestras amable con Gayo, sentirá celos.

—José, de eso no entiendes nada; pero yo, en cinco años, he aprendido el arte de manejar a los hombres. No hay más que decir a cada uno de ellos que el otro roba tu afecto.

—Imagínate que comparan tus afirmaciones.

—Como desconfían el uno del otro, es poco probable.

José se encogió de hombros:

—Haríamos mejor en irnos, Demetrio —dijo—. Sin duda la joven llamada Flamen tendrá aquí pronto la visita de sus admiradores.

Su tono hizo sonrojar a María, pero antes de que pudiera responder se oyó la voz del soldado que guardaba la puerta…

Casi en seguida la cortina fue abierta con un gesto arrogante y un hombre alto, con uniforme de tribuno romano, entró.

Durante unos segundos, blanca como una estatua de mármol e igualmente inmóvil y rígida, María contempló al joven romano que avanzaba hacia ella. Sin embargo, recobró el color cuando él tomó su mano, se la llevó a los labios y exclamó:

—Por mi honor, no hubiera sido capaz de esperar la comida de mañana para tener la alegría de encontraros. ¡Tanta belleza y un talento parecido merecen un homenaje más espontáneo!

Después sus miradas se encontraron y una expresión de perplejidad intrigada asomó al rostro del hombre.

—Vuestros rasgos —dijo— me son familiares.

—¿De verdad? —inquirió María.

Ella sonreía, pero sus ojos permanecían duros y fríos.

Sólo entonces Gayo Flaco se percató de que en la habitación había otras personas. Se volvió sucesivamente hacia los dos hombres y los examinó sorprendido y con los ojos muy abiertos.

—¿No eres tú *Sanguijuela*, José de Galilea, a quien conocí en Tiberíades? —preguntó.

—Yo soy José de Galilea —respondió con calma el joven cirujano.

—Y mi nombre —dijo el anciano— es Demetrio, citarista de Magdala, y resido desde hace algunos años en Alejandría.

Las miradas de Gayo Flaco se trasladaron hacia María, y si fuera posible se diría que se abrieron todavía más, y su asombro creció:

—¿Es posible que seas tú la pequeña danzarina que conocí en Tiberíades?

La voz de María, fría y seca, le cortó la palabra.

—En Alejandría me llaman Flamen —dijo con orgullo.

—¡María de Magdala! —Gayo Flaco pronunció dulcemente aquel nombre—. Las calles de Tiberíades. Has recorrido un largo camino desde entonces, querida. ¡Eres más hermosa que nunca! No es sorprendente que todos los hombres de Alejandría estén a tus pies.

—¿Y vos?

No dijo más que aquellas dos palabras, pero su voz era dulce y casi acariciadora. Al oírla, José comprendió mejor su poder sobre los hombres.

El tribuno sonrió lleno de fatuidad y alzó otra vez hasta sus labios los dedos temblorosos.

—No hay duda de que pronto seré como los demás —dijo—, y espero ser, a no tardar mucho, el primero entre tus admiradores.

José no pudo soportar más:

—Venid, Demetrio —dijo—. Voy a conduciros a vuestra casa.

—¡Quédate, *Sanguijuela*! —ordenó Gayo Flaco—. ¿Tienes noticias de mi tío Poncio Pilato y de Claudia?

Antes de que el galileo pudiera responder, Demetrio habló, con un tono decidido:

—José de Galilea hace mucho tiempo que no pone sanguijuelas.

Sabe, romano, que es *medicus viscerus* del Templo de Jerusalén, el médico cirujano más respetado de toda Judea y médico personal de Poncio Pilato.

Gayo Flaco se encogió de hombros:

—En Roma otorgamos poca importancia a los médicos, que son griegos en su mayoría.

No se excusó por aquella fórmula desdeñosa ante Demetrio, a quien dominaba la ira.

José, entonces, respondió a la pregunta:

—Antes de embarcar para Alejandría pasé algunos días en la casa de vuestro tío, en Cesárea. Todos gozaban de buena salud, excepto la dama Claudia Prócula, a quien la dificultad de respirar hace sufrir mucho aquel clima marítimo.

—Ella debería permanecer en Tiberíades —dijo Gayo—.

Allí se encuentra mucho mejor. Espero ir a verlos pronto.

—Creí que ibais a permanecer en Alejandría —dijo María, que, en seguida, se

mordió los labios contrariada por haber demostrado que se interesaba por su residencia.

Sin embargo, él estaba bajo el influjo de su belleza, y no lo notó.

—Pasaré seguramente seis meses en Alejandría y después regresaré a Judea y Galilea. Poncio Pilato se muestra demasiado indulgente con los judíos. Necesita en Seforis y en Tiberíades alguien con quien pueda contar para vigilar a Herodes Antipas.

—Si teméis a Herodes, ¿no deberíais ir antes?

Gayo Flaco rió con desprecio ante el candor de José.

—Un Procurador romano no «teme» a un miserable tetrarca de provincia. Sin embargo, en buena política, conviene vigilar a Herodes. Por otra parte, se observa agitación en Judea y en Galilea. Por lo que he comprendido, los judíos toman las armas a causa de un hombre llamado Juan el Bautista.

—¿Han oído hablar de Juan en Roma?

En la voz de José aparecía un tono de incredulidad.

—Roma sabe todo lo que sucede, incluso en las lejanas provincias del Imperio. El emperador siempre ha vigilado los manejos de Herodes Antipas. A menos que me engañe en mis deducciones, Herodes perderá la paciencia antes de mucho tiempo, y ese Juan perderá su cabeza.

—¿Por qué razón?

—¿Existe alguna razón mejor que otra para decapitar a quien organiza motines y excita al pueblo? Herodes señala que Juan el Bautista ha predicado el advenimiento de otro rey.

Tú, José, tienes suficiente edad para recordar que dos mil judíos fueron crucificados en Galilea por haber ayudado a uno de esos aventureros que perpetuamente intentan arrancar tu país a los romanos y al gobernador designado.

—Juan el Bautista es un simple predicador —protestó José.

—Me parece que tú sabes muchas cosas sobre él —dijo el tribuno, que en seguida entró en sospechas—. ¿No serás tú, por casualidad, un rebelde?

José movió la cabeza:

—Sé de él lo mismo que saben todos cuantos viven en el país, que es un esenio y que anuncia la venida del Mesías.

—De todas maneras, lo anuncia un poco demasiado alto.

Heredes puede arreglárselas en lo que concierne a Juan, ya que se trata de un judío. Será preferible. Si el que se encargue de ello tiene que ser mi tío, vuestra nación entera va a gemir en las calzadas de los romanos.

—¿Cuándo iréis a Galilea, Gayo Flaco? —preguntó entonces María.

—Supongo que a principios de estío, como os dije. Mi tío ha pedido un suplemento de tropas para reprimir los alzamientos que estallan por todas partes

desde que utilizó el tributo del Templo para construir un acueducto, lo que es mucho más práctico y útil. Cuando las nuevas tropas lleguen de Roma, en primavera, tomaré su mando y entonces tus compatriotas sabrán, José, lo que es un puño vigoroso en el timón.

El joven cirujano contuvo su cólera ante el desprecio confesado por el tribuno: una querella en aquel instante no serviría para nada.

Gayo Flaco estaba lanzado, a pesar de la poca importancia de su público:

—Confidencialmente, Poncio Pilato sospecha que los agentes de Heredes mantienen esa agitación. Si tú eres médico del Templo, debes saber que Antipas ambiciona gobernar Judea lo mismo que Galilea, e incluso la tetrarquía de su primo Filipo.

Heredes es un viejo zorro astuto y no estará de más disponer de su reino.

Lo que Gayo Flaco decía de Heredes era absolutamente cierto, y José lo sabía muy bien. Un grupo de Jerusalén, que se denominaba a sí mismo herodianos, dirigido por Jonatán, uno de los hijos del gran sacerdote, conspiraba sin interrupción ni tregua para lograr que Judea fuera gobernada por un tetrarca judío, y no directamente por Roma, representada por un Procurador. Jonatán, hombre vano y muy preocupado de prerrogativas sociales, había sido descartado para la sucesión al oficio de Gran Sacerdote en favor de Caifás, cuñado del 2 1 4 Gran Sacerdote actual. Si Herodes Antipas conseguía, por casualidad, convencer al emperador Tiberio que Judea le proporcionaría muchas menos preocupaciones bajo el reinado de un rey judío que bajo el gobierno de un Procurador romano, Jonatán sería Gran Sacerdote, y de ahí su adhesión a la política herodiana.

José se volvió otra vez hacia Demetrio.

—Debéis de sentiros muy fatigado. Permitid que os acompañe a vuestra casa.

—¿Vienes con nosotros, querida? —preguntó el anciano alzándose lenta y penosamente debido a que el edema entorpecía sus movimientos y sus fuerzas desfallecían rápidamente.

Antes de que María tuviera tiempo de responder, Gayo Flaco dijo:

—Me consideraría muy honrado si me permitieras conducirte a tu casa en mi silla particular. Debes de estar fatigada después de tus danzas y podríamos detenernos en el camino para tomar algún refresco.

María sonrió y movió negativamente la cabeza:

—Esta noche debo descansar si mañana quiero estar dispuesta para la comida que Plotino ofrece en vuestro honor.

Ella le tendió la mano:

—Hasta mañana, pues.

Gayo se inclinó galantemente y besó sus dedos.

—Hablaré de ti al Gobernador, *Sanguijuela* —dijo—. Padece gota, y recuerdo

que obtuviste buenos resultados tratando a Poncio Pilato de ese mismo mal. El favor del Gobernador de Alejandría debe ser muy útil a un médico.

Apenas el romano hubo partido, Demetrio, a quien durante todo el rato le costó mucho trabajo contenerse, estalló ya inconteniblemente:

—¡Cerdo arrogante! ¡Marrano vanidoso! Porque vuelve locas a las mujeres, le parece normal insultar a los hombres.

¡Y tú! ¡Tú!

Se volvió, rabioso, hacia María:

—¡Tú haciéndole mimos y gracias y excitándolo como la última de las prostitutas! ¿Olvidaste, quizá, lo que te hizo?

El color desapareció lentamente de las mejillas de la joven y sus dedos entrelazados se apretaron con tanta violencia que su piel se tornó del mismo color que la cara.

—¡No, no lo he olvidado! —dijo muy lentamente, como si esta frase breve fuera una plegaria—. ¡No, ante el Todopoderoso juro que no he olvidado nada!

Capítulo XI

EN EL QUE SE COMPRUEBA QUE LOS ASUNTOS DE MARÍA Y DE JOSÉ, Y LOS DE LA NACIÓN JUDÍA, SON PARECIDAMENTE COMPLICADOS, Y EN EL QUE JOSÉ NO PUEDE DECIDIR NADA

SI NO HUBIESE AMADO a María como la amaba, José hubiera cedido a la tentación de abandonar Alejandría y regresar a Jerusalén, antes que permanecer allí para ser testigo de la inevitable catástrofe en la cual se había mezclado. Pero, precisamente porque la amaba, no podía decidirse a abandonarla cuando irremediablemente se acercaba la hora en que ella más le necesitaría.

Y además estaba Demetrio. El fabricante de liras se debilitaba de día en día y su cuerpo cada vez se hinchaba y se deformaba más a causa del edema y de la hidropesía que se había agravado mucho durante los meses de invierno. En realidad, ni José ni nadie podía hacer gran cosa. Cuando el fluido acumulado amenazaba ahogar a Demetrio con las secreciones de su propio cuerpo, el galileo se atrevía a hundir en el vientre monstruosamente tenso los canutos de plumas cortados y aguzados por donde el líquido se evacuaba parcialmente. Sin embargo, médico y paciente sabían que aquello no era más que un remedio cuyo efecto sólo podía ser temporal.

Después, cuando el anciano reposaba en su lecho, rodeado de almohadones, hablaban de María. La difícil y peligrosa tarea de conservar a la vez a Gayo y a Plotino dispuestos a obedecerla en todo sin que llegaran a pelearse entre sí, absorbía la mayor parte del tiempo que la danza le dejaba libre, de manera que José la veía rara vez y muy brevemente, durante su visita cotidiana a su anciano enfermo.

—¿Sabes algo nuevo concerniente a los planes de María? —preguntaba Demetrio.

—No, pero ella me dijo cierto día que Alejandría entera conocería la hora de su venganza.

—Esto significa que proyecta matarlo en público. Y claro, la manera más dramática de ejecutar su venganza es la que la atraerá más. Pero ¿cuándo Alejandría sabrá la hora?…

¡Por Diana! —dijo súbitamente—. ¡El festival de la Gran Dionisíaca, claro! No hay duda.

—¿Por qué durante la Gran Dionisíaca?

—Porque es la fiesta más importante del año. Durante tres «días, la gente permanece constantemente ebria y se entrega a todas las excentricidades posibles e imposibles.

José protestó en nombre de la lógica:

—¡Alejandría no adora a *Dionisio*!

—*Dionisio* —explicó Demetrio— era en su origen una manera distinta de designar a Baco, pero aquí, en Egipto, está tan considerado como el dios Serapis, que, como tú sabes, es un dios combinado de Osiris y de Apis, el toro sagrado. Su culto reunió aún otros, de manera que, buscando un poco, «cada cual puede encontrar lo que busca y participa cada año en el festival que se celebra en su honor. Todos encuentran una excelente excusa para embriagarse y celebrar el comienzo de la primavera con una serie de representaciones dramáticas.

María me ha contado que iban a montar las *Bacchae* de Eurípides.

»En los festivales de la Gran Dionisíaca, el dios, representado por un hombre, muere y resucita de entre los muertos.

La muerte, evidentemente, es sólo simbólica, lo mismo que la resurrección, pero hace años un animal que representaba al dios, e incluso un hombre, fue literalmente descuartizado y hecho pedazos por las bacantes, en el momento culminante de la acción y de la ceremonia.

—¿Suponéis?… Pero, no, no es posible, sería fantástico…

—No más fantástico —dijo gravemente Demetrio— que la ilusión de María, que se imagina que podrá matar a un eminente ciudadano romano, como Gayo Flaco, y no sufrir las consecuencias de su acto. Sí. Apostaría que esto es lo que va a intentar hacer. Ella obtendrá fácilmente a Gayo Flaco que encarne al dios; él es lo bastante vanidoso para jugar la carta que ella desee. En ciertas fiestas dionisíacas, una boda, también simbólica, se celebra entre el dios y la diosa del mar, al finalizar el festival, y una vez celebrada la boda el dios muere y después resucita. ¿Y quién podría en Alejandría encarnar mejor el personaje de Afrodita que Flamen?

—¿Podremos impedirlo?

Demetrio movió la cabeza:

—¿Cómo hacerlo? Si avisáramos a las autoridades, María sería en seguida encarcelada y después ejecutada, sin tan siquiera una simulación de juicio, y discutir con ella ya sabes cuan inútil resulta.

—Sin embargo, existe la eximente del crimen cometido por él.

—¿Sí? No lo creo. Según la ley judía, el hombre que rapta a una muchacha y la viola debe morir. Tradicionalmente este derecho corresponde al padre, a los hermanos o al prometido de la víctima. María, que no tiene ni padre ni hermanos, se atribuye ese derecho.

—Los tribunales romanos no lo reconocerán —dijo José—.

Y menos que nunca si el hombre pertenece a la nación conquistadora y, como en esta ocasión, a la clase dominante.

—Es exacto —admitió Demetrio—, y por eso te incumbe la tarea de cuidar que, una vez ejecutado el acto, pueda escapar…

—¿A mí? —José lo miró atónito—. ¿Por qué a mí?

—Si Gayo Flaco hubiera sido un judío, tú hubieras sido conminado, en calidad de prometido, a lanzar la primera piedra el día de su ejecución. Si amas a María, debes procurar asegurarle su huida a algún lugar donde los romanos no puedan hacerle ningún daño.

—Pero no podríamos regresar a Jerusalén ni a ninguna ciudad del Imperio romano.

—¿Por qué no a la India? Os resultaría fácil deslizaras por el Nilo y el canal que conduce al Mar Rojo. Incluso una barca podría, sin dificultad, alcanzar Aden, y Hadja os encontraría un asilo en el desierto entre su pueblo, o podrías encontrar en Aden un barco que os condujese a la costa de Malabar. Con la ayuda de Jivaka, lograrías ejercer tu profesión allí.

¿Amaba a María lo suficiente para ayudarla a cometer un asesinato? José se formuló la pregunta con toda lucidez, ya que en realidad se trataba de eso. No podía engañarse a sí mismo. Y ¿la amaba lo suficiente para abandonar para siempre su hermosa y querida tierra de Galilea, y todas las riquezas que había adquirido en Jerusalén, y la situación preponderante que se había creado en su pueblo? Nunca una elección más dura había sido propuesta a un hombre. Y sin embargo, ahora que había encontrado a María, la vida sin ella le parecía una cosa completamente vana.

—He colocado un pesado fardo en tus espaldas, José —dijo el anciano apoyando la mano en la suya—. No obstante, me queda poco tiempo de vida y desearía morir con la seguridad de que alguien en quien tengo plena confianza se hará cargo de María cuando yo no exista. Ahora bien, no decidas todavía.

Piénsalo y consulta a Baña Jivaka. Quizá la perspectiva de tener que vivir en la costa de Malabar te asuste, pero es posible que la vida allí sea muy agradable, por mucho que ames a tu país. Reflexiona sobre todo esto, José, y respóndeme dentro de unos días.

Antes de tomar una decisión definitiva, José fue a visitar a Filo Judeo. El jefe judío era una autoridad unánimemente reconocida no sólo en lo que concernía a las leyes judías, sino asimismo a las romanas, y en particular, a las interferencias de ambas leyes, a la influencia de una sobre otra, y las consecuencias que resultaban de la aplicación de una u otra, en un caso dado, y en tal país o en tal otro. Como no quiso dar el nombre de María, lo que hubiera sido una manera indirecta pero peligrosa de revelar su plan, se vio obligado a exponer a Filo el caso supuesto de una joven hipotética, sin padres, y que había sido violada.

—¿Estaba prometida?

—Sí. Pero las relaciones no habían sido hechas públicas.

—Eso no cambia el aspecto del asunto. ¿El acto fue cometido en la ciudad o en el

campo?

—En la villa de Poncio Pilato, en Tiberíades.

El jurista se mostró ceñudo:

—Según la ley judía, en ese caso debería haber pedido socorro.

Al no haberlo hecho, ella debería ser lapidada al mismo tiempo que su raptor, pues el silencio la hace culpable del mismo adulterio.

—Pero ella estaba desvanecida, inconsciente.

—En tal caso está exenta de culpa —dijo Filo—. Aquel que la violó debe morir sin que su ejecutor pueda ser castigado por ello. No se le hubiera debido dejar vivir ni una hora.

—¿Qué mano debía castigarle?

—La ley es muy clara y formal también sobre este punto.

Los acusadores lanzarán la primera piedra. Si el padre o los hermanos de la joven no han matado al hombre, entonces el tribunal puede designar un ejecutor.

—¿Y cuando la joven se encuentra sola y es ella misma el acusador?

—Éste es un punto difícil —reconoció el jurista—. Sin embargo, las leyes griegas, tal como son interpretadas aquí en Egipto, le dan derecho a actuar por sí misma. Desde mi punto de vista, tiene perfecto derecho a lanzar la primera piedra.

—¿Este derecho llega a permitirle hacer morir a ese hombre por su propia mano?

—Me pedís que establezca una discriminación entre el acto de matar y el derecho de hacerlo, lo cual no resulta fácil. Sin embargo, la ley es clara y formal al juzgar que el hombre que viola a una virgen debe morir. Por tradición, siempre ha sido lapidado por sus acusadores, pero si yo fuera formalmente juez en el caso que nos ocupa, decidiría que la vida del hombre pertenece a la joven de quien abusó.

Miró fijamente a José:

—Se trata de un caso puramente teórico, ¿no es cierto? —No, pero no puedo daros datos más precisos, ya que la joven de que se trata está ahora en Alejandría.

—¿Y el hombre a quien estaba prometida?

—Soy yo mismo. Pero el culpable no es judío. Es un romano.

Y vos sabéis bien que los tribunales romanos no lo considerarán culpable tratándose de una judía.

—Existe una ley más alta que la misma ley romana —dijo gravemente Filo—, y es la ley del Altísimo. Si hubierais matado al hombre cuando la cosa sucedió, ningún judío en el mundo hubiera podido acusaros de asesinato.

—Sin embargo, los tribunales romanos me hubieran hecho crucificar en seguida, sin vacilación. ¿Un hombre debe hacerse matar para castigar a un culpable? ¿Quién saldría ganando con eso?

—La ley hubiera sido aplicada, y la ley es más importante incluso que los individuos.

—Yo no admito ni reconozco ninguna ley que me ordene matar a un semejante —dijo con firmeza el galileo—. Las tablas de Moisés dicen, sin excepción alguna: «*No matarás*». Es absoluto. Y mientras viva, no causaré a sabiendas la muerte de ningún semejante, sea cual fuere su crimen. Que el castigo consista en aislarlo en algún sitio. Una vida así es ciertamente peor que la muerte, pero no es la muerte.

Se disponía a marcharse cuando Filo le retuvo.

—Espera un instante, José. Es posible que estéis en lo cierto, no estoy seguro. Lo que decís se parece mucho a lo que enseña un hombre a quien llaman Jesús.

—¿Jesús? Éste no es un nombre corriente entre los judíos.

—Tampoco él es un hombre corriente. Este Jesús es un joven de Nazaret que predica ahora en las ciudades de Galilea.

Ha seguido a Juan, pero no es un fanático que se dedique a sublevar el pueblo contra Roma. Por el contrario, predica indulgencia, perdón, amor al prójimo, y la piedad de Dios que puede perdonar nuestros pecados.

—Esdras y Enoch dijeron lo mismo —le recordó José.

—Lo que enseña no son cosas nuevas —admitió Filo—. Podría incluso ser el filósofo griego Sócrates predicando en nuestra lengua, si no fuera tan joven y si alguien pudiera comprender de dónde procede su sabiduría.

—¿Por qué razón os preocupa tanto?

—Aún no os lo he dicho todo —prosiguió gravemente Filo—.

Numerosos son, en Galilea, los que le consideran el Mesías.

—Los galileos siempre han sido aficionados a seguir a los falsos profetas. ¡Eso les ha sucedido más de una vez!

—José, no conocéis a ese Maestro de Nazaret. ¿Cómo podéis saber si es un embaucador?

—¡El Mesías no se manifestaría bajo la apariencia de un humilde Maestro de Galilea! ¡La cosa no parece posible!

—Sin duda tenéis razón —dijo pensativamente Filo—. Es evidente que ningún judío espera al hijo de Dios bajo parecida forma, pero tampoco ningún profeta de nuestro tiempo ha removido las masas como lo hace Jesús, si mis informes son exactos. Sería muy mala cosa para los judíos si resultara otro Judas Gaulonita.

Veinte años antes, al morir Herodes *el Grande*, numerosos judíos se resistieron a la formación de un reino de Judea bajo su sucesor, Arquelao, y por seguir aquella insurrección miles de ellos perdieron la vida. Un grupo de patriotas, mandados por cierto Judas, llamado unas veces el Galileo y otras el Gaulonita, llegó incluso a apoderarse de Seforis, la capital romana de Galilea. En castigo de esta afrenta infligida a la dignidad de Roma, Varo, gobernador de Siria, al frente de veinte mil hombres, venció a los rebeldes. Dos mil judíos fueron crucificados de una sola vez,

treinta mil vendidos como esclavos y la ciudad de Seforis arrasada.

Una delegación formada por los judíos más importantes se presentó en Roma y presentó al emperador Augusto una petición para que el reino de Judá fuera suprimido y convertido en provincia romana. Fue así como los primeros procuradores gobernaron Judea, en la que se encontraba Jerusalén. Periódicamente estallaban motines contra aquellos amos extranjeros y con mucha frecuencia conducidos por falsos mesías. Sin embargo, a pesar de que numerosos judíos de Judea hubieran deseado ver desaparecer de su suelo a los procuradores, los constantes conflictos a propósito de las águilas romanas, de los diversos emblemas romanos, de la utilización del dinero de los impuestos, todo cuanto convirtió en penosos los años de gobierno de Poncio Pilato, sólo los nacionalistas exacerbados, confinados en su mayoría en la fértil provincia de Galilea, se atrevían a pensar en usurpar el poder de Roma por medio de la revolución y el nombramiento subsiguiente de su propio rey.

Un grupo mucho más poderoso y mejor organizado, los Tierodianos de Jerusalén, trabajaba por convertir al tetrarca de Galilea, Herodes Antipas, en rey de Judea. José comprendía la inquietud de Filo concerniente a cualquier iluminado que pudiera romper aquel delicado equilibrio y suscitar una sublevación entre los galileos, gente nerviosa y apasionada.

Una revolución de esta clase podría conducir a nuevas efusiones de sangre, quizá seguidas en un futuro cercano por represalias contra los judíos distribuidos por todo el Imperio romano.

Jefe y portavoz reconocido por la colonia judía de Alejandría, Filo Judeo estaba lógicamente preocupado por aquellas cuestiones, que podían resultar explosivas…

—Había esperado —le dijo el anciano jurista al despedirse— que regresarías pronto a Jerusalén y que me podrías informar sobre ese hombre, Jesús de Nazaret.

—¿Vos no suponéis, en el fondo de vuestro espíritu, que ese maestro pueda ser el Mesías, realmente el Mesías?

Filo movió la cabeza:

—Apenas… aunque Isaías *habla de aquel que vendrá con humildad y sufrimiento*. Para nosotros, que desde hace años vivimos fuera de Jerusalén, el Mesías se ha convertido en una imagen lejana y desvaída, más en una imagen poética que en una persona viva, de carne y hueso.

Y terminó, sonriendo:

—Pero no repitáis esto en Jerusalén cuando regreséis allí, José. Aquellos que miran hacia el cielo constantemente para no perderse el momento en que Cristo descienda sobre la tierra en toda su gloria, me considerarían como un blasfemo si supieran que he pronunciado palabras evocadoras de otras posibilidades.

Capítulo XII

EN EL QUE EL ANCIANO FABRICANTE DE CÍTARAS, EN CAMINO HACIA SU PAZ DEFINITIVA, INTENTA ASEGURAR LA DE SUS HIJOS BIENAMADOS

A MEDIDA QUE EL INVIERNO transcurría, Demetrio iba sintiéndose más débil. El fluido que se acumulaba en su cuerpo llegaba hasta sus pulmones, de manera que la mayor parte del día respiraba con un ruido estertoroso, como el del aire al pasar a través del agua… Cada vez se hacía más difícil hacer circular el fluido a través de los canutos de ave, y llegó el día en que el anciano rogó a José que no prosiguiera sus vanas tentativas.

—Desde hacía tiempo sabía que no me quedaban más que algunos meses de vida, José. Y no temo a la muerte. Después de todo, como decía Sócrates, es una gran aventura. He visto a María triunfar aquí, en el teatro, y para eso viví desde que ella vino a mí en Magdala. Y ahora que ella ha decidido su propia destrucción, no estoy seguro de desear ver eso.

—Pero, Demetrio…

—José, es inútil discutir. En cierta manera acojo la muerte con alegría y sólo necesito dos cosas para morir en paz.

Tu promesa de que cuidarás a María y saber que os casaréis cuando esta triste historia quede terminada.

—Te lo prometo —dijo José—. Hablé con Filo hace unos días y él opina, igual que tú, que María, por ser huérfana, tiene derecho a la vida de Gayo Flaco.

—¿Y tú?

—Yo no privaré nunca a un hombre de la vida, ni ayudaré a María en lo que ella ha decidido llevar a cabo. Ahora bien, cuando haya cumplido su proyecto, me esforzaré en ayudarla a escapar.

Demetrio dijo:

—Nadie puede exigirte más.

Agitó la campanilla que se encontraba al alcance de su mano y el esclavo colocado a su cuidado se presentó en seguida.

—Ruega a mi hija que venga a verme —dijo.

José intentó una débil protesta:

—Pe… pero…

—Es mejor que todo quede definitivamente en orden. No ignoro cuánto, sabiendo lo que ella hace y prepara, sufres al verla, pero ha de ser así.

María entró al cabo de unos instantes. Cuando el esclavo le pasó el mensaje del anciano, ella estaba arreglándose para ir al teatro. Entró, por consiguiente, llevando el

gracioso y elegante vestido griego que utilizaba para interpretar la historia de los dos enamorados galileos.

—Te he hecho llamar porque quiero hablarte, al mismo tiempo que a José, de un asunto de la mayor importancia.

Con una mano muy dulce acarició los rojos cabellos.

—Querida pequeña —dijo—, ya sabes que me quedan pocos días de vida…

—¡No —gritó ella abrazándolo—, no! ¡No digas eso!

—No sufro y no siento miedo de morir ahora que ya sé que alguien velará por ti cuando yo ya no exista.

Ella alzó la cabeza, que hasta entonces tuvo apoyada en el pecho de su viejo amigo:

—¿Qué quieres decir?

—José me ha prometido que se quedará aquí y que velará por ti.

—¡No tiene que hacer eso! ¡No quiero que lo haga!

Vuelta hacia su compatriota, ella gritó:

—¡No quiero! ¡No puedes hacerlo! ¡No hay ninguna razón para que tú mueras por mi culpa!

—¿Así que tú esperas morir —preguntó el anciano— después de haber ejecutado tu proyecto de venganza contra el romano?

—José mismo ha reconocido que mis posibilidades de sobrevivir eran mínimas. Pero yo sé lo que hago.

—Nosotros también —dijo Demetrio.

Ella se sobresaltó y le miró estupefacta:

—¿Cómo podéis saberlo? Yo no os he dicho nada.

—Proyectas matar a Gayo Flaco durante el festival de la Gran Dionisíaca.

—¡No te diré nada! —dijo ella escondiendo el rostro rápidamente, pero no tanto como para que ellos no pudieran leer en él que no se equivocaban—. Lo que yo haga será bajo mi sola responsabilidad —añadió hosca.

—¡No me has dicho que estuviera equivocado! —insistió Demetrio.

—Suponiendo que tengas razón, ¿irás a advertir a Gayo Flaco?

—No —respondió José—. Filo y Demetrio consideran que tienes derecho sobre su vida.

—Eso ya te lo dije. Está escrito en el Libro de la Ley.

—Yo no estoy de acuerdo, pero antes de que Demetrio me lo pidiera, ya había formado el proyecto de ayudarte a huir.

—¿Por qué quieres poner tu propia existencia en peligro, José, si crees que no tengo derecho a matar a Gayo Flaco?

—Hace demasiado tiempo que saliste de nuestro país, María —dijo él con sencillez—. De lo contrario, no hubieras olvidado las palabras del sabio: *El odio*

engendra guerras, pero el amor cubre una multitud de pecados.

A María se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Querido y dulce José! —dijo ella en un susurro.

Y durante unos pocos segundos volvió a ser la que él había temido que ya no existiera.

—Creo que mi amor hacia ti es la única cosa buena que el demonio del odio haya dejado vivir en mi corazón. Sin embargo, no tienes que verte en absoluto mezclado en nada de esto —dijo ella con firmeza.

—¡No podrás impedir que te ayude si lo necesitas!

—¿Qué podrías hacer? La fuerza entera de Roma se alzará contra mí.

—Con buenos remeros y una galera rápida, podemos alcanzar el Mar Rojo por el canal y llegar a Aden en menos de una semana. Hadja podría prepararnos un asilo, ya sea entre las tribus del desierto, o en Petra. Si queremos, podemos embarcarnos para Malabar. Baña Jivaka nos acompañaría.

—¿Serías capaz de abandonar por mí la situación que te has creado en Jerusalén y las riquezas que has ganado? —preguntó ella con dulzura.

—¿Has olvidado el juramento de Ruth? Fue dado como guía a todos los que aman.

Ella entonces recitó —ya que no había olvidado los libros de su pueblo— con una extremada y sencilla emoción, que devolvió a su rostro la expresión y el tono que poseía cuando contaba dieciocho años:

—No insistas, pues, en que te abandone y deje de seguirte, porque donde tú vayas, allá yo iré; donde tú residas, yo residiré; y tu pueblo será mi pueblo; y tu Dios será mi Dios. Allá donde tú mueras, yo moriré y seré enterrada. Que el Altísimo me castigue de una y otra manera, si algo que no sea la muerte nos separa a ti y a mí.

Y de repente, se echó a llorar y se marchó corriendo.

Dos semanas después, Demetrio murió. Murió en paz, mientras dormía. Tal y como había pedido, fue enterrado en la orilla del lago Mareotis, con su querida cítara entre sus manos.

Había hecho prometer a María seguir cantando y danzando como si nada hubiera ocurrido, y sin ninguna señal de duelo.

Ella y José regresaron juntos por el sendero que se desliza entre el agua clara del lago y la alta muralla del estadio, donde iba a celebrarse próximamente el festival de la Gran Dionisíaca. María contempló el inmenso edificio y sintió un escalofrío de repentino terror.

—Te deseo, José, que jamás el odio se apodere de tu alma.

Es una cosa horrible, un cáncer que roe todo cuanto es sano y bueno.

—Soy cirujano; lo extraeré.

—Nadie puede ayudarme —dijo ella con firmeza—. Una parte de mí está quizá de acuerdo con vuestro consejo y perdona a Gayo Flaco, pero la otra parte no cesa de repetir las palabras del Altísimo: *Ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, herida por herida*. ¿Cómo podría ignorar los mandamientos del Altísimo?

—Es necesario que hagas lo que tu corazón te ordene: nadie es capaz de hacer más; pero asegúrate bien que es a tu corazón a quien escuchas, y no sólo a un demonio del odio.

—Debo cumplir lo que he decidido —dijo ella con firmeza.

—¿Y sigues negándote a decirme cómo piensas arreglártelas para ejecutar tu plan?

Ella movió la cabeza:

—Si no tienes parte en mi culpabilidad, José, tampoco tienes que tener parte en mi suerte, sea lo que sea lo que de ello se derive.

Él entonces se calló, pues supo que no sacaría nada más de ella.

Capítulo XIII

EN EL QUE VEMOS A ALEJANDRÍA EN FIESTAS

EL FESTIVAL de la Gran Dionisíaca de Alejandría se efectuaba tradicionalmente a fines de marzo, cuando ya las brisas de invierno habían dejado de importunar a la Ciudad sobre el Gran Mar y el aire llegaba tibio, con promesas de estío. Las hierbas crecían profusamente por todas partes y durante los tres días del festival, los parques públicos, las calles, los jardines que bordeaban el lago Mareotis y las islas que parecían flotar en él, resplandecían con idéntica magnificencia de color.

José había oído hablar de aquellos espectáculos, durante los cuales el pueblo de Alejandría se volvía literalmente loco en su búsqueda de placer y en su exceso de excitación, pero aunque el espectáculo de esta locura se desarrollase bajo sus propios ojos, le costó creer lo que veía.

La temporada de las carreras de caballos se inauguraba unos días antes del comienzo de la Gran Dionisíaca, y miles de apostantes se precipitaban cada día hacia el Gran Hipódromo, más allá de la puerta de Canopus.

Por la tarde y por la noche todos los establecimientos de bebidas estaban abarrotados y la alegría desenfrenada reinaba por todas partes. Desde que *Dionisio* era considerado por los griegos como la misma divinidad que Baco y, por los egipcios, como Osiris y Serapis fundidos bajo otro nombre, el festival de la Gran Dionisíaca ofrecía una excusa a las bacanales más licenciosas que puedan imaginarse, ya que todos podían participar en ella. La población casi entera cesaba de dormir, o casi, durante aquellas tres noches, y lo mismo de día que de noche las plazas públicas aparecían repletas de gentes.

Cada día se representaba en el teatro uno de los grandes dramas griegos, y la culminación de estas representaciones consistía, la víspera de la boda simbólica y de la muerte del dios, en la representación de Las Bacantes de Eurípides, que mostraba al dios que había descendido a la tierra y recorría bajo forma humana la ciudad de Tebas, donde predicaba su propio culto. Rechazado por las mujeres, que no veían en él más que un humano sacrilegio, se dedicaba entonces a predicarles el culto de *Dionisio*, empleando los sortilegios para conducirlas a un éxtasis de adoración, recordándoles que, en los antiguos tiempos, había arrastrado a las mujeres a sacrificar en homenaje a la divinidad, y a destrozar con sus propias manos niños y animales. Cuando el rey de Tebas, Penteo, intentó oponerse a las orgías abusivas que desencadenaba aquel culto, *Dionisio*, siempre disfrazado, se servía de nuevo de su poder mágico para enviar al rey vestido de mujer, entre las bacantes, quienes, conducidas por su propia madre, la reina Agave, lo hicieron pedazos, en su frenesí de

loco éxtasis.

María, en la representación de aquel año, danzaba el papel de Agave, conductora de las bacantes y madre de Penteo. Cuando, al final de esta escena, abandonaba el lugar de la colina donde el crimen se había cometido, titubeante y llevando entre sus manos criminales la cabeza ensangrentada de su hijo, José no podía impedir que por su espalda corriera un escalofrío de horror; tan realista era la actuación de Flamen, hasta las últimas frases, cuando, dándose cuenta de su crimen, maldecía al dios que la había empujado a matar a su propio hijo. *Dionisio*, entonces, decía: «¡Tal es el castigo que te envía el dios cansado de tus ultrajes!». Ella respondía: «¿Un dios debe actuar como lo haría un hombre en la cúspide de su ira?», y se lanzaba en seguida a una danza trágica con la cual finalizaba la obra, que termina con el suicidio de Agave, que expía así su pecado.

Una tempestad de aplausos estallaba en el amplio teatro y José comprendió que acababa de asistir a lo que muy bien podía ser en la realidad el último episodio de una vida, la última interpretación de una gran actriz que se identificara con su personaje, y decíase con un escalofrío de angustia que quizás aquélla fuera un ensayo general de lo que llevaría a cabo, realmente, al día siguiente.

Aunque María se hubiera negado con obstinación a decir qué medio utilizaría para matar a Gayo Flaco, José se sentía ahora seguro de adivinarlo. Alejandría entera sabía que el nuevo praefectus vigilum, a quien su rango en el orden ecuestre colocaba ahora entre la nobleza, casi inmediatamente después de la familia imperial, sería el dios *Dionisio*; y que la mujer más hermosa y más querida de la ciudad, Flamen, sería Afrodita, la diosa del amor.

¿Qué genio diabólico había, pues, inspirado a la joven, permitiéndole actuar de manera que su triunfo de venganza y su triunfo de actriz coincidieran en aquel final de festival?

Sólo ella lo sabía. José, que la vigilaba atentamente desde hacía varios meses, había comprobado Ja tremenda tensión nerviosa que necesitaba ella para mantener un perpetuo equilibrio entre los dos enamorados celosos, desenfrenados y violentos.

Nada, sin embargo, había podido, durante aquellos meses, desviarla del objetivo perseguido por su ambición y por su odio.

Ahora las corrientes ya estaban desencadenadas inexorablemente con la fuerza de una marejada. Ya no había que pensar en detenerla.

Y pensando en el mañana, en la suerte hacia la cual se dirigía la mujer a quien amaba, José sentía un terror frío.

El día siguiente no hubo tiempo para cambiar ni una sola palabra con María antes de que ella partiera para el embarcadero, en la orilla del lago Mareotis, donde el dios *Dionisio* iba a venir a reclamar a su esposa, la divina Afrodita. A causa de la enorme

muchedumbre, el festival, en vez de celebrarse en el teatro, iba a serlo en el estadio. En un extremo del anfiteatro se había montado un escenario. En la escena se había erigido el trono del rey y el lecho nupcial, a través de cuyos cortinajes transparentes los espectadores podían seguir la unión ritual de las dos divinidades. Allí *Dionisio* sería simbólicamente inmolado, para representar la semilla que muere en el suelo. Después, desde el lecho conyugal, el dios muerto se levantaría vivo, simbolizando esta vez el tallo tierno naciendo del suelo fértil.

Después de lo cual, punto culminante de los tres días del festival, se celebraría la orgía más atroz, más tumultuosa y más desenfrenada de todas, que señalaba el triunfo efervescente de la vida.

José, Matthat y Baña Jivaka asistieron juntos a las diversas ceremonias.

Una multitud inmensa se aglomeraba en la orilla, cerca del estadio, en el lugar donde se encontraba el desembarcadero reservado a las galeras privadas y a las embarcaciones de la corte imperial y real, cuando ésta asistía a los combates de gladiadores. También allí llegaba el dios *Dionisio* para encontrarse con su futura esposa, la divina Afrodita. Después de lo cual, precedidos y seguidos por un inmenso cortejo triunfal, se trasladarían juntos a través de las calles de la ciudad hasta el estadio mismo, donde la gran diversión que se desarrollaba antes de las bodas sería preparada en su honor. Después se celebraría la boda y, finalmente, se representaría la tragedia, que —José estaba convencido de ello— sería una tragedia real.

La multitud era tan densa que los tres amigos no pudieron atravesarla y tuvieron que contentarse con seguir los acontecimientos a distancia desde lo alto de las escaleras que conducían al estadio. Los espectadores estaban de un humor alegre y al pasar la silla de manos, adornada, esculpida y dorada, y con las cortinillas cerradas, hasta el malecón donde el dios iba a desembarcar, los gritos de «Flamen» y de «Afrodita» resonaron por todas partes.

Surgiendo de detrás de una de las ocho islas, apareció una gran embarcación en la cual remaban cien esclavos. Encima del imponente trono de oro que en ella se había erigido, se sentaba un hombre muy bello, mientras frente a él y alrededor 2 3 4 danzaban muchas hermosas jóvenes. Detrás del trono, un gigantesco esclavo negro sostenía la tradicional cabeza de toro que evocaba, para los egipcios, al dios Apis bajo la forma de quien, a veces, se complacía en aparecer *Dionisio*.

Al divisar la embarcación, dejose oír el potente clamor de veinte mil pechos: «¡Viva *Dionisio*! ¡Viva el dios del vino!».

Y en aquel escenario flotante, las danzarinas giraban alrededor del trono en actitudes de adoración, hasta que la embarcación sólo fue colores luminosos, en oleadas, en volutas, en nubes móviles, brillantes y diversas, constituidas por sus vestiduras diáfanas y sedosas. Cuando la barca llegó al fondeadero y fue amarrada, los sacerdotes tonsurados de Serapis se acercaron, se arrodillaron y se inclinaron

profundamente; uno de ellos llevaba un sistro, instrumento tradicional de su oficio, y el otro balanceaba largas palmas en señal de bienvenida y de paz.

Dos bellas princesas de Isis avanzaron entonces, con la frente ceñida por una cinta de oro modelada en forma de cobra. La gran sacerdotisa las seguía, con la frente igualmente ceñida por una cobra de oro puro y los hombros cubiertos con el manto sagrado de largos flecos. Llevaba ante ella un tazón lleno con agua del Padre Nilo, agua tan sagrada que sus dedos, para no tocar siquiera el contenido, estaban protegidos por los flecos blancos de la toca que cubría su cabeza y caía a lo largo de su espalda, de sus brazos y de sus manos.

Mientras la sacerdotisa de Isis se prosternaba ante el dios *Dionisio* para desearle la bienvenida en nombre de su propia divinidad, un coro, dirigido por otro sacerdote, entonaba un himno de loor al visitante olímpico.

Los esclavos, portadores de la silla en la que estaba instalada Flamen, alzaron sus puños hasta la altura de sus hombros y, siguiendo el muelle, la colocaron precisamente detrás de los sacerdotes de Serapis y de las sacerdotisas de Isis. Vestido de un blanco inmaculado, el *gymnasiarca* Plotino, que dirigía el festival, caminaba al lado de la silla de manos, donde iba la diosa del amor. Mientras avanzaba, él gritaba: «¡Bien venido a Alejandría, oh divino *Dionisio*! ¡Abandona tu barca, te lo rogamos, y pon pie en esta orilla para unirte a las fiestas que celebramos en tu honor!».

Un largo clamor de aprobación ascendió de la muchedumbre, mientras Plotino alzaba la cortina de la silla y ofrecía la mano a la encantadora mujer que se disponía a descender.

«¡Flamen! ¡Flamen! ¡Afrodita!», rugió la multitud una y otra vez, y transcurrieron varios minutos antes de que la voz de Plotino lograra dejarse oír otra vez.

—Te traemos hoy, oh divino *Dionisio*, esta maravillosa esposa, también hija de los dioses, y cuya gracia y belleza son dignas de ti, de tus padres y de los suyos. ¡Salud, oh Afrodita, diosa del amor y de la belleza, salud! ¡Oh, divina!

María permanecía inmóvil. Bajo sus cabellos de cobre, recogidos sólo por un delgado círculo blanco que brillaba al sol de la mañana, las líneas reales de su cuerpo espléndido subrayadas por su sencillo vestido blanco, merecía en verdad todos los elogios que le dedicaba su admirador Plotino.

—¡Por todos los profetas de Israel! —susurró Matthat—.

¡Nunca existió una mujer más hermosa; en verdad es digna de un dios!

Bajo la luz de la mañana, Gayo Flaco aparecía, asimismo, tan hermoso como un dios, con su cuerpo magnífico, sus rasgos modelados impecablemente. Una ligera caperuza cubría sus rizos, sandalias de oro en los pies, sin armas, vestido con una corta túnica tan blanca como el vestido de María y que dejaba al desnudo sus musculosas piernas. Las danzarinas vestidas con *bombyx* transparentes escoltaban su marcha, desde el trono al malecón, y se detuvieron al mismo tiempo que él cuando se

encontró cerca de la diosa. Plotino se arrodilló ante él, en señal de buena acogida, a los gritos delirantes de los alejandrinos que se amontonaban en las orillas, las murallas, los muelles, y cuantos lugares pudieron deslizarse sin ser rechazados por los soldados: «¡*Dionisio*! ¡Afrodita!».

María, a su vez, dijo con una voz clara:

—¡Sed bien venido a Alejandría, oh divino, oh mi futuro esposo!

Ella cayó a los pies de *Dionisio*, pero fue *Gayo Flaco*, y no el dios, quien la ayudó a levantarse con ambas manos, la atrajo contra sí y besó sus labios, mientras resonaban las aclamaciones ininterrumpidas de un público entusiasmado. Después, llevando a María de la mano, alcanzó la silla de manos y se instaló al lado de ella, con las cortinillas alzadas para que todos pudieran contemplar la pareja divina que pronto iba a desposarse.

Los esclavos corrían delante de su silla y de la de Plotino, que abría el cortejo, lanzando flores y hojas, mientras el gran desfile, que iba a durar unas horas, comenzaba, pasando por todas las calles y avenidas de la ciudad, por los muelles y por los barrios, antes de regresar al estadio, donde se celebraba el matrimonio ritual, la consumación de las bodas y la muerte y resurrección del dios.

Entonces, la nueva estación comenzaría y con ella el ciclo anual de fecundación, de fertilidad, de crecimiento, de cosecha, de muerte y la renovación perpetua de la simiente a la vida y de la vida a la simiente.

La silla de manos de Plotino abrió la marcha, seguida por los mimos, hombres y mujeres vestidos con trajes fantásticos y representando —cada uno en la forma con que se aparecían a los humanos— las múltiples divinidades honradas en Alejandría.

Después un grupo de muchachitas vestidas de blanco lanzaron flores a la calzada. Seguían las danzarinas que llegaron en la embarcación del dios, y cuyos transparentes velos resplandecían con todos los colores del arco iris.

Desfilaron a continuación los sacerdotes de Serapis, tonsurados, desnudos hasta la cintura y portadores de las palmas rituales y de los sistros que agitaban al andar, de ofrendas al dios, hechas a imagen de las barcas del Nilo, cabezas de toro doradas, altares de sacrificio en miniatura, e incluso una estatuilla en oro, velada, del dios Serapis, cuyo signo llevaban marcado en su frente.

Las servidoras de Isis los seguían —nunca muy alejadas de ellos—, ya que Osiris había sido el esposo muerto y resucitado de Isis, el padre de su hijo Horus, aquel de quien también nació Serapis, ya que los Ptolomeos habían creado este dios único y doble fundiendo en una sola persona a Osiris y al toro sagrado Apis.

Estas sacerdotisas se escogían por su belleza, que disimulaba sólo un taparrabo de seda, mientras una cobra rodeaba su frente y sus cabellos, y ellas agitaban los sistros sagrados, cantando himnos de adoración a su diosa, mientras el pueblo aclamaba su

paso bajo el sol que comenzaba a calentar.

La gran silla donde iban en visita el dios y su futura esposa llegaba entonces. Gayo Flaco, visiblemente halagado por ser el centro de la atracción, saludaba y sonreía —cosa que no sabía prodigar— mientras María, muy erguida, con las mejillas tan blancas como su vestido, sonreía maquinalmente. Al distinguirla por entre la multitud que lo inmovilizaba, José, al verla tan pálida y crispada, se preguntó si sería capaz de llevar hasta el fin su proyecto, y rogaba para que abandonara tal propósito y recobrara la sensatez en el último instante. Sin embargo, al recordar que los últimos cinco años de aquella existencia no habían sido más que una incesante e implacable preparación de aquel instante, en el cual ella esperaba vengarse y triunfar al fin del hombre que tan cruelmente la había tratado en su adolescencia, apenas se atrevía a esperar que la razón pudiera aún prevalecer sobre la obsesión insensata que la guiaba y la sostenía.

Detrás de los dioses, danzando, caminando y saltando, centenares de máscaras atravesaban la ciudad. Sátiros y silenos, bacantes y ménadas, ninfas y victorias, todos los personajes tradicionales de las dionisíacas —cuya conmemoración se celebraba en el Imperio entero— llenaban las calles, y detrás de ellos aún, carrozas tiradas con cuerdas doradas por esclavos sudorosos, que vigilantes armados de látigos restallantes flanqueaban a ambos costados. En uno de estos carros, una estatua del tamaño doble del natural, pero que parecía viva, evocaba a Nysa y se alzaba mecánicamente para verter leche en una taza de oro, mientras en la carroza siguiente unos sátiros distribuían vino, haciéndolo correr por unos caños colocados en la parte posterior, de manera que todos pudieran beber cuando les apeteciera.

En otra carroza podía verse al niño cornudo Zagreo, despedazado por los titanes, mientras en el centro de la plataforma, Zeus, padre de Zagreo, sostenía un jarrón de vidrio, en el cual, ante los gritos de estupefacción y de admiración de la multitud, el corazón del niño destrozado continuaba latiendo rítmicamente. La parte posterior de aquella misma carroza representaba la cámara nupcial de Semelé, hija de Cadmos, rey de Tebas, cámara en la cual, impregnada y fecundada por el corazón vivo de Zagreo, nacería *Dionisio*.

La carroza siguiente representaba, no sin lógica en la cronología, a *Dionisio* adolescente, jugando con un grupo numeroso de ninfas desvestidas en una gruta de donde, de vez en cuando, salían palomas, pichones y golondrinas que los espectadores se esforzaban por coger. La mayor y última carroza de esta serie presentaba a *Dionisio* adulto, dios del vino, instalado sobre un elefante conducido por un sátiro.

Otra serie de carrozas menos importantes y de un estilo diferente seguía a la primera.

En cada una de ellas un cuadro viviente evocaba un episodio de la vida de los

dioses o de héroes queridos por los alejandrinos.

Alejandro *el Grande*, deificado, iba acompañado de sus dos protectoras: Victoria y Atenea.

Ptolomeo I, deificado también, y su reina Berenice.

El emperador Augusto y Tiberio, el viviente dios romano-Regimientos de soldados de infantería y caballería cerraban el cortejo, de manera que entre el instante en que la embarcación de *Dionisio* fondeó en el muelle del lago Mareotis y el momento en que, habiendo dado la vuelta completa a la ciudad, la silla de manos de Plotino, que abría la marcha, entró en el estadio, habían transcurrido más de tres horas.

Fue necesaria, cuando menos, otra hora para que todo el mundo pudiera colocarse según el orden preestablecido, y transcurrieron tres horas más antes de que la última escolta llegara a las puertas del estadio.

Hacía ya mucho tiempo que el espectáculo había comenzado.

Capítulo XIV

¡DUERME, MARÍA DE MAGDALA!… ¡Es MENESTER ABANDONARSE AL SUEÑO!

DIONISIO Y AFRODITA, instalados el uno al lado del otro, en sus tronos, en medio del escenario que se alzaba a un extremo del estadio, iban a ver, como les era ofrecido, un interminable programa de festejos.

En la arena, los gladiadores combatían, mirmillones cubiertos de un casco, armados con una corta espada y un escudo, contra retíanos, armados, por su parte, con una red, un puñal y un tridente; en plena carrera, los que iban en los carros luchaban con lanza y espada, mientras sus conductores respectivos se esforzaban por medio de hábiles maniobras en estorbar al adversario. No fue preciso mucho tiempo para que la hierba y la arena —según los lugares— se llenaran de sangre, pero los espectadores no se cansaban de pedir más.

Entre estos ejercicios sanguinarios, grupos de acróbatas •efectuaban milagros de habilidad, de fuerza, de agilidad y de precisión, y eran despedidos con aplausos.

Sin interrupción, se sucedían en la pista danzarinas de las más diversas nacionalidades, cuyo arte, en circunstancias diferentes, hubiera interesado mucho a María. Algunos mimos evocaban diversos episodios de la vida de Afrodita, diosa del amor, y de *Dionisio,* dios del vino.

Instalado cerca de uno de los vomitorios —corredores que conducían a los camarines de los artistas, y por donde éstos salían a la arena—, José presenciaba aquellas representaciones histriónicas, con el hondo malestar de un creyente que asiste a parodias del culto, y temblaba de angustia por María.

Pero a poco el festival llegaba a su fin y la luz gris del crepúsculo descendía sobre la ciudad. El acontecimiento principal de la jornada se aproximaba, y el público experimentaba ya una cierta tensión, una espera sobreexcitada, preludio de lo que iba a seguir: la cortina transparente detrás de la cual se retiraría la divina pareja cobraba más importancia en el espíritu de los asistentes que el espectáculo de los últimos actores.

La tensión ganaba a la multitud y ya se hacía insoportable cuando, en alguna parte, resonó un prolongado y potente redoble de tambores, vibrante y sonoro como el trueno en estío, y ante la cámara nupcial, ricamente adornada, se alzó una silueta gigantesca —mayor que la que nunca viera José— cubierta con una armadura de plata y la corona de oro de los dioses.

—Es Júpiter —explicó Matthat—. Va a celebrar la unión de Afrodita y *Dionisio*. Yo he visto en algún lugar a ese joven representando el mismo papel.

A una orden del padre de los dioses, *Dionisio* y aquella que iba a convertirse en su esposa se arrodillaron junto a él y unieron sus manos. Por encima de sus cabezas inclinadas, el actor entonó las palabras solemnes que los unían en matrimonio y, cuando hubo terminado, Gayo Flaco ayudó a María a levantarse. Ella osciló durante unos segundos, y José pensó que iba a caer con uno de aquellos síncopes de que sufriera en su adolescencia y de los que ahora parecía curada.

María recuperó su equilibrio y su aplomo, y cuando el dios la tomó entre sus brazos y se inclinó para darle el beso de esponsales, la multitud se desbordó en vítores…

Él la condujo a la cámara nupcial. Una vez allí se desarrolló el simulacro que debía terminar con la muerte y resurrección del dios.

José apartó de allí su mirada. Sabía que María realizaría su firme propósito; ahora o nunca. Con Hadja entre bastidores, resultaba cosa fácil sustituir el puñal de pergamino por una arma verdadera que no se aplastaría al tocar el cuerpo de la víctima designada, sino que continuaría su camino hacia el corazón, sin que Gayo Flaco pudiera darse cuenta de la sustitución.

Enfermo de horror, incapaz de detener —fuera cual fuese— el curso de los acontecimientos, José luchaba contra un violento impulso de ponerse en pie y gritar avisando al interesado.

Si incluso hubiera llegado a hacerlo, aquello no hubiera servido de nada, ya que en la inmensidad del estadio, con las aclamaciones de la multitud, una voz aislada no hubiera tenido ninguna probabilidad de ser escuchada; y si, por extraordinaria casualidad, el seudo *Dionisio* la hubiera oído, no le hubiera quedado a María la más pequeña posibilidad de salvarse…

Todos los ojos en el inmenso recinto estaban fijos en la mano que sostenía la daga, mientras el brazo de la esposa se alzaba por encima del cuerpo de su divino enamorado, quien la abrazaba aún con su brazo izquierdo. Aunque el público de Alejandría, muy aficionado al teatro, estuviera familiarizado desde hacía mucho tiempo con el empleo de los accesorios escénicos y supiera que el puñal se aplastaría en el momento oportuno, una repentina tensión se apoderó de la muchedumbre, como sucedía siempre en el minuto fatídico, y cuando la hoja se hundió en el cuerpo tendido, un suspiro unánime expresó aquella angustia.

Después, el grito de dolor de un hombre se dejó oír, rompiendo el encanto. Apenas cesó, María, como una diosa de la venganza, arrancó las cortinas y apareció en el escenario. Apareció allí, en pie, erguida, hermosa, no como la diosa del amor, sino como la de la venganza.

El puñal que sostenía con su mano derecha tenía la hoja llena de sangre, y si los espectadores más cercanos podían verla, no por ello se desconcertaron; en el teatro griego, como en todos los que le han sucedido, ocurría con frecuencia que un

asesinato o un suicidio se simulaban con el mayor realismo por medio de una minúscula vejiga llena de algún líquido rojo, que se rompía en el instante requerido. Los espectadores, que admiraban la actuación y la belleza de María, no se dieron cuenta inmediatamente de que no asistían ya a una pantomima, sino a una tragedia.

Sin embargo, cuando en vez de permanecer en escena para recibir como estaba previsto al dios su esposo resucitado, la joven huyó corriendo hacia los bastidores improvisados, algunos espectadores comenzaron a decirse que aquel realismo era quizá realidad.

Un ligero desorden se manifestó entre el auditorio; unos se ponían en pie para ver mejor, otros para acercarse y otros para comentar lo sucedido, cuando un segundo personaje apareció entre las cortinas rotas de la cámara nupcial; se trataba de Gayo Flaco, que ya no tenía nada de divino, pero en cuya túnica blanca aparecían manchas de sangre que traicionaban su humanidad, y que gritaba con una voz ronca de terror:

—¡Socorro!… ¡Ayudadme!… Me muero…

Entonces se armó un terrible desconcierto, gracias al cual José, sin tan siquiera elevar una plegaria agradecida porque el romano seguía con vida y María no era una asesina, franqueó de un salto el asiento colocado debajo del suyo, y se lanzó hacia el corredor que conducía a los camarines de los artistas, debajo del escenario. Conocía vagamente la dirección que debería seguir y, mientras corría, el tumulto, cuyo rumor llegaba apagado hasta él, le explicó que los espectadores habían, por fin, comprendido que habían estado a punto de asistir a un asesinato auténtico, cometido ante sus mismos ojos…

Actores, actrices, danzarinas, músicos, acróbatas y personal auxiliar se lanzaban, enloquecidos, por los corredores que se entrecruzaban debajo del estadio. Muchos, que no se encontraban ni en escena ni entre el público, corrían y enloquecían por contagio, sin saber con exactitud el motivo.

Cuando José se encontraba en una esquina del corredor, vacilando, vio una figura familiar que se acercó en seguida a él y le dijo con voz grave:

—María se ha dirigido corriendo hacia su camarín. Llevaba sangre en su vestido.

—Ha intentado matar a Gayo Flaco —dijo él, jadeando por efecto de su carrera y de su inquietud—. ¿Dónde se encuentra su camarín?

Albina no perdió el tiempo en preguntas, sino que lo condujo hasta una puerta encima de la cual campeaba la antorcha de Flamen.

—Voy a esperar fuera —dijo la joven—. Si vienen, intentaré desviar su persecución.

Él la saludó con un movimiento de cabeza rápido y agradecido.

Hadja montaba ya la guardia.

—¡Alabado sea Ahura Mazda por encontrarte aquí! —exclamó el nabateo—. ¿Lo ha matado?

—No.

Con una mirada rápida, José examinaba la disposición del lugar: al final del corredor se abría una ventana lo bastante ancha para permitirle escapar… ¡con tal que les diera tiempo!

—Abre esa ventana —ordenó—. Voy a buscar a María y probaremos a huir por el lago.

Hadja corrió hacia la ventana y José abrió la puerta del camarín.

Quedaba quizás una posibilidad de salir del estadio antes de que la multitud se recobrara de la parálisis o del estupor que la inmovilizó durante unos instantes. Si podían alcanzar una de las barcas que efectuaban la travesía del lago, todo no estaría perdido.

María se encontraba de pie cerca de su mesita tocador, pálida, con sangre en los dedos y en el vestido y el puñal aún en su mano derecha. Sus ojos aparecían dilatados hasta el punto de no poseer casi color y sólo se reflejaba en ellos una hosca desesperación. Nada indicaba que reconociera a José, ni incluso se diera cuenta de su presencia.

De improviso se movió, pero entonces con una tan desconcertante rapidez que José llegó justo a tiempo de alcanzar su puño, mientras ella dirigía la daga hacia su propio corazón.

Si no actuó con la suficiente velocidad para evitar que se hiriera, consiguió desviar el arma, que no alcanzó su objetivo, pero que, desgarrando su vestido blanco, se hundió en la carne blanda del pecho, provocando una herida bastante larga, aunque poco profunda, y se escapó de los dedos de la joven, que se derrumbó entre los brazos de José.

—¡Yo… yo no… no pude matarlo…! —dijo sollozando—.

Algo retuvo mi mano…

—¡El Todopoderoso no permitió que cometieras un crimen!

Ahora, rápido. Él nos ayudará a huir…

La voz de la multitud se oía ahora como la de una jauría lanzada sobre la pista de su presa. El pueblo estaba rabioso a causa de la afrenta hecha al dios; la primera víctima de su cólera sería, con toda evidencia, la mujer que había intentado matar, no a Gayo Flaco, sino a aquel que personificaba a *Dionisio*. (Tal era, sin duda alguna, el sentir popular).

—Hadja nos espera fuera —insistió José—. Apresúrate. Si podemos alcanzar el lago en la oscuridad, estaremos a salvo.

María movió la cabeza negativamente:

—Ya he causado bastante daño —murmuró—. Vete y déjame antes de que sea demasiado tarde.

—Yo no te abandonaré nunca, María —dijo con sencillez—.

Si el Altísimo lo permite, viviremos juntos. Si la multitud se apodera de nosotros, moriremos juntos.

Entonces Baña Jivaka entró en tromba en la estrecha habitación.

—¡Pronto! ¡Pronto! —dijo jadeando—. ¡Me están pisando los talones!

—Debes venir, María —suplicó José—. Si no te decides, moriremos ambos a manos del populacho.

Ella tendió la mano hacia el puñal:

—Déjame morir, José —suplicó—. Ahora es la única manera de salvarte…

«¡Déjame morir!, es la única manera…». Estas palabras iluminaron la inteligencia de José, como una súbita inspiración: ¡la muerte, o la apariencia de la muerte!, la salvación estaba allí…

Con un movimiento rápido se volvió hacia su amigo:

—Tú posees más experiencia que yo… ¿Puedes hundirla en un trance tal que un profano pueda creerla muerta?

La despierta inteligencia del indio asimiló inmediatamente la situación: aquella herida en el pecho… el puñal… sí, todo parecía verosímil…

—Haz exactamente lo que Jivaka te diga, querida —le rogó José—. Si no te resistes, aún podemos salvarnos.

Sin responder, ella se recostó en él como si estuviera al borde del síncope, y él, sin esperar a que hablara, sin insistir más, la tomó entre sus brazos y la tendió en el suelo, ante la mesita tocador.

—Mira a Jivaka —le ordenó entonces—. Obedécele exactamente.

Ella se encontraba ya más allá de toda resistencia.

El médico había sacado de su bolsillo la esmeralda, de la que no se apartaba nunca y, escogiendo el ángulo por el que pasaba la luz de las dos antorchas colgadas de la pared, la colocó ante los ojos de María:

—Duerme, María de Magdala —salmodió entonces—. Abandónate y duerme… duerme… duerme…

Capítulo XV

EN EL QUE JOSÉ PASA DE LA ESPERANZA A LA DESESPERACIÓN Y DE LA DESESPERACIÓN A LA ESPERANZA

ALBINA DESEMPEÑÓ bien la misión de que ella misma se había encargado, señalando a Plotino una pista falsa, cuando éste se precipitó, negro de furor, por los corredores subterráneos en busca de María.

Cinco minutos habían casi transcurrido cuando el *gymnasiarca* y Gayo Flaco, acompañados por dos vigorosos soldados con la espada desenvainada, empujaron la puerta, encima de la cual estaba pintada una antorcha. El tribuno, es cierto, estaba pálido y su túnica sucia de sangre, pero un sencillo vendaje había bastado para cubrir la herida superficial causada por el puñal de María e impedir toda hemorragia.

Detrás de los romanos surgieron los primeros espectadores, gritando de una manera sanguinaria. No obstante, los soldados los mantuvieron a distancia.

Una escena dramática hirió las miradas de los romanos cuando penetraron violentamente en el camarín: María, con los dedos crispados sobre la daga cuya punta tocaba aún la herida que la joven se hiciera, aparecía tendida en el suelo, y una mancha roja destacaba sobre el alabastro de su carne. Incluso los observadores, más atentamente fríos que los romanos sobreexcitados, habrían supuesto que ella se había atravesado el corazón y arrancado el puñal en las convulsiones de su agonía.

—¡Por todos los dioses! —exclamó el tribuno—. ¡Se ha matado!…

Y la exclamación, que se oyó en el corredor, corrió de boca en boca hasta llegar a la muchedumbre que ocupaba el estadio.

—¡Flamen ha muerto! ¡Se ha matado!…

Aturdido durante un instante por aquel choque imprevisto, Plotino se dirigió súbitamente a los dos médicos:

—¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué os encontráis aquí? —preguntó con acento hosco, como si los acusara de haber encontrado a Flamen con vida.

—Yo era cirujano de su padre —explicó José— y amigo de ella. La seguí en cuanto pude, temiendo lo que ha sucedido.

Ya en Magdala, cierta vez, intentó suicidarse.

—Era, por consiguiente —dijo entonces el *gymnasiarca* a Gayo Flaco—, la judía que tú suponías. Eso no explica el motivo por el que ha intentado matarte.

Antes de que el tribuno pudiera contestar, José se encargó de ello:

—Cuando era una muchacha, Gayo Flaco la violó brutalmente en Magdala. Desde entonces, la vida del tribuno Gayo Flaco le era debida, según nuestras antiguas leyes.

—¿Y después de cinco años todavía quería matarme?

Gayo Flaco estaba extrañadísimo, y su asombro aumentaba su malestar.

—¡Salgamos de aquí! Este olor a sangre me marea.

—Pero ¿qué tonterías son ésas? —gruñó Plotino—. ¿Desde cuándo los romanos han de someterse a las leyes judías?

—El padre de esta mujer era ciudadano romano, lo cual da derecho a que se le haga justicia, incluso si ha intentado matar al hombre que la mancillara.

—El que ordena aquí la justicia soy yo, en nombre de Roma —dijo Plotino— y juzgo a la mujer Flamen culpable de asesinato.

Es una criminal, incluso muerta. ¡Llevaos el cadáver! —ordenó a los soldados—. Que la entierren esta misma noche, a orilla del lago, en el campo reservado a los criminales.

José se puso pálido: aquello era peor de lo que calculara.

Había dado por descontado que el cuerpo de María le sería entregado y que le permitirían enterrarlo a él mismo. Él y Jivaka la hubieran podido reanimar y evadirse de la ciudad con ella, por el lago Mareotis y el Nilo.

—Ella era judía —le dijo al *gymnasiarca*—. Permitid que yo me haga cargo de ella y la entierre según los ritos de nuestro pueblo.

Plotino ni tan siquiera respondió:

—¡Vigilad su tumba! —recomendó a los soldados.

Y dando media vuelta, salió con el tribuno y su séquito-Dos soldados montaron guardia en espera de que llegaran los esclavos con una litera para llevarse a la joven hasta el campo común de los criminales, pero no permitieron a los dos médicos que se acercaran a su cuerpo.

Poco después una corta procesión conducida por dos esclavos, portadores de antorchas, abandonaba el estadio. El cuerpo de María reposaba en una litera que llevaban otros cuatro esclavos. El trance en que Jivaka la había hundido era tan profundo, que José, cada vez que encontraba ocasión de acercarse a ella para mirarla o, incluso, para tocar a hurtadillas su piel, se preguntaba si verdaderamente vivía aún.

Iban ambos, con Hadja, al final del pequeño cortejo, torturándose el cerebro para hallar un medio de recuperar el cuerpo y llevarlo a un lugar seguro donde Jivaka pudiera sacar a María de su catalepsia. Hasta el momento no se les había ocurrido nada, y cada paso los acercaba a la horrible perspectiva de verla enterrada viva por los romanos.

A través de las turbulentas calles de la ciudad, se dirigían hacia los oscuros y fantasmales monumentos de Necrópolis, al otro lado del canal Agatadaemon, y su esperanza se debilitaba.

Cerca de la puerta de Necrópolis, José vio un cierto número de féretros apoyados en una pared: la tienda de un fabricante de féretros estaba, según lógica apariencia,

adosada a la muralla de la ciudad de los muertos.

Tirando a Jivaka del brazo hizo que se retrasara fuera del alcance de los oídos de los demás, y le susurró:

—¿Cuánto tiempo puede vivir en trance, si la encierran en un féretro?

—Vi a un mago retirado vivo después de seis horas —respondió en seguida el indio, que con mucha frecuencia no necesitaba explicaciones para comprender, y que añadió—: Pero la caja era muy grande.

—¡Deteneos! —dijo José a los esclavos que transportaban la litera—. Debemos comprar un féretro.

—Plotino no nos habló de eso —objetó el soldado de guardia.

—¿Pretendéis privar a un muerto de una sepultura? —preguntó con severidad el galileo—. ¿Quieres que su alma atormente la tuya durante toda la eternidad?

El soldado sintió un escalofrío y dijo:

—Es cierto que el *gymnasiarca* no nos lo ha prohibido.

—No existe, por consiguiente, motivo para negarle un féretro decente —concluyó José. Y antes de que el soldado pudiera discutir, José golpeaba con fuerza la puerta del carpintero.

—¡Despierta! —gritó—. ¡Necesitamos tu mercancía!

Los esclavos se detuvieron, contentos de gozar de un breve descanso. Al cabo de unos instantes, el comerciante abrió frotándose los ojos, y con la cabeza cubierta todavía con un gorro de dormir. José había examinado ya la hilera de féretros y escogido el más grande.

—Nos quedaremos con éste. ¿Qué vale?

—¿Por qué escoger un féretro tan grande? —gruñó el soldado—.

Pesará más.

—Porque la madera es de mejor calidad y durará más tiempo —explicó el médico, que pagó la suma pedida; después llamó a Hadja, para que ayudara a llevar la caja de madera.

Otra vez el pequeño cortejo se puso en camino; ahora se encontraban en el interior mismo de la ciudad de los muertos y a medida que se acercaban al lugar reservado a los criminales, cerca de la orilla del río, se debilitaba el ruido de los clamores y de la música que descendía de la ciudad, donde las alegres manifestaciones prosiguieron, quizá con más ímpetu que antes, en cuanto el pueblo fue informado de que el intérprete del dios estaba vivo. Lo contrario, en efecto, hubiera representado un funesto presagio.

Finalmente, y casi tocando a la misma orilla, llegaron a un emplazamiento vacío, y el soldado encargado de la responsabilidad de la operación ordenó el alto.

En aquel lugar no se podía ahondar profundamente por temor a convertir la tumba en pozo, a causa de la proximidad inmediata del lago. Las fosas eran, pues, poco

hondas y la arena se colocaba formando un montículo encima del féretro de aquellos que gozaban de la suerte póstuma de tal lujo. Pedazos de madera, esparcidos unos y otros saliendo del suelo, a veces un hueso blanqueado por el aire salino del mar que el viento traía por encima de la casi isla de Necrópolis, indicaban los puntos donde otros muertos habían reposado o, cuando menos, donde fueron enterrados.

Una fosa, apenas tan profunda como el féretro, fue cavada rápidamente por los esclavos. José se alegró en silencio, ya que si su plan lograba realizarse —y era, en verdad, un plan desesperado—, cada minuto empleado en descubrir el cuerpo de la danzarina podía representar para ella justo la distancia que separa la vida de la muerte. Se negaba incluso a imaginar un posible fracaso: la idea de su única bien amada ahogándose en la pesada oscuridad de la tierra, era más de lo que podía soportar. Sin embargo, era imposible intentar otra cosa, ya que siendo ellos sólo tres y desarmados, no tenían ninguna posibilidad de vencer a los esclavos y a los soldados. Además, si morían en un combate desigual, María quedaría definitivamente condenada.

José instaló por sí mismo el cuerpo en Ja caja, hallando la manera —bajo el pretexto de plantar un pedazo de madera que indicase el lugar donde se encontraba enterrada— de hacer un agujero por el cual esperaba que podría correr un poco de aire. Con idéntica esperanza no clavó el féretro (y también para no tener que perder tiempo después). La arena, lanzada sin apisonar, aumentaba sus posibilidades. No contento con no desesperar, el galileo se ponía a esperar.

En cuanto el entierro hubo terminado, los esclavos desaparecieron con premura, deseosos de alejarse del reino de los muertos y —peor— de la muerte. El corazón del joven latió más tranquilo después de comprobar que sólo quedaba de guardia un soldado. «Era un punto de vista muy de romanos —pensó— considerar a un soldado romano armado más fuerte que tres hombres sin armas, entre ellos un judío». El plan de José no comprendía el atacar al soldado, ya que, suponiendo que lo mataran, cuando el siguiente viniera a relevarlo, daría el aviso con la suficiente antelación para que la vía del Nilo fuera cerrada.

Con objeto de que todos estuviesen seguros, importaba que Plotino creyera que María estaba muerta y bien muerta.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó en voz baja a su amigo.

—Resulta difícil calcularlo; en todo caso, unas horas, pues en trance la respiración es casi imperceptible y la caja es muy amplia.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó Hadja—. Yo creo que lo mejor es que tú hables con él mientras yo me coloco a su espalda y lo…

—Lo mejor es que nadie pueda sospechar que el cuerpo ha desaparecido, y que el soldado viva sin sospechar nada.

—Pero es horroroso pensar que ella pueda morir asfixiada…

—Créeme, Hadja, pienso en ello cuando menos tanto como tú, pero ¿para qué vamos a salvarla ahora si mañana la volverían a apresar? Es necesario asegurar su impunidad completa-Mi plan es más largo, lo admito, pero es más seguro, y apresuraré las cosas todo lo posible. Desapareced ambos.

El soldado, que andaba con una regularidad perfecta arriba y abajo de la tumba, se detuvo cuando José se acercó a él, con la intención visible de dirigirle la palabra.

—¿Qué deseas, judío? —dijo sacando a medias su espada de la vaina.

—Esta mujer era mi prometida. ¿Tú no has amado nunca?

—Ella era, en verdad, hermosa —dijo el guardia, tranquilizado—.

La vi bailar una vez en el teatro. La aplaudí como los demás, aunque, para mi gusto, yo prefiero las muchachas de las tabernas, que bailan desnudas.

—Esta noche, en las tabernas, habrá muchas —dijo José, subrayando con un movimiento de cabeza el eco de los cantos y de las risas que, desde el Rhakotis próximo, flotaba por encima de las tumbas.

El soldado suspiró.

José prosiguió insistente:

—¿Por qué no vas a reunirte con ellos?

—Tengo ordenado permanecer aquí hasta el relevo.

—¿Cuánto tardará?

—Cuatro horas por lo menos, y eso si el que debe reemplazarme no está borracho perdido y no se detiene a beberse una botella más para consolarse de tener que venir a montar la guardia en el cementerio.

—Nadie se preocupará porque te tomes una hora para calmar tu propia sed, mientras yo me quedo cerca de mi bien amada.

—¡Si se descubriera me la cargaría! —objetó el otro, pero José notó que vacilaba ya.

—¿Es que los muertos hablan? Además, te daré dinero para quedarme solo con ella durante una hora, un precio que pagará tu vino y mucho más.

Alzó la bolsa de manera que el hombre pudiera comprobar que estaba muy llena.

La vista del dinero acabó con todas las dudas del soldado; el contacto del dinero apaciguó todos sus escrúpulos. Tomó con alegría poco disimulada el generoso puñado de monedas que le entregó el cirujano y se dirigió, casi corriendo, hacia sus próximas libaciones.

Apenas hubo desaparecido, José silbó; Jivaka y Hadja se encontraron en seguida a su lado.

Con toda rapidez quitaron la arena y abrieron la tapa del féretro; María apareció acostada en él, exactamente como el galileo la había colocado, pero la piel de sus manos y de sus pies estaba helada.

—He tardado demasiado en alejar al soldado —se lamentó el cirujano.

—No pierdas el tiempo en autocriticarte —dijo Jivaka, mientras la transportaban juntos unos pasos, sobre un manto extendido en el suelo—. Ocúpate sólo en reanimarla mientras Hadja y yo llenamos la caja de piedras, antes de cubrirla otra vez. Coloca tu boca encima de la suya y sopla aire en sus pulmones.

Es un método que empleo con frecuencia con los niños que nacen medio asfixiados.

Arrodillado al lado de María, José, boca contra boca, sopló entre sus labios fríos. Con regularidad, profunda y lentamente, continuó vertiendo su aire en el cuerpo de la joven. Él sentía cómo su pecho se alzaba mientras el aire hinchaba sus pulmones y, cuando se apartaba, un leve susurro acompañaba al aire que se escapaba por la nariz y la boca de María. Todo el tiempo que Jivaka y Hadja necesitaron para dejar la tumba con la misma apariencia que tenía al partir el soldado, José lo empleó intentando devolver la respiración a la danzarina.

Cuando los otros hubieron terminado, le hubiera resultado imposible al soldado advertir que alguien había tocado la tumba.

—Pero dará la alarma al no encontrar a nadie —dijo Hadja.

—No. Probablemente permanecerá ausente más de una hora, y pensará que me cansé de esperar, pero nada le hará sospechar que el cuerpo ha sido tocado, que es lo esencial. Además, no será tan ingenuo que señale espontáneamente que abandonó la guardia.

Después, dirigiéndose al indio, que arrodillado cerca de la Magdalena buscaba su pulso, indagó ansiosamente:

—¿Lo encuentras?

—No —respondió el otro moviendo la cabeza—. ¿Descubriste algún signo de vida?

—Los labios se volvieron más flexibles, quizá. Pero puede que eso sea puramente local y debido al contacto de los míos.

—¡Espera! —dijo el indio—; quizás exista un medio…

Tomó la esmeralda y la colocó ante los labios y debajo de la nariz de María; después, manteniéndola muy cerca de sus ojos, la contempló lo mejor que pudo a la débil claridad de un rayo de luz:

—Me parece… me parece… pero aquí se ve mal… que hay aquí un ligero vaho… Lo esencial ahora es encontrar un lugar donde podamos transportarla y hacerla entrar en calor.

—Nuestras habitaciones en el Rhakotis están descartadas —dijo el médico.

—Como cualquier otro lugar de la ciudad. ¡Con tanta gente en las calles!…

—Y no contamos con ninguna barca para conducirla a su villa —se lamentó el nabateo.

—Eso sería, además, muy peligroso.

—¡Las catacumbas! —exclamó de repente José—. ¿Cómo no he pensado antes en las catacumbas?

—¿Las catacumbas?

—Sí. Aquiles y su pandilla residen allí, y tú sabes que me deben algún agradecimiento.

Jivaka no estaba muy convencido de que aquello fuera posible:

—¿Serás capaz de encontrar en la oscuridad el escondite del ladrón?

—Estoy seguro de recordar el nombre de la sociedad de inhumación cuya firma está inscrita en la entrada de la cripta —aseguró José—. Partamos en seguida y la encontraré pronto…

A través de la sepulcral ciudad de los muertos, transportaron los tres el cuerpo de la inanimada danzarina. Los ladrones, aquella noche, debían de estar muy ocupados con todos aquellos borrachos, cuyas bolsas no serían difíciles de robar…

Sin embargo, José supuso que Aquiles no saldría ya por la noche; aún no estaría restablecido del todo de su larga enfermedad, y era muy probable que le hubieran confiado la vigilancia del cuartel general subterráneo.

La memoria de José le fue fiel. Descubrió sin dificultad la entrada de las catacumbas donde estuvo cuando curó la pleuresía del viejo bandido; sin embargo, como sus repetidos golpes en la puerta permanecieran sin respuesta, comenzó a temer que no hubiera nadie. Después se encendió una luz y una cara apareció en una pequeña ventana con barrotes: era la de Aquiles, y el galileo alzó la antorcha que había descolgado de la pared al cruzar la puerta exterior, y dirigió la luz de manera que el jefe pudiera reconocerle.

—Soy José de Galilea —dijo—. Necesitamos ayuda.

La puerta se abrió inmediatamente:

—¡Por Serapis! —exclamó el anciano al ver el bulto que transportaban—. ¿Qué es eso? ¿Un cadáver?

—Es la danzarina Flamen. Está profundamente dormida y debemos cuidarla inmediatamente si queremos salvarle la vida.

Aquiles no era hombre para hacerle perder el tiempo en inútiles preguntas. Les indicó su propio lecho para tender a María, y, mientras José comenzaba a soplar en su boca, él trajo mantas y colocó piedras en el brasero, siempre encendido. Baña Jivaka trabajaba al lado de José, friccionando hasta irritar las manos y los pies de la joven, para reanimar la circulación.

Transcurrieron varios minutos antes de que apareciera algún cambio. Piedras calientes y mantas parecía que debían conseguir reanimar aquel cuerpo inerte, pero comenzaban a tener la impresión clara de que nada conseguiría despertar su vitalidad.

Y súbitamente, mientras tenía sus labios pegados a los de María y hacía pasar a sus pulmones su propio aire, el galileo notó que el pecho que tenía bajo él se movía

en una convulsión, como si la enferma intentara rechazar con su respiración el aire que le era insuflado. Entonces él le buscó el pulso, pero sus dedos temblaban tanto que no conseguía encontrarlo y sintió tanto miedo de una decepción que no osaba esperar. Sin embargo, no se había engañado: sintió contra la punta de sus dedos un débil, pero indudable latido.

—¡Vive, Jivaka! —exclamó lleno de gozo—. ¡Gracias sean dadas al Altísimo! ¡Vive!

—Es un milagro —respondió el indio sin vacilar y sin intentar disimular las lágrimas que le brotaban en los ojos—. ¡Un milagro de la fe, José! Porque te negaste a creer que estuviera muerta, Dios te la ha devuelto.

Estimulados por aquel principio de éxito, redoblaron sus esfuerzos para aumentar la primera chispa de vida que acababa de descubrirse en ella. Pronto comenzó a respirar —de una manera rápida y poco profunda, después más lentamente y con más regularidad— y su cuerpo se puso a revivir.

—¿Y por lo que respecta al trance? —preguntó José—. ¿Intentamos sacarla de él?

—Temo el choque de un despertar demasiado brusco o demasiado repentino —respondió Jivaka—. Vale más permitirle que recobre la conciencia despacio y por sus propios medios.

Recomenzaron una vigilancia activa, interrumpiéndola de vez en cuando con fricciones en las extremidades. Pero ahora sentían algo más que esperanza.

Capítulo XVI

EN EL QUE DOS AMIGOS, QUE YA NO VOLVERÁN A VERSE NUNCA, SE SEPARAN

LA MAÑANA ILUMINABA suavemente Necrópolis, y los colaboradores de Aquiles, terminadas sus aventuras nocturnas, habían regresado a su alojamiento subterráneo, cuando María abrió los ojos.

—¿Dónde estoy? —susurró—. No reconozco este lugar…

José le dijo:

—Estás en las catacumbas de Necrópolis. Unos amigos míos que habitan aquí nos han dado cobijo.

—Yo… yo… recuerdo algo como una pesadilla… un lugar oscuro como una tumba…

—Por ahora esfuérzate en no pensar —le aconsejó el galileo—.

Has estado muy cerca de la muerte, pero te hemos podido traer de allí. Hasta que nos sea posible abandonar Alejandría, estaremos aquí en seguridad.

—¿Maté a Gayo Flaco?

—No. Sólo le rozaste. El puñal se desvió.

Ella atestiguó lentamente:

—Mi mano se negó a obedecerme. Algo la retuvo.

—El poder del Altísimo; Él no permitió al demonio que te poseía que te empujara al crimen.

Sus ojos recorrieron la habitación, y pudo ver a Baña Jivaka, en pie cerca de ella, al alto nabateo, sonriente, y a Aquiles, que soplaba en el brasero para calentar de nuevo las piedras ya frías, para mantenerlas constantemente a la mayor temperatura alrededor de ella. Los otros miembros de la partida se encontraban agrupados en un rincón, donde, cargado con su perpetua olla de potaje, ardía un segundo brasero.

Todos se sentían felices del retorno a la vida de una mujer tan bella, excepto Manetho, el hijo de Aquiles, quien parecía congénitamente descontento y malhumorado. Cuando José encontró su mirada, se quedó asombrado del odio intenso que pudo leer en él y cuya causa no comprendía. De repente adivinó la verdad: al morir su padre, Manetho le sucedería en la jefatura de la banda; ahora bien, Aquiles hacía unos meses había estado a dos dedos de la muerte, y él, José, le había salvado…

El espíritu rencoroso del joven no se detenía en el hecho de que el cirujano había sanado a su padre, sino sólo en la consecuencia que se derivó de ello: el mantener el obstáculo entre él, Manetho, y su ambición de ser el jefe; José estaba contra él y lo había demostrado… Sintiendo sobre él la mirada de odio de Manetho, el galileo

experimentó el escalofrío de una profunda inquietud.

—Aquiles —le dijo a María— es el padre de Albina, la que baila en el teatro. Y éstos son sus hijos y los hombres que trabajan con él.

María sonrió al anciano:

—Vuestra hija es una verdadera artista. En adelante, ella será la primera estrella.

Aquiles inclinó la cabeza y alzó hasta su frente los pálidos dedos de la joven:

—Nadie —dijo (y se le notaba sincero)— igualará nunca a Flamen. He dado las gracias a Isis cuando he sabido que estabais salvada.

Nadie allí la acusaba por haber intentado matar a un jefe romano, e incluso, en cierta manera, a través de un enemigo común, se establecía un cierto lazo entre ella y ellos.

Hacia media mañana se sintió lo suficientemente recuperada para beber una taza de caldo. Mientras permanecía inconsciente, José le había curado la superficial herida del pecho, donde el puñal estuvo muy cerca de alcanzar su objetivo. Ahora, vestida con unas ropas de Albina, sus hermosos cabellos bien peinados, no daba ya la impresión de haber estado tan cerca de la muerte.

Por la tarde, Hadja fue enviado a la ciudad con un billete para Matthat, rogándole que entregara al nabateo el dinero que José le había dado a guardar. Hadja debía encargarse de alquilar, con una parte de aquella suma, una galera rápida que les esperaría a la entrada del canal de Agatadaemon aquella misma noche. El día siguiente se encontrarían en el Nilo, en camino hacia el puente o el canal del Mar Rojo. Una vez lejos de Alejandría estarían en ruta hacia la libertad. Hadja debía también detenerse en la villa de María para recoger sus vestidos y despedir a los criados.

El galileo no esperaba el regreso del gigante antes del crepúsculo, pero en menos de tres horas estuvo de regreso. Su rostro aparecía serio y, al ver a la joven dormida en el lecho, condujo al médico hasta un corredor para poderle hablar en voz baja:

—Traigo malas noticias, José —dijo—. Plotino se sirve de la tentativa de asesinato de Flamen contra el tribuno para perseguir a los judíos de Alejandría.

—Pero ¿por qué? Aquí son respetados.

—En la ciudad se cuenta que Flamen ha llevado al *gymnasiarca* a la ruina. Él debe mucho dinero a los prestamistas y espera que sus acreedores mueran en los motines de la revuelta y que así, él, Plotino, no les tendrá que pagar.

—¿Encontraste a Matthat?

El músico negó tristemente con la cabeza:

—Una multitud enorme y ruidosa recorría las calles, rompiendo las vitrinas de las tiendas judías. He visto romper la puerta de la mansión de Matthat, pero él no se encontraba en su casa y no traigo el dinero.

Se trataba, en efecto, de noticias inquietantes, ya que José había depositado en los

cofres del mercader de joyas una suma importante, con la cual contaba pagar el viaje y todos sus gastos hasta que sus banqueros de Jerusalén pudieran transferirle los fondos necesarios a la ciudad que escogieran para instalarse después de su huida de Alejandría.

—Sólo poseo unas monedas de plata —dijo Hadja—, pero te pertenecen.

Apretó el brazo del negro con afectuosa gratitud.

—Quizás exista otro medio —dijo—. Quizás Aquiles quiera prestarme lo necesario, a cambio de una letra contra mis banqueros de Jerusalén.

En aquel instante se oyó golpear en la puerta exterior y el músico llevó rápidamente la mano a su puñal, mientras los dos se pegaban contra la pared, húmeda y fría. Se encendió una antorcha y José se disponía a llamar a los que llegaban, pero Hadja, colocando un dedo sobre sus labios, apretó aún más el mango de su puñal.

Pronto aparecieron dos personas —Matthat y Albina— y él lanzó un largo suspiro de alivio, aunque estuviera casi seguro de que el *gymnasiarca* no podía estar enterado de la estratagema.

Entonces avanzó hacia el centro del corredor y, con un grito de terror, Matthat saltó hacia atrás, soltando la antorcha.

Antes de que ésta se apagara, Albina la recogió y exclamó:

—¡Gracias sean dadas a la bienaventurada Isis, helo aquí sano y salvo! ¿Dónde está Flamen?

—Está aquí. Pero ¿qué os ha sucedido?

Sus vestidos aparecían desgarrados y sucios, y el rostro del mercader estaba completamente tumefacto. Oscilaba y titubeaba, y el galileo se apresuró a sostenerlo. Con su ayuda y la de Hadja consiguió llegar a la sala, donde se dejó caer en un montón de almohadones colocados en un rincón.

—Los malos días se han abatido sobre Alejandría —gimió.

Albina relató lo acontecido, ya que él se encontraba enfermo y extenuado.

—Fui esta mañana a la tienda de Matthat para saber lo que sucedió cuando te fuiste del estadio llevando el cuerpo de María.

—Habla en voz baja. Ella está dormida.

—El populacho fracturaba ya su puerta, pero al irme vi a Hadja en la calle y me contó lo que sucedía. Pensé que en el teatro me enteraría mejor sobre las intenciones de Plotino.

Pero… —se interrumpió un instante, dejando adivinar lo penoso que le resultaba seguir hablando—. ¡Plotino había sido el primer enterado! ¡Manetho fue a verlo para contarle, así como a Gayo Flaco, que María no había muerto!

—¿Mi hijo un traidor? ¡Lo mataré con mis propias manos! —exclamó Aquiles fuera de sí.

—Por suerte —continuó la joven—, no le dijo dónde se encontraba María; afirmó

que no lo sabía. Plotino, loco de rabia, ha hecho detener a Filo y a los demás judíos importantes, y amenaza con matar hasta el último hijo de Israel que pueda descubrir en Alejandría si no se apodera de Flamen.

Matthat, ahora, había recobrado la voz:

—Ahora los dirige al teatro —explicó—. El foro no podría contenerlos a todos. A mí también me cogieron, pero pude escapar. Albina me descubrió en mi escondite y me condujo hasta aquí.

—Antes de abandonar el teatro —prosiguió la danzarina—, Plotino excitaba a la multitud contra los judíos. Cuando lleguen al paroxismo, la soltará contra Filo y los otros, que pronto serán despedazados. Después de lo cual, excitada por aquellas primeras hazañas, se extenderá por toda la ciudad… para continuar…

José miró a María, que dormía en el lecho: había creído que sus dificultades terminarían al arrancarla sana y salva del cementerio de los criminales. Pero ahora, a causa de ello, muchos inocentes sufrían; muchos, con toda seguridad, iban a morir si no se intentaba algo para impedir que corriera un río de sangre por las calles. No podía pensarse, era de todo punto imposible pensar en entregar a María al *gymnasiarca* para apaciguar su furor. Además, aquel sacrificio no garantizaría de manera absoluta la seguridad de Filo y de los otros judíos, ya que el *gymnasiarca* tenía un interés cierto porque aquellos a quienes debía grandes sumas fueran asesinados por el populacho enfurecido.

Podía, sin embargo, encontrar otra solución: si José afirmaba en público que la culpa era suya, y sólo suya, Plotino se vería forzado a admitirlo como rehén de Filo y de los demás. Él mismo, portador de una carta de Poncio Pilato para el gobernador de Alejandría, podría obtener un juicio justo por parte de los tribunales. La justicia romana era lenta, pero honesta, y con tal que pudiera obtener —y allí estaba la dificultad— el derecho de defenderse públicamente contra Plotino y Gayo Flaco, le quedaba incluso una posibilidad de que el resultado final le fuera favorable. En todo caso, la información requería tiempo, el suficiente —respecto a esto no le cabía duda — para que María pudiera ser conducida fuera de Alejandría.

—¿Puedes prestarme cinco mil denarios contra una letra de cambio sobre mis banqueros en Jerusalén?

Aquiles, a quien fueron dirigidas aquellas palabras, reaccionó instantáneamente.

—¡Puedes obtenerlos sin ninguna garantía! ¿No me salvaste la vida?

—Gracias de todo corazón, pero es preferible que te dé esa letra —insistió José —. Por si acaso…

No terminó la frase, pero fue inútil; todos comprendieron lo que había callado. Encima de la mesa se encontraban unas tablillas de cera. Pasó una de ellas a la llama para aplanar los hoyos y los relieves de un texto precedente, y sobre la superficie ya lisa, escribió con un estilete de acero y tendió la tablilla al anciano Aquiles:

—Cuando la calma retorne a Alejandría, entrega esto a tu banquero, que lo enviará al mío en Jerusalén y te entregará el dinero en cuanto llegue.

El anciano jefe se dirigió hacia el rincón de la cueva y mientras contaba la cantidad, José tomó al nabateo aparte:

—Escucha, Hadja, amigo mío: te entrego a la que amo más en el mundo para que cuides de ella. Toma el dinero que Aquiles te dará, alquila una galera, la más rápida que puedas encontrar, y esta misma noche, con la ayuda de Baña Jivaka, a quien he rogado os acompañe, conduce a María a bordo y abandonad Alejandría sin perder un segundo. Condúcelos a ambos por el canal, hasta Arsinoé, en la punta del mar de Egipto. Me reuniré con vosotros en cuanto quede en libertad.

Hadja insinuó una protesta:

—Pero tú…

No pudo seguir. El joven médico le interrumpió.

—Jura que harás lo que te pido.

—Juro por Ahura Mazda mismo, el dios del sol, que haré lo que me has ordenado —dijo el gigantesco negro, muy grave—.

¡Pero la *Llama Viva* se negará a partir!

—Dile que me reuniré con vosotros en Arsinoé —repitió, impaciente, José—. Pero llevadla con vosotros, incluso si es necesario atadla para conseguirlo.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—Yo regreso al teatro. Voy a intentar salvar a Filo y a los otros.

—¡Te matarán, José! En estos momentos matarán y destrozarán a todo judío que se cruce con ellos en la calle.

—De todos modos, es un riesgo que he de afrontar. Si consigo hablar con Gayo Flaco y con Plotino, quizá llegue a convencerlos de que yo soy el único responsable de la evasión de María. No puedo dejar que mueran por mi culpa unos inocentes.

—Te sacrificas por Flamen —dijo Albina—. Si ella lo supiera, no te permitiría hacerlo.

José movió la cabeza:

—Puesto que Manetho no ha revelado el lugar donde se esconde, María está segura; pero yo no permitiré que los romanos encarcelen a Filo y a los otros por una falta —si existe falta— que es mía y no suya. Plotino tendrá que detenerme y como soy portador de una carta de Poncio Pilato para el gobernador de Alejandría, se verán obligados a procesarme legalmente.

Filo presentará mi defensa, y no existe en ninguna parte autoridad más respetada que la suya, lo mismo por lo que respecta a la ley judía que a la ley romana.

—He comprobado el estado de espíritu del populacho, José —dijo Matthat—. Te despedazarán antes de que hayas podido hablar, como Albina te ha dicho.

Pero José sabía lo que tenía que hacer: valía más arriesgar cien veces la vida que

dejar una sola vez condenar a hombres completamente inocentes de un acto del que él era responsable.

—Permíteme acompañarte —dijo Baña Jivaka, mientras su amigo se dirigía hacia la salida de las catacumbas.

Pero el otro movió firmemente la cabeza:

—Esto no te atañe en absoluto, amigo —dijo abrazándole—.

Tú conoces el camino del mar de Egipto por el canal. Acompaña a Hadja y a María, y vela por ella. La mejor manera de ayudarme consiste en conseguir la seguridad de su partida. ¡Nada puedo pedir a tu amistad que tenga más importancia para mí!

Capítulo XVII

EN EL QUE SE COMPRENDE QUE NADA ES MÁS INESTABLE QUE LAS SUCESIVAS SINCERIDADES DEL POPULACHO

JOSÉ NO HABÍA VISTO nunca en el Rhakotis un tumulto semejante.

Tipos pertenecientes a la hez de veinte naciones arrastraban por las calles y se apoderaban de todo judío lo bastante infortunado para tropezar con ellos. Con objeto de no caer en sus manos, José tuvo que ir escondiéndose de casa en casa y de rincón en rincón, pero no tardó en comprender que de aquella manera no llegaría al teatro, que sería inevitablemente capturado y despedazado antes de poder pronunciar una sola palabra.

La única solución posible era llegar allí por el agua.

El joven cirujano, siempre escondiéndose, efectuó a la inversa el camino tan penosa y peligrosamente recorrido, llegando por fin al puente, allí donde el camino de Canopus atraviesa el canal Agatadaemon en dirección a la puerta de Necrópolis.

Las aceitosas y lentas aguas del canal ondulaban débilmente a sus pies, mientras escondido en la sombra del puente intentaba divisar una barca de alquiler.

Los gritos de furor de una jauría lanzada a la caza de judíos en el Rhakotis llegaban hasta él distintamente; se preguntó, angustiado, cuántos cadáveres tumefactos, rotos, apenas identificables, flotarían mañana en aquellas aguas sucias y grasientas.

Sabía que el suyo también podría ser uno de ellos y este pensamiento, al tomar forma, le hizo temblar de miedo.

La lógica le decía que un hombre solo nada podía hacer para arrancar a Filo y a los notables judíos al furor criminal de Plotino y de la muchedumbre. Aún estaba a tiempo de regresar a las catacumbas, donde se encontraban María y los otros, y huir con ellos: había intentado llegar al teatro y había fracasado.

Nada ni nadie pensaría que podía haber hecho más.

Nadie, excepto su conciencia.

Mientras José discutía con ella, apareció una galera que venía del lago Mareotis, con una antorcha encendida en su proa y cuatro esclavos inclinados sobre los remos.

Vestido con una túnica finamente plisada, un griego grueso, de rostro apacible, hombre afortunado sin la menor duda, estaba tendido sobre unos almohadones. José se dijo que probablemente habitaba en alguna villa en las orillas del lago y que, quizás, aún no estuviera al corriente de lo que sucedía en la ciudad. Por otra parte, los griegos y los judíos se entendían mejor que las otras nacionalidades de Alejandría, porque en las venas de muchos judíos corría sangre griega.

El galileo sabía que si llamaba a la galera, seguramente lograría ser transportado hasta el muelle mismo del Bruqueión, a corta distancia del teatro. Ahora bien, hacerlo significaría pasar su Rubicón particular, ya que una vez en el corazón de la ciudad no podría volverse atrás. Si deseaba detener la galera era preciso actuar aprisa, porque la antorcha llegaba a su altura… ¡Entonces o nunca!

Una seductora imagen pasó en aquel momento por su imaginación; se veía entre María, Jivaka y Hadja remontando rápidamente el Nilo hacia el canal del mar de Egipto y hacia la libertad, en una galera parecida a aquélla, pero mayor. Otra escena sustituyó a aquella visión amable, otra escena que él sabía acontecía probablemente en aquel mismo momento en el gran teatro de Alejandría: la muchedumbre rugiendo decidida a matar a Filo y a los patriarcas judíos y el rostro duro y frío de Plotino que los empujaba a la caza.

Cristalizada de repente su decisión, no pudo esperar ni un instante más y gritó hacia la galera, mientras avanzaba al encuentro de la luz:

—¡Deteneos, os lo ruego! Soy médico y un amigo mío está en peligro, al otro lado de la ciudad. ¿Me concederéis el favor de viajar con vosotros?

A una orden de su amo, los esclavos se apoyaron sobre los remos y detuvieron la barca. José descendió hasta el borde del agua, en el mismo centro de la luz proyectada por las antorchas, con los brazos en alto:

—Estoy completamente solo —dijo—. Si queréis ayudarme, quizás eso me permita salvar la vida de un amigo.

No mentía, ya que, en efecto, esperaba salvar la cabeza de Filo.

—Conducid la galera hasta la orilla —ordenó el griego a los remeros, y en cuanto tocó tierra, tendió cortésmente la mano a José, para asegurar su equilibrio mientras subía a bordo.

—Voy a cenar en casa de Alcibíades —explicó jovialmente a su pasajero— y si su cocina no es mejor que de costumbre, es probable que necesite yo mismo un médico antes de que transcurra la noche.

La galera se deslizó rápidamente por el canal Agatadaemon y el puerto del Feliz Retorno, tomando entonces la dirección nordeste para pasar bajo el puente del Heptastadium, el más cercano a la ciudad.

La gran calzada que conducía a Pharos, generalmente rebosante a aquella hora, aparecía desierta de paseantes.

—Parece como si toda Alejandría estuviese aún embriagada después de las dionisíacas —observó el griego—. ¡Nunca vi el paseo tan vacío!

José, aunque conocía el motivo, movió sencillamente la cabeza en sentido afirmativo. Los alejandrinos eran frivolos y versátiles: cazar judíos les divertía más aquella noche que el placer pacífico, cotidiano y burgués de deambular a lo largo de la calzada.

—¿Estuvisteis ayer en el estadio? —preguntó el griego—.

He oído decir que Flamen intentó matar al tribuno Gayo Flaco.

—Sí, estuve.

—¡Ese dios estuvo a punto de no resucitar! —contestó el griego riendo—. ¡Lástima que ella fracasara!

Asombrado, el otro preguntó:

—Así, ¿aprobáis lo que hizo?

—Una mujer tan hermosa como Flamen siempre tiene razón. Todo hombre debería sentirse feliz y honrado de morir en sus brazos. Dicen que después intentó suicidarse, pero que un judío, por medio de algún sortilegio, la salvó cuando la creían muerta.

—Lo he oído decir, en efecto.

El galileo se esforzaba por dar a su voz un tono neutro.

—¿Adónde os dirigís? —preguntó su huésped—. Yo me dirijo al cuartel, al pie del promontorio Loquias.

—Cualquier punto me servirá.

—¿Os va bien el pequeño puerto, más allá del Timonium?

—¡Me irá perfectamente! —dijo con convicción. Aquello, en verdad, era una suerte: los muelles abrigados detrás de la isla en semicírculo, que englobaba el Pequeño Puerto, se encontraban a poca distancia del Foro y del teatro; podía esperar llegar hasta el escenario.

Cuando la galera llegó al muelle de piedra, José saltó a la orilla y agradeció cortésmente a aquel que le había favorecido más de cuanto pudiera sospechar.

El muelle, en aquel lugar, aparecía desierto, pero desde el cercano teatro llegaba el fuerte rugido de numerosas voces, y pronto se encontró en el límite de una multitud inmensa. La gente empujaba, se daba empellones, gritaba en todas las lenguas, se peleaba y reía a la vez, espectáculo terrible y salvaje en verdad.

José se encontraba ante la imposibilidad de abrirse paso y bajo el peligro de ser identificado como judío. Lo que entonces sucedería lo sabía demasiado bien, y sólo el hecho de pensarlo le helaba el corazón. Todavía no era demasiado tarde para retroceder hacia la oscuridad… y Filo y los patriarcas estaban casi seguramente fuera de toda posibilidad de salvación, rodeados por aquella jauría aulladora ávida de sangre.

—¿Qué sucede? —preguntó a un individuo que se encontraba a su lado, asimismo inmovilizado.

—Plotino anima a cazar a los judíos —dijo el hombre—.

Antes de que transcurran muchas horas la sangre va a correr por las calles de Alejandría.

—¿Han detenido ya a muchos?

—¿Detenido? —El hombre rió—. ¿Por qué iban a detener a esas sanguijuelas que roban nuestro dinero con la usura? El pueblo cuidará de Filo y de los otros, podéis estar seguro, y apostar tanto oro como tengáis. No hay duda.

El hombre miró a su interlocutor y una sospecha brilló en sus ojos:

—Pero vos sois… vos sois un… —comenzó, mientras José, invadido por un terror pánico al pensar que su identidad podía ser revelada allí, entre aquella masa que le rodeaba por todas partes, le dio un empujón tan repentino y tan violento que, a pesar de la presión que los rodeaba, estuvo a punto de caer al suelo.

—¡Un judío! —gritó a pleno pulmón—. ¡Un judío! ¡Matad al judío!

La excitación que se creó inmediatamente, produjo una especie de torbellino, ayudado por el cual el galileo, empujado a derecha e izquierda, se encontró en el límite opuesto.

Gracias a un esfuerzo de voluntad, recobró la calma y el equilibrio y supo que nunca se hubiera perdonado si hubiese cedido al pánico y huido. Y sin embargo, la ferocidad que resonaba en las voces de los hombres que lo rodeaban, cuando habían reclamado la vida de un judío, sin saber ni tan siquiera cuál, no le dejaba ninguna duda sobre la suerte que le esperaba si el populacho se volvía contra él. La predicción de Albina resultaría cierta, su cuerpo sería destrozado más rápidamente aún que el de los hombres y mujeres entregados indefensos a las fieras en el circo.

Frente a la derrota o a la muerte —o con mucha probabilidad a ambas—, José hizo la única cosa que sabía hacer, la única cosa que un judío devoto pudiera hacer en tales circunstancias: rezó. Rogó en silencio al Altísimo que le guiara. Y allí, de pie en medio de una multitud desbordante de rabia tanto más viva cuanto que ignoraba a la vez el origen, la causa y el móvil, de una muchedumbre encarnizada en destruir a cualquier miembro de una raza ferozmente odiada, el joven médico se sintió, de repente, solo. Solo y al margen de todo peligro, de toda enseñanza. Le pareció oír hablar en él una voz que sólo él podía escuchar, la voz misma del profeta Isaías, cuyas enseñanzas había aprendido desde la infancia:

No temas nada, pues estoy a tu lado;
yo soy tu Dios, avanza sin temor.
Yo te ayudaré, y con mi mano augusta
fortaleceré tu corazón: mi derecha es fuerte y justa.

Ahora José sentía que un valor y una serenidad nuevos inundaban su alma. Sabía que el peligro seguía siendo el mismo, pero ya no lo temía. Y ahora que ya era capaz de pensar sin temblar, su pensamiento se aclaró y vio cómo podría llegar a penetrar en el teatro.

En seguida se puso a gritar:

—¡Llevadme a Plotino! ¡Traigo noticias de Flamen!

La multitud se hizo en seguida eco de tal grito. Pasado de mano en mano, alcanzó en pocos instantes el lugar donde se encontraba la guardia. Los soldados alzaron sus espadas desnudas, impidiéndole el paso, pero al oír lo que decía, uno de los hombres lo condujo hasta la orquesta, desde donde Plotino, de pie, arengaba a la multitud. El guardia, sin interrumpir los efectos oratorios del *gymnasiarca*, empujó a José hasta el escenario, en el cual se encontraban Filo y una docena de patriarcas, de los cuales ninguno parecía estar gravemente herido, aunque sus vestidos aparecían rotos y sucios y sus rostros mostraban algún arañazo. El jurista y los patriarcas mostraban una serena dignidad, pero algunos lloraban, visiblemente desmoralizados por el terror.

El discurso proseguía, repitiendo las más antiguas, las más manidas, las más absurdas cantilenas, las acusaciones más oídas, sabiendo que aquél era el mejor modo de jugar con las emociones de una multitud inestable: el músico que desea conseguir la popularidad, sabe que las obras más repetidas son las que llegan con más facilidad a su auditorio, y que sus éxitos pasados son la mejor garantía de los futuros. A cada mentira cien veces repetida, a cada acusación falsa, a cada necia calumnia, el público respondía con aclamaciones entusiastas o indignadas, según el efecto buscado por el orador, y cuando pasó a los insultos, la masa delirante se puso a gritar como una bandada de lobos, hasta el punto de no escuchar ya a Plotino y de seguir aullando a pesar de que éste ya había terminado.

Él esperó entonces a que enmudecieran y después, dirigiéndose hacia los prisioneros, escogió el nombre del más venerable y del más conocido de ellos:

—¡Filo! —exclamó—. Confiesa ahora tus culpas delante de tus iguales si no temes avanzar.

El desprecio se leía en el sereno rostro del anciano jurista.

Cada uno de sus movimientos, de sus gestos mesurados, demostraban un desprecio absoluto. Y también con desprecio, sacudió sus hombros para rechazar las manos de los soldados romanos que trataban de empujarle hacia delante. Solo, se destacó del grupo y se acercó a su atormentador, plantándole cara con un tranquilo desdén.

—¿Dónde se encuentra, en Alejandría, la célebre y gloriosa justicia romana? ¿Cómo es, Plotino, que te atreves a incitar a la chusma contra la gente honrada? —preguntó con una voz ronca y seca—. ¡El emperador es un hombre justo, y esto te costará la cabeza!

Con el reverso de la mano, el *gymnasiarca* golpeó la boca del anciano judío, y un repentino silencio cayó sobre el auditorio, ya que el nombre de Filo siempre fue respetado en la ciudad.

—Sabemos —gruñó Plotino— que el suicidio de la judía Flamen fue una añagaza

de magia para sustraerla a la muerte, castigo que merecía por su acto. ¿Dónde la habéis escondido, perros judíos?

—Ignoro todo cuanto se refiere a esa mujer —prosiguió Filo sereno— y mi pueblo no sabe nada de magia.

—¡Mientes! —gritó el otro con una voz sobreaguda y que desafinaba—. ¡Mientes! ¡Habéis escondido a la asesina y os burláis de la justicia romana que tú elogias tanto!

—¿Asesina? ¿A quién ha matado? ¿A este hombre? —preguntó el anciano, señalando con el dedo a Gayo Flaco—. ¡Por su aspecto parece encontrarse magníficamente bien!

Aquellas palabras provocaron una risa desatada entre la multitud, que por naturaleza se inclinaba siempre hacia el más astuto.

Filo prosiguió, duro y mordaz:

—Soy yo quien te debería decir: «¡Confiesa la verdad, si te atreves!». Confiesa al pueblo que has pedido prestadas sumas enormes, que has gastado en vino y en mujeres, y que no puedes devolver, porque ahora tus dedos y tu bolsa están vacíos, y que buscas, para evitar el pago de tus deudas, la manera de matar a tus acreedores, utilizando el pueblo y estimulándole con tus palabras.

Plotino alzó otra vez el puño para pegar al anciano, pero antes de que consiguiera llevar a cabo su propósito, José se interpuso entre Filo y el *gymnasiarca*:

—Golpéame a mí, romano —dijo lo bastante alto para que su voz se oyera en todo el vasto recinto—, porque yo soy el único responsable de la evasión de María de Magdala, a quien tú llamas Flamen.

El *gymnasiarca* permaneció inmóvil y su puño cayó a lo largo del cuerpo. Un silencio súbito descendió sobre la multitud, asombrada por aquel cambio dramático en el curso de los acontecimientos, y José prosiguió:

—La mujer se encuentra a salvo en un lugar donde nunca lograrás encontrarla. Filo nada sabe de ella, ni ninguno de los otros inculpados.

Plotino recuperó el habla:

—¿Y tú lo sabes?

—Yo lo sé —repitió José—; pero tú no ignoras que no lo revelaré jamás, ni forzado por la tortura más cruel.

Algo en su actitud, en su voz y en su forma de afirmar hizo comprender al romano que sus palabras eran ciertas. Al darse cuenta de la imposibilidad de apoderarse de la mujer que se había burlado de él, que lo había utilizado como un instrumento, el furor de Plotino aumentó:

—¡Perro judío! —gritó—. ¡Dame una sola razón que me impida matarte en seguida aquí mismo!

José se volvió hacia Gayo Flaco, y adivinando algún nuevo drama, el público,

jadeante, enmudeció y esperó.

—¡Esta pregunta debes hacérsela al tribuno aquí presente! —dijo fríamente el médico, tendiendo un dedo acusador contra el romano—. Pregúntale, pues, al tribuno Gayo Flaco por qué la mujer a quien tú llamas Flamen ha querido matarle. Él lo sabe, él sabe que desde hace cinco años su vida le pertenece a ella, que está en deuda con ella, que, según la justicia y la ley, debe pagar con su vida.

El miedo asomó a los ojos de Gayo Flaco, porque sabía cuan fácil era volver contra los romanos el furor del pueblo de unas regiones que, más de una vez, se habían sublevado contra el Imperio.

Con una voz llena de ansiedad, gritó:

—¡Es mentira! ¡Yo no le debo nada a esa mujer!

Antes de que Plotino pudiera intervenir, José dijo en voz muy alta, dirigiéndose a todo el auditorio:

—¡Judía por su padre, es griega por su madre!

Judíos y griegos reunidos formaban la mayoría en la cosmopolita Alejandría, y si daban tiempo y tenía la suerte de colocar una cuña entre romanos y griegos y de convencer a estos últimos, una gran parte del público se colocaría a su lado: los odios nacionales se transformaban con facilidad en chispas inflamables. Estaba seguro de alcanzar ventaja. El galileo prosiguió:

—El *gymnasiarca* Plotino la odia porque, a pesar del dinero que pidió prestado a los judíos, no pudo lograr favores de la danzarina. En cuanto a Gayo Flaco, la violó cuando era una adolescente y según la ley judía debe pagar con la vida tal crimen, pagarlo a su víctima o a su familia. Ella permaneció, por consiguiente, dentro de la ley judía cuando intentó matarlo.

Los romanos hablan mucho de justicia cuando esto les favorece, pero una justicia unilateral no es justicia. Vosotros, griegos, ¿permitiréis que estos dos romanos asesinen a unos hombres justos porque ambos tengan deudas que pagar?

La multitud comenzaba a dar señales de aprobar lo que decía el joven médico, pero Plotino lo empujó con brutalidad a un lado, considerando que si no intervenía iba a perder la partida.

—Vosotros, ciudadanos de Alejandría, ¿permitiréis a estos judíos que hagan lo que quieran? ¿Quién gobierna aquí, los judíos o Roma? ¿Dónde está vuestro orgullo? ¿Os inclinaréis ante prestamistas y mercaderes?

Plotino, por su parte, no ignoraba que el odio contra los mercaderes que se enriquecían y contra los prestamistas a quienes se debía dinero en todo el Imperio, era ostensible. Estaba seguro de tener la gente a su favor.

—¡No! —gritó alguien.

La multitud se hizo eco de aquel grito. La gente de Plotino exclamó: «¡Muerte a los judíos! ¡Muerte a los mercaderes y prestamistas! ¡Crucificadlos!».

Con el corazón destrozado, José comprendió que había perdido la partida. La situación, una vez más, había cambiado.

Capítulo XVIII

EN EL QUE DOS CASTOS AMANTES SE SEPARAN SIN SABER SI VOLVERÁN A VERSE

CON TODA EVIDENCIA Plotino había tendido hacia aquella conclusión, y la había provocado y preparado desde hacía tiempo.

El honrado José, que sólo contaba con su sinceridad, su fervor y su valor, no era más que un niño al lado del hábil Plotino.

Faltó quizá poco para vencerle. Por un instante lo creyó, y buscó qué error podría haber cometido, pero pronto comprendió que su verdadero error había consistido en creer que, en el caso presente y siendo las circunstancias las que eran, la virtud podría triunfar sobre la fuerza.

Su solo consuelo fue quedar en paz con su propia conciencia…

Para él era mucho; para quienes quería salvar, muy poco.

Ya los espectadores de las primeras filas se preparaban a trepar hasta la plataforma para apoderarse de los prisioneros, cuando sucedió lo inesperado. La repentina manera de efectuarse el silencio, el aspecto de los espectadores que permanecían en pie, y el ver cómo los asaltantes, después de haberse precipitado con frenesí, se retiraban desconcertados, hizo comprender al galileo que algo sucedía, y se preguntó qué podía ser.

Oyó entonces un sordo ruido de trompetas, se volvió y vio que el gran tabique que separaba del escenario la plataforma descendió lentamente por la ranura, sin que se supiera quién había puesto en marcha la maquinaria. El escenario mismo, que el tabique hasta entonces tapara, se encontraba ahora a la vista del público. La expresión de temor que apareció en el rostro de Plotino y en el de Gayo Flaco demostraba que éstos no sabían de qué se trataba.

En el fondo de la escena, donde no se veía ningún decorado, cuatro antorchas ardían en los apliques, como siempre que se trataba de iluminar la escena por la noche. La oscuridad era ya casi completa, por lo que el juego de llamas y de sombras daba al recinto un aspecto curiosamente macabro, y el auditorio tuvo casi la impresión de contemplar el infierno y esperó ver surgir una horda de demonios.

De repente, los acordes resonantes de una gran cítara —un instrumento cuyas notas hubiera José reconocido en cualquier parte del mundo— llenaron el teatro, y mientras el eco se desvanecía, apareció una mujer envuelta en la luz de las antorchas.

Durante un largo momento se hubiera podido creer que había nacido de las llamas, ya que, bajo el bombix diáfano que cubría su cuerpo, su carne relucía como amasada con fuego.

Con sus magníficos cabellos de cobre rojizo prestos a caer sobre sus hombros, daba hasta tal punto la ilusión de una antorcha viva, que un clamor formidable corrió espontáneamente de un extremo a otro del teatro: «¡Flamen! ¡Afrodita! ¡Flamen!

¡Afrodita!».

Durante todo el tiempo que el eco de las ovaciones corrió en oleadas por el recinto, María permaneció inmóvil, noble en su actitud, atenta. Después su cuerpo comenzó a cantar un poema de amor como —única en el mundo entero— podía hacerlo Flamen de Alejandría. La emoción hacía palpitar la sala, de donde no ascendía ningún ruido, y sólo entre los acordes de la gran cítara podía oírse, de vez en cuando, un suspiro que escapaba al conjunto de los espectadores.

José nunca había visto aquella danza. En realidad, nadie la había visto todavía; era la primera representación que de ella daba María, quien, a su vez, sólo la había visto bailar en una ocasión: cuando cinco años antes, por la puerta abierta de su camarín, que daba al *triclinium* en el palacio de Poncio Pilato, en Tiberíades, había observado danzar a la esclava Tetis. Sin embargo, María sabía que aquel poema de amor calaría con emoción profunda en todos los espectadores y los obligaría a olvidarlo todo, excepto a la bailarina que se convertía para ellos en el símbolo de lo que un hombre busca siempre y encuentra rara vez en el abrazo de la bien amada.

La representación que diera la esclava Tetis era una verdadera llamada a la orgía, una dosificación de actitudes lascivas.

María, que era ante todo una artista, y aquélla una magnífica hazaña, quizá la última, la convirtió en algo tan dulce, tan bello y tan puro como los poemas que a veces cantaba en escena. En su entusiasmo por contemplarla, incluso los soldados de la guardia se acercaron tanto que pronto no quedó ningún impedimento entre los prisioneros y la puerta que daba a los corredores de palacio y de la libertad.

José, al darse cuenta de que los prisioneros ya no estaban vigilados, se deslizó hasta el más próximo y susurró:

—Pasad por esa puerta mientras los guardias están distraídos.

Huid. Avisad a todos los judíos del barrio. Armaos y haceos fuertes en las casas más sólidas.

Los judíos de Alejandría eran tan numerosos que si construían barricadas y trincheras, no habría bastante tropa para apoderarse de ellos. Estimular a una muchedumbre durante un motín y empujarla al asesinato era una cosa, pero atacar a unos inocentes que no habían infringido ninguna ley, era otra. El gobernador de Alejandría, incluso si de una manera general se plegaba a la voluntad de Plotino, no se atrevería a llegar hasta eso. Gayo Flaco tampoco se atrevería a arriesgarse a perder el favor del emperador Tiberio, el cual se envanecía de ser un hombre pacífico.

Apenas susurrada la orden, los presos comenzaron a abandonar la plataforma. Ahora la oscuridad era completa, y sólo permanecían encendidas las antorchas del

amplio escenario donde bailaba María. Sin embargo, incluso en pleno día la muchedumbre no se hubiera dado cuenta de la discreta huida de los judíos, ya que todos los ojos miraban la adorable silueta de la danzarina.

Ahora giraba como la llama de la antorcha cuyo nombre llevaba y sus cabellos parecían una nube de fuego alrededor de la columna encendida de su cuerpo. Había calculado astutamente cómo conservar la atención del público, pues contrariamente a las demás bailarinas del teatro, Flamen nunca había danzado desnuda. Ahora, por vez primera, su cuerpo espléndido se podía adivinar en la penumbra de la escena.

De repente una poderosa ovación subió hacia ella: «¡Flamen!

¡Afrodita! ¡Flamen! ¡Afrodita!». Los gritos no cesaban, un rugido formidable la saludaba como a la encarnación viviente y humana de la diosa cuyo culto era más ferviente y más extendido en Alejandría que en cualquier otra parte.

Una mano rozó el brazo de José: Filo, el único de los presos que permanecía aún allí, le hacía signos de que le siguiera; pero José negó con la cabeza: aunque la multitud estuviera fascinada por la danza, nada aseguraba que Plotino no lograra invertir una vez más la situación y desencadenar la jauría contra María. Puesto que ella había arriesgado su vida colocándose ante las manos del *gymnasiarca* y de Gayo Flaco, ambos furiosos y ultrajados, para salvarlos a él y a los otros judíos, José sabía que no podía hacer otra cosa que permanecer a su lado.

Los aplausos y los gritos de entusiasmo redoblaron y conmovieron las paredes del teatro cuando Flamen se deslizó al suelo, con los brazos extendidos, cubierta con la llama protectora de sus cabellos deshechos. Albina salió de entre bastidores y colocó en los hombros de María un manto blanco, largo y suave.

Cuando se puso en pie, envuelta en el manto, las aclamaciones arreciaron todavía más fuertes, pero ella no se había quedado allí para oírlas. Después de una profunda inclinación a manera de saludo agradecido, corrió hacia el rincón donde se encontraba José y, olvidándose de Plotino y de los demás personajes que se hallaban agrupados en la plataforma, fue a cobijarse entre los brazos del galileo.

Abrazada a él le contó cómo al despertarse se enteró de que había ido al teatro con la fútil esperanza de arrancar a Filo y a los otros judíos a la ira de Plotino y que en seguida partió con Albina, llegando en el momento en que los guardias empujaban a José hacia la orquesta.

—No tenía ningún medio de salvarte a ti y a los demás.

—Tenía que bailar, incluso teniendo que hacerlo desnuda —dijo escondiendo su rostro en el pecho del joven.

Él la besó, sin preocuparse de quiénes la miraban.

«¡Flamen! ¡Flamen!».

La multitud no cesaba de gritar su nombre y se vio obligada a volver al escenario y saludar enviando besos con la punta de los dedos.

Plotino parecía petrificado por el nuevo aspecto que tomaban los acontecimientos, pero Gayo Flaco la devoraba con los ojos.

Cuando los aplausos, al final, disminuyeron, Plotino se volvió, furioso, hacia el lugar donde se hallaran, anteriormente, los grupos de presos, comprobó que habían desaparecido y enmudeció de estupor.

—¿Dónde están? —chilló dirigiéndose a la guardia, que a su vez se quedó estupefacta, contemplando vacío el lugar que habían ocupado los presos.

La multitud, entonces, estalló en una formidable carcajada, que repercutió hasta la última fila.

—¡Tú! —Pálido de rabia, se volvió hacia José—. ¿Dónde están?

—En sus casas —respondió tranquilamente el galileo—.

Se fueron a avisar a todos los judíos de la ciudad, y Filo, en nombre del emperador, a pedir protección al gobernador.

Olvidas que en Alejandría muchos judíos son ciudadanos romanos.

El rostro del *gymnasiarca* palideció todavía más, si ello era posible, y enseñando los dientes gritó:

—¡En ese caso moriréis ambos! ¡Y por mi propia mano!

Arrancó la espada de la vaina de un soldado y se precipitó sobre ellos, que, desarmados e indefensos, nada podían hacer para librarse de su furia; José, sin embargo, se colocó delante de María para que la espada le alcanzara a él primero.

La ayuda llegó, no obstante, de otro lado.

Una mano vigorosa detuvo el brazo de Plotino antes de que la espada pudiera llegar a sus cuerpos.

—¡Imbécil! ¡Más que imbécil! —gritó el tribuno sin soltar el brazo del otro—. ¡El pueblo va a caer encima de nosotros si te permites atacarlos ahora!

Un gran rugido de cólera había salido de la multitud a la primera amenaza contra María, e incluso entonces, algunos hombres se disponían a subir a la plataforma, dispuestos a atacar a Plotino con sus manos desnudas.

—Mata al sanguijuela, si quieres derramar sangre —le aconsejó Gayo Flaco en voz baja—. El pueblo no se preocupará por él.

Lentamente, la expresión enloquecida desapareció de los ojos del romano.

—¿Eres tú el responsable de la superchería que la hizo pasar por muerta? —le preguntó al joven médico.

—Sí, soy yo.

No tenía ningún interés en complicar a Baña Jivaka en aquel drama, y el proyecto, en realidad, había sido ideado por él.

—Ella se encontraba bajo mi influencia cuando intentó matar a Gayo Flaco —prosiguió, esperando, con aquella mentira, desviar su ira de la joven.

—Eso no es verdad —protestó María—. La culpa es mía.

Quise vengarme de él.

Plotino se volvió hacia Gayo Flaco y le preguntó:

—¿Lo que este hombre dijo ayer es exacto? ¿Es cierto que la violaste?

—Hace de eso mucho tiempo —dijo el tribuno a disgusto—, ¡Lo… lo había olvidado!

—Yo no quiero los restos de otro, sea quien sea —dijo el *gymnasiarca* con desprecio—. Esa mujer es tuya, haz lo que quieras con ella.

—¿Y qué vais a hacer con José? —preguntó María, inquieta-Plotino respondió con la mayor despreocupación:

—¡Morirá! Debe morir por haber ayudado a los judíos a escapar.

María protestó:

—Yo fui quien les dio tiempo para que escaparan. La culpa es mía.

Sin preocuparse de ello, Plotino ordenó:

—¡De rodillas, sanguijuela! Yo mismo voy a hacer rodar tu cabeza.

José permaneció dignamente en pie, negándose a arrodillarse.

Plotino lanzó una orden y los soldados se apoderaron brutalmente del galileo, obligándole a ponerse de rodillas. Comprendiendo que no lograría influir en Plotino, María, desesperada, se volvió hacia Gayo Flaco.

—Salva la vida de José —suplicó— y seré tu esclava, pero si muere me mataré.

Gayo Flaco vaciló. Su rango era de menos importancia que el de Plotino, pero conocía lo suficiente a María para saber que ejecutaría su amenaza. Viéndole dudar, María añadió:

—Soy rica. Si perdonáis a José, os podréis repartir mi fortuna.

Plotino escuchaba. No era un secreto para nadie en Alejandría que sus deudas eran muchas. Al oír hablar de fortuna, sus ojos brillaron y bajó lentamente la espada.

—¿Cuánto posees? —preguntó.

—Cien talentos áticos de plata. Quizá más.

Plotino juró entre dientes.

—¡María, te lo suplico! ¡No hagas eso! —imploró José—.

Prefiero morir mil veces a saberte esclava de Gayo Flaco.

—Yo sola soy culpable de todo esto, José —dijo ella en voz baja—. ¡No tienes que sufrir por mi culpa!

Y luego:

—¿Qué decides? —preguntó ella a Plotino.

Éste devolvió al soldado la espada que le había cogido.

—¡De acuerdo! —dijo, indudablemente deseoso de poseer en seguida el dinero —. Gayo, Flamen será tu esclava mientras vivas, y sus bienes serán repartidos entre nosotros.

——¡Alzadle! —ordenó a los soldados que se aferraban a José—. Llevadlo al

Frente del Mar y metedlo en el primer barco que salga para Judea. Y decidle al capitán que le haré personalmente responsable si el *Sanguijuela* no es vigilado estrechamente hasta que el barco abandone el puerto.

—¡Ven con nosotros, judío! —ordenó el soldado, poniendo en pie a José de una sacudida.

El galileo no podía escoger. Sólo podía obedecer. Ni tan siquiera le dejaron cambiar una sola mirada con María.

La última imagen que conservó de su bien amada, de aquella que se había vendido como esclava para pagar la vida del hombre a quien entregara su amor, de aquel a quien antaño se negara a seguir, aquella última imagen fue la de una joven llorando, entre los dos romanos, y que le tendía los brazos en un adiós desesperado.

LIBRO TERCERO

EMAÚS

Capítulo I

UN NUEVO DÍA SE ALZA SOBRE JERUSALÉN

EL OTOÑO HABÍA VUELTO sobre Jerusalén. En las colinas rocosas, grises y desnudas ante el cierzo del nordeste, los árboles se aferraban como podían a la delgada capa de tierra y sus ramas carecían de hojas. El alba se alzaba y la gran ciudad blanca emergía lentamente de las sombras de la noche.

En las alturas, el sol comenzaba ya a dorar la cúpula del Templo y, dominando en el estrecho valle de Cedrón, la Antonia, la fortaleza que dominaba como una amenaza la ciudad dormida, recordaba serenamente a los judíos que Roma gobernaba incluso en su ciudad santa.

Érase una mañana parecida a aquella en que, unos años antes, el pueblo se enteró de que Poncio Pilato, Procurador de Judea, llevando a efecto su amenaza de desplegar en Jerusalén las águilas romanas, las hizo traer por la noche, bajo la protección de una guardia armada.

Los judíos, horrorizados, pudieron ver al despertarse cómo ondeaban en la fortaleza.

En aquella ocasión, Pilato fue lo bastante hábil para no ir a Jerusalén, y como su autoridad era la única que podía ordenar que los estandartes fueran retirados, una multitud inmensa se vio obligada a efectuar dos días de marcha, por montes y valles, para trasladarse a Cesárea y presentarle su petición.

Durante cuatro días enteros esperó pacientemente en la plaza, ante el palacio del gobernador, gimiendo bajo la vergüenza infligida a su Dios, que les prohibía, en nombre de Roma, «tallar ninguna imagen ni ninguna otra figura cualquiera, ni en lo alto, ni en la tierra, ni en las aguas…».

Quizá Pilato, en uno de aquellos arrebatos de mal humor que le atacaban con frecuencia, supuso que los judíos resistirían, lo cual le hubiera permitido, como sucediera ya en otras ocasiones, ordenar a sus soldados que los degollaran. Pero esta vez, la resistencia fue exclusivamente pasiva. Finalmente, no viendo la manera de castigar a un pueblo que se contentaba con gemir en la plaza pública, por la afrenta hecha a su Dios, y para desembarazarse de su presencia, ordenó que los estandartes fueran retirados, y los judíos rehicieron a pie su largo viaje, fatigados de cuerpos, pero con el espíritu contento.

Aquel día, el sol, que a esta hora lamía ya las murallas de la enorme fortaleza, no veía flotar en el patio las águilas romanas, pero los judíos no por ello recordaban con menos frecuencia su condición de pueblo conquistado, pues en toda fiesta religiosa los sacerdotes se veían obligados a personarse en el cuartel general romano, en la

Antonia, donde las vestiduras sacerdotales de ceremonia del Gran Sacerdote y de sus ayudantes eran encerradas. Y resultaba paradójico que tuvieran que solicitar de las autoridades romanas autorización para utilizarlas. Únicamente las vestiduras sacerdotales ordinarias permanecían constantemente a su disposición.

El monte Sión, cercano a la Puerta de las Aguas, fue el primero en surgir a la luz, ya que de todas las colinas sobre las cuales estaba construida la ciudad, era el más alto. Sus laderas aparecían cubiertas de villas y de palacios habitados por los ricos.

Al norte de la ciudad, las chozas y las cabañas de los pobres se aglomeraban literalmente. De allí emergían los primeros que abandonaban el sueño, cuando aún la tierra aparecía sumida en la oscuridad, ya que los hombres necesitaban todas las horas del día para ganar la subsistencia de sus familiares, ello si tenían la suerte de encontrar trabajo; de todas las horas del día, para mendigar por las calles, si carecían de aquella suerte.

Desde el Templo se difundían en el aire encalmado ruidos de acero, ruidos de soldados marchando con paso ordenado, cadencioso, ruidos de órdenes lanzadas con voz enérgica: la guardia romana daba su última vuelta de inspección nocturna antes de regresar a la cercana Antonia, donde residía la guarnición.

Lo mismo de noche que de día la espada de los conquistadores permanecía desnuda ante las puertas del santuario, con objeto de que los judíos no olvidasen que si su Dios reinaba allá arriba, en las terrazas superiores del Templo, Roma gobernaba en tierra y tenía derecho de vida y muerte sobre todo cuanto vivía en ella, hasta el primero de los diecinueve escalones que conducían a los Sagrados Recintos.

Lentamente, la luz penetraba en las estrechas calles y con ella se despertaba la vida. Hombres que bostezaban todavía y que apenas acababan de estirarse, abrían las persianas o las puertas de las tiendas. Las mujeres aparecían en los pequeños patios, donde las cañerías dispensaban a todos el agua clara de las lejanas fuentes, transportada por el acueducto que Poncio Pilato hiciera construir con el dinero del «tributo del templo», un acto más de «irreverente locura», que hubiera sido suficiente para odiar al Procurador eternamente.

Después de haber llenado sus ánforas en los patios, las mujeres se apresuraban hacia el interior de las casas, para llegar antes de que los hombres se preparasen para sus abluciones y descubrieran que sus mujeres se olvidaron de proveerse de agua la tarde anterior.

Un vendedor ambulante, seguido de su mula, iba por las calles tropezando de vez en cuando sobre el pavimento húmedo por el rocío matinal y pregonaba su aceite de oliva, sus higos y sus dátiles, de manera que los que olvidaron proveerse el día

anterior, no se encontraban privados por la mañana de su trozo de pan mojado en aceite, de alguna fruta seca y de un tazón de leche de cabra, de la que llevaba a lomos de la mula un odre de piel lleno.

Ya en las tiendas, los artesanos preparaban las herramientas de su oficio y los materiales que iban a trabajar durante el día —cuero, madera, acero de Damasco, lanas y tintes para embellecerlos—, los escribas disponían encima de sus mesas las tablillas de cera y los punzones de acero, los rollos de papiro, las copas de tinta y las cañas talladas.

Los judíos de Jerusalén, en cuanto se levantaban, comenzaban a subir hacia el Templo, centro de la ciudad y corazón mismo de la existencia de sus habitantes. En la más baja de las tres terrazas, el patio exterior de los paganos, que se denominaba aún el Santuario de los Gentiles, con sus avisos en diversas lenguas previniendo a los incrédulos que no debían franquear los peldaños prohibidos que conducían a la terraza siguiente, el tintinear de las monedas de oro resonaba en el aire mientras los cambistas instalaban sus mesas. Allí los peregrinos hallaban facilidades para cambiar por monedas judías —el siclo real del santuario— el oro romano que, por llevar grabada la imagen del emperador y no pudiendo entrar en los cofres del Templo, no era aceptado para los sacrificios de ofrendas. Los peregrinos eran robados irremediablemente en el cambio, pero aceptaban sin discusión la suma que les era ofrecida, ya que quedaba entendido —o cuando menos se suponía— que aquella parte ilícita del beneficio encontraba el camino de los cofres del Santuario y se convertía así en un complemento de ofrenda a Jehová.

La casa que el rey Salomón había construido para su Dios, medía sesenta codos de largo por veinte de ancho y treinta de altura, y el vestíbulo que la precedía seguía el sentido de la anchura, lo cual le daba una longitud de veinte codos. Aquel gran templo se abarrotó pronto de gentes de todas las naciones, de los cuales la mayor parte efectuaba la peregrinación al Santuario de Jerusalén, ya que los devotos adoradores de Jehová procuraban hacerla las más veces posible durante su existencia.

Sin embargo, también eran numerosos los simples turistas, pues la ciudad Santa se encontraba colocada en la ruta de las caravanas que se dirigían a Egipto, y también sobre la Gran Calzada Central que, en su parte septentrional, atravesaba las tierras altas de Judea.

Encima del segundo santuario, o santuario interior del Templo, accesible sólo a los judíos, existía un tercer piso al que únicamente tenían entrada los sacerdotes. Allí, escondido a todas las miradas excepto a las de los más devotos, se encontraba el Sancta-Sanctórum, donde reposaba el Arca de la Alianza que encerraba la Santa Tora.

A la hora en que el sol comenzaba a calentar la terraza de los sacerdotes, aquellos que se habían escogido para oficiar habían terminado las abluciones rituales y revistiéndose las vestiduras blancas. La ofrenda del primer sacrificio estaba

depositada en el altar y la antorcha que debía inflamarla ardía en su soporte. Un profeta de Israel se había alzado antaño contra aquella rígida ceremonia, tan minuciosamente detallada, que su finalidad esencial se había olvidado. El profeta había dicho:

> *¿Con qué me presentaré yo ante Jehová, ante el Altísimo? ¿Me presentaré ante Él con las ofrendas de los holocaustos, con terneros de un año? ¿Se satisfará con miles de carneros, con decenas de miles de ríos de aceite? ¿Le daré por mis pecados mi primogénito? ¿Por el pecado de mi alma, el fruto de mi carne? Él te ha enseñado, oh hombre, lo que está bien. ¿Y qué requiere de ti Jehová, sino que te portes rectamente, que ames la bondad y la caridad, y que camines con tu Dios?*

El poder de los fariseos, quienes, en las marcas de adoración presentadas al Altísimo, otorgaban gran precio a la forma, era muy grande en Jerusalén. Los saduceos de la clase sacerdotal reconocían el amor del pueblo por la forma de los ritos. Así, la solemne tradición continuaría día tras día en el Templo.

Los clarines lanzaban desde la terraza superior sus notas claras por encima de la ciudad, en el aire fresco de la mañana.

Las grandes puertas se abrían puntualmente a la hora segunda, cuando la mano de un sacerdote, con el cuchillo ritual, descendía con precisión infalible y cortaba la garganta del cordero del sacrificio. La sangre manaba y un suspiro unánime subía desde el pecho de los fieles, reunidos para asistir a aquella primera ceremonia del culto del día.

La música de las arpas y de las cítaras y las notas de los clarines descendían desde lo alto a la ciudad, aún soñolienta.

Los judíos devotos inclinaban la cabeza, los peregrinos que se hallaban en el santuario inferior se prosternaban, la antorcha inflamaba la ofrenda, el humo del incienso y el de la víctima subían juntos hacia el cielo en el aire encalmado de la joven mañana, los levitas golpeaban uno contra otro los discos resplandecientes de sus címbalos y el coro entonaba al Todopoderoso un poema de adoración.

Una nueva jornada acababa de comenzar en Jerusalén, la Ciudad Santa de los judíos.

Capítulo II

Y HE AQUÍ A NICODEMO, «EL JOVEN RICO…».

Los RAYOS DEL SOL naciente se deslizaban con suavidad en el jardín de José. El otoño había llegado, pero el jardín era aún hermoso, ya que ni los naranjos ni los limoneros, ni los olivos perdían sus hojas, e incluso de sus ramas colgaban muchos frutos. Las abejas zumbaban y el rabioso olor del benjuí y de otras plantas de especias llenaba el aire. Aunque fuera rico, habida cuenta de la época y de la ciudad, José no habitaba en el monte Sión, en el que se alzaban los palacios de los personajes opulentos. A su llegada a Jerusalén había comprado a su tío, José de Arimatea, un trozo de terreno en la ladera soleada de la colina occidental de la Ciudad Alta. La salud del anciano mercader no era buena, e incluso había ordenado cavar su sepulcro en una masa de granito que salía del suelo en un extremo de su jardín.

José sabía que una buena parte de su éxito se lo debía a su tío, el cual le había recomendado a Poncio Pilato, y después ayudado a obtener el empleo de medicas vísceras en el Templo; había, pues, aceptado con verdadera alegría cuando el anciano le ofreció venderle una parte de su propiedad en Jerusalén, y el tío, por su parte, se mostró contento de que el joven médico hubiera aceptado aquel arreglo, que le permitía tenerle siempre a mano cuando se apoderaba de él una de aquellas crisis de asma que le habían conducido a dos dedos de la muerte.

Aquel día el galileo bajó temprano, ya que le agradaban los paseos matinales por los senderos donde el rocío subsistía aún, entre los árboles y las cepas de viña, charlando con el anciano servidor que ejercía su oficio de jardinero.

Desde la muerte de su madre, ocurrida algunos años antes, vivía solo, y los instantes que pasaba así, oliendo las flores y escuchando el canto de los pájaros —muy numerosos porque les llevaba comida cada día— contaban entre los mejores de la jornada, despertando en él el recuerdo —¡nunca adormecido!— de un jardín en Magdala, que se inclinaba sobre el lago Tiberíades. Para que el cuadro fuera perfecto —la felicidad de José también— sólo faltaba una voz de mujer que cantara algún poema, la presencia de una mujer joven de cabellos tan ardientes como la flor del granado que crecía en su casa.

Le parecía que habían transcurrido mucho más de seis meses y medio desde que fue arrancado de los brazos de María, en el escenario del gran teatro de Alejandría, y conducido apresuradamente hasta el puerto, con cadenas en las manos y los pies, y bajo la guardia de varios soldados. Pero la imagen de la amada, tal y como se le apareció hasta el último momento —su cuerpo admirable, vestido de blanco; sus cobrizos cabellos flotando en sus hombros, y sus hermosos ojos llenos de lágrimas—,

permanecía en él siempre presente.

Sin que ello representara la menor ventaja, la distancia que los separaba se había reducido muchísimo, ya que Gayo Flaco había abandonado Alejandría, destinado, como preveía, a Seforis, capital de Herodes Antipas, en calidad de jefe de las tropas romanas en Galilea. Es decir, que el viaje no requería más que tres días a lomos de su mula y dos días con un camello rápido, pero José no lo había emprendido sabiendo que no podría acercarse a María y que, si notaban su presencia allí, no conseguiría más que abrir las viejas heridas y un nuevo dolor.

Sin embargo, los que iban a la corte de Herodes eran muchos y él inevitablemente oía hablar de María de vez en cuando.

Ella vivía con Gayo Flaco como su amante, lo cual no era una situación mucho más envidiable que la de esclava, para la cual se ofreciera con objeto de rescatar la vida de José y de los judíos de Alejandría. Los galileos la consideraban la concubina del tribuno y la acusaban de adulterio, ya que no era ni su esposa ni su esclava. Gayo Flaco, por su parte, la trataba bastante mal y la presentaba siempre a los visitantes como su amante, no perdiendo ninguna ocasión de recordarle cuál era su situación en su morada.

Conociendo el espíritu orgulloso de la joven, el médico se preguntaba a veces durante cuánto tiempo ella resistiría semejante existencia, y con frecuencia, cuando su necesidad de ella le torturaba demasiado el corazón, soñaba con ir a Seforis y arrancar a María del palacio de Gayo Flaco. Sin embargo, aquel gesto hubiera resultado a la vez loco e inútil, debido a que Roma tenía el brazo largo y su poder se ejercía sobre todo en aquel país conquistado, donde ninguna vida era considerada como «privada», y sólo podía conducir a ambos a una muerte inmediata.

El médico terminaba de dar sus instrucciones al viejo jardinero, cuando su liberto Rufo, que dirigía la casa, apareció:

—Señor —le dijo—, el noble Nicodemo ha avisado que vendrá a comer contigo. He hecho poner dos cubiertos en la terraza.

Nicodemo aparecía ya por la puerta que comunicaba sus dos propiedades, y José se apresuró a salir a su encuentro y abrazarle. Diez años más viejo que el cirujano, era un brillante jurista y miembro del Sanedrín. Sus ocupaciones le hacían ir de Galilea a Perea, de Judea a Samaria y a veces incluso hasta Antioquía, capital de la provincia romana de Siria, ya que era igualmente respetado por los judíos y por los romanos.

Era alto, de bella prestancia y de aspecto altanero; sus sienes comenzaban a blanquear y, como José, parecía serio hasta resultar frío mientras no sonreía, pero entonces el brillo cálido de su mirada permitía descubrir su naturaleza profunda y comprensiva.

—¡*Shalom*!, amigo entre los amigos —dijo al llegar—. Pareces fatigado. Quizá te

conviniera viajar también un poco.

—No me queda tiempo para correr como tú, de un lado a otro —respondió José, sonriendo—. Ya es suficiente tener que trasladarme una vez al mes a Cesárea para visitar a Claudia Prócula.

—Ahora se encuentra en Tiberíades, con Poncio Pilato, y parece que pasarán allí el invierno.

Buena noticia, en verdad, que hizo latir más de prisa el corazón del galileo; encontrándose Claudia Prócula y Poncio Pilato en Tiberíades, tendría un motivo legítimo para ir allí, y quizás en alguna ocasión podría ver a María, aunque fuera a distancia.

—¿Qué otras noticias hay de Galilea? —preguntó—. ¿Sigue Herodes Antipas conspirando para liberar Judea del Procurador?

—Interminablemente. Pero cuanto más veo a ese miserable feto engendrado por Herodes *el Grande*, más respeto a los romanos.

—¿Incluso a Poncio Pilato?

—Incluso a Poncio Pilato —dijo Nicodemo, quien añadió alzándose de hombros —: En realidad, no creo que exista un solo romano bueno. En Seforis se asegura que Pilato se vuelve cada día más inestable y malhumorado. Y ese sobrino suyo, Gayo Flaco, es el hombre más intensamente odiado de toda Galilea.

José desvió la mirada para evitar que pudiera leer en sus ojos la agitación al oír mencionar a Seforis y a Gayo.

Nicodemo proseguía:

—Recientemente comí en el palacio de Herodes. Gayo Flaco iba acompañado por la mujer más hermosa que haya visto en mi vida. Algunos susurraron que se trata de una antigua esclava que es su amante; lo que es indudable es que se trata de una gran dama, de la cabeza a los pies.

—¿La consideran en Seforis la amante de Gayo Flaco?

José conseguía con dificultad mantener una voz sin matices.

—En Seforis y en toda Galilea —afirmó Nicodemo—. Odiando como odian a Gayo Flaco, no puede esperarse de la gente que sienta afecto por una judía que vive con él; ni tan siquiera si fuese su mujer legítima.

—¡Pero si se dio como esclava a Gayo Flaco para salvar la vida de alguien a quien ella amaba! —exclamó José, indignado.

—¡Ah! ¿Sí?

La mirada de Nicodemo se animó, llena de interés.

—¿Y cómo sabes tú todo eso?

A José no le quedó otro remedio. Contó la historia.

—Es extraño —dijo Nicodemo cuando su amigo calló—, pero hubiera jurado que

María de Magdala ya no odia a Gayo Flaco. Y no obstante, tratándola como la trata, ella tendría cien motivos para odiarlo.

José se preguntó perplejo si María habría llegado a amar al hombre a quien odiara tanto y a quien intentara quitar la vida. Sólo al suponerlo se sentía culpable hacia ella, y sin embargo, una larga experiencia médica le había enseñado que el corazón de la mujer es cosa que el hombre no puede esperar comprender. Recordó algo que en cierta ocasión le dijera Demetrio: una mujer no puede borrar por completo el choque emotivo de la posesión, y algo escondido en lo más íntimo de sus profundidades, algún instinto salvaje que escapa a toda razón, puede ligarla otra vez al hombre que la tomó por primera vez.

—No afirmaré, sin embargo —prosiguió Nicodemo—, que ella le ame como una mujer ama a su marido. Diría, más bien, que se comporta con Gayo Flaco de manera parecida a quienes siguen a Jesús de Nazaret.

—¿Tú le has visto? —preguntó José, asombrado, ya que nunca hubiera supuesto que un doctor de la ley de Jerusalén como Nicodemo concediera la menor importancia a aquella especie de aguafiestas galileo que amotinaba a la plebe. Sin embargo, en Jerusalén se contaban, recientemente, historias relativas a los actos del nazareno que habían interesado a José.

Por pura curiosidad, pensaba él.

—Sí —dijo lentamente Nicodemo—; sí, le he visto.

Y su voz parecía llegar desde muy lejos.

—Le vi en Cafarnaúm y estuve a punto de seguirle.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

José no disimulaba su incredulidad. Todos sabían que las emociones de los galileos eran volubles y que más de una vez habían seguido a algún falso pastor, sintiéndolo después. Pero aquel caso era diferente, se trataba de Nicodemo, un aristócrata de Jerusalén, un fariseo entre los fariseos, e incluso miembro del Sanedrín. Que aceptara al Maestro de Nazaret, cuyos actos captaban cada vez más la atención de la Ciudad Santa, era como si el mismo Caifás, el Gran Sacerdote, subrayara todos sus milagros…

—A mí también me sorprende haber estado a punto de abandonarlo todo para formar parte de ese rebaño que sigue a Jesús —confesó Nicodemo.

—Ese hombre debe de ser mago para haber conseguido embrujarle de ese modo.

Nicodemo movió la cabeza:

—Es que Jesús podría ser lo que sus fieles creen que es: ¡el Mesías!

—Cuéntame lo sucedido —sugirió su amigo, ya que le parecía evidente que Nicodemo no pensaba de manera clara.

—Pues bien… fui a Cafarnaúm para estudiar un asunto judicial por cuenta de un hombre llamado Zebedeo, y que dirige la más importante pesquería del lago. Los

hijos de Zebedeo, con un hombre llamado Simón, que era el jefe de los pescadores, y su hermano, llamado Andrés, se han convertido todos ellos en discípulos de Jesús, de forma que el anciano se ha visto obligado a vender su negocio.

—Tuve ocasión de tratar a Simón, que se rompió un brazo en una reyerta a propósito de Jesús. En más de una ocasión ha defendido causas difíciles, y ése es también el caso de los hijos de Zebedeo.

—El maestro vino por la orilla de la costa, cierto día que Simón y su hermano Andrés colocaban sus redes. Todo cuanto les dijo fue: «*Seguidme, y os convertiré en pescadores de hombres*». Aquello fue suficiente para que abandonaran sus redes y se convirtieran en sus discípulos. Lo mismo ocurrió con los hijos de Zebedeo, Juan y Santiago.

—¿Cómo embruja a los hombres?

—Para comprender es preciso verle y oírle —explicó Nicodemo—.

Lo que me dijo Zebedeo despertó mi curiosidad y me uní a la multitud que escuchaba a Jesús. Te lo aseguro, José, no había allí solamente gentes venidas de Galilea, sino de las ciudades de la Decápolis, de Jerusalén y de toda Judea, e incluso del país más allá del Jordán. El maestro tuvo que subir a la montaña y hablar desde allí arriba para que todos pudieran oírle.

—¿Recuerdas qué es lo que enseñaba?

—Esto también es una cosa extraña. Lo que dijo quedó grabado en mi espíritu tan firmemente como los textos que aprendí cuando era Bar Nitzvah. Fueron cosas sencillas, como por ejemplo:

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos será el reino de los cielos.

Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con mentira digan contra vosotros todo género de mal por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa, pues así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros.

—Hermosos principios —reconoció José—, pero no nuevos.

Los filósofos griegos dijeron más o menos lo mismo; y también un escritor de nuestra propia raza, en el Testamento de Gad. Precisamente anoche lo leí. Espera.

Entró en la casa y regresó con un pergamino que desenrolló:

—Ahora escucha esto:

> *Por consiguiente el odio es un mal, ya que va unido constantemente a la mentira, y ella agranda las menores cosas, y transforma la luz en oscuridad, y llama amargo a lo que es dulce, y enseña la calumnia, y enciende la cólera, y suscita la guerra, y la violencia, y toda avaricia y toda concupiscencia; ella llena el corazón de mal y de diabólicos venenos.*
>
> *La justicia rechaza el odio, la humildad destruye la envidia, ya que es humilde quien es justo, y se avergüenza de cometer injusticia; no espera reproches de nadie, sino de su propio corazón, porque el Señor ve su inclinación.*

—Las doctrinas, en efecto, son similares —admitió Nicodemo—.

También al escucharle pensé en el testamento de Gad y en las enseñanzas de Esdras.

—He aquí aún algo más —prosiguió José:

> *Y ahora, hijos míos, yo os exhorto: que cada cual ame a su hermano y suprima el odio de su corazón. En verdad, amaos los unos a los otros, en palabras, en acciones y en el fondo de vuestra alma.*
>
> *Si un hombre prospera más y mejor que vosotros, que vuestro corazón no se ofusque por ello, pero rogad también por él, con el fin de que su prosperidad sea perfecta; porque esto será agradable al Señor y bueno para vosotros. Y si aún se encumbra más, no le envidies por eso, recuerda que toda la carne es mortal. Ofreced alabanzas y acciones de gracias al Señor, que es quien otorga todas las cosas buenas y provechosas a todos los hombres.*

Después de haber leído, José enrolló el pergamino. Nicodemo se acariciaba pensativo la barbilla:

—Reconozco —dijo— que las enseñanzas de Jesús no son nuevas, pero emana de él, de su misma persona, algo que no podría explicarte con palabras, y que hace que uno se sienta con deseos de seguirle.

—¿Cómo es Él?

—Alto y bien proporcionado. Sus rasgos expresan una extrema bondad. Lleva los cabellos largos y la barba como todos los de Nazaret.

—El retrato que me haces de él —observó el galileo sonriendo— podría ser la descripción de cualquier judío de buena apariencia.

—Para decirte las cosas tal como son, cuando le vi por primera vez, me hizo pensar en ti. Tu rostro despide la misma bondad, y los ojos de Jesús son también de un azul extraño y muy brillante. Dan la impresión de que pueden leer hasta el fondo de las almas. Sus manos son las de alguien que puede curar, como las tuyas.

Las palabras despertaron de repente un vivo interés en el •espíritu del médico.

—¿Le viste llevar a cabo alguna curación? —preguntó apasionadamente—.

Si es el Mesías, como algunos aseguran, debe incluso resucitar a los muertos.

—Por lo que he podido juzgar en tan poco tiempo, Jesús se preocupa sólo de enseñar la palabra del Altísimo y la venida del reino de Dios en el alma de los hombres por el arrepentimiento.

Sin embargo, aseguran que, cuando dé la señal, millares de galileos que le consideran como el Mesías se alzarán contra Roma, creyendo que el Todopoderoso les entregará sus enemigos.

—¡Peligrosa enseñanza! ¿No deberías advertir de ello al Sanedrín?

Nicodemo movió la cabeza.

—¡No! Como te he dicho, son cosas que la gente murmura, pero que Jesús no enseña. Es más, creo que no ha animado a quienes le proclaman el Mesías.

—Vive y predica en el territorio de Herodes Antipas. Tal y como es Herodes, es probable que todo esto le preocupe.

—Es probable que ya esté preocupado —admitió Nicodemo—.

Caifás me rogó que me informara acerca de Jesús todo lo posible. Supongo que sospecha que Herodes se sirve de la presencia y de las enseñanzas del maestro para agitar al pueblo y, si le es posible, fomentar una especie de sublevación, que él cortaría inmediatamente, lo que le permitiría persuadir a Tiberio de que él, Herodes, es quien debería gobernar a todos los judíos y reinar.

—¿Qué vas a decirle al Gran Sacerdote?

—Nada de lo que no esté seguro. Que Jesús sólo es un grande y muy buen maestro… Quizás, incluso, un profeta…

A menos que…

Se interrumpió, reflexionó un instante y terminó la frase interrumpida:

—A menos que… sea realmente el Mesías y el Hijo de Dios…

Capítulo III

EN EL QUE SE VE A JOSÉ IR DE SORPRESA EN SORPRESA

ALREDEDOR DE UNA SEMANA después de esta conversación con Nicodemo, José, al regresar cierta noche a su casa, vio atada delante de la puerta una mula cubierta de sudor y de polvo, y en el atrio, a un hombre muy alto que discutía con el liberto Rufo.

—¡Hadja! ¡Mi querido amigo! —exclamó abrazando afectuosamente al nabateo —. ¿De dónde vienes? ¿Dónde vives?

—Vivo en la casa de Demetrio, en Magdala, con el fin de estar lo más cerca posible de la *Llama Viva*.

—Pero todo lo que poseía ¿no le fue confiscado y repartido entre Gayo y Plotino?

—Es cierto. Sin embargo, la casa de Magdala pertenecía a Demetrio y no fue incluida en el inventario.

José contempló el enorme corpachón terriblemente enflaquecido y los rasgos que el hambre había trazado en él.

—¿Por qué no viniste a mí? Ya sabes que siempre puedes contar con mi ayuda. ¿Podías suponer que si yo poseo un pedazo de pan y un techo, no los repartiría contigo?

El músico sonrió:

—Nosotros, gentes del desierto, somos duros y resistentes.

Alguna privación y un poco de hambre no me harán mucho daño. Pero es la *Llama Viva* quien te necesita a ti en Seforis, José. Ella me ha ordenado que te lo diga, para que te apresures cuanto te sea posible.

—¿Está enferma? —preguntó en seguida el médico, inquieto.

—Ella sólo me dijo eso —respondió enigmáticamente Hadja—, pero sé que no es para ella misma por lo que te llama.

José no perdió el tiempo en preguntas. Desde Seforis ella necesitaba de él, que se encontraba en Jerusalén; eso bastaba.

Ella nunca le hubiera llamado si no se tratara de algo real y urgente.

Viajar de noche por las grandes vías septentrionales de las caravanas, no era muy aconsejable, ya que la salvaje región montañosa estaba poblada de partidas de ladrones y de galileos rebeldes. Mientras José y el negro cenaban, Rufo se encargó de encontrar dos camellos rápidos y vigorosos.

Al amanecer se encontraban en la Gran Vía Central que atravesaba la cadena de montañas de Samaria hacia el norte, más allá de Lichem y de la ciudad misma de Samaria, hasta el punto en que estaba la Vía del Mar, que une el puerto de Jope a las

ciudades de Galilea.

Durante el crepúsculo de la segunda jornada, llegados a una cresta, divisaron el pueblo de Nazaret, situado cerca de la cima de una ladera bastante inclinada, a algunas millas de distancia, entre las colinas de Galilea.

Allí se detuvieron para dar un poco de descanso a los camellos, que estaban muy necesitados de él, ya que habían caminado muy de prisa. José no se encontraba menos cansado que ellos. Poco acostumbrado a aquellos viajes rápidos y sin comodidades, sentía la fatiga hasta en sus huesos. No por ello era incapaz de admirar la belleza hosca de la región rocosa que se extendía desde el lago al mar y desde la cual sus ojos descubrían una amplia superficie. Acababan de atravesar la gran llanura de Esdrelón, que las alturas del monte Carmelo separaban, hacia el oeste, del mar que distaba al menos cincuenta millas, mientras el monte Tabor se elevaba al este, entre el valle y el río Jordán. A lo lejos y hacia el norte, más allá de la fuente del Jordán y en dirección a Damasco, el monte Hermón alzaba su cabeza nevada, que incendiaba el sol poniente.

Aquel espectáculo, a la vez apacible y majestuoso, despertó en la memoria del viajero el recuerdo de las palabras del salmista:

¡Oh, Yahveh!, tú hiciste el Norte y el Mediodía,
Ante tu nombre, como Hermon, Tabor se ha regocijado.

La voz del músico negro volvió a José al momento presente.

—Ahí, al norte, está Seforis. Desde aquí puedes ver fácilmente su teatro.

A unas cinco millas de ellos, la gran ciudad se alzaba entre colinas. Seforis fue, en otro tiempo, el centro más importante de Galilea y desde hacía siglos era el lugar donde radicaba el gobierno. Judas el Gaulonita, durante su desgraciada tentativa de mesianismo y la revolución que la siguió, se había apoderado de la ciudad. El resultado de esta sublevación abortada no se hizo esperar. Los romanos crucificaron en las laderas de las colinas a dos mil judíos. En cuanto a Seforis misma, fue incendiada y arrasada y sus habitantes vendidos como esclavos, aviso solemne a los galileos de que Roma reinaba allí y que no toleraría ninguna deslealtad.

En el transcurso de los años recientes, Herodes Antipas había reconstruido Seforis, de la que había hecho, cuando menos por algún tiempo, la más brillante joya entre las ciudades de aquella fértil provincia. Después, sus deseos, siempre tornadizos, se fijaron en la ciudad de Tiberíades, más nueva, en la orilla del lago. El palacio de Seforis sólo permanecía ocupado unos meses al año, pero la ciudad había seguido siendo residencia del Estado Mayor del importante ejército que guarnecía aquella Galilea mal sometida.

Los granjeros que trabajaban sus tierras durante el día, abarrotaban a aquella hora

crepuscular los diversos caminos que conducían a Seforis, y empujaban ante sí las mulas pesadamente cargadas de productos destinados al mercado matinal del día siguiente.

Los dos viajeros se habían puesto otra vez en camino, y los camellos que Hadja y José guiaban por las calzadas llenas de gente, iban al paso. Su velocidad disminuyó más todavía en las calles de la ciudad, donde la multitud era densa, delante del magnífico palacio donde residían las diversas ramas del gobierno de Herodes y ante las residencias de los romanos.

Llegados a una villa de piedra blanca, que sólo el palacio de Herodes sobrepasaba en esplendor y cuya puerta guardaban dos soldados, Hadja hizo detener a los animales.

—He aquí —dijo— la residencia de Gayo Flaco. Su tía, Claudia Prócula, debe de encontrarse en ella actualmente y quizá también el mismo Procurador. La *Llama Viva* les hizo venir antes de mi partida.

Llevando debajo del brazo el *nartik* que contenía sus instrumentos y sus medicinas, José fue introducido en un vasto atrio fresco, corazón y centro de la casa. Casi en seguida Claudia Prócula vino hacia él, con las dos manos extendidas en señal de bienvenida.

—María y yo hemos rogado juntas para que vuestro viaje fuera rápido, José. Ahora que os encontráis aquí nos sentiremos más tranquilas.

—He venido con toda la rapidez posible —dijo él inclinándose cortésmente.

—Poncio y yo nos hemos alegrado al saber que María os había mandado llamar sin pérdida de tiempo. Si alguien puede hacer algo por Gayo, sois vos.

—¿Por Gayo Flaco?

—Sabíais que se encontraba enfermo, ¿verdad?

José movió la cabeza:

—No. Todo cuanto sabía era que María me necesitaba.

—Está gravemente enfermo —dijo Claudia—. Tenéis todos los motivos para odiar a Gayo, José; pero María le ha perdonado lo que hizo, y estoy segura de que haréis todo cuanto esté en vuestro poder para salvarle.

—¿Ella le ha perdonado?

Aquel día parecía, en verdad, el día de las sorpresas. Prócula movió la cabeza afirmativamente:

—Las enseñanzas de Jesús parecen realmente transformar a aquellos que las escuchan.

—¿Así que María es discípula del maestro de Nazaret?

Formuló la pregunta con una incredulidad evidente, y la respuesta le dejó más sorprendido aún:

—Sí. Y sus discípulos son en Galilea mucho más numerosos de lo que creeríais

posible. ¡Si yo tuviera valor para admitir abiertamente lo que mi corazón cree verdadero, yo sería uno de ellos!

—Quizá —dijo José, completamente desconcertado—, quizá fuera mejor trasladarnos, sin perder más tiempo, al lado del enfermo. He escuchado de vuestra propia boca palabras que me resulta difícil comprender. Y, sin embargo, sé que la boca de Claudia Prócula siempre dice la verdad.

—Gracias, José —dijo ella—. Quiera Dios concederme la fuerza de decir esta verdad a los otros como acabo de decírosla a vos.

Capítulo IV

EN EL QUE JOSÉ SE DEDICA A HACER BIEN A QUIEN LE ODIA Y LE HA HECHO MUCHO MAL

EL ACCIDENTE QUE, según contara Prócula al galileo, había ocurrido a Gayo Flaco, hubiera podido ocurrirle a cualquiera.

Su caballo había tropezado durante una cacería de ciervos, y el tribuno se había herido en la pierna. La llaga no era profunda ni demasiado dolorosa. Ahora bien, durante el curso de la semana se declaró la infección, la piel enrojeció, el miembro se hinchó y los escalofríos y la fiebre aparecieron pronto; desde hacía varios días el paciente deliraba furiosamente.

Claudia Prócula no entró en la habitación del enfermo con José, quien no se dio cuenta de ello por haber fijado su mirada en una mujer arrodillada en un rincón, con los ojos cerrados y que murmuraba una plegaria: era un cuadro que jamás olvidaría.

Una María de Magdala completamente nueva se encontraba allí, ligeramente más delgada, un poco más pálida que la última vez que la vio, pero bajo el brillo intacto de sus cabellos llameantes, quizás aún más hermosa, en su dolor, ya que los rasgos tan queridos se encontraban revestidos de una serenidad que explicaba la paz interior por fin conquistada, la confianza en algún poder que no podía discernir ni adivinar.

Ella abrió los ojos, vio a José y su figura se iluminó, se animó, mientras el color retornaba a sus mejillas.

—¡Sabía que vendrías! —exclamó ella.

Al oír su voz, sintió que su corazón se contraía antes de que ella le pusiera las manos en sus brazos, le besara en la mejilla y se acercara a él, como si necesitara sentir su fuerza y asegurarse tangiblemente de su presencia.

Al mirarla, al recordar la luz maravillosa que le llegó desde sus ojos al verle, José comprendió, José supo que el amor de María ardía siempre con el mismo fervor y ardor que el suyo. Él habló con calma, suavemente:

—¡Qué hermoso es volverte a ver, María! ¿Rezabas por Gayo Flaco cuando entré?

—Sí. ¿Te cuesta creerlo?

—Cuando éramos niños, nos enseñaron la exhortación del Altísimo. Amarás a tu prójimo como a ti mismo. ¡Debo reconocer, sin embargo, que en tu caso me resultaría muy difícil!

Ella sonrió:

—Jesús dice: *Ama a tus enemigos, bendice a quienes te maldicen, ruega por quienes te persiguen y, si tu hermano peca contra ti, perdónale*.

El hombre que se encontraba tendido en el lecho rechinó los dientes y juró. Dos esclavos que se encontraban a su lado se precipitaron para lograr que no se moviera, pero José los apartó con un signo y colocó la mano en la frente del enfermo.

Como si la conciencia del gesto apaciguador penetrara en su espíritu en desorden, Gayo se calmó un poco. Su piel ardía, seca y rugosa bajo los dedos del médico; el pulso, en su muñeca, latía enloquecido, como si la sangre quisiera hacer estallar la vena que la contenía. Su respiración, jadeante y ruidosa, se oía desde todos los rincones de la habitación, y, mientras en su delirio y su fiebre hablaba y juraba sin interrupción, sus dedos aferraban las mantas y su propio cuerpo, como si buscara maquinalmente algún parásito visible.

Un pasaje de los escritos de Hipócrates acudió al espíritu de su discípulo:

> *Cuando, durante las fiebres agudas, las manos se agitan ante el rostro, como si cogieran briznas de paja en el vacío, si estiran las mantas o arrancan el revestimiento de las paredes… todos los síntomas de esta clase de género son malos, es decir, mortales.*

Apoyando su oreja en el pecho ardiente, José escuchó con atención en diversos puntos, y al llegar a las costillas bajas del costado derecho, oyó el ruido que preveía —algo así como el roce de cuero seco contra cuero seco— y que revelaba una pleuresía profunda. Fue peor cuando examinó el abdomen, ya que al más ligero contacto, y desde lo hondo de su delirio, Gayo Flaco temblaba de dolor.

En la ingle izquierda, del lado de la pierna herida, una fuerte hinchazón inflamada parecía a punto de estallar por efecto de la presión interior. La pierna entera aparecía completamente roja y los tejidos resistían al tacto, duros como madera.

José desenrolló la venda; la herida, superficial, parecía bastante insignificante por sí misma, pero los bordes se veían desgarrados y de ella manaba una débil serosidad, signo en sí mismo más grave que una gran cantidad de pus.

Una vez terminado el examen, el galileo rehízo el vendaje y después se lavó las manos cuidadosamente, ya que la experiencia le había enseñado que las inflamaciones de aquella clase se transmitían con frecuencia de una persona a otra, por un corte o un arañazo, y ocasionaban en poco tiempo tanto daño como el que resultaba de la herida original. Muchas veces se había preguntado cómo era aquello posible, pero todavía no había podido encontrar una respuesta válida, aunque el sabio Marcos Terencio Varrón había escrito varios siglos antes:

> *Puede ocurrir, en los lugares pantanosos, que vivan pequeños animales invisibles al ojo, y que entren en el cuerpo por la boca y la nariz,*

ocasionando graves desórdenes.

José estaba dispuesto a admitir que aquella opinión respondiera a la realidad y que se encontrara allí el verdadero origen de muchas enfermedades. Pero en el caso que le ocupaba, parecía indiscutible que el elemento dañino, cualquiera que fuere, había entrado en el cuerpo por la herida, ya que en ésta se encontraba indiscutiblemente el centro de la inflamación que se había extendido ya a todo el lado izquierdo y seguramente no se detendría allí. ¿Podría ser que los animalúnculos de que hablaba Varrón penetraran en los tejidos? Si era así, era un poderoso argumento en favor de la limpieza, que Hipócrates reclamaba con insistencia por parte de aquellos que tenían que tocar heridas y que el galileo había practicado siempre rigurosamente, mitad por instinto, mitad por sentido común.

—No hay esperanza —dijo en voz baja María—. Lo leo en tu cara.

—El veneno pronto habrá invadido el cuerpo entero —reconoció José—. He oído en su pecho el roce de las pleuras inflamadas.

—¿No puedes intentar nada más?

—El pulso es irregular, lo que indica un edema agudo; voy a sangrarlo, pero envolviéndole la parte baja del cuerpo en paños húmedos y calientes. A veces ayudan a calmar el delirio.

Mientras María hacía traer paños y agua caliente por los esclavos, José abrió el *nartik* y extrajo de él una delgada *nail* de acero, que así se denominaba la lanceta empleada para abrir las venas. Enseñó a uno de los esclavos cómo debía apretar el brazo de Gayo Flaco por encima del codo y comprimir en aquel lugar la vena saliente. Rápidamente, y con decisión, hundió la lanceta a través de la piel y de la pared venosa. Un débil hilillo de sangre, espeso y con un color malsano y negruzco, cayó en la taza que sostenía un esclavo. El cirujano mantuvo separados los bordes hasta que la taza estuvo llena, después retiró el *nail* y vendó el brazo lo mejor que pudo. Después de esto, retorció los trapos que se humedecían en agua caliente, los estiró, actuando con precisión y rapidez para perder el menor calor posible, y envolvió con ellos las piernas y las caderas del enfermo.

Cuando hubo terminado, consiguió de Gayo Flaco que bebiera una mezcla de vino caliente y de adormidera: poco tiempo después el tribuno dormía con el primer sueño apacible que consiguiera desde hacía varios días.

María y José comieron juntos, en una pequeña habitación contigua a la del enfermo. Aunque ella fuera, técnicamente hablando, una esclava, observó que todos los de la casa la trataban con la mayor deferencia y que, con toda evidencia, era tan amada como respetada.

—Has cambiado desde que dejaste Alejandría —dijo ella—.

¿Eres feliz en Jerusalén?

—¿Cómo podía ser feliz sabiéndote esclava?

—¿Puede hacerte algún bien el saber que la esclavitud me es ahora indiferente?

—Perteneces a otro hombre.

Ella colocó sobre la suya una mano suave:

—Gayo Flaco puede ser el propietario de mi cuerpo —dijo ella con sencillez—. Tú sabes que mi corazón te pertenece, que desde el primer día que te vi en Tiberíades, lo fue. Hace de eso tanto tiempo…

Él sonrió:

—¿Aquel día en que me recordaste que yo no era un médico, sino simple sanguijuelero, y que se debía todo a mi tío, José de Arimatea?

—Tú eras un buen colocador de sanguijuelas, como ahora eres un buen médico, un buen cirujano y un hombre bueno. El pueblo necesita hombres como tú, José. Tienes que buscar la felicidad en tu trabajo.

—Sólo el estar aquí y verte me hace feliz, cuando menos por un momento. Pero ¡cuánto me agradaría que pudiéramos retornar a aquellos días de Magdala!

—Fui allí la semana pasada… pasé unas horas en la casa… yo… yo sentí volver a ser lo que era… antes de que sucediera todo lo demás…

—¿Fue muy terrible?

La recorrió un escalofrío:

—A veces, sentía que si nada cambiaba me iba a matar, a pesar de la promesa que te hice… Pero Claudia Prócula se mostró muy bondadosa conmigo… Poncio Pilato, durante estos últimos tiempos, está muy preocupado y confuso, pero creo que a su manera siente algo por mí. Es un hombre raro, con saltos de humor y con frecuencia muy sombrío… Recientemente, Gayo Flaco bebía mucho más que de costumbre, y sucedió que…

Inmediatamente se llevó las manos a la garganta. El galileo se sobresaltó:

—¿Intentó estrangularte? Veo las señales.

—Durante unos días apenas pude tragar —admitió—. Claudia Prócula me llevó con ella hasta que me encontrara mejor.

Durante mi ausencia ocurrió el accidente de caza.

—¡Pensar que yo vivía cómodamente en Jerusalén mientras tú sufrías torturas, porque te sacrificaste por salvarme!

¿Cómo podré pagarte todo esto, María?

—Tú no me debes nada, muy al contrario. Yo fui la única culpable. Por mi culpa estuviste a punto de morir en Alejandría.

Por mi causa tuviste que abandonar la ciudad en donde estudiabas… Por culpa mía te encadenaron como a un malhechor…

Pero yo era otra persona en aquella época. Algún poder maléfico se había apoderado de mí.

—Tú estabas poseída por un demonio. ¡No tenías la culpa!

Ella movió la cabeza:

—Demetrio tenía razón cuando decía: *Los demonios que posean a un hombre, han nacido en él mismo o de él mismo*. Mi demonio… era el odio. Cuando niña, odiaba a mi padre porque no me daba lo que yo deseaba apasionadamente: juguetes, alegría, felicidad, vestidos como los que llevaban las demás niñas, todas las cosas que una mujer, incluso una niña, ama y desea ya.

—Tenías razón en odiarle. Estaba decidido a venderte como esclava.

—Sólo Dios tiene razón cuando dice: *Honrarás a tu padre y a tu madre*, y también: *No odiarás*. Nada se gana odiando.

Ha sido preciso que me convirtiera en esclava para comprender que, si lo hubiese intentado con todas mis fuerzas, hubiera perdonado a mi padre incluso eso. Ahora sé que he llevado conmigo, en mí, ese fardo de odio en mi infancia, incluso cuando llegué a la adolescencia. Lo que ocurrió con Gayo Flaco en Tiberíades no hizo más que obligarme a odiar con más furor, hasta que mi vida toda quedó dominada y obsesionada por el odio.

—No hubieras llegado nunca a ser bailarina-estrella en Alejandría si tu voluntad de venganza no te hubiese empujado, hasta tal punto que alcanzaste el éxito.

—La persona que vivió en Alejandría fue otra, José —dijo ella formalmente—. Hace meses que murió, precisamente en el instante que me desperté en las catacumbas de Necrópolis, y en que me dijeron que te habías ido al teatro a salvar a Filo y a los otros. Hasta entonces sólo había pensado en mí, en mi odio y en mi voluntad de venganza. Pero allí, en el teatro, algo ocurrió en mí. Como si el Altísimo aprobara por fin lo que yo hacía, incluso si casi todo el mundo debía tratarme de impúdica por danzar desnuda, lo haría para atraer hacia mí toda la atención durante el tiempo suficiente para permitir a Filo y a los otros evadirse. El peso de los pecados, de las faltas y de culpabilidades, dejé de sentirlo en mi alma. A partir de entonces me convertí en una mujer diferente.

—Quien me encuentra, encuentra la vida; tales son las palabras de Dios —le recordó José—, y el salmista dice: *Los corazones rectos buscan siempre la justicia*, y también: *Dios perdona las culpas, Él cura toda enfermedad*. Y en otro lugar: *La justicia es más agradable al Altísimo que el sacrificio*.

—Estoy segura de que he encontrado al Altísimo, porque estaba dispuesta a sacrificarme por aquellos cuyas vidas estaban a punto de perderse por mi culpa —admitió ella—, pero todavía no comprendí lo que había sucedido hasta que oí hablar a Jesús.

—Tú —rogó José—, a tu vez, háblame de él.

En los ojos de María apareció una cálida luz. Durante una partícula de segundo, José sintió un espasmo de celos alzarse contra aquel hombre a quien nunca había

visto y que parecía ejercer tanta influencia sobre todos aquellos que le habían oído, una influencia como nadie en el mundo ejerciera sobre esta María, a quien amaba más que a su vida.

—Pasábamos cierto día por Cafarnaúm —dijo ella— y nos encontramos bloqueados por la multitud, hasta que los soldados nos abrieron paso. El pueblo me odia porque vivo con Gayo Flaco, pero a él nadie se atreve a insultarlo, mientras que a mí me humillan porque soy judía y me llaman mujer perdida.

—Pero eso no es verdad.

—¿De qué me hubiera servido decirles la verdad? Aquel día, pues, me insultaban. ¡Prostituta!… ¡Meretriz!… ¡Adúltera!… porque sabían que, entre aquella multitud, los soldados no podían coger a los que gritaban. Sé que Jesús no los oía y que no me veía, porque yo apenas podía distinguirle. Pero sus palabras llegaron hasta mí con tanta claridad como te oigo a ti, y parecía que se dirigiera a mí sola.

Nicodemo había dicho algo bastante parecido: José se acordaba de ello. ¿De qué extraño poder aquel maestro estaba, pues, dotado, que los hombres no olvidaban lo que él enseñaba, mientras olvidaban con tanta facilidad lo que aprendieran, de niños, de sus padres y en la sinagoga?

La voz de María le sacó de su meditación.

—Oí decir a Jesús: *Bienaventurados seréis cuando os ultrajen, cuando os persigan, cuando digan falsamente toda clase de cosas contra vosotros*… Era curioso, José; temblé y me replegué sobre mí misma cuando me insultaron, pero entonces aquello ya no me inquietaba… Era como si me hubiera dado fuerzas para soportar los insultos e ignorarlos… Si pudieras oírle, comprenderías lo que yo siento… Y Simón dice…

Ella, de pronto, calló, como si hubiera estado a punto de revelar algo que no debiera decirse.

—¿Qué sucede, María? ¿Prefieres que no lo sepa?

—Le prometí a Simón no decirlo, pero sé que no le molestaría saber que te lo he dicho a ti. Dice que Jesús es el Mesías.

—Pero si el nazareno es en verdad «Aquel que se espera», esta buena noticia debería ser gritada a toda voz.

—Creo que Simón desea que el maestro tenga más discípulos antes de revelar la verdad.

José movió gravemente la cabeza:

—Judas el Gaulonita también se proclamó Mesías —le recordó— y Seforis fue el centro de la rebelión. Pero dos mil judíos fueron crucificados aquí, en el flanco de la colina, y los romanos arrasaron la ciudad entera y vendieron a toda la población como esclavos. Esto es lo que volverá a suceder si los galileos cometen la tontería de seguir a otro falso Mesías.

Capítulo V

ROGAD POR VUESTROS ENEMIGOS, AMAD A QUIENES OS ODIAN; ÚNICAMENTE POR MEDIO DE LA BONDAD TODOS LOS HOMBRES SERÁN LIBRES

ALGUNAS HORAS DESPUÉS de la llegada de José, el estado de Gayo Flaco se agravó muchísimo e hizo temer lo peor. Durante un cierto tiempo durmió bajo el efecto de la droga, pero se despertó con una rabia delirante, luchando frenético contra los esclavos que se esforzaban por mantenerlo quieto en su lecho; juraba sin cesar, mientras el fuerte jadeo de su respiración se oía en la villa entera. Cuando el ciego furor alcanzó toda su intensidad, la cabeza del enfermo se inclinó bruscamente hacia atrás y todo su cuerpo se quedó rígido, mientras sus piernas y brazos se agitaban, en una serie ininterrumpida de espasmos.

José, que lo vigilaba atentamente, movió la cabeza indicando que ya no quedaba esperanza:

—El mal ha alcanzado el cerebro —dijo—. Una convulsión como ésta anuncia que…

—¿El fin…?

—No tardará en llegar. Harías bien en enviar a alguien que avisara a Poncio Pilato y a Claudia Prócula.

—Va a volver con el Procurador después de la cena. No tardarán mucho.

Gayo Flaco se encontraba bajo los efectos de otra convulsión cuando Claudia Prócula entró sola. Lo que vio, hizo que el color desapareciera de sus mejillas, y su mano se crispó en su garganta.

—¿Está agonizando?

—Le di una poción para calmarle —dijo José—, pero sólo ha actuado poco rato porque la inflamación ha llegado al cerebro.

Cuando ello sucede…

Se detuvo para no pronunciar la palabra fatídica.

—Entonces —dijo dulcemente María— lo único que podemos hacer es rogar al Altísimo.

Ante el asombro de José, Claudia Prócula se arrodilló cerca de María, en un rincón, y ambas se pusieron a rezar. José se arrodilló también y buscó en su memoria alguna plegaria aprendida en su niñez, adecuada para formular en presencia de la muerte.

Fue aquella escena la que contemplaron los ojos del Procurador de Judea cuando entró en la habitación del agonizante.

—¡Prócula! ¿Qué estás haciendo?

Claudia Prócula se puso en pie, temblando ante el tono furioso de la pregunta:

—Nosotros… yo… rezaba por Gayo Flaco —farfulló.

—Esto es obra tuya, ¿verdad?

Pilato se había vuelto bruscamente hacia María, pero antes de que ella pudiera contestar, Prócula protestó con firmeza:

—Te equivocas, Poncio. Hace tiempo que rezo en secreto a Jehová, María no tiene nada que ver con ello, excepto demostrándome con su ejemplo lo que es capaz de hacer la fe en Él.

Ante la cólera del alto funcionario romano, María no manifestó el menor temor. Era como si un poder y una visión que ellos no podían conocer la colocara en una zona aparte, donde las manifestaciones de la violencia no pudieran llegar.

—Nosotros, que gobernamos en nombre de Roma, adoramos al emperador como a un dios, Prócula; tú lo sabes —dijo secamente el gobernador—. Pero el Dios de los judíos no admite a ninguno más. Cuando le rezas, blasfemas contra el emperador.

Y tú… —se volvió ferozmente hacia María—, en adelante rogarás a los dioses que se adoran en la casa de tu dueño.

—He aquí —dijo con calma María— las propias palabras de Jehová: *Yo soy el Señor, tu Dios. No te prosternarás delante de ningún dios extranjero, porque Jehová es un Dios celoso. No tendrás otro Dios más que a mí.*

José temió que Poncio Pilato golpeara a María, y se colocó en seguida entre él y la joven. Sus ojos encontraron la mirada ardiente y furiosa del Procurador, pero sus párpados no se cerraron mientras esperaba, sabiendo el riesgo que correría si se veía obligado a resistir al romano.

Una expresión de perplejidad apareció en los rasgos de éste.

—José, ¿qué castigo le espera al hombre que golpea a quien gobierna en nombre de Roma?

—La crucifixión —respondió suavemente el otro, sorprendido de oír su propia voz sonar tan clara y firme.

—¿Y te atreverías a golpearme porque castigara a una esclava?…

—María sólo es esclava de Gayo Flaco —dijo José, sin que nada demostrara su turbación—. ¡Le debo la vida y la protegería, si pudiera, contra el emperador mismo!

—¿Y si ella infringía las leyes de Roma?

—Roma ha garantizado a los judíos, en su propio país, adorar a su propio Dios —le recordó el otro—. Y María, hija adoptiva de un ciudadano romano, está protegida por las leyes de Roma.

—Deberías haber sido doctor en leyes, José —le dijo Pilato, en tono amistoso—. Por lo menos tu inteligencia es buena y tu espíritu no es malo, y es mucho más de lo que puedo decir de muchos con quienes trato en Jerusalén. Sin embargo, olvidas que puedo ser juez al mismo tiempo que Procurador imperial.

Se acercó a la cabecera del lecho:

—¿Puedes hacer algo por mi sobrino?

José lanzó un gran suspiro de alivio.

—Le he sangrado y he intentado sostener su fuerza —explicó—.

Le he dado un calmante, pero el delirio se agrava y las convulsiones han comenzado.

—He visto heridas como ésta en el campo de batalla —dijo Pilato—. No dejaba ninguna esperanza. Sin embargo, estoy contento de que María te haya llamado.

Se volvió hacia la joven, y durante unos instantes el joven médico creyó que iba a presentarle excusas. Dijo sólo:

—Has sufrido mucho en manos de mi pariente, María de Magdala. ¿Cómo eres capaz de rezar por él, cuando su curación significaría que seguirías siendo esclava?

—Alguien ha dicho: ¡*Amad a vuestros enemigos*! —dijo ella sencillamente.

—¡Vosotros los judíos sólo sabéis responder con citas de vuestro Dios! —dijo Pilato, sarcástico.

—Ésta es una cita de un hombre —dijo María—. Del maestro, Jesús de Nazaret.

Antes de que Pilato pudiera hablar, Claudia Prócula dijo con una voz suplicante:

—Aseguran que Jesús hace milagros, Poncio. ¿Y si le suplicáramos que viniera aquí?

—No quiero fanáticos religiosos en la casa de mi sobrino —dijo, hosco, el Procurador.

—Pero…

—¡Cállate, Prócula! José es el mejor médico de la región.

Si dice que no queda esperanza para Gayo Flaco, es que no queda. Ven. Vamos a regresar a Tiberíades. Esta sarnosa capital de Herodes no me agrada en absoluto.

Cuando Pilato y su mujer se hubieron marchado, María dijo dulcemente:

—Te has portado como un hombre valiente y bueno, José, y te quiero por eso, pero hubiera sido preferible dejar que me pegara que poner tu vida en peligro.

—No tenía derecho a acusarte por lo que Prócula pueda creer.

—Pilato es un hombre turbado y está en plena confusión, José. Claudia Prócula dice que con frecuencia parece fuera de sí, en estos últimos tiempos, pero ella no sabe qué es lo que le contraría. A veces llega hasta detener en el camino a viajeros para preguntarles: «¿Qué es la verdad?».

José sonrió:

—Ésa es una cosa que los filósofos vienen haciendo desde el comienzo de los tiempos. Es su pregunta favorita.

—Yo creo que él conoce la verdad: que todo procede del Altísimo, pero tiene miedo a creerla.

—¿Por qué alguien temería creer en el Dios vivo? —¿Podría él reconocer al

emperador como «divino» en este caso? ¿Podría permitir que las águilas romanas ondearan sobre su palacio? Ya ves todo lo que implicaría eso para un romano.

—Sí —admitió José—. Lo comprendo. Pero ¿por qué manifestó una tan violenta oposición cuando Prócula sugirió que se llamara a Jesús para que viniera a ver a Gayo Flaco?

—Supongo que es a causa de su hijo Pila.

—¿El niño del pie deforme? Le vi cuando aún era muy pequeño, pero nada pude hacer por él.

—Desde que Jesús resucitó de entre los muertos a la hija de Jairo, Prócula ha recobrado la esperanza y piensa que él podría sanar el pie de su hijo.

—En Cafarnaúm vivía un Jairo, que era jefe de la sinagoga.

Cierta vez le visité.

María confirmó:

—Es ese mismo. Prócula conoce a Jairo y a su mujer. Cuando oyó hablar del milagro, quiso conducir el niño a Jesús, pero Pilato se negó, y ahora piensa que ha descuidado a su hijo.

—¿Por qué se negó Pilato?

—Siempre igual, porque es un alto funcionario romano, sin duda. Creo que, como Jesús sana en nombre del Altísimo, el Procurador teme que si su hijo fuera curado por él, se vería obligado a reconocer el poder de Dios.

—Esto sería imposible —dijo pensativamente José—, puesto que él niega el poder de Dios. Decisión dura de tomar, en verdad, tratándose de su propio hijo.

—Yo he intentado que Prócula admitiera estas verdades, pero ella mira las cosas desde un ángulo distinto, por ser madre de Pila.

José sonrió:

—Cierto día te hice un sermón sobre tu deber hacia el Señor, y ahora eres tú quien me enseña la humildad.

—¡Todo el mundo sabe cuan bueno eres, José!

—¿De verdad lo soy?

Él se formulaba la pregunta con toda sinceridad, pesando el pro y el contra, y mirando al enfermo tendido y momentáneamente agotado por la violencia de las convulsiones.

—Yo me encuentro ligado, por un juramento que presté voluntariamente, a pensar sólo en el bien de mis enfermos, pero no puedo olvidar que la muerte de Gayo Flaco sería tu vida. Si muere, serás libre. Y sabiendo lo que significaría para ti si viviera, no creo que pudiera rezar como tú lo haces.

—Es un homenaje implícito que dedicas al poder del Altísimo —dijo ella dulcemente—, porque no vacilas en cuidar a Gayo Flaco con todos los recursos de tu ciencia y de tu habilidad, con todos los medios de que dispones… Y cuando veas a

Jesús comprenderás cómo puedo rogar por la vida de Gayo Flaco con todo mi corazón, aun si supiera que mañana me pegaría o que me haría azotar por sus esclavos, o que me entregaría como un objeto de poco precio a cualquier visitante. Mirar sencillamente a Jesús, escucharle hablar, puede convertir a una criatura en algo totalmente distinto a lo que era con anterioridad.

Durante la noche el enfermo cayó en coma, mientras el veneno, infiltrándose por todas partes, acababa de apoderarse de su cuerpo. Poncio Pilato y su mujer habían regresado a Tiberíades cuando murió y permanecieron a su lado hasta el fin.

—Claudia —dijo el Procurador, cuando José anunció que había fallecido—, por muy lejos que nos encontremos de nuestro país debemos seguir la costumbre romana.

Ella accedió con un signo y se acercó al lecho. María se encontraba dos o tres pasos detrás.

—¡Gayo Flaco, levántate! —ordenó Pilato varias veces, mientras Prócula repetía el conjuro.

Se trataba del rito *conclamentio*, «la llamada a los muertos», usual desde siempre en las familias romanas.

—*Conclamentum est* (el llamamiento ha sido lanzado) —anunció solemnemente Pilato—. Puedes enviar a buscar a los embalsamadores, José. Dentro de tres días haremos alzar una hoguera y entregaremos el cuerpo del tribuno a las llamas, con todos los honores que corresponden a un jefe militar; después enviaremos sus cenizas a Roma.

Los embalsamadores eran hábiles y efectuaron con rapidez su trabajo. El cuerpo, vestido con una toga limpia y en la que aparecían las numerosas insignias militares y civiles que Gayo Flaco conquistara en el transcurso de su vida, fue instalado con gran pompa en el lecho funerario, en el atrio, con los pies en dirección hacia la puerta y una moneda de oro en la boca, para pagar su pasaje al barquero Caronte en la travesía de la Estigia.

Antes de que las puertas se abrieran a aquellos que desearan saludar al muerto, se sacó un molde de cera del rostro del tribuno, una mascarilla denominada imago, que más adelante sería enviada a Roma, donde ocuparía un nicho en una de las dos aloe, en los ángulos más alejados del atrio, en la casa de su familia. Allí, una inscripción, o títulus, diría a los parientes y a los visitantes cuáles fueron las hazañas del desaparecido. El privilegio de exponer aquellas imagines quedaba limitado a las familias de alto abolengo.

Poncio Pilato decidió que su sobrino sería incinerado con los honores militares que le hubieran sido rendidos si su muerte hubiese ocurrido en Roma. El galileo se dijo que la ceremonia sería una ocasión perfecta para demostrar a Herodes Antipas y a su inquieto pueblo que Roma seguía mandando en aquellos lugares. Herodes Antipas no se atrevió, evidentemente, a alzarse contra un homenaje póstumo dedicado a quien fue favorito del emperador Tiberio, incluso si aquel homenaje debía consistir en un despliegue de fuerzas y en una esplendorosa exhibición de pompa y de la autoridad romana en Seforis, la capital de la tetrarquía judía.

José quedó muy sorprendido cuando, en medio de los preparativos, recibió la orden de personarse ante el gobernador en Tiberíades. Hadja le acompañaba, y mientras descendían la estrecha y fuerte pendiente de Magdala, todo el panorama del claro lago, y de las populosas ciudades edificadas en sus orillas, se extendía ante sus ojos.

Hacia el norte, más allá de la ciudad de Cafarnaúm, se extendía la alfombra verde del valle de Genesaret, amplia sucesión de bosques y de campos. De allí salían en la primavera los primeros frutos y las legumbres para los mercados de Jerusalén, los más bellos frutos del mundo, tan sabrosos incluso que los sacerdotes del Templo se esforzaban, a veces, en impedir que llegaran hasta el mercado, temerosos de que, demasiado tentados por los melones y otras delicias, los fieles se retrasaran probándolos y olvidaran sus deberes hacia Dios.

Algo más al norte de Cafarnaúm se hallaba un lugar donde las fuentes, de una agua muy mineralizada, surgían de entre las rocas: José conocía el rincón por haber ido allí numerosas veces para recoger el agua medicinal, sobre todo para tratar los excesos de los humores acumulados que requerían una purga.

Fuera de la zona de las fuentes se abría una pequeña bahía, de forma casi semicircular, un lugar tan tranquilo, de una paz tan perfecta, que un hombre de pie en la orilla podía, hablando con una voz normal, sin elevar el tono, hacerse oír desde el flanco de la montaña…

Desde donde se encontraban, Hadja y él podían ver que una multitud de gente llenaba la playa, la desbordaba incluso, subiéndose a las barcas de los pescadores, que flotaban cerca de la orilla, con sus velas de colores chillones arrolladas a los mástiles: vistas desde allí arriba parecían juguetes, y los hombres no mayores que hormigas.

—Jesús enseña hoy —explicó el negro—. Esa cala es uno de sus lugares predilectos, ya que allí se oye desde todas partes.

—Es la muchedumbre más compacta que he visto en la región. ¿El maestro atrae siempre un público tan numeroso?

—Sí, porque los enfermos le siguen por todas partes.

—¿Los has visto con tus propios ojos, Hadja? —le preguntó el médico, a quien aquel tema interesaba vivamente.

El otro afirmó con un movimiento de cabeza:

—Cierta vez Jesús curó a un paralítico que sus parientes hicieron pasar a través del techo, porque la casa estaba tan llena de gente que no se podía penetrar por la entrada. En Gadara echó a unos demonios que se precipitaron en un rebaño de puercos, los cuales en seguida se hundieron en el lago, donde unos y otros se ahogaron.

Siguieron andando y mientras guiaban sus camellos por el estrecho camino que descendía, José continuó preguntando:

—¿Por qué le sigues? ¡Al fin y al cabo, tú no eres judío!

—En mi país —respondió el músico— los nobles y los ricos oprimen a los pobres, como en todas partes del mundo, según lo que he podido observar. El maestro de Nazaret me dice que a los ojos del Señor todos somos iguales. Y como yo sé en mi corazón que eso es una cosa buena, creo en sus enseñanzas.

—¿Proyecta suprimir a los opresores por la fuerza?

—Nunca, en las cosas que dice, oí nada parecido.

—Entonces será que espera liberar a aquellos que los más fuertes tienen sojuzgados.

El nabateo sonrió:

—Eso sería muy fácil si todos fueran tan buenos como tú y la *Llama Viva*, ya que entonces no existiría ninguna injusticia entre el hombre y su hermano. Es precisamente el corazón de los hombres lo que Dios desea hacer cambiar, para poder hacerlos entrar en ese reino de Dios de que habla. Entonces, todos los hombres serán libres.

Capítulo VI

EN EL QUE SE VE A LA BELLEZA, A LA FUERZA, AL ORGULLO Y A LA CONCUPISCENCIA CONVERTIRSE EN HUMO, A MENOS QUE, TRANSFORMADOS EN VIRTUDES, SEAN SALUDADOS CON DESPRECIO Y SALIVAZOS

PONCIO PILATO se encontraba en el jardín de su villa, en una especie de quiosco desde el que se dominaba el lago. Alzó la vista y sonrió al acercarse José.

—La paz sea contigo, José de Galilea —dijo cortésmente.

Después le enseñó el pequeño manuscrito que estaba leyendo cuando el *nomenclátor* introdujo al joven en el jardín.

—¿Conoces los poemas de Virgilio?

El recién llegado negó con la cabeza:

—El cuidado de los enfermos me deja poco tiempo para hacer otras cosas.

—En Roma, médicos y cirujanos son con frecuencia filósofos.

He oído decir a los instruidos que el hombre padece más males a causa de su alma que de su cuerpo.

—Los griegos —confirmó el otro— enseñaban una doctrina parecida.

—¿Y tú?

—Yo no negaré que un espíritu melancólico y un humor sombrío puedan provocar algún desorden físico.

—Yo he hecho más de una vez esa experiencia —dijo el Procurador—.

No es labor fácil, puedes creerme, gobernar un pueblo ignorante y lioso como el pueblo judío. En Cesárea, donde el peso de mi cargo no es pequeño, sufro siempre de la gota más que en Tiberíades. Y en Jerusalén aún es peor.

—El clima quizá contribuya también.

Pilato no estaba de acuerdo.

—El frío del invierno ya ha llegado hasta aquí, y sin embargo apenas siento un dolorcillo en el dedo grueso. Tú seguramente habrás comprobado que la vida en Galilea, aquí cerca del lago, es mucho más apacible que en Jerusalén y otros lugares de Judea. Aquí a uno le queda más tiempo para pensar, reflexionar y meditar, sin verse obligado a escuchar la vana palabrería de la gente interesada en acercarse al poder, con la intención de obtener algún beneficio. Mira, escucha estos versos que hablan de Italia y que lo mismo podían aplicarse a Galilea:

… más las viñas fecundas y las gruesas olivas
y las ricas cosechas de espigas tan hermosas
adornan nuestros campos. Y en sus verdes orillas

pace el manso ganado y pastan los rebaños…
Nuestro clima conoce la eterna primavera,
animales y suelo dan dos frutos al año,
y nuestro bello sol jamás nos abandona…

Pilato enrolló el manuscrito y se volvió hacia el joven:

—Hoy me ves preocupado, José, pero ¡hasta en Tiberíades tengo quebraderos de cabeza!

Se puso en pie y colocó su mano ante los ojos a guisa de pantalla, resguardándose del sol de la tarde:

—Me estoy preguntando dónde se encuentran las barcas.

Ésta es la hora que, de costumbre, regresan de la pesca.

—Una multitud considerable se ha reunido al otro lado del lago —explicó José—. Vi muchas barcas por allí mientras descendíamos por el camino de Magdala.

En los rasgos del rostro de Pilato se reflejó la preocupación:

—El que los galileos se reúnan en grupos no presagia nada bueno. ¿Qué hacían? ¿Gritaban enfurecidos contra Roma?

—En absoluto. Hadja me dijo que escuchaban al maestro a quien llaman Jesús de Nazaret.

—¿Ese que pasa por curandero?

—Sí, el mismo. En tiempos pasados ya existía más de uno.

—Ya lo sé. Sólo que ya ves, Herodes intenta persuadirme de que éste empuja al pueblo a la rebelión, y siempre debo buscar dos sentidos diferentes, y a veces opuestos, en la menor cosa que me diga. ¿Opinas —dijo entonces, con brusquedad, el Procurador— que debo llevar a Pila a Jesús?

José, cogido de improviso, vaciló antes de dar su respuesta.

No la había encontrado aun cuando Pilato prosiguió:

—Poco importa. Eres lo bastante honrado para contradecirme si crees que debes hacerlo. Y si no estás de acuerdo conmigo, quizá me mostrara furioso contra ti. Casi estoy resignado a que mi hijo sea siempre deforme; ésta es una de las causas de la suerte injusta que me ha tenido aislado, apartado, en Judea, cuando hubiera podido ocupar una alta posición en el Imperio. Y no obstante…

Calló, y durante un buen rato permaneció silencioso. Después dijo:

—¿Has oído decir que Jesús resucita a los muertos?

—Me han hablado de un milagro —respondió José—, aunque ignoro si lo fue.

—¡Por consiguiente, tú también dudas!

—He visto morir a mucha gente, y nunca he visto a nadie volver a la vida. Si la hija de Jairo estaba verdaderamente muerta, como la gente asegura, y si fue resucitada, en ese caso sí sería un milagro.

—Ésta es la razón por que te he convocado —dijo entonces Pilato—. Deseo que hables con un cierto Jairo, de Cafarnaúm, y descubras toda la verdad. Además, ya que irás allí podrías escuchar a Jesús de Nazaret y si enseña algo que ataque a Roma… Pero no, no estaría bien que te propusiera que espiaras a alguien de tu propia raza. Puedo descubrir eso por mí mismo. Ocúpate sólo en saber lo que concierne a esa niña.

Los funerales de Gayo Flaco se efectuaron al tercer día que siguió a su muerte. Mucho antes de la hora, la ciudad estaba llena de carros y de sillas de manos de oficiales y funcionarios romanos. El rango en el orden ecuestre del tribuno fallecido y su cargo de comandante en jefe de todas las tropas de Roma en aquella región, ofrecían al Procurador la ocasión de un inmenso despliegue de fuerza militar que serviría tanto para descorazonar a los galileos, en el caso de que, en efecto, prepararan una sublevación, como para recordar a Herodes Antipas que Poncio Pilato, el más alto funcionario de la región, después del legado de Siria, disponía de un poder considerable y que no se sentía dispuesto en lo más mínimo a permitir que se olvidara la potencia militar de Roma.

El *dissignator* —que éste era el nombre del maestro de ceremonias romano— ocupó su lugar delante de la casa mucho antes de la partida del cortejo fúnebre, para disponer el orden de marcha. A su lado se encontraban los lictores con su haz, emblema universal de la justicia civil romana. El cuerpo del comandante difunto se encontraba tendido en el féretro, suntuosamente tapizado de seda y colocado en el centro del atrio, y en los altos apliques de oro ardían unas antorchas, suscitando una danza de luz y de sombras entre las palmas, las coronas, las flores y las cintas colocadas alrededor.

A la hora prevista sonaron las trompetas de las tropas personales de Gayo Flaco, y los portadores —todos ellos oficiales directamente bajo su mando— entraron y colocaron en sus hombros el féretro descubierto. En el exterior esperaba el carro del tribuno, tirado por cuatro caballos rápidos, que a él le agradaba conducir a una velocidad fantástica a través de ciudades y pueblos, dejando más de una vez tras sí cuerpos destrozados o muertos, sin que ello le preocupara lo más mínimo. El féretro fue colocado en el carro, debidamente acondicionado.

El carro del *dissignator* avanzaba en cabeza del cortejo, precedido por seis trompetas uniformados que abrían la marcha.

Venían en seguida los plañideros profesionales vestidos con largas túnicas blancas y que entonaban solemnes himnos fúnebres; sus rostros aparecían pintados de blanco y se golpeaban el pecho con un dolor enteramente profesional. Los danzarines, mimos y flautistas, que les seguían, formaban con ellos un curioso contraste, evocando, con sus gestos, sus actitudes y la música, los triunfos militares y políticos del difunto.

Erguido, frío y altanero, de uniforme y con el pecho cubierto de medallas, Poncio Pilato, de pie en su carro, no miraba ni a derecha ni a izquierda.

No pudiendo ir acompañado hasta la hoguera funeraria por las efigies de sus antepasados —las imagines de su familia encontrábanse en las alae del atrio de su palacio romano—, Gayo Flaco iba acompañado de pancartas llevadas por sus oficiales; en cada una de ellas aparecía escrito el nombre de uno de sus ascendientes y algunas palabras resumían los hechos culminantes de su carrera.

Después de ellos, en la silla de manos de Poncio Pilato, con las cortinillas entreabiertas, iba Claudia Prócula. Detrás de esta silla, adornada con águilas romanas, marchaba, conducido por el primer caballerizo, el caballo favorito de Gayo Flaco, ricamente enjaezado de oro, con una silla vacía en el lomo, y después del caballo de batalla, una columna de soldados llevando las insignias y los trofeos del jefe, precedía a cincuenta líctores que llevaban su haz invertido y un grupo de portadores de antorchas encendidas, aunque fuera de día, reliquia de un tiempo en que los entierros, en Roma, se efectuaban por la noche.

Entonces, solo, rodaba el carro fúnebre que llevaba el féretro descubierto donde reposaba, magnífico en su uniforme de gala, color de púrpura, tan bello como si estuviera vivo, un Gayo Flaco dormido…

María había escogido desfilar entre las otras esclavas, las cuales, por propia voluntad de su dueño difunto, se convertían en libertas. Iba ella vestida de negro y con el cabello enteramente tapado; sin embargo, no por ello su belleza dejaba de resplandecer entre quienes la rodeaban.

Sin tomar parte en el desfile, José marchaba al lado de las esclavas, junto a la muchedumbre.

El pueblo de Galilea no había amado nunca a Gayo Flaco; si, atraído por curiosidad, afluía al paso del cortejo, no daba ninguna señal de tristeza, e incluso, si hubiera habido menos militares armados, algunos se hubieran burlado o lanzado alguna pulla. Prudentemente, todos guardaron silencio, hasta el paso de las esclavas y, entre ellas, María.

Entonces, con gran sorpresa de José, un hondo resentimiento recorrió la multitud, como una ola que corre por la superficie de un estanque. Una mujer, al pasar María cerca de ella, escupió, llena de desprecio, la palabra que José oyó aplicar por primera vez, en Tiberíades, años antes, a la adolescente que ella era entonces: ¡*Meretrix*!

—¿Por qué le decías eso? —le preguntó a la mujer de cara astuta de zorra—. Es una esclava como las otras.

La mujer le miró con aire de sospecha:

—¿Sois extranjero de Ja región?

—Soy médico en Jerusalén —respondió sin apartarse de la verdad.

La otra le explicó:

—La mujer vestida de negro se llama María de Magdala, pero no es una verdadera esclava. Es una judía, una antigua danzarina, que prefirió seguir a su amante romano a vivir con los suyos.

—¿Cómo sabéis esas cosas?

—¡Galilea entera lo sabe! El tribuno Gayo Flaco lo contaba en todas las tabernas, porque sabía que oír decir que una mujer de su raza era adúltera humillaría a los judíos.

—Pero —protestó José— ella va entre las esclavas.

—Lo hace para disimular su pecado, ahora que el hombre tras el que iba ha muerto. ¡María de Magdala debería ser lapidada como cualquier otra mujer adúltera!

Mientras José hablaba con la mujer, María había continuado su camino.

Ahora, las tropas romanas que iban a desfilar ante la hoguera pasaban ante él, y el trueno de sus pies calzados de cuero impedía toda conversación. Centuria tras centuria, todas con equipo de batalla completo, pasaban, cada una de ellas conducida por su capitán. Después desfiló la caballería, al paso, y en la punta de sus lanzas ondeaban pendones de vivos colores.

Finalmente llegaron —formando un gran tumulto— los equipos de asalto, máquinas pesadas llamadas ballistae capaces de lanzar hasta un octavo de milla de distancia bolas de piedra casi la mitad de pesadas que un hombre; la catapulta, arcos enormes utilizados para lanzar a grandes distancias largas flechas inflamadas, y otras máquinas no menos formidables.

El aspecto era impresionante, pero José, para poderlo apreciar, estaba demasiado preocupado por la mujer que calumnió a María.

María, que gracias a la muerte de Gayo Flaco había logrado llegar sana y salva a la libertad, ¿debería enfrentarse con otras no menos graves dificultades, ocasionadas por gentes a cuyos parientes en alguna ocasión salvara la vida en Alejandría y que la juzgaban mal? Era aquél un pensamiento que le inquietaba mucho.

En el cementerio, fuera de las puertas de la ciudad, se había alzado una hoguera fúnebre. El cuerpo del tribuno iba a ser incinerado en ella; después sus cenizas serían reunidas y enviadas con gran pompa a Roma, para descansar en el columbarium que guardaba los restos de sus antepasados.

Al llegar a la necrópolis, el cortejo funerario se formó conforme a las instrucciones del *dissignator*, delante de una plataforma erigida delante de la hoguera, y desde donde Poncio Pilato pronunció un extenso elogio del difunto, elogio en el curso del cual deslizó con mucha habilidad algunas frases que daban a entender que aquella fuerza romana, que acababa de presentarse pacíficamente a la vista de todas las miradas en un cortejo de duelo, podía muy bien, en caso necesario, servir para

calmar las veleidades imprudentemente tercas de los judíos.

La lección era tanto más precisa y clara cuanto que, visible exactamente delante del cementerio, se elevaba la montaña en el flanco de la cual Judas el gaulonita y dos mil judíos habían sido crucificados. Entre los asistentes había más de un judío que aún lo recordaba…

Una vez terminada la oración fúnebre, el lujoso féretro fue llevado hasta la cima de la pira y colocado en el centro.

A una orden del *dissignator*, los esclavos empuñaron la silla de Claudia Prócula y las mujeres de la casa del muerto la siguieron.

Poncio Pilato lanzó con su propia mano la antorcha que hizo arder las ramas secas colocadas al pie de la inmensa pirámide y ésta ardió en seguida.

En pocos instantes, corriendo y crepitando a través de los troncos secos, las primeras llamas alcanzaron la cúspide.

Capítulo VII

EN EL QUE SE COMPRENDE QUE PONCIO PILATO SE VE COGIDO ENTRE LA INTENSA CONGOJA DE SU MUJER Y LA POSIBLE CÓLERA DE ROMA

JOSÉ NO PERMANECIÓ cerca de la hoguera hasta el final de la ceremonia, sino que se apresuró a regresar a la ciudad, siguiendo la silla de Claudia Prócula, a quien acompañaban las mujeres.

La masa del pueblo era aún densa y, si el reducido cortejo progresaba con lentitud por las calles llenas de gente, el médico, que avanzaba sólo a alguna distancia, andaba más despacio aún, de manera que cuando llegó a la villa, María se había ido ya a descansar en el jardín cerrado, que era uno de los principales lugares de las casas, bajo aquel agradable clima.

Aparecían oscuras ojeras debajo de los ojos de la joven, que explicaban la fatiga de aquella pesada jornada y de tantos penosos días precedentes, pero la sonrisa con que acogió a José cuando apareció en el jardín, bastó para apresurar los latidos de su corazón.

Ella le tendió las manos y él, dejándose caer de rodillas ante ella, las tomó y las llevó a sus labios.

—¡Libre, María! —exclamó—. ¡Libre! ¡Por fin libre!

—¡Querido José!

Ella misma se acurrucó entre el círculo de sus brazos, en aquel puerto a que esperó acogerse durante los largos meses que estuvieron separados desde aquel día fatal, en Alejandría.

—¡José querido! ¿Qué haría yo sin ti?

—En adelante nada te impide separarte de mí —dijo él con dulzura.

—Tú no puedes imaginar lo que representará para mí tener otra vez a mi lado a alguien que piense y se cuide de mí —susurró ella contra su hombro—. Cuánto más sencillo hubiera sido todo si hubiese escuchado a mi corazón, allí, en Magdala, en cuanto comprendimos que nos queríamos. Sin embargo, en tal caso… sin duda hubieras sido un médico desconocido de pueblo, y nunca hubieras llegado a convertirte en médicas vísceras en el Templo de Jerusalén, el más famoso de Judea y de Galilea.

—Si lo desearas, abandonaría todo eso ahora mismo; no tienes más que decirlo. Regresa conmigo a Jerusalén, o pídeme que me quede en Magdala; lo que quieras —suplicó él— con tal de no separarnos nunca más.

Ella le miró con toda atención, estudiando su rostro.

—¿Qué has escuchado hoy que te ha turbado? ¿Qué te sucede?

—Nada. Habladurías ridículas.

—Yo también las he oído. Entre la muchedumbre se decía que he vivido con Gayo Flaco porque soy una prostituta. No es la primera vez que lo dicen.

—Los que te conocen, nunca lo creerán.

—Es cierto —dijo ella—. Los que me conocen comprenden, pero los otros son mucho más numerosos.

—Sin duda. No obstante, lo que dicen no tiene ninguna importancia.

¿Regresarás conmigo ahora?

Ella movió la cabeza, cariñosamente:

—Todavía no, José. Tú también eres judío y sabes lo que representa ser impuro. Debo purificar mi cuerpo, y también mi alma, por medio de la plegaria y la meditación, a la manera de nuestro pueblo. Mañana Hadja y yo regresaremos a la casa de Magdala, y durante todo el invierno viviré allí, en la soledad y el recogimiento, rogando al Altísimo que me purifique y me ayude a comprender su voluntad. Además, deseo seguir las enseñanzas de Jesús, ya que aportan al alma reposo, paz y claridad.

Cuando la primavera reine otra vez sobre Galilea, podremos unirnos como lo hubiéramos hecho hace años. Entonces decidiremos el lugar donde habremos de vivir.

—Pero, María…

—Concédeme este tiempo para purificarme de la mácula que he sufrido. Después, me será posible venir hacia ti, limpia y clara, como lo hubiera hecho si la suerte y el Altísimo nos hubieran dejado en Magdala.

Él no discutió más porque comprendía las razones que la impelían a esperar, pues ella no podía decidirse a entregarle en matrimonio un cuerpo contaminado por el mal.

—¿Estarás segura en Magdala? —preguntó él, sin embargo, ya que en el fondo dudaba de ello.

—Hadja no se separará de mí, y por otra parte las habladurías cesarán en cuanto encuentren otro tema en que ejercitarse…

¡Eso, sin duda, no tardará en ocurrir!… ¿Regresas mañana a Jerusalén?

—No. Pilato me ha pedido que investigue sobre la resurrección de la hija de Jairo.

—¡Ah! ¿Por qué?

—Debe de querer asegurarse de que está en Jo cierto, que tiene razón al prohibir a Claudia Prócula conducir su hijo a Jesús. Está conturbado. Después de todo, el gobernador es un hombre y un padre, y quiere a Pila.

—Si él permite a su mujer conducir Pila a Jesús, seguramente eso allanaría el desacuerdo entre él y Claudia —dijo María, pensativa—. Estoy segura que ella le perdonaría su inestabilidad de carácter y su crueldad, pero nunca el que deliberadamente prive a su hijo de una posibilidad de curación.

José no respondió nada, pero en su fuero interno pensaba, por haber leído en el

espíritu del Procurador, a quien conocía desde hacía mucho tiempo, que en contrapartida del perdón probable de su mujer veía una peligrosa certeza: Roma no se lo perdonaría. Y eso…

María insistía:

—Intenta descubrir la verdad, José —suplicó ella—. Si Jesús resucitó verdaderamente a la hija de Jairo de entre los muertos, ¿por qué no podría haber esperanza para Pila, que sólo es deforme? Y entonces, quizá, Poncio Pilato también creería en el misericordioso poder del Altísimo…

«Eso es precisamente lo que él teme», pensó José sin decirlo.

Lo prometió.

Capítulo VIII

EN EL QUE SE VE A MARÍA, CONDENADA POR LOS PECADORES, SER PERDONADA POR EL JUSTO

DESPUÉS DE DEJAR a María en la casa de Magdala bajo la custodia de Hadja, José se puso en camino, lentamente, a primeras horas de la tarde, para ir a visitar a Jairo.

Por el camino que descendía por el flanco de la colina, y siguiendo después por la orilla hasta la ciudad de Cafarnaúm, la distancia era corta. El médico encontró sin dificultad el camino de la casa de Jairo, a poca distancia de la sinagoga.

Jairo, uno de los más antiguos y de los más sabios de la comunidad judía, formaba parte de los «jefes de la sinagoga», aquellos que se sentaban en la plataforma de honor, más elevada que la asamblea de los fieles. Respetados y honrados por todos por su sabiduría y piedad, eran con frecuencia consultados, fuera de la sinagoga, por ciertos correligionarios suyos deseosos de ser eficazmente informados sobre puntos de conducta o sobre problemas relativos a la observancia de la ley.

Jairo, que se hallaba trabajando en su tienda cuando el joven entró, se dispuso en seguida a conducirle cortésmente a un pequeño jardín, alrededor del cual se habían edificado la casa, la tienda y el taller.

—Todos nosotros, los ribereños del lago, nos sentimos orgullosos de tu éxito en Jerusalén —dijo con simpatía el anciano—.

Sobre todo, porque eres galileo.

Mientras tomaban el refrigerio acostumbrado —vino y pan de especias—, el joven médico dijo con un tono sin matices:

—He oído decir que tu hija estuvo enferma.

El otro se puso en seguida en guardia y le observó con atención.

—¿Qué vienes a buscar aquí, José? ¿Los que gobiernan el Templo de Jerusalén se encuentran preocupados por los milagros que hace Jesús de Nazaret?

—Hemos oído hablar de Jesús en Jerusalén, evidentemente —reconoció el joven —, pero mi objeto al venir aquí es otro y muy preciso. Si el nazareno, como he oído decir, resucita en verdad a los muertos, quizá pudiera aliviar al hijo de Poncio Pilato.

—¿El que tiene el pie deforme? Sí… comprendo, en efecto, que Pilato desee saber… pero Jesús cura por la fe en el Altísimo.

¿Poncio Pilato tendría esa fe?

—Su mujer la posee; él, no lo creo. Pero pidió que viniera.

—No puede negarse que el Procurador ignore o descuide la más pequeña cosa que suceda a los judíos, lo mismo en Judea que en Galilea. ¿Estás seguro de que no te

ha enviado para espiar al maestro de Nazaret?

José protestó, sinceramente indignado:

—Yo no soy espía y Pilato no pensaría en mí para tal oficio.

Busca sólo saber cómo Jesús cura a los enfermos y 5/ realmente puede resucitar a los muertos.

Jairo dijo:

—Tú tienes una reputación de hombre de bien, José, es cierto. ¿Qué deseas saber en lo que concierne a mi hija?

—Si Jesús de Nazaret la resucitó, en verdad, de entre los muertos, como pretende el rumor público.

—Tú me formulas una pregunta a la cual me es imposible responder de manera a la vez formal y leal. Te contaré exactamente lo sucedido y tú extraerás la conclusión. Mi hija padecía una fiebre que la hacía dormir la mayor parte del tiempo. ¿Recuerdas al médico Alejandro Lysímaco, verdad?

—Ya lo creo; yo fui durante bastante tiempo ayudante suyo en Magdala.

—Es verdad, ¿cómo pude olvidarlo? Ahora lo recuerdo. Tú sabes, por consiguiente, que es un médico capaz y serio y un hombre honrado. Alejandro Lysímaco había perdido toda esperanza respecto a mi hija; entonces me dirigí al lugar donde Jesús predicaba, a orillas del mar, con la intención de rogarle que viniera a curarla como curara a otro. Cuando le vi caí a sus pies y le supliqué: *Mi hija pequeña está muñéndose. Ven a imponerle las manos y ella vivirá*.

—¿Qué respondió él?

—Jesús no dijo ni una sola palabra, pero me miró como si viera hasta el fondo de mi alma y después sonrió, se levantó, descendió de la roca sobre la cual predicaba, y se puso en camino para acompañarme. Parecía saber perfectamente adonde se dirigía, aunque nunca me había visto.

—La gente te conocía por ser tú el jefe de la sinagoga —subrayó José—. Pudo muy bien dejarse conducir por ella.

—Es posible, en efecto —admitió Jairo—. Por eso no he dicho que «Él sabía», sino que «parecía saber» adonde se dirigía.

Una gran multitud lo rodeaba, amenazando aplastarle.

Al acercarnos a la casa, uno de los que se encontraban allí salió a mi encuentro, gritando que la niña estaba muerta y que era inútil importunar ya al maestro.

—¿Alejandro Lysímaco había comprobado su muerte?

—No estaba aquí en aquel momento. Pero aquellos que, mientras yo iba en busca de Jesús, habían permanecido cerca de la niña y la miraban, aseguran que la vida la había abandonado.

Ahora bien, cuando Jesús oyó aquellas palabras, dirigiéndose a mí me dijo: *No temas. Cree y vivirá*.

—¿Estás seguro de que ésas son las palabras exactas? —preguntó José, porque le pareció haber puesto el dedo sobre lo que buscaba.

—Te he contado con toda exactitud lo que me dijo. Es extraño. Yo le conocí carpintero en Nazaret y trabajando en su oficio en Seforis. Él era entonces, o parecía serlo, un hombre como los demás… como todo el mundo… pero ahora el poder mismo del Altísimo debe de haber descendido sobre él; es un hombre distinto.

»La gente se echó a reír cuando aseguró que mi hija no estaba muerta, ya que habían tapado incluso su rostro con la sábana. Él entró en la casa y dijo a las plañideras y a los flautistas: ¿*Por qué tanto ruido*? *La niña no está muerta, duerme*.

Y como todos reían y se burlaban de él, los echó de la casa, quedándonos sólo su madre, yo y dos o tres parientes. Él alzó la sábana, tomó la mano de la niña y dijo: «*Yo te lo digo, niña, levántate y anda*».

»Ella obedeció en seguida; cuenta doce años.

—¿Cómo se encuentra ahora?

—Tan bien como tú y como yo. El Maestro nos recomendó encarecidamente que nadie lo supiera, pero eran muchas las personas que la habían visto muerta y que después la vieron andar. Su asombro fue enorme, lo contaron y pronto el rumor corrió por toda la región.

—Sin embargo, de acuerdo con tu relato, Jesús mismo dijo que no estaba muerta, sino dormida.

—Eso fue lo que dijo. Pero yo mismo, al mirarla, tuve la certidumbre de que ya no estaba viva.

—¿Crees que efectivamente fue resucitada?

Jairo, con un movimiento de cabeza categórico, confirmó su punto de vista:

—Algunos escribas y algunos fariseos llegaron aquí el día siguiente y me acribillaron a preguntas, esforzándose en presentarme el hecho como ellos deseaban que fuera, procurando que me contradijera, ya que desearían apoderarse de Jesús e intentaban tenderle un lazo.

—¿Y por qué desean que caiga en una trampa? Él no hace daño a nadie, y según lo que dice la gente, mucho bien.

Jairo se encogió de hombros ante tanta ingenuidad:

—Según los fariseos, la ley es más importante que los actos, ya que, siguiéndola al pie de la letra, creen asegurarse una vida después de la muerte. Si la gente se pone a creer que el Altísimo es misericordioso y perdonará con facilidad los pecados y los errores, ¿quién seguirá a los fariseos y a los escribas?

José sabía, por propia experiencia en Jerusalén, que Jairo no se equivocaba lo más mínimo. Los espíritus estrechos, obsesionados por el código severo transmitido en la cima del monte Sinaí, y por los mil detalles opuestos y contradictorios que constituían «la ley moral», llegaban con frecuencia a olvidar la enseñanza divina en

lo que tiene de más importante, por ejemplo en lo que concernía al amor al prójimo —la caridad— y las acciones rectas y buenas. Con su celo fanático y estrecho, nunca habían vacilado en lapidar a los mejores de entre ellos si no parecían reverenciar el texto formal de la Ley como consideraban que debía ser reverenciada. La letra, en ellos, mataba con frecuencia el espíritu, y a veces incluso el cuerpo.

Enterado por Jairo de cuanto deseaba saber, José se despidió de él para subir la pendiente que lo conduciría de nuevo a Magdala.

Apenas había alcanzado los aledaños del pueblo cuando se dio cuenta de que algo anormal sucedía.

Las calles más exteriores aparecían extrañamente desiertas, de manera que se oía perfectamente, en el silencio que las rodeaba, un fragor formado por numerosas voces, en el que destacaban gritos furiosos, como si una multitud se hubiera reunido en la calle de los Griegos, de donde procedía el ruido.

Repentinamente, una horrible aprensión le oprimió el corazón, y apresuró el paso hasta enfrentarse pronto con una masa que taponaba las calles principales del pequeño pueblo.

Nadie, sin embargo, parecía saber lo que en realidad sucedía, pero, como sucede en todas las multitudes, la excitación crecía —la masa no necesita saber para excitarse— y podía de un momento a otro convertirse en peligro violento para aquel contra quien se dirigía. Pronto, después de haberse deslizado lo mejor posible, sin recorrer mucho trecho, José se encontró atascado e imposibilitado de avanzar un paso contra el carro de un vendedor ambulante. El médico le tiró de la manga:

—¿Qué es lo que sucede allí abajo?

—Los escribas y fariseos se han apoderado de una mujer acusada de adulterio, e incitan a la muchedumbre contra ella.

—¿De quién se trata? —preguntó el médico, recordando lo que oyera durante la fúnebre conducción de Gayo Flaco.

—No podría decirlo… pero sus cabellos son tan rojizos como el cobre de Chipre y la protege un negro del desierto, muy alto.

—¡María! —exclamó él, lleno de pánico.

¿Había ella escapado de la esclavitud para ser entregada al imbécil furor popular? ¡Eso era lo que él temía! Extrajo de su bolsa un denario de oro y lo colocó en la mano del hombre:

—¡Cuéntame todo lo que hayas visto! —dijo—. ¿Han comenzado ya a lapidarla? —(Éste era el método tradicional de castigo por infracción de la ley judaica, como la crucifixión lo era para los romanos).

—Hay un hombre al lado de la mujer —gritó su informador— y los que acusan a la mujer parecen discutir con él y exponer sus puntos de vista. ¡Oh! Ahora veo muy

bien… Es el Maestro a quien ellos llaman Jesús de Nazaret… Parece que le piden que juzgue a la mujer del cabello rojo.

José comprendió en seguida que a los escribas y a los fariseos se les ofrecía la ocasión de ganar por partida doble, al presentarle a Jesús aquel lazo. Los judíos de Galilea estaban convencidos de que ella había vivido con el tribuno por voluntad propia, por viciosa y por ávida, y que la etiqueta de adúltera que le colocaban era, pues, legítima. Era preciso que alguien le contara la verdad a aquella muchedumbre. Sólo podían hacerlo María y Hadja —a quienes se negarían a escuchar— o él mismo, él, José de Galilea, conocido en todas partes y favorable y honorablemente estimado. De todas maneras tendrían que escucharle. De él dependía ser lo bastante convincente.

Intentó abrirse camino, pero la masa humana se alzaba ante él como una muralla. A aquellos que empujaba, lo rechazaban y respondían a sus codazos con puntapiés, injuriándole sin apartarse y sin tomarse el trabajo de volver la cabeza. De pronto se le ocurrió un medio. Tomó de su bolsa varias monedas de oro, y se las enseñó al vendedor.

—¡Pronto! Si logras abrirme paso con tu mula y tu carro, estas monedas de oro serán tuyas.

Con un ademán rápido, el hombre se apoderó de las monedas y casi simultáneamente golpeó con el látigo a su mula, la cual, sin esperar a que el castigo se repitiera, partió inmediatamente y con tanta rapidez que el joven médico apenas tuvo tiempo de subir al carro. Todo ello sucedió tan de improviso, que en pocos segundos llegó a la primera fila y se encontró, en un espacio vacío, ante un cuadro terriblemente dramático, mientras el carro desaparecía atravesando la muralla de gente en la parte opuesta.

Con la espalda apoyada contra la puerta de la casa en donde ella viviera con Demetrio, María se mantenía de pie, cara a la turba, con Hadja a su lado. Llevaba el mismo traje negro que usara la víspera al desfilar con las esclavas, pero el chai oscuro que cubría sus cabellos se había deslizado hasta sus hombros. Aunque se encontrara ante una muchedumbre que la acusaba enfebrecida de odio y furor, ella no revelaba ningún signo de temor, y la presencia de José no logró siquiera desviar su mirada del rostro de Jesús; una mirada en la que brillaba una luz de fe total, de adoración completa.

Era la primera vez que José veía a Jesús, pero éste se parecía tanto a la descripción que de él hiciera Nicodemo, que le pareció hallarse ante una figura familiar. Comprendió entonces por qué Nicodemo había dicho: *No es sólo lo que él enseña lo que hace creer en Jesús. Es algo que emana de él mismo, algo que no resulta fácil explicar con palabras.*

Jesús permanecía tranquilamente cerca de María y de Hadja, escuchando con

atenta serenidad las exhortaciones inflamadas de un hombre muy alto a quien su vestido con franjas designaba como fariseo. El Maestro era esbelto, delgado, algo más alto de lo corriente, con un rostro inteligente y bueno. Lo más notable en él eran sus ojos, de un resplandor sorprendente, como si el fuego de su alma brillase en ellos y quemase con un ardor más vivo que en los otros hombres. Era pálido y sus rasgos le daban más el aspecto de un sabio y de un soñador que el de un hombre de acción, de lucha y de vigor. Y sin embargo, él había atraído a su lado a hombres cuya vida sólo era acción, lucha y esfuerzo manual, como Simón y los hijos de Zebedeo (que se encontraba precisamente detrás de él) y éstos, una vez atraídos por él, lo habían abandonado todo para no abandonarle más.

Mientras escuchaba la exposición apasionada del acusador, Jesús parecía pensativo, sin aparentar censura ni resentimiento por los modales despreciativos del hombre que denunciaba a María.

—Maestro —concluyó diciendo el fariseo—, está demostrado que esta mujer es adúltera, y Moisés, en su ley, manda que las adúlteras sean lapidadas. ¿Qué dices tú a esto?

Entonces se dirigió a ellos y respondió:

—Que aquel que esté libre de pecado, lance la primera piedra.

Y, habiéndose inclinado de nuevo, siguió escribiendo en el polvo del suelo.

El fariseo que había actuado como acusador público, miró al Maestro con asombro. Después, lanzando una mirada alrededor, hacia quienes le habían empujado a intervenir, pareció preguntarles: «¿Quién de entre vosotros está lo bastante seguro de no haber pecado nunca para lanzarle la primera piedra?

El aspecto asustado y estupefacto de su rostro era tan cómico, que alguien entre el auditorio se echó a reír ante aquella expresión desconcertada.

¡Nada cambia mejor la opinión de una masa que la risa?

Aquello comenzó por el acusador mismo, que unos momentos antes se presentaba lleno de arrogancia, seguro de poner en un aprieto al hombre de Nazaret. Agachando la cabeza y los hombros, desapareció lo más discretamente posible entre una multitud que ahora lanzaba carcajadas.

Unos después de otros, comenzando por los de más edad, puesto que a ellos correspondía comenzar a lapidar a los culpables condenados por la justicia, los acusadores de María desfilaron por delante del grupo y se marcharon en silencio. Al darse cuenta que la causa estaba perdida, escribas y fariseos desaparecieron lo más rápidamente posible para escapar a las risas del populacho, apresurando alejarse de un hombre que podía, con unas cuantas sencillas palabras, deshacer sus planes mejor combinados.

Una vez terminado el drama, la multitud desapareció a su vez, quedando únicamente allí María, Hadja y José, y a algunos pasos de ellos, el Maestro y, detrás,

sus discípulos.

Jesús, entonces, alzó los ojos y preguntó:

—¿Dónde están, mujer, los que te acusan? ¿Nadie, pues, te ha condenado?

Ella respondió en voz baja:

—Nadie, Señor.

Jesús le dijo:

—Yo tampoco te condenaré. Ve y, en adelante, no peques más.

Y, volviéndose, desapareció por un extremo de la calle de los Griegos, seguido por sus discípulos.

María permaneció inmóvil. Sólo cuando Jesús hubo desaparecido en el ángulo de la calle se volvió hacia José, y éste vio brillar en su rostro una sorpresa maravillada y el reflejo de una gran gloria.

Capítulo IX

QUIENES ESTUVIERON SEPARADOS POR EL MAL, SE ENCUENTRAN REUNIDOS; QUIENES FUERON REUNIDOS, SON DE NUEVO SEPARADOS POR EL BIEN

AQUELLA TARDE, en la casa de Demetrio, hubieran podido creerse retraídos al «tiempo feliz», si el anciano y querido músico no hubiera faltado, con su grueso vientre, su ojo burlón y su manera humorística de juzgar la vida y los hombres.

María y José insistieron en que Simón comiera con ellos.

El gigantesco pescador comenzó excusándose, debido a que Jesús, aquella tarde, se dirigía a pie a Nazaret y su deber era acompañar al Maestro, pero José logró que se quedara, prometiéndole conducirle a su Maestro al día siguiente, a lomos de camello.

Por primera vez desde hacía años, la casa de Demetrio volvió a oír los sones de la música. Hadja tocó su cítara y María cantó las canciones escritas por los poetas que habían amado aquella hermosa Galilea.

Cuando hubieron terminado de comer, permanecieron sentados alrededor de la mesa, saboreando el vino, sin el cual, en aquel tiempo y en aquellos lugares, ninguna comida se hubiera considerado completa. La conversación, amistosa y sencilla, se desarrollaba animadamente, cuando María preguntó con voz tranquila:

—Simón, ¿cómo es Jesús? Cuéntanos cómo es Jesús.

—¿El Maestro?

Un tono de respeto pasó por la voz cordial del pescador.

—¿Cómo explicártelo? Lo que uno siente está en él y en ti.

Ello se explica sin palabras.

—Cuando él me ha hablado hoy delante de la multitud, todo mi miedo desapareció, se evaporó —dijo María—. Era todo… como si él hubiera entreabierto el cielo ante mis ojos… y me hubiera mostrado el trono mismo del Altísimo.

Simón se volvió hacia José y le preguntó:

—¿Y tú? ¿Qué piensas tú de Jesús?

—Él ha salvado a María y ha impedido que la lapidaran.

—Aunque no existiera más motivo que ése, bastaría para que mi vida le pertenezca —respondió con sencillez.

Los cuatro se encontraban fatigados por una tan larga jornada, repleta de tantas emociones, y la velada no se prolongó mucho tiempo.

Cuando Simón y Hadja se dirigieron hasta las habitaciones del nabateo, donde pasarían la noche, María y José permanecieron en el jardín. Él atrajo hacia sí a la

joven y ella susurró dulcemente:

—¡Qué bueno es volver a encontrarse en casa!…

—¿Estarás ahora segura? Pueden presentarse nuevas dificultades.

—Jesús me protegerá —dijo ella con confianza.

—Él ya ha abandonado Magdala.

Entonces, ella se decidió:

—Mañana acompañaré a Simón a Nazaret, José. Cuando Jesús me dijo: «Ve, y en adelante no peques más», supe que mi deber era seguirle.

El anuncio de aquella decisión no sorprendió mucho al médico.

Cuando contemplaba a su bien amada desde la multitud, antes de poder llegar hasta ella, él vio la expresión de sus ojos y «supo» que algo sucedía en ella. Algunos instantes después, al ver la emoción que se reflejaba en su rostro, «supo» que no se trataba sólo de la alegría de haber escapado al suplicio… ni sólo de gratitud…

—Esto significa que hemos de abandonar nuestros proyectos —dijo él.

—Existen cosas que hemos de colocar más altas que nuestros deseos humanos… Ello, en realidad, nos hará más felices —ella colocó la mano en su brazo, persuasiva —, porque habremos pensado en alguien más que en nosotros mismos. Jesús es el Mesías, José. ¿Quién, sino él, podría perdonar mis pecados?

En aquel momento preciso, José supo con certidumbre la respuesta a la pregunta que le torturaba: ¡sólo la había vuelto a encontrar para volverla a perder!

Nazaret se extendía en una hondonada entre las colinas que dominaban el valle de Esdrelón, a un tiro de piedra de la Vía Maris. Encontraron allí a Jesús, que enseñaba en la plaza del Mercado, pero a su alrededor sólo había un pequeño grupo de oyentes, sin la más pequeña proporción con la gran masa que le seguía cuando hablaba en las ciudades populosas de las orillas del lago.

Cuando los tres amigos se acercaron, observaron a un pequeño grupo de hombres y de mujeres que, manteniéndose en el límite del auditorio, parecían vacilar en acercarse y se mostraban inquietos y preocupados por algo. José oyó a un hombre que, acercándose a Jesús, le dijo:

—Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y desean hablarte.

Jesús alzó la cabeza y preguntó, con una voz que flotó apaciblemente por encima de la gente:

—¿Y quiénes son mi madre y mis hermanos?

Aquel que había traído el mensaje le miró, incrédulo y asombrado, como si fuera necesario que un hombre estuviera loco para no conocer a su propia familia en la ciudad misma donde había nacido. Pero Jesús se contentó con alzar las dos manos por

encima de sus discípulos con un gesto que parecía atraer hacia él a todos los asistentes:

—He aquí a mi madre y a mis hermanos —dijo—. Quienquiera que escuche la palabra de Dios y haga la voluntad de mi Padre Celestial es mi madre y mi hermana y mi hermano.

Y como no se levantara para ir hacia aquellos que le requerían, algunos se pusieron a murmurar contra él. Pero Jesús parecía poseer la facultad anormal de oír las palabras que no eran pronunciadas, de oír incluso los pensamientos de los hombres, ya que, sabiendo que se escandalizaban por lo que hacía, dijo con un tono de suave reproche:

—Un profeta sólo no es honrado más que en su patria y en su casa.

Y no efectuó ningún milagro a causa de la falta de fe.

La mañana no había llegado aún a su mitad cuando Jesús interrumpió sus enseñanzas y, acompañado de sus discípulos, reemprendió el camino que los conducía hacia el mar de Galilea, seguido a distancia por una multitud que se alejaba progresivamente, de una multitud decepcionada, ya que no se había reunido por fervor, sino por ver al Maestro efectuar alguno de aquellos milagros de que se hablaba en Cafarnaúm y otras ciudades del litoral.

—Partimos, María —dijo Simón—. ¿Nos acompañas?

Ella volvió hacia José los ojos llenos de lágrimas:

—Es preciso —dijo ella—. Es mi obligación. ¿Tú sabes que es mi obligación, verdad?

Él sólo pudo hacer un gesto, pues grande era su pena al saber que la perdía otra vez, tan grande que le impedía hablar.

La besó en la frente, tierna, serenamente; le dio un largo apretón de manos y la dejó partir.

Ella corrió para reunirse con Simón y Hadja, que se habían adelantado algo, y José recordó la última vez que se separaron: él entonces creyó que era para siempre.

Cerrando los ojos, rogó al Altísimo, que los había reunido después de aquella horrible separación, que no permitiera que esta nueva separación fuera demasiado larga.

La sinagoga de Nazaret se hallaba situada a poca distancia de la plaza del Mercado, a la fresca sombra de algunos grandes árboles. La venida de la familia de Jesús entre la multitud, y la aparente denegación de los suyos, suscitaron la curiosidad de José. Ahora que se hallaba solo, le pasó por la mente que el *chazan* de la sinagoga podría sin duda aclararle aquella extraña circunstancia, y quizás ayudarle a ver claro y decidir de una vez qué información debía proporcionar a Poncio Pilato respecto a Jesús.

Un anciano, que efectuaba sus menudos quehaceres en la sinagoga, salió al oír los

pasos de José en el umbral y alzó hacia un cielo lleno de luz sus párpados:

—Soy Jonás, el *chazan* —dijo cortésmente al joven—. ¿Vienes a rezar al Altísimo?

El *chazan*, jefe espiritual de la comunidad, era a veces llamado su «apóstol».

El médico se presentó y durante unos minutos charlaron ambos amablemente de cosas sin gran importancia, después de lo cual el visitante se informó:

—¿Y qué piensa del Maestro llamado Jesús de Nazaret?

El anciano suspiró:

—Ha causado a su familia grandes penas. Hoy mismo, sus hermanos han venido a preguntarme lo que según mi opinión debían hacer.

—¿Qué entendéis por eso? ¿Hacer qué?

—Algunos lo consideran como un demente y desearían hacerlo encerrar antes de que suceda algo malo: supongo que sabes que Juan Bautista fue muerto por Herodes por haber sublevado al pueblo. La familia de Jesús teme que le ocurra lo mismo.

—Aquí, en Nazaret, ¿no se le considera, pues, como un gran hombre?

El anciano *chazan* alzó sus flacos hombros:

—Jesús creció siendo carpintero, hijo de carpintero, y sin muchos estudios ni ciencia. ¿Dónde ha podido adquirir la sabiduría que se le atribuye? ¿Y cómo puede llevar a cabo las maravillas de que se habla?

—Algunos le consideran como el Mesías —subrayó José.

El *chazan* movió la cabeza preocupado.

—En el libro del profeta Daniel, está escrito: «Entérate y comprende: desde la salida de la palabra de restablecer Jerusalén hasta un jefe ungido, el príncipe, el Mesías, hay siete semanas, y durante sesenta y dos semanas ella será reconstruida con calles, plazas y foso, y esto incluso durante la aflicción de los tiempos».

—Recuerdo ese pasaje.

—Este hombre a quien llaman Jesús de Nazaret es el hijo de un carpintero y no un príncipe.

La indignación tornaba aguda y estridente la voz del viejo judío:

—¿No se llama su madre María? ¿Sus hermanos no son Santiago, y José, y Simón y Judas?[8]

—Ayer le vi por primera vez —explicó José—, y sólo sé de él lo que oigo hablar.

—Yo digo la verdad —dijo el *chazan*, con convicción—.

¿Dónde ha aprendido este hombre todo eso? ¿Cómo el Príncipe de la Paz podría salir de un pueblo como éste?

El viejo suspiró antes de seguir:

—Siempre hay gente que en cuanto alguien alza la voz en la plaza del mercado, ya lo creen el salvador de Israel, porque esperan que Dios hable a sus oídos y no a su corazón. Pero olvidan que los libros de la Ley de los Profetas predicen la verdadera

venida de Aquel a quien se espera y la predicen exactamente, tal y como se producirá. ¿Deseas algo más de mí, joven?

—Tú me has dicho cuanto yo deseaba saber —dijo el otro—. ¡*Shalom*!

—¡*Shalom*, hijo mío! ¡Que el Altísimo te conceda la sabiduría y libre a Israel de los falsos profetas!

Capítulo X

EN EL QUE JOSÉ COMPRUEBA —Y NO POR PRIMERA VEZ— QUE SE PUEDE SER MÁS FELIZ POBRE, EN LA BELLA CAMPIÑA GALILEA, QUE RICO Y CÉLEBRE ENTRE LAS MENTIRAS, LAS AMBICIONES Y EL RUIDO DE LA CAPITAL DE JUDEA

LA TARDE ANDABA ya muy avanzada cuando José llegó a la villa de Tiberíades, donde el Procurador lo recibió con brusquedad:

—Te esperaba ayer —dijo—. ¿Viste a Jairo?

—Sí, pero como deseaba enterarme de algunos detalles concernientes al Maestro Jesús de Nazaret, esta mañana he ido a su ciudad natal.

Pilato le cortó la palabra, impaciente:

—¿Qué dijo Jairo? ¿Su hija fue resucitada realmente de entre los muertos?

—Las opiniones difieren. Jairo y los que velaban a la niña están convencidos de que estaba muerta. Pero Jesús llegó y les dijo: «*¿Por qué tanto ruido y tantas lágrimas? La niña no está muerta, sino dormida*». Y ordenó que se levantara y ella lo hizo.

Una expresión de alivio pasó por el rostro del gobernador, y José comprendió cuan profunda había sido la turbación de Pilato: si le hubiese asegurado que la niña había sido indudablemente resucitada de entre los muertos, en su amor por su mujer y por Pila, se hubiera sentido obligado a conducir a su hijo al curandero milagroso, y mendigar así de un judío lo que, para un orgulloso romano, hubiera sido un choque penoso.

—Cuéntame el asunto entero y con todos sus detalles —ordenó el Procurador— y procura no olvidar nada.

José se puso a hacer un informe minucioso y preciso de su conversación con el jefe de la sinagoga en Cafarnaúm, y cuando hubo terminado, Pilato dijo con tono firme:

—Por consiguiente, la niña vivía. Las palabras mismas del maestro lo atestiguan.

—A menos —sugirió el galileo— que Jesús deseara que el pueblo no se diera cuenta de lo que en realidad había hecho, cosa muy plausible, ya que recomendó explícitamente a Jairo que no hablara de ello.

Pilato entonces lanzó con rabia:

—¿Crees tú que exista un curandero capaz de impedir que la gente compruebe por sí misma que es capaz de resucitar a los muertos? ¡Bonita historia!… La niña no estaba muerta y el nazareno es un charlatán; lo que acabas de contarme no deja lugar a dudas.

José no dio su brazo a torcer:

—Jesús no es un fanático ni un charlatán, ni un impostor como hubo muchos. Estoy completamente convencido. Posee un extraño poder sobre los demás.

—Cualquiera que grite lo bastante fuerte será seguido por los galileos —contestó Pilato, decididamente desdeñoso—. Recuerda de qué manera los judíos se precipitaban hacia Juan Bautista. He oído decir que varios lo consideraban como el Mesías de quien tú hablas. ¡Pues bien! ¡Todo eso no impidió que su cabeza rodara bajo el hacha de Herodes!

—¿Es también exacto que el Bautista fue muerto porque Herodes deseaba complacer a una mujer?

Pilato se encogió de hombros como quien se importuna con pequeñeces de poca importancia:

—Juan debía morir. Los que le seguían eran demasiado numerosos y había comenzado a criticar al mismo rey Herodes.

Pero hubiera habido otros medios de desembarazarse del Bautista sin encarcelarle y, sobre todo, sin ofrecer su cabeza en una bandeja a esa prostituta de Salomé. Nosotros no podemos admitir una fidelidad parcial, tibia y dividida, por parte de quienes viven bajo la regla de Roma, José. Si el pueblo se dispone a seguir a un jefe que no sea el delegado del emperador, es preciso que ese intruso desaparezca.

—¿Significa esto que Jesús deberá también desaparecer?

—Evidentemente. Si el número de sus discípulos continúa creciendo. Pero espero que esta vez Herodes sea más sensato. La prisión y el martirio no son cosas que deban reservarse a los zelotas —tuvo una sonrisa fina como el filo de una daga—. ¿Has oído hablar de los *sicarii*, verdad?

José afirmó con un signo. Los asesinos profesionales, denominados *sicarii,* eran fanáticos renegados. Muchos de ellos eran supervivientes de los seguidores de Judas el gaulonita, y no todos eran judíos, ni mucho menos. Infectaban el país entero y constituían una fuente perpetua de complicaciones entre las autoridades judías y las romanas.

—Entonces no ignoras que el puñal de los *sicarii* está al servicio de quien esté dispuesto a pagarlo. El primer error de Herodes fue encarcelar a Juan. Si es hábil, y por poco que reflexione, se deshará de Jesús con mucha más sencillez.

Al día siguiente, muy de mañana, José abandonó Tiberíades para regresar a Jerusalén por la gran calzada del valle que seguía, en dirección al sur, la orilla occidental del lago y del río Jordán.

Algunas millas al sur de Tiberíades, atravesó Hammat, cuyas fuentes minerales calientes y sus termas eran célebres en toda la región. A pesar de la hora temprana, ya muchos enfermos, la mayoría de ellos encorvados y deformados a causa de sus articulaciones hinchadas y endurecidas, se dirigían penosamente hacia las piscinas

cavadas en la roca. Más al norte, cerca del punto donde la ciudad de Cafarnaúm se recuesta contra la orilla, José, al volverse, pudo ver la cascada de las Siete Fuentes, estación termal favorita de los viajeros que circulaban por la Vía Maris. Mientras proseguía su camino a lo largo del lago, un fuerte olor de pescado que se secaba al sol le advirtió de la cercanía de Tarichae: centenares de mujeres trabajaban debajo de grandes cobertizos blancos, cortando, vaciando, quitando las escamas, lavando y salando el pescado por toneladas, para alimentar a todos los mercados del mundo. La incesante charla de tantas voces femeninas formaba la propia voz de la pequeña ciudad.

En la orilla oriental de la copa en el fondo de la cual aparecía el lago, al otro lado de la brillante y resplandeciente superficie color de esmeralda, donde el sol hundía sus flechas de oro, las espléndidas villas romanas, superpuestas de terraza en terraza, cubrían el flanco de las colinas —cada una de ellas con su patio de lujosos azulejos y su jardín, que descendía por la pendiente por medio de gradas sucesivas— y se acercaban al agua fresca por medio de escalones de mármol. Muchas de ellas desaparecían entre los árboles, las flores y las viñas, que crecían en delirante profusión de arriba abajo de los montículos.

Más hacia atrás, en las montañas, se alzaba el vasto campamento romano, cuya guarnición mandara Gayo Flaco. Las tiendas de los legionarios ocupaban en filas paralelas y regulares la parte alta de las pendientes, y las blancas casas de los oficiales se reflejaban más abajo en el verde espejo del lago.

Más lejos aún, se elevaban las ciudades griegas de Hippos y de Gadara, con sus teatros y sus anfiteatros parecidos a palacios, su foro con columnas, sus amplios mercados y las cúpulas de sus templos brillando al sol. Aunque formaban parte de la Decápolis —así se llamaban las diez ciudades griegas hacia Oriente—, Hippos y Gadara estaban estrechamente aliadas a las ciudades de Galilea. La influencia griega de esta región tan próxima a la suya, y que le estaba tan unida, había afectado materialmente la vida de los habitantes de esta provincia tan poblada, mucho más que a Judea, donde los fariseos —sobre todo— en Jerusalén resistían obstinadamente a toda infiltración de ideas y de costumbres extranjeras.

No era, pues, sorprendente que aquellos que vivían, aunque fuera por pocos días, en este paraíso terrestre, la amaran después siempre, se decía José, atravesando a lomos de su camello el estrecho vado donde el Jordán, saltando por encima de las rocas, llevaba las aguas del lago hacia el Mar Muerto, a lo lejos, en el sur. Allí donde fuera, por lejos que viajara, el galileo pensaba siempre con ansia en la hora en que encontraría el lago de Tiberíades, que tanto amaba, y en las activas, prósperas y turbulentas ciudades de su litoral. Y ahora, de mala gana, guiaba su cabello a través del vado, ya que pronto la vista del lago desaparecería.

Era algo más que una simple nostalgia de belleza terrestre lo que le atraía siempre

hacia aquellas orillas luminosas y floridas, era también, y sobre todo, la certidumbre de que allí encontraría un sentimiento de paz, de alegría y de plenitud, que no conocía nunca en Jerusalén.

Y, retrocediendo en espíritu a los años ya transcurridos, veía que, a pesar de su riqueza, de su alta posición y de su renombre, era menos feliz hoy que en la época en que, adolescente, conducía su mula por entre los senderos escarpados que rodeaban el lago, su tarro de sanguijuelas y su *nartik* lleno de instrumentos y de vendas, batiendo los flancos del paciente animal.

Capítulo XI

EN EL QUE CAIFAS SE MUESTRA DECIDIDO A NO CREER NI A DEJAR CREER EN EL MESÍAS

A JOSÉ NO LE SORPRENDIÓ mucho ser llamado, unos días después de su llegada a Jerusalén, por el mismo Gran Sacerdote Anas, para que le visitara en su domicilio, próximo al Templo.

Tampoco se sorprendió al comprobar que la indisposición del anciano era tan leve que no justificaba la presencia de un médico.

Después de haberse retirado Anas, varios de sus hijos le habían sucedido en el cargo de Gran Sacerdote, que en la actualidad ostentaba su yerno Caifás: no obstante, era bien sabido que las manos de Anas no habían soltado las riendas y que los otros sólo actuaban de acuerdo con su voluntad.

Uno de sus hijos, Jonatán, había sido descartado de la sucesión paterna, y este «rebelde» —o este «independiente»— seguía, como siempre, intrigando con Herodes Antipas para hacerle proclamar rey de los judíos en Jerusalén, ya que el astuto tetrarca de Galilea pretendía ocupar en la Historia el lugar que alcanzara su padre, Herodes *el Grande*.

Todo cuanto ocurría a algún judío, más o menos sobresaliente, aunque fuera en Galilea, llegaba en seguida a conocimiento de Anas, que no se movía de Jerusalén ni tan siquiera de su domicilio.

Elías, el doctor de la ley ante quien José pasó sus exámenes que le valieran su diploma de *rophe uman*, se encontraba presente cuando el joven médico llegó. Caifás y varios otros personajes se encontraban allí, y cuando José, después de recetar para la tos del anciano una tisana emoliente, y cerrando su *nartik* se disponía a despedirse, Caifás, el Gran Sacerdote actualmente en ejercicio, se aclaró con solemnidad la garganta, preparándose a hablar.

Se trataba de un hombre alto y delgado, de rasgos duros, ojos acostumbrados a no mirar nunca a nadie cara a cara, lo que disminuía para su interlocutor las posibilidades de adivinar el verdadero pensamiento que se escondía bajo sus palabras.

En aquel instante, su frase, inofensiva, dejaba prever gran curiosidad:

—Según creo estuviste no hace mucho en Galilea.

—Estuve cuidando a Gayo Flaco en su última enfermedad.

—¿Hablaste con el Procurador?

Como sus relaciones con Poncio Pilato eran bien conocidas, la pregunta se dirigía hacia un objetivo más preciso. Evitando los circunloquios y sin ambages, José ganó tiempo y contó su conversación con Pilato y la misión cerca de Jairo. Le pareció que

el interés de su auditorio crecía a medida que avanzaba el relato, y cuando hubo terminado, Caifás preguntó:

—¿Sabes, por consiguiente, de manera positiva y absoluta, que la hija de Jairo no resucitó de entre los muertos?

—No sé nada positivo ni absoluto —rectificó él—. Sé, sencillamente, que Jairo me dijo que, mientras todos los asistentes y los que cuidaban a la niña, y después la velaban porque creían que era ya cadáver, la consideraban como muerta, Jesús dijo que no lo estaba.

—¿Recuerdas las palabras exactas de que se sirvió el nazareno?

—Era Elias el que ahora preguntaba.

—Las sé por Jairo, no por Jesús mismo.

—Jairo es un digno y excelente hombre, y el jefe de la sinagoga de Cafarnaúm. No tendría ningún motivo para mentir sobre esto.

—Según Jairo —José precisó—, Jesús, habiendo entrado en la casa, preguntó: *¿Por qué tanto ruido y tantas lágrimas*? *La niña no está muerta, sino dormida*. Y después, dirigiéndose a ella, dijo, tomándole la mano: *Niña, levántate*. Y ella se levantó en seguida.

Caifás recorrió con la mirada el círculo de hombres barbudos y dijo:

—Ya os dije que no puede hacerse ningún caso de los rumores de la multitud. Son gentes que convierten cualquier cosa en un milagro. No queda la menor duda de que la niña no estaba muerta.

—¿Viste tú mismo a Jesús de Nazaret? —le preguntó Elias.

—Sí. Le oí enseñar en Magdala y también en Nazaret…

Caifás le cortó la palabra:

—Tú dices que has oído hablar a Jesús. ¿Qué piensas de él?

—¡Ejerce un gran poder sobre el pueblo! Pero no he oído salir de sus labios nada que nuestros propios profetas, o nuestros propios maestros, no hayan anunciado o enseñado antes que él.

Caifás, hosco, protestó:

—¿Cómo? ¿No está predicando la revolución contra Roma y contra las autoridades legales del Templo?

—¡Yo no he oído nada parecido! —insistió con firmeza el médico.

Caifás utilizó su voz más despreciativa:

—¿Cómo, entonces, explicas tú que entre los discípulos de ese nazareno figure un hombre llamado Simón el Cananeo, que fue notoriamente partidario de Judas el Gaulonita y uno de los revolucionarios galileos? También entre ellos figura otro Simón, que fue un constante provocador cuando era pescador con Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, a quien los galileos apodaban «*Hijo del Trueno*» por el mismo motivo.

—He oído decir a algunos que Jesús es el Mesías —admitió José—, pero nunca oí a nadie hablar de rebelión ni acusarle de haber pensado en ello.

Anas volvió a la carga:

—¿Estás seguro de no haber oído ninguna blasfemia?

—Ninguna. Estoy completamente seguro. Enseñaba sólo cosas parecidas a las que he oído enseñar más de una vez, aquí mismo, en el Pórtico de Salomón, por maestros pertenecientes al Templo.

Una vez de regreso, José contó esta aventura a Nicodemo, que le dijo inmediatamente:

—¡Te encontrabas ante el Sanedrín político!

Todo Jerusalén sabía que aunque sólo existiera un solo Consejo legalmente constituido, de hecho gobernaban a los judíos dos Consejos. El Gran Sanedrín era el Consejo tradicional, que juzgaba sobre las cuestiones religiosas. Podía, si lo juzgaba justo, condenar a muerte por lapidación, según la ley judía, bajo reserva de la aprobación del gobernador romano. El otro Consejo no poseía existencia legal, pero gozaba de un poder considerable. Decidía, en particular, en lo concerniente a las relaciones entre la jerarquía sacerdotal y las autoridades romanas y, naturalmente, se componía de saduceos, ya que ellos formaban la aristocracia sacerdotal y los sacerdotes se reclutaban en sus filas.

Nicodemo prosiguió:

—Caifás domina el Sanedrín político de manera absoluta.

El mismo Elias, que es completamente honrado, opina lo mismo que Caifás: que «la paz bajo Roma» es preferible a la lucha por la libertad. No es necesario decir que los mercaderes, los sacerdotes y los cobradores de impuestos no desean ningún cambio en Judea, mientras Roma les permita enriquecerse a su modo.

—¿Por qué crees tú que están preocupados por el rumor que corre de que Jesús resucita a los muertos?

—José, tú has estudiado la lógica griega —dijo Nicodemo dirigiéndole una mirada divertida—. Un hombre, un simple hombre bonachón, como somos tú y yo, ¿podría devolverle la vida a un muerto?

—De ningún modo. Eso sólo puede hacerlo el Altísimo.

—Por consiguiente, si Jesús posee en realidad el poder sobre la muerte, eso significa claramente que es el enviado de Dios.

—Ya comprendo —dijo pensativamente José—; Jesús es, por consiguiente, el verdadero Mesías. Comprendo ahora por qué se sintieron tan aliviados de que no se hubiera envanecido de haber resucitado a la niña.

Nicodemo afirmó con un gesto:

—Caifás, de eso no hay duda, desea seguir ocupando el poder y,

consecuentemente, y esto tampoco puede ponerse en duda, le hace la corte a Poncio Pilato, cuyo favor busca. Sin embargo, no se atrevería a oponerse a quien fuera reconocido como el verdadero Mesías, el enviado del Altísimo. Caifás se niega a creer que Jesús de Nazaret es el Cristo, por lo cual ha aceptado como una verdad de hecho tu testimonio incierto.

Como tú no estabas seguro de que fuera así, Caifás está seguro de que no lo es. No obstante, Caifás sería el único que ignorara (y él no lo ignora) que el pueblo que sigue a Jesús es muy numeroso, y no se atreve a actuar por sí mismo. Incluso llegaría a creer —continuó Nicodemo— que en el fondo de su corazón espera que Herodes cometa con Jesús el mismo error que cometió con Juan Bautista, ya que cualquier cosa que haga Herodes para descontentar a una fracción del pueblo disminuye sus posibilidades de instalarse en el trono de Judea.

—¿No deberíamos advertir a Jesús, a propósito de ese Simón el Cananeo? Quizá no se dé cuenta del peligro que puede representar ese hombre.

Nicodemo sonrió:

—Entre nosotros te diré que yo opino que el Nazareno no ignora nada de lo que sucede en el corazón de los hombres que le siguen. Durante mi última visita a Roma, escuché a Séneca hablar en el Senado. Dijo, a propósito de Diógenes, algo en lo cual he pensado más de una vez a propósito de Jesús:

En un mundo de tramposos, de asesinos y de ladrones, ser la única persona a quien nadie puede dañar bien vale un reino.

Capítulo XII

BASTA QUE MARÍA PERTENEZCA A QUIENES LE SIGUEN —YA SEA EL MESÍAS O UN AVENTURERO— PARA QUE JOSÉ DESEE SU SEGURIDAD

LA VIDA EN JERUSALÉN parecía haber perdido todo interés para José, y cuando unas semanas después recibió un aviso convocándole a Tiberíades por parte de Claudia Prócula, estuvo muy lejos de sentirse contrariado.

Como en su cuadra hubiera ya siempre un camello rápido por si María necesitaba su ayuda, el viaje duró la mitad del tiempo de lo que hubiera empleado utilizando una mula.

A pesar de que todavía se encontraba sin salir de su habitación después de una violenta crisis de asma, a la que siguió una leve congestión pulmonar, Claudia Prócula estaba fuera de peligro cuando él llegó. Se persuadió sin dificultad, no obstante, de que obraría sensatamente permaneciendo unos cuantos días en Tiberíades para asegurarse de que la paciente no corría ningún riesgo de recaída.

Poncio Pilato se encontraba aquel día de un humor espantoso, debido quizás a que su dedo del pie, gotoso, le causaba mucho dolor, y mientras José le colocaba sanguijuelas, el Procurador no cesaba de fulminar, en primer término contra Herodes Antipas, después contra los galileos en general, y contra Jesús de Nazaret en particular, quien agitaba (deplorablemente en su opinión) las excitables poblaciones ribereñas del lago.

—Yo mismo lanzaría a los *sicarii* contra el nazareno —gritaba—, pero entonces Herodes se quejaría a Roma de que yo intervengo en su gobierno. Nada sería mejor para sus planes de ascender al trono de Judea, con Jonatán como Gran Sacerdote, que el indisponerme con el Emperador y lograr que me destituyeran como Procurador.

José se sobresaltó:

—Así, ¿estáis al corriente?…

Pilato sonrió sombríamente:

—El oro romano es capaz de comprar espías en todas partes donde haga falta. Sé incluso que tú compareciste ante el Gran Sacerdote y que intentaste convencerle de que Jesús no tiene ninguna intención de empujar al pueblo a sublevarse.

—Estoy seguro de ello.

—La buena gente como tú sois fáciles de engañar —dijo el Procurador en tono amistoso—. Caifás no dejó de recordar la presencia entre sus discípulos de Simón el Cananeo y de Judas Iscariote, ambos partidarios del Gaulonita (dos que escaparon entonces, pero que parecen incorregibles). Incluso el Iscariote es quien regenta la caja y ¿qué cosa existe más importante que el dinero para quien desea provocar un

alzamiento?

José se dio cuenta de que Pilato conocía los detalles de su conversación y comparecencia ante el Sanedrín y que, por consiguiente, las relaciones entre el gobernador y el Gran Sacerdote eran tan estrechas como generalmente se decía.

—¿Por qué, entonces, Herodes no ordena arrestar a Jesús?

El Procurador hizo una mueca de desprecio.

—¡El noble Herodes Antipas padece una crisis de conciencia!

Cuentan, incluso, que cree que el espíritu del Bautista ha entrado en Jesús para perseguirle. Lo que en realidad desea es que Jesús vaya a continuar sus enseñanzas a Jerusalén. ¡Allí, comprendes, el que debería entendérselas con él sería Poncio Pilato! No es bobo el tetrarca, pero yo acabé con algunos galileos.

Incluso, una vez, me vi obligado a… neutralizar a toda una pandilla de ellos en las gradas mismas del Templo…

—Ya oí contarlo —dijo José, retirando una sanguijuela hinchada y reemplazándola por otra vacía.

La cosa sucedió antes de que él se trasladara a vivir en Jerusalén, y aquél era un motivo más de odio que se añadía a los de los judíos contra Poncio Pilato.

—¡Si tú deseas evitar una suerte parecida a tus amigos galileos, recuérdales lo que les sucedió a los otros!

Al día siguiente, a hora muy temprana, el joven médico llegó a Magdala y se encontró con que la casa de Demetrio tenía colocadas barras en las ventanas y en la puerta.

Un vecino le contó que ni María ni Hadja se habían presentado desde hacía más de una semana. Y prosiguió:

—María sigue a Jesús. Él enseña a los discípulos a no preocuparse por lo que comerán, ni del lugar donde dormirán. Y la verdad es que consiguen comer. La semana pasada eran unos cinco mil los que seguían desde hacía dos días al Nazareno y sus discípulos. Cinco mil que tenían hambre. Entre todos ellos no reunían más que cinco panes pequeños y algunos pescados.

—¡Cinco mil! —repitió José, estupefacto, ya que incluso en la populosa Galilea una tal cifra resultaba impresionante.

—Cinco mil —repitió el hombre—. Y todos ellos comieron.

—¿Viste tú el milagro con tus propios ojos? —La confianza de José sufría en aquel caso una muda prueba.

—Con mis propios ojos, no, pero se lo oí contar a uno de los que comieron del pan y de los pescados milagrosos —repitió el hombre, que concluyó con calma—: Y según parece todo ello era excelente. Desde aquel día, sus discípulos han tomado la costumbre de llamarse entre ellos la Compañía del Pescado.

—Si las cosas sucedieron como dices, fue verdaderamente un milagro —reconoció José.

El hombre continuó:

—En la plaza del mercado, cada día son más numerosos los que cuentan las cosas maravillosas que hace el Nazareno.

Después, bajando la voz como para confiarle un grave secreto, dijo:

—Incluso hay muchos que dicen que es el Mesías, y que de todas partes le vienen partidarios, de manera que, cuando llegue el momento, el pueblo se sublevará en todo el país y lo nombrarán rey.

Tales habladurías y tales relatos deberían necesariamente convencer a Pilato, y más aún a Herodes, de que el Nazareno preparaba, en verdad, la revolución. José quiso poder entrevistarse lo más pronto posible con María y Hadja y advertirlos del peligro que corría su Maestro.

(No se le ocurrió que Herodes y el mismo Pilato podían muy bien ayudar a difundir aquellos rumores y, así, cargarse de razón contra Jesús y su gente. José poseía un espíritu sin recovecos). La voz de su amable informador se infiltró en su pensamiento:

—Hace varios días estuvo aquí un hombre que buscaba a María de Magdala. Se trataba de Chuza, uno de los intendentes de Herodes Antipas.

José recordó en seguida que María le había contado que Chuza y su mujer se habían mostrado muy buenos con ella durante su permanencia en Seforis, en casa de Gayo Flaco. Si todavía se encontraba en Galilea, él y su mujer sabrían dónde encontrarla, y sin pensar que ellos mismos habían venido a buscarla a Magdala, donde ella no estaba, empujado simplemente por una nueva esperanza y su deseo de salvarla, volvió la cabeza a su camello en dirección a Seforis.

La casa de Chuza estaba a poca distancia del palacio de Herodes. El intendente era un hombre bajito, de movimientos vivos y nerviosos, con aspecto de absoluta sinceridad. Su rostro se aclaró cuando el médico dijo quién era:

—Mi mujer y yo amamos mucho a María, que con frecuencia nos habló de vos.

—Me dijeron ayer en Magdala que buscabas a María.

—Sí. Ayer mismo mi mujer partió para advertirla.

—¿Advertirla? —José sintió que su aprensión aumentaba—: ¿Advertirla? ¿Corre algún peligro?

El intendente, después de vacilar, se convenció de que podía confiar en José:

—De un momento a otro, Herodes puede tomar una decisión contra Jesús. Espero que María pueda decidir a su Maestro a pasar al otro lado del Jordán, en el territorio de Filipo.

—¿Piensas tú realmente que arrestarían a Jesús?

Chuza movió la cabeza:

—No. Ninguna cárcel de Galilea quedaría cerrada tras él.

El pueblo arrancaría las piedras con sus propias manos. Herodes esperaba que pasaría al territorio de Pilato, pero ahora ya no se atreve a esperar más. De todos lados vienen a decirle que Simón el Cananeo y los otros quieren proclamar a Jesús rey de Galilea, quizá mañana, quizá hoy mismo, pero, en todo caso, pronto. Herodes teme que si permitiera un alzamiento semejante, los romanos se apoderaran de su reino.

—Oí los mismos rumores en Magdala.

—No se trata de rumores, sino de historias verdaderas.

¡Conozco a ésos! Para liberar a los judíos del yugo romano, están dispuestos a hacer correr a los demás el riesgo que sea…

—Pero ¿el pueblo de Galilea seguiría a Jesús si éste lo condujera contra Herodes o contra Pilatos?

—Si la eventualidad se produjera, creo muy sinceramente que el pueblo le seguiría. Bastaría la más pequeña chispa para encender un espantoso incendio. Por eso Herodes ha pagado a sicarios para que asesinen al Nazareno.

José preguntó vivamente:

—¿Tienes alguna idea de cuáles son sus proyectos?

—¡No! No expusieron los detalles delante de mí. Pero el medio más sencillo consiste, con toda evidencia, en suscitar movimientos de masas. Una simple riña inicial puede ser suficiente… por poco que la represión fuera torpe, desencadenaría una sublevación… y nada resultaría más fácil que matar a Jesús durante la lucha.

—Debo encontrar a María sin pérdida de tiempo, y advertirla, para que ella misma pueda avisar a Jesús.

—Ayer se hallaban aún en Cafarnaúm. Si mi mujer ha llegado a tiempo, sin duda habrán alcanzado Betsaida, en el territorio de Filipo. Observa las aglomeraciones; las hay fatalmente en todos los lugares donde Jesús enseña y sana a los enfermos.

Poco tiempo después, José se encontraba en la Gran Calzada romana y se dirigía hacia el norte a buena velocidad. Durante el camino se formulaba angustiosas preguntas sobre lo que iba a resultar de aquella aventura, cuyo desarrollo se precipitaba de repente hacia el drama.

Había llegado el momento para Jesús de demostrar si verdaderamente era el Mesías.

Capítulo XIII

… UNA BARCA SE ALEJA DE LA ORILLA…

LA CIUDAD DE BETSAIDA —corrientemente llamada la ciudad de los peces— se hallaba situada en una pequeña bahía, en el extremo septentrional del mar de Galilea, a menos de dos millas al este del punto donde las aguas frías del Jordán desembocaban en él. Cerca de la ciudad, las aguas de Ain-el-Tabiga, conducidas hasta allí por un acueducto romano, caían espumantes en el lago y encontraban la corriente helada, formando un remolino donde abundaban los peces.

Desde el camino, José podía ver sus saltos, tan numerosos y agitados, que el agua misma parecía viva.

Existían en la región gran cantidad de barcas, y sus redes, a veces, aparecían tan cargadas, que a los pescadores les costaba mucho trabajo sacarlas. Por ello al viajero le sorprendió ver tan pocas aquel día.

Más allá de Cafarnaúm, allí donde el camino de Damasco tuerce en dirección a los picos nevados del monte Hermón, se encontraba el puesto de Aduana que marcaba la frontera entre la tetrarquía de Herodes Antipas y la de su hermano Filipo; José, que no llevaba ningún bulto ni nada que declarar, fue autorizado a pasar sin detenerse y a proseguir.

Chuza no se había equivocado al decirle que encontraría a Jesús sin dificultad, ya que alcanzó a ver una multitud a una milla de Betsaida. Desde lo alto de su montura, pudo ver por encima de las cabezas, y quedó muy sorprendido, incluso muy impresionado, por la diversidad de los rostros que podía distinguir en aquel grupo único. Los judíos se encontraban, evidentemente, en gran mayoría, y eran fuertes campesinos de raíz galilea; pero se codeaban con delgados fariseos de rasgos ascéticos, escribas de toda categoría, incluso de las más elevadas, mercaderes, artesanos, viajeros, pescadores y hasta romanos con toga o uniforme militar. Se encontraban también allí beduinos llegados de los desiertos del sur y del este, algunos egipcios de tez oscura que se habían destacado de las caravanas que circulaban por la Vía Maris, persas, fenicios e incluso un nubio, muy alejado de su costa africana. El conjunto formaba un grupo tan cosmopolita como aquellos que José tuviera ocasión de ver en los muelles de Alejandría, y la doble fila de barcas descansando sobre la arena explicaba por qué el lago estaba casi desierto.

Como siempre, por todas partes donde iba el Nazareno, los enfermos formaban una proporción notable del auditorio. Mendigos arrastrándose por el suelo mostraban sus llagas horribles y supurantes, llenas de suciedad. Hombres con articulaciones deformadas y endurecidas por el reumatismo, saltaban penosamente, apoyados en

bastones o en groseras muletas. Algunos, incapaces de desplazarse por sí mismos, eran transportados por sus familias en camillas o literas improvisadas.

A un costado, un pequeño grupo de enfermos ocupaban un espacio aislado. El vacío mismo que se formaba alrededor hubiera traicionado la naturaleza de su mal impuro, si los miembros agostados, las manos sin dedos, los rostros sin labios, sin narices o sin párpados, la piel con manchas de costras plateadas no lo hubieran revelado por sí mismos.

Había corrido el rumor de que Jesús curaba a los leprosos, y a partir de entonces todos los leprosos de los alrededores —e incluso de varias millas a la redonda— le seguían como podían, con la esperanza de ser tocados por él, o simplemente de tocarlo.

Algo más alejados que aquel grupo lastimoso, varios hombres llevaban a otro cuyos pies y manos aparecían fuertemente atados, y que gritaba, juraba, lanzaba con rabia insensatas injurias obscenas, alaridos y baba, y se debatía furiosamente contra las ligaduras que protegían a los demás contra sus ataques.

Mujeres que sufrían toda clase de deformaciones repugnantes y dolorosas se arrastraban entre la muchedumbre.

Las súplicas de los mendigos, los clamores de dolor de aquellos a quienes la multitud empujaba sin piedad, el parloteo incomprensible y maniático de los posesos y de los locos formaban una ronca cacofonía cuyo horror igualaba al pus causado por las llagas de los leprosos.

Al contemplar a aquella humanidad miserable, a la vez suplicante, rabiosa, doliente y desbordante de un sentimiento complejo, donde existía más deseo que confianza, más desconfianza que esperanza, aquella masa deplorable que formaba, cuando menos, la mitad del auditorio, José comprendía que Poncio Pilato, por naturaleza intolerante con el populacho, pudiera llegar casi a odiar al hombre, sólo por el hecho de que las excelentes calzadas romanas fueran invadidas y manchadas con tan atroces despojos humanos. Aquel género de cosas violaba el sentido del orden, que con tanta naturalidad sienten los espíritus militares. Se debía sentir particularmente exasperado por saber que su mujer, una patricia por cuyas venas corría sangre de varios emperadores, creyera secretamente en las enseñanzas de aquel molesto carpintero de Nazaret.

Habiendo detenido su camello ante el oleaje de la multitud, José veía muy bien a Jesús, debido a que el Maestro estaba sentado en un pequeño saliente rocoso que formaba una especie de pulpito natural que dominaba el río. Ni María, ni Simón Pedro se hallaba visibles, pero Hadja permanecía cerca de él.

Un grupo de fariseos, tan reconocibles por sus modales como por sus vestidos, lo rodeaban.

José oyó a uno de ellos que le preguntaba:

—*¿Maestro, nos darás un signo? ¿Un signo del cielo en testimonio de que el Altísimo te ha escogido como su profeta*?

Jesús alzó la cabeza, y José se asustó al ver el cambio que se había producido en él desde el día en que lo viera por primera vez, cerca de la casa de María. Su cuerpo y su espíritu parecían inclinarse bajo el peso de alguna gran pena o de alguna profunda desazón. Sin embargo, José no llegaba a comprender el porqué, ya que nunca, en Galilea, había visto tanta gente siguiendo al Maestro. «Aquí hay más de cinco mil hombres, cuyo número fue el que se aseguraba que alimentó con algunos pequeños panes y unos cuantos pescados».

Como Jesús no respondiera en seguida, el fariseo insistió:

—*Los antiguos profetas nos daban signos. Moisés hizo manar agua de la roca y alimentó a los hijos de Israel en el desierto, con el maná caído del cielo*.

Suspirando profundamente, Jesús respondió con una voz tranquila:

—*¿Por qué esta raza exige un signo? En verdad os digo que no será dado signo a ésta*.

En aquel mismo momento, otro grupo de fariseos que había conseguido abrirse paso a través de la multitud, se acercó al espolón rocoso donde Jesús se hallaba sentado.

—¡Vete! —le dijo uno de ellos en voz alta—. ¡Vete de aquí porque Herodes quiere matarte!

Un rumor de cólera subió de la muchedumbre, pero Jesús alzó la mano y en seguida el ruido se apagó. Entonces el Maestro habló:

—Id a decirle a ese zorro: *Ved, yo echo a los demonios y efectúo curaciones, hoy y mañana, y el tercer día llegaré a mi término. Sin embargo, hoy, mañana, y aun el día que seguirá, debo caminar, porque no es conveniente que un profeta muera fuera de Jerusalén*.

De repente su voz cambió de tono y se convirtió en un verdadero grito de angustia. Exclamó:

¡*Jerusalén, Jerusalén, tú que matas a los profetas, tú que lapidas a aquellos que te son enviados! ¡Cuántas veces, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, he querido yo reunir a tus hijos! ¡Y tú no lo has querido! ¡Y he aquí que tu casa está abandonada! Y yo te lo digo, tú no me verás más hasta que llegue el día en que dirás: «¡Bendito es aquel que viene en nombre del Señor*!».

José se sintió emocionado por el apostrofe apasionado de Jesús. «Es exactamente así —pensó con un repentino relámpago de inspiración— como hablaría el verdadero Hijo de Dios, el Deseado, el Esperado, si viniera para esclarecer a los judíos y hubiera sido rechazado por sus jefes». Como, de hecho, sucedía ahora a Jesús. Por primera vez, su convencimiento de que Jesús no podía ser el Mesías, quedó fuertemente disminuido.

En aquel instante Jesús se puso en pie, como impacientado por la falsa rectitud de los fariseos y su perpetua petición de signos visibles. La multitud se apartó ante él y le dejó el camino libre, mientras se dirigía hacia el borde del agua. Cuando subió a una de las barcas alineadas en la orilla, sólo entonces comprendieron que no tenía la intención de hablar en la playa, como con frecuencia había ocurrido, sino que se iba, que se marchaba, y los dejaba. Entonces se pusieron a lanzar gritos furiosos, a clamar todos juntos para obtener que se quedara y efectuara curaciones milagrosas.

Algunos incluso intentaron aferrarse a los lados de la barca, con el fin de retenerle, pero los pescadores saltaron a bordo y, apoyando sus remos en la arena, pronto lograron alejar la barca hacia aguas más profundas.

Izando las velas, se dirigieron a la otra orilla.

Capítulo XIV

¿LA LLAMA VIVA? NO… MARÍA DE MAGDALA, UNA DE LAS MUJERES QUE SIRVEN A JESÚS

LA MUCHEDUMBRE ESTABA de muy mal humor. Los enfermos que no habían tenido la posibilidad de acercarse al Maestro, murmuraban y juraban, y los sanos, inmovilizados por la lentitud de los enfermos, daban empellones y llegaban a pegar a quienes los rodeaban. Estallaron riñas esporádicas, la gente daba vueltas y se agitaba sin saber, en realidad, el motivo, gruñendo y llegando a injuriar y maldecir entre dientes al Maestro mismo. Todos se sentían decepcionados y ninguno parecía soportar decentemente la decepción.

¿Qué había ocurrido en realidad? José, lleno de angustia, se lo preguntaba. La tristeza visible de Jesús —no había, en efecto, intentando disimularla— y ahora la petulancia, la irritación de aquella masa de gente que protestaba —eran, sin embargo, los mismos que hasta entonces lo siguieran ciegamente—, le parecían otros tantos signos de aquel cambio, que él desconocía, pero que resultaba inquietante. La lógica le decía que no debía ver más que el descontento de una multitud respecto a aquel de quien esperaba milagros y curaciones, y que no había hecho ni una cosa ni otra.

Ahora bien, la negativa de Jesús a conceder a los fariseos el signo que reclamaban de él, ¿podía significar que el Maestro no era capaz de hacerlo? ¿Por qué motivo, si era realmente el Mesías, el Esperado, el Deseado, se había negado a ello?

¿Deseaba ser creído bajo palabra? ¿Quería probar a los hombres?

Hadja, que seguía con la mirada a José y su camello, se acercó a saludar al joven.

—¿Cuál es la feliz circunstancia que te ha hecho regresar tan pronto a Judea? —preguntó.

—Claudia Prócula se sintió lo bastante enferma para mandar llamarme.

—Eso es lo que oímos decir. María rogó por ella cada día.

El médico lo miró muy sorprendido:

—¿Ya no la llamas la *Llama Viva*?

—Aquella que llevaba el nombre de *Llama Viva* era otra persona —explicó el nabateo con entera sencillez—. Hoy es sólo María de Magdala, una de las mujeres que sirven a Jesús.

—Chuza me dijo que está situada en primera categoría y que las dirige.

—Es cierto. Quizá porque ella le ama más que las demás.

Durante unos breves segundos José se sintió atravesado por los celos, pero en seguida su corazón recobró la serenidad, ya que sabía que María sentía por Jesús un amor completamente distinto del que sentía por él. Aquél era un amor que el ser

humano sólo entrega a su Dios.

—Acampamos en las colinas, detrás de Betsaida —dijo Hadja—. María se sentirá muy feliz al verte.

La multitud había comenzado a dispersarse y les fue posible andar por el camino que, hacia oriente, conducía a la ciudad.

—He venido a advertirle de que Herodes tenía la intención de hacer asesinar a Jesús, pero los fariseos que hace un momento estaban aquí se me han adelantado.

—Nosotros sabíamos que Herodes había alquilado *sicarii* —dijo Hadja—. Ésa es una de las razones por las que nos hemos instalado en el reino de Filipo. Desde entonces me coloco siempre al lado de Jesús mientras enseña y —añadió duramente— llevo siempre mi cuchillo en el cinturón, al alcance de mi mano.

Hadja guió a José por entre las colinas que dominan Betsaida.

Mientras caminaban, podían ver, debajo de ellos, pasando con las velas desplegadas ante la ciudad, la barca en la cual el Maestro había abandonado la otra orilla. Pronto alcanzaron un pequeño edificio alrededor del cual se alzaban tiendas de piel de cabra. Varias mujeres se movían alrededor de unos fuegos al aire libre, detrás de la casa, pero ninguna de ellas tenía el pelo cobrizo de María.

—Quizás haya ido a la ciudad —supuso Hadja—. Se lo voy a preguntar a esas mujeres.

José había visto más de una vez campamentos de aquella clase situados cerca de las ciudades que atravesaban, o contorneaban las caravanas. La gente, en general, se reunía en grupos para viajar por las grandes calzadas romanas que atravesaban aquel país turbulento, con objeto de asegurarse una protección mutua contra los ladrones y los bandidos que infestaban la región montañosa. El jefe de la caravana y su familia dormían en la casa que alquilaban durante unos días, mientras los otros dormían en invierno en las tiendas, y en verano al aire libre, en el suelo, envueltos en pieles y mantas tejidas, ya que incluso en las noches de estío el aire refrescaba bastante al llegar la mañana.

De pronto, las voces de varias personas que hablaban a la vez y que venían del pequeño edificio detrás del que él se encontraba, llegaron hasta los oídos de José. Reconoció la de Simón Pedro y se acercó, seguro de que su antiguo amigo de Cafarnaúm le acogería encantado. Sin embargo, en el momento de ir a llamar a la puerta, se detuvo, al darse cuenta de que en el interior estaban discutiendo.

—Os digo —gritó una voz profunda y furiosa— que le proclaméis rey desde mañana mismo. Filipo es débil y no hará nada. Antes de que se entere o de que haya comprendido lo que sucede, habremos reunido la fuerza suficiente para caer en tromba desde Galilea y apoderarnos de ella.

—Pero —objetó Simón Pedro— ¿y si el Maestro se niega?

—¿Podría negarse a ser rey de Israel cuando le coloquemos la corona en la cabeza? —siguió diciendo la voz de bajo.

—Yo os digo que Jesús no desea ser rey.

José se sobresaltó, porque la voz que acababa de formular aquella opinión era la de María. Ésta continuó:

—¿Es que no sois capaces de comprender cuál es su objeto?

—Tiene que ser rey —dijo positiva y categóricamente la voz de bajo—. ¿No está ello escrito en los salmos de Salomón?

—Parece, en efecto, que en ellos encontramos la promesa del Altísimo de que Jesús será rey —admitió Simón Pedro.

José se dio cuenta que estaba escuchando en la puerta la discusión de un plan cuya finalidad era obligar a Jesús a convertirse en rey de Galilea, en espera, sin la menor duda, de marchar sobre Jerusalén. Sabía que, no siendo discípulo del Maestro ni nada parecido, no tenía ningún derecho a escuchar lo que allí se decía. Sin embargo, María se hallaba en la habitación, y todo lo concerniente a María, le concernía también a él; cuando menos, eso le parecía.

—Parece, en efecto, que… —remedó, sarcástica, la voz de bajo—. ¿Tu fe será débil o tibia, Simón, hasta el punto de hacerte dudar de que Jesús sea realmente el Mesías?

El pescador era de temperamento vivo e irascible y, además, extremadamente puntilloso sobre aquel punto en particular.

—Nadie tiene derecho a decir que soy desleal al Maestro —gritó furioso—. Y aquel que se permita…

María le interrumpió antes de que pudiera completar su amenaza:

—Simón Pedro siguió a Jesús mucho tiempo antes de que lo hiciera Simón el Cananeo. Ni uno ni otro tenéis derecho a tomar una decisión que sólo corresponde al Maestro. A él sólo compete saber lo que debe hacerse.

—Pero —objetó el hombre con voz de bajo, a quien ella llamaba Simón el Cananeo— él dice que quiere irse a Tiro.

Resulta un desastre abandonar Galilea en este momento; el pueblo está dispuesto a proclamarlo rey.

Súbitamente José sintió un puño de hierro en su hombro, y la punta de una daga que le picaba la piel.

—¡No te muevas ni hagas un solo gesto! —dijo una voz dura.

Él no podía ver a quien le inmovilizaba así, ni llamar a Simón Pedro o a María, por temor a que su agresor le hundiera el arma.

—¿Quién te ha enviado? —preguntó la misma voz—. ¿Herodes Antipas?

Él logró responder:

—Mi nombre es José de Galilea.

—¡Un sicario, eso eres! ¿Por qué, si no, estarías escuchando en la puerta?

—Hacedme entrar en la casa —propuso—. María de Magdala y Simón Pedro me conocen bien.

—Anda hacia delante —dijo el otro—. ¡Y cuidado con dar un paso en falso, amigo!

Cuando cruzaron la puerta, José tuvo la posibilidad de lanzar una rápida mirada sobre el hombre del puñal. Se trataba de un judío forzudo, con los pómulos salientes, una nariz de ave de presa, y su rostro era de aquellos que no se olvidan fácilmente; las circunstancias, además, acabaron de grabarlo en la memoria del viajero.

María fue la primera en verlos y se apresuró a dirigirse hacia ellos y a coger al hombre por el brazo.

—¡Vuelve ese puñal a tu cinturón, Judas Iscariote! —exclamó ella indignada—. José es mi prometido y nuestro amigo.

Simón Pedro los miró, y su rostro se llenó de estupor; pero quien más se fijó en José fue Simón el Cananeo. Éste se acercó a él, murmurando un juramento, y preguntó:

—¿Qué significa esto?

El hombre a quien María llamó Judas Iscariote volvió a guardar con desagrado el puñal y agregó:

—Lo he encontrado escuchando en la puerta.

—Así que ha oído lo que estábamos diciendo —dijo, hosco, Simón el Cananeo—. ¿No eres tú ese José, médicus vísceras en el Templo de Jerusalén y además amigo de Poncio Pilato?

—El mismo.

María, que seguía indignada, exclamó:

—José no escucha en las puertas, y lo que haya hecho estoy segura de que puede explicarlo.

—Hadja y yo llegamos juntos al lugar donde Jesús enseñaba, a orillas del lago. Él ha ido en tu busca, María, pero yo oí tu voz y la de Simón Pedro, que salían de esta casa, y me acerqué para entrar y hablaros. Cuando me di cuenta de que erais varios, esperé. Eso es todo.

José se preguntó si era oportuno hacerles saber que sus intenciones ya eran conocidas por Poncio Pilato, pero se dijo que aquello los haría desconfiar de él aún más.

Después pensó que María conseguiría, quizá, persuadir a Jesús de no seguirlos en lo que no podía ser más que una empresa completamente loca y condenada por anticipado.

En el fondo estaba seguro de que el dulce carpintero de Nazaret era capaz de resolver completamente aquel asunto por sí mismo.

Capítulo XV

EL MESÍAS NO SE EQUIVOCA; PERO AQUELLOS A QUIENES AMA, SE HAN EQUIVOCADO

EL CAMPAMENTO, sobreexcitado aquella noche, conoció poca tranquilidad. Judas Iscariote y Simón el Cananeo esperaban el regreso de Jesús para darle cuenta de su proyecto de revolución.

Simón Pedro, aunque no muy convencido, los sostenía.

De pronto, estalló el trueno: Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, regresaron a Betsaida con la noticia de que el Maestro los había enviado a reunirse con los otros discípulos, mientras él se dirigía a las colinas para orar. Explicaron que estaba firmemente decidido a abandonar en seguida Galilea y a dirigirse a la región de Tiro, próxima al mar.

Una vez terminada la cena, Simón Pedro permaneció unos instantes al lado de José y de María, mientras los demás se alejaban para discutir el nuevo cariz que presentaba la situación.

—Vi a Jesús en la orilla este mediodía —contó el médico—.

¿Qué le ha sucedido? Parecía triste.

—Lo está —dijo en seguida María—. Está preocupado porque sus discípulos no le comprenden. Ellos piensan en un reino terrenal, mientras que Jesús sólo piensa en cambiar el corazón de los hombres y reinar en ellos.

—Pero él es el Cristo —objetó Simón Pedro—. El Mesías enviado por Dios para liberar a los hombres de la opresión.

—¿Qué pruebas tienes tú, Simón —preguntó José—, para creer que Jesús es Aquel a quien se espera?

—¿Qué pruebas más necesito si poseo Su palabra? —¿Él mismo te lo ha dicho?

—Fue aquí, en Betsaida, no hace mucho. Jesús nos preguntó:

¿*Vosotros quién decís que soy yo*? Y yo respondí:

El Cristo de Dios. Entonces insistió en que no habláramos a nadie de ello.

—¿Por qué dijiste eso, precisamente eso? —preguntó José.

—Era algo que yo sabía —dijo Simón sencillamente—. Lo mismo que sé que esta noche estoy sentado aquí, con María y contigo.

—Yo también lo siento —aseguró María—. La primera vez que le vi, supe en mi corazón quién era.

José insistió, atormentado por una necesidad de saber con certeza:

—Pero si Jesús es verdaderamente el Mesías, ¿por qué no lo anuncia públicamente?

—Porque los tiempos aún no han llegado —replicó Simón Pedro—. Pero nosotros estamos preparados. Si el Maestro no se hubiera ido, estábamos dispuestos a proclamarlo rey y a marchar contra Seforis y Tiberíades, desde mañana. Después le llegaría el turno a Jerusalén. Y el ungido del Señor reinaría sobre Israel.

—¿Tú crees, pues, que Jesús tiene verdaderamente la intención de instaurar un reino *en la tierra*?

—¿Para qué, si no, vendría el Mesías? ¿No está escrito que liberará a los judíos de toda servidumbre y los colocará por encima de todos los pueblos del mundo?

José lo miró con un sincero asombro.

—¿No se puede entender eso de otra manera? Porque, en verdad, los soldados de Roma…

Simón se puso en pie bruscamente, con el rostro rojo de cólera:

—¡Ve con cuidado, José! ¡Cuando tú dices que el Altísimo no es capaz de prevalecer sobre una potencia humana, aunque ésta sea la de Roma, blasfemas contra el Señor tu Dios!

Y, sin esperar respuesta, salió con paso decidido y furioso.

José intentó seguirle, pero María puso la mano en su brazo.

—No trates de discutir con él; Simón el Cananeo y Judas Iscariote le han atraído a su punto de vista, lo mismo que los hijos de Zebedeo. Los cinco no sueñan más que en establecer un reino temporal.

—Tú no estás de acuerdo con ellos; lo sé. ¿Por qué motivo?

—Porque Jesús también lo ha dicho: *He aquí que el reino de Dios está dentro de vosotros*. El mensaje de Jesús no está destinado a nuestros ojos ni a nuestros oídos, José, sino a nuestros corazones.

Él estuvo a punto de asentir, a causa de la tranquila convicción con que ella se expresaba. Y ¡sin embargo!… El hombre a quien había oído hablar aquella misma tarde, sentado en el espolón rocoso encima del río, era tan diferente del libertador de que le habían hablado desde su infancia, del liberador esperado y que sería conocido y reconocido como el Cristo.

María se puso en pie.

—Ven, José —le dijo—. Vamos a pasear a lo largo de la costa. Jesús puede regresar, y cuando llegue tengo que encontrarme aquí para lavarle los pies, para ungir su cabeza con aceite y para vigilar que tenga un vestido limpio que ponerse mañana. Pasemos juntos el tiempo de la espera.

La luna se alzaba ya por encima de las colinas escarpadas, al este del lago, donde se agrupan las ciudades de la Decápolis.

Un larga franja de plata se extendía sobre las aguas, que rompían a veces en miles de pequeñas olas, apenas rizadas, cuando un pez saltaba por la superficie lisa y brillante. José cogió la mano de María y se instalaron en la orilla, con los cuerpos y

los corazones muy cercanos.

—¿Te acuerdas de nuestro último paseo a lo largo del agua? —preguntó ella.

—¿Cómo podría olvidar algo que se refiriera a ti? Era en Alejandría, en el jardín de tu villa, a la orilla del lago Mareotis.

—Tú intentabas persuadirme de que no matara a Gayo Flaco. —Ella alzó hasta sus labios la mano que apretaba—. ¡Querido José, siempre tan bueno! —dijo ella cariñosamente—. Si te hubiese escuchado entonces…

—… Te hubieras convertido en una de las mujeres más ricas del mundo.

—Pero no habría conocido a Jesús.

—¿El privilegio de conocerle vale el desprecio de todo cuanto hubieras podido obtener?

—Mucho más —respondió ella con sencillez—. Si fuera ahora tan rica como lo era antes, lo daría todo a cambio del honor y la alegría de servir a Jesús. Todo en el fondo de mí, en el fondo de mi alma, me dice que fui creada para esto. El amor que él siente por el mundo, es el de una madre por su hijo, y esto una mujer lo comprenderá siempre mucho mejor que un hombre.

Ella se volvió a mirar las colinas a las cuales estaba adosada Betsaida:

—Está por allí, en alguna parte, rogando a su Padre que abra los ojos de todos los hombres, a fin de que puedan verle tal como es. Son tan numerosos los que sólo le miran para ser curados… Los fariseos buscan un signo del cielo, y los zelotas como Simón y Judas, sólo le ven conduciendo triunfalmente a los judíos a Roma. Ni uno solo parece ser capaz de darse cuenta que, creyendo en Jesús, siguiendo sus enseñanzas, sus corazones mismos pueden ser cambiados hasta que vean la gloria del Altísimo en este mundo y desde este mundo.

—¿Se habría equivocado en su misión?

—No, José. El Mesías no puede equivocarse en nada. Aquellos a quienes ama son los que se han equivocado. Sus discípulos —incluso Simón Pedro, a quien ama más que a los demás— no son capaces de pensar en él más que como un rey terrenal. Por lo que se refiere a Poncio Pilato y a Herodes Antipas, le consideran como un «criminal», pero no se atreven a arrestarle, porque temen las consecuencias.

—¿Entonces, qué puede hacer sino partir?

—No lo sé —dijo María inclinando la cabeza—. No lo sé, pero estoy segura de que él ha tomado una decisión. No hace mucho tiempo nos dijo: *Es preciso que el Hijo del Hombre sufra mucho, y que sea repudiado y condenado a muerte, y cuando lo hayan matado, al tercer día resucitará de entre los muertos.*

José, incrédulo, dijo:

—¿Cuál es el hombre que profetizaría su propia muerte?

—¿Y quién será capaz de vaticinarla sino el Hijo de Dios?

Jesús no regresó al campamento aquella noche, y muy temprano un mensajero

llegó de su parte ordenando a los otros que tomaran el camino de Tiro, como con anterioridad lo había decidido. José se despidió de María y dirigió su camello en dirección a Cafarnaúm. Durante el camino a Jerusalén se le ocurrió como un relámpago, y como una revelación interior, la certidumbre de que el grupo de revolucionarios, que se denominaban a sí mismos zelotas, representaba para Jesús un peligro infinitamente mayor, y más próximo, un riesgo mucho más peligroso para la simiente que el Maestro se esforzaba en hacer germinar en los corazones de los hombres, que no lo fueran nunca Herodes y Pilato.

Capítulo XVI

EN EL QUE SE VE AL AMOR VENCER FINALMENTE A LA RIQUEZA

UN MEDICO, y muy especialmente si este médico era médicus víscerus en el Templo, tenía mucho que hacer en Jerusalén cuando llegaba el invierno. Las losas del gran santuario eran húmedas y frías, los pies y las piernas de los sacerdotes, hombres corpulentos en su mayoría, y amigos de la buena cocina, con frecuencia se hinchaban y se agrietaban. Este estado doloroso, incluso muy doloroso, era popularmente conocido bajo el nombre de «pie de sacerdote» o de «pie de templo». José había obtenido éxitos importantes gracias a un tratamiento de bálsamos suavizantes y de vendajes arrollados de una manera especial, que requerían mucho tiempo y que debían cambiarse con frecuencia para adherirse de manera conveniente sin herir las carnes tumefactas, de manera que pasaba muchas horas del día en los departamentos de los sacerdotes.

El clima de Jerusalén era crudo, duro y húmedo durante buena parte del invierno, y los enfermos eran numerosos en la ciudad; incluso se contaban muchos entre los peregrinos venidos de climas más secos y más cálidos, vestidos de manera inadecuada a circunstancias no previstas por ellos.

José pensaba con frecuencia en María, pero las noticias que recibía de ella eran pocas. Según los informes recogidos por Nicodemo en el transcurso de sus constantes viajes, Jesús parecía evitar Galilea, temiendo quizá que un retorno al lugar de sus antiguos éxitos encendiera otra vez el espíritu revolucionario de algunos de sus discípulos y de las gentes que le seguían.

Como judío devoto que era, José había considerado siempre el Templo como símbolo de adoración más sublime hacia el Altísimo, un lugar santo dedicado a un fin santo. Sin embargo, comenzaba a ver cosas que, convencido de la nobleza de los principios de quienes cuidaban del servicio de Dios, no había observado todavía.

Los tenduchos de los que vendían animales, especias y otros objetos preciosos, destinados a ser ofrecidos en sacrificio al Altísimo, formaban, como sabía, natural e indispensablemente parte del ejercicio del culto del Templo. Sin embargo, el robo y el engaño allí practicados le llenaban de una estupefacción indignada. Un cordero tierno y puro, vendido por la mañana a algún peregrino de Chipre, y entregado a los sacerdotes para ser muerto y quemado en el altar, reaparecía con frecuencia en la tienda del mismo vendedor, por la tarde del mismo día, mientras que un animal viejo y sarnoso, que no valía ni la tercera parte de lo que pagara el peregrino, era sacrificado en su lugar.

En el atrio inferior del Templo pululaban literalmente vendedores que ofrecían a

los peregrinos recuerdos y chucherías, y como únicamente las monedas del Templo podían ser entregadas como ofrenda, los cambistas hacían negocios magníficos, cambiando las monedas en curso en unas u otras de las centenares de ciudades del Imperio, contra las admitidas en el Templo, cambio que se efectuaba a un precio formidablemente ventajoso para el cambista.

Cada día José veía peregrinos, delegados por sinagogas alejadas, traer al Templo el «tributo» requerido de todos los judíos, y que ellos pagaban contentos como cosa debida al Señor, y mientras los sacerdotes vivían lujosa y magníficamente, los pobres infelices que habían reunido sus denarios para el «tributo» sufrían hambre y, a veces, carecían de techo.

En sus momentos de introspección —demasiado raros según le parecía— José reconocía que nada de aquello representaba un cambio en el Templo ni en sus costumbres, y que estas injusticias debían de existir desde hacía siglos. El cambio se había producido en él, una nueva visión le permitía distinguir, bajo la brillante apariencia externa, la mezquindad interna, la estafa indudable que se agazapaba bajo la apariencia de la adoración, y discernir las incesantes intrigas políticas de los saduceos que gobernaban el Templo y que dirigían, por consiguiente, toda la vida religiosa de Israel.

Los fariseos, por otra parte, no eran mucho mejores. Él se daba cuenta de ello, a su pesar, ya que siempre se había alegrado y envanecido de pertenecer a aquella minoría selecta.

Con su minuciosidad intransigente con respecto a los detalles de la ley y de su letra, habían llegado a perder completamente de vista la importancia que el hombre, como individuo, revestía a los ojos del Señor.

¿*Qué es, pues, el hombre, para que te preocupes por él*?, había preguntado el salmista. *Casi lo has colocado por debajo de los ángeles*.

Y ahora José comprendía que era esto lo que atraía tan poderosamente al pueblo hacia las enseñanzas de Jesús: esa preocupación, ese cuidado del hombre, de la persona del hombre.

Era porque el Nazareno les traía la certidumbre del amor del Altísimo por cada uno de ellos. No puede existir una más firme seguridad que esta palabra de Jesús:

¿*Cinco jilgueros no son vendidos por un as*? *Y ninguno de ellos es olvidado por Dios y tan siquiera uno de ellos cae al suelo sin permiso de vuestro Padre Celestial. Por lo que respecta a vosotros, todos los cabellos de vuestra cabeza están contados. No temed, pues vosotros valéis más que una multitud de jilgueros*.

Qué consuelo, para un pueblo aplastado por el peso de la ley que los fariseos adoraban tan devotamente, creyendo adorar a Dios, representaba una tal certidumbre del amor del Altísimo para cada uno de los hombres que formaban aquel pueblo.

Resultaba fácil comprender, a la luz de tales afirmaciones, por qué seguían a

quien les prometía perdón de sus pecados y les aseguraba el afecto del Padre.

A medida que transcurrían los meses, José cada vez se sentía más tentado de abandonar aquellos rostros falsos, todas aquellas añagazas, todas aquellas estafas, toda aquella glotonería, aquella avaricia y aquel lujo que, bajo el pretexto engañoso de honrar al Altísimo, fluían en el Templo y en todo Jerusalén.

Si hubiese supuesto que María se uniría a él, hubiera abandonado a gusto su fructífera y brillante carrera y regresado a Magdala para vivir con ella. Cuanto más pensaba en la paz del jardín de la vieja casa de Demetrio, desde donde se dominaba el lago, en la voz feliz de María, cuyas canciones flotarían por encima del valle, más se convencía de que sólo en Galilea encontraría una paz cuya necesidad sentía cada vez con mayor intensidad.

Hacia la mitad del invierno, Nicodemo volvió hacia el crepúsculo de una de sus expediciones. José regresaba a su hogar después de una larga serie de visitas y cuando divisó desde lejos el séquito de su amigo, ocupado en conducir las mulas a la cuadra, apresuró el paso para saludarle.

—Me he dado prisa para alcanzar Jerusalén antes de la noche —dijo Nicodemo, en cuanto hubo alcanzado a José—, porque traigo malas noticias.

—¿De María? —preguntó José, asustado.

—No. Ella gozaba de buena salud la última vez que la vi. Jesús está en camino con dirección a Jerusalén —prosiguió con el rostro muy serio—. Va a caer entre las manos de Pilato y Caifás.

—Yo le creía aún en Tiro.

—Salió de Tiro hace varias semanas y ha atravesado rápidamente Galilea sin llamar la atención.

—¿Ha sabido Herodes Antipas su presencia en Galilea?

—Es posible. Incluso es probable. Pero Jesús ha cuidado de que la gente no se agitara, y sin duda Herodes ha respirado satisfecho al verle atravesar el país sin crear conflictos.

—¿Tú le viste?

—Sí, yo me encontré por casualidad con la Compañía del Pescado, como ellos mismos se denominan ahora, hacia el extremo del lago. Jesús comenzaba a descender con sus discípulos el camino del valle. Tu prometida iba con ellos y te manda su cariño. Ella espera verte aquí dentro de pocos días.

José sintió cómo su sangre corría más aprisa por sus venas al pensar que dentro de poco volvería a ver a María.

—Durante un cierto tiempo escuché la enseñanza de Jesús y, cuando se detuvo, algo me empujó a preguntarle: «Buen Maestro, ¿qué debo hacer para obtener la vida eterna?».

—¿Y qué respondió?

—Me miró unos segundos, y después me dijo: ¿*Por qué me llamas bueno*? *Nadie es bueno, excepto Dios. Tú conoces los mandamientos: No mates. No cometas adulterio. No robes. No levantes falsos testimonios. No hagas daño a nadie. Ama a tu padre y a tu madre*. Entonces, yo dije a Jesús: *Maestro, fui formado en la observancia de todas esas cosas en mi infancia*.

—Es enteramente verdad —dijo José con convicción—. No existe hombre más piadoso que tú en toda Judea.

—Entonces —prosiguió su amigo— me sucedió la cosa más extraña. Jesús me miró y sentí que me amaba, con la misma certeza que si hubiera rodeado mis hombros con sus brazos para sostenerme, o como si la mano de Dios se hubiera tendido hacia mí para ayudarme: *sola cosa te falta todavía* —me dijo—. *Ve, toma cuanto tienes y distribuye tu dinero a los pobres, así amasarás un tesoro en el Cielo. Después ven, toma tu cruz y sígueme*. Yo deseaba seguirle, José; lo deseaba más ardientemente que lo que más haya deseado en el mundo —prosiguió Nicodemo, a quien la emoción obligaba a jadear—.

Sin embargo, mis riquezas se encontraban a mis pies como cadenas y no me dejaban andar. Le abandoné con gran tristeza.

—¿Lo has visto después?

—No —dijo el otro, moviendo tristemente la cabeza—. Tuve que regresar pasando por Seforis, con objeto de terminar algunos asuntos que tenía en trámite con el intendente de Herodes.

Durante todo el camino de vuelta, no dejé de pensar en él, en sus palabras, en su mirada y en su amor que me envolvía.

Después calló unos instantes, y dijo:

—José. Estoy decidido. Voy a hacerlo.

—¿Vas a vender todo esto? —preguntó José, con tono incrédulo, paseando por el jardín y por la casa una mirada de afectuosa admiración.

—Sí. Haré un inventario de cuanto poseo. Cuando todo esté vendido, distribuiré el dinero entre los pobres. Si entonces Jesús quiere aceptarme entre los suyos, me convertiré en uno de sus discípulos.

—Pero tú posees grandes bienes —protestó José—. Tú empleas a mucha gente y das mucho a los pobres. ¿Quién los defenderá gratuitamente ante los tribunales si tú te alejas de Jerusalén?

—Ahora que conozco la única verdad, sé que nada de eso tiene importancia.

—¿La única verdad?

José frunció el entrecejo:

—¿Qué quieres decir?

—Jesús es el Mesías, José. Ahora estoy convencido.

La voz de Nicodemo era grave y en sus ojos brillaba una luz nueva…

Capítulo XVII

EN EL CUAL SE VE AL TRIUNFO Y AL ENTUSIASMO PRECEDER A LOS INSULTOS Y A LA MUERTE PREVISTA

CUANTO MÁS PENSABA José en aquella conversación con Nicodemo, más seguro estaba de que debía advertir a Simón Pedro de los peligros inevitables que presentaba para el grupo de Jesús la llegada a Jerusalén. El pueblo de la capital no estaba inflamado, como los galileos, de un patriotismo capaz de arder más fuerte de lo prudente: acostumbrados, desde hacía mucho tiempo, a vivir bajo la férula romana y a prosperar bajo esta ley, no se dejarían influir con facilidad contra los romanos, gracias a los cuales vivían bien. Por su parte, los sacerdotes se negarían a turbar el culto en el Templo, excepto para dar la bienvenida al «verdadero Mesías», y en este caso no consideraban como tal a Jesús de Nazaret.

Una vez bien considerado todo, José estaba convencido de que una visita del Nazareno a Jerusalén sólo podía crear complicaciones más o menos dramáticas (se inclinaba con temor hacia el «más») y, por consiguiente, decidió partir al otro día por la mañana y ponerse en camino hacia la Gran Calzada del Valle, con la esperanza de dar con la Compañía del Pescado, y quizá de persuadir a sus miembros de que, desde todos los puntos de vista, era preferible no presentarse en Judea.

El camino desde Jerusalén al Jordán se dirigía por el nordeste hacia Jericó: no era aún mediodía cuando el camello rápido que montaba José penetró en esta estación termal. Herodes se había hecho edificar en él un palacio hasta donde llegaban, por medio de un acueducto, las aguas calientes de Callirhoe, cerca del Mar Muerto. Un gran teatro, varios mercados públicos, y el inevitable foro demostraban la influencia romana, y las calles aparecían abarrotadas de una muchedumbre que pertenecía a las nacionalidades más diferentes.

José sólo se detuvo para comer un poco de pan, dátiles y queso, y para dar de beber a su camello, antes de reemprender el camino que se dirige hacia el norte, paralelamente al Jordán. No había recorrido mucho camino, cuando divisó un grupo de gente, en un estrecho desfiladero. Incluso si no hubiera visto a Jesús en el centro del grupo y descubierto, entre las mujeres, una silueta a la vez noble y graciosa coronada de cobre rojizo, la presencia de numerosos enfermos le hubiera confirmado que había encontrado a quienes buscaba.

Tras de atar su camello a un árbol, José logró llegar hasta María. Después de besarla en la mejilla, le tomó la mano y la guardó entre las suyas, pero colocando un dedo en los labios, le recomendó silenciosamente que no hablara. La lección no duró mucho y cuando el gentío comenzó a hablar, el Maestro y sus discípulos se dirigieron

hacia María y las otras mujeres que habían preparado la comida. Por primera vez, José se encontraba muy cerca de Jesús, lo bastante para estudiar ardientemente su rostro. En un momento dado, su mirada se hundió en los ojos del Maestro, de una manera impensada, notando en seguida lo mismo que le descubriera Nicodemo, y sintió la impresión de que un brazo amigo y protector descansaba encima de sus hombros. Se trataba de un sentimiento extraño, una súbita impresión de certeza y paz que no había vuelto a encontrar desde cierto día de su lejana infancia galilea, cuando su padre aprobó afectuosamente algo que él hiciera.

Cuando Jesús hubo terminado su frugal comida, se levantó y llegó hasta el borde del pequeño valle, en el punto por donde pasaba el camino de Jericó; y Simón Pedro le seguía, así como los otros.

—*He aquí* —les dijo— *que subimos a Jerusalén, y vosotros veréis cumplirse todo cuanto han escrito los profetas respecto al Hijo del Hombre, a quien veréis entregado y condenado a muerte. Y el tercer día resucitará. Que aquel de entre vosotros que desee participar en la resurrección, aquel que desee llegar arriba, sea primero vuestro servidor, que quien quiera ser el primero, se convierta antes en el más humilde, en el último y en el esclavo de cada cual. Porque el Hijo del Hombre no ha venido para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en prenda de muchos*.

Entonces dio la vuelta y volvió a tomar el camino de Jericó, y los discípulos le siguieron, pero murmurando entre ellos, porque no comprendían sus palabras y les parecían duras.

José caminaba al lado de María, dejando el camello a disposición de Hadja, para el transporte del material.

—¿Por qué has venido, José? —preguntó María—. Te mandé decir por Nicodemo que te vería dentro de unos días.

—Para rogarte que le digas a Jesús que, con toda seguridad, ocurrirán cosas graves si se presenta en Jerusalén.

—¿Por qué no se lo dijiste tú hace unos instantes? Te vi cómo le mirabas.

—Es algo que me sucedió en aquel instante y que hizo que pasajeramente me olvidara de todo lo demás. Tuve casi la sensación de que Jesús me rodeaba la espalda con su brazo, y sin embargo, era imposible y estaba a veinte pasos de mí…

¡Me sentí incapaz de pensar en otra cosa!

—¡José! —exclamó María con los ojos brillantes de alegría—.

Esto es lo que yo esperaba que sucediera. Ahora podrás comprender lo que representa para quienes, entre nosotros, le amamos.

—Me siento diferente, es cierto —dijo el joven—. Pero, si es el Mesías, ¿no hubiera yo debido sentir la súbita y fulgurante certidumbre?

—El conocimiento de Jesús nos llega a cada uno de manera diferente —dijo ella

muy serena.

María lanzó una larga y triste mirada hacia la muchedumbre que seguía al Maestro, charlando, murmurando, discutiendo y querellándose.

—Existen algunos —añadió ella con melancolía— para quienes ese reconocimiento no llega nunca. Simón el Cananeo y Judas Iscariote no cesan de agitarlos, de excitarlos, de azuzarlos con la idea del reino terrenal, de tal manera que no son capaces de pensar en otra cosa que no sea la de coronarlo rey en Jerusalén, y han conseguido que compartan su punto de vista la mayoría de los otros.

—Pero ¡Jesús debe saberlo! ¿Por qué no los reprende o los esclarece de otra manera?

—Parece convencido de que sólo existe un medio de hacer comprender a la gente para qué ha venido a este mundo. Hace unos minutos tú mismo oíste cuál…

—¿Y se dirige a Jerusalén sabiendo que eso puede costar le la vida?

—Él sabe que eso le costará la vida. Ya que el camino del retorno a Dios sólo puede ser mostrado a los hombres con su muerte, acepta morir.

—Entonces —dijo tristemente José—, mi venida es inútil.

—Lo que te ha sucedido hoy —interrumpió en seguida María— es mucho más importante que el hecho de haber o no podido advertir a Jesús, que lo vale todo. Esto significa que en este mundo y después de la muerte, tú y yo podremos vivir juntos, por toda la eternidad, cerca de él.

Jesús y sus seguidores pasaron la noche en Jericó, y por la mañana reanudaron su marcha hacia Jerusalén, de la que les separaban aún unas quince millas.

Al dejar Jericó, un hombre que estaba sentado tranquilamente al borde del camino, sosteniendo en la mano un bastón que usan casi siempre los ciegos, se puso a gritar: ¡*Jesús, hijo de David*! ¡*Ten piedad de mí*!

—¡Acercadle! —ordenó Jesús a quienes intentaban echarle.

Y el hombre, abandonando en seguida su manto, estuvo rápido al lado del Señor. Éste le preguntó:

—¿Qué deseas que yo haga por ti?

—¡Señor, haz que vea!

—¡Ve, pues! —dijo Jesús—. Tu fe te ha curado. Y en seguida vio y se unió a la multitud que le acompañaba en el camino y que rodeó al ciego curado, ya que eran numerosos los que en Jericó lo conocían. Pero Jesús siguió su camino.

—Quédate atrás y examina, si lo deseas, al hombre de más cerca, José —dijo María—. Después podrás unirte fácilmente a nosotros.

El médico, en efecto, estaba ansioso por estudiar desde más cerca lo que tenía todas las apariencias de un milagro. Cuando la multitud comenzó a apartarse un poco del hombre, le habló:

—Soy médico y cirujano —dijo—. ¿Puedes explicarme cómo fuiste curado?

El hombre se irguió en toda su estatura. Nada lamentable quedaba ni en su actitud ni en su voz, pero se veía fácilmente que sospechaba de él.

—¿No serás tú uno de esos fariseos que ponen en duda todo cuanto hace y dice Jesús de Nazaret?

—No; yo también amo a Jesús. Pero muchos en Jerusalén me preguntarán: «Tú, médico, ¿qué curaciones viste efectuar al Maestro?». Y yo desearía responderles con una entera e irrefutable verdad.

Mientras el ciego contaba al médico su prodigiosa aventura, se pusieron en marcha. Bartimaeus —así se llamaba el ciego milagrosamente curado— no podía andar de prisa, y así sucedió que Jesús y su séquito casi habían llegado a Jerusalén cuando los alcanzaron.

Mientras el Maestro se dirigía hacia el monte de los Olivos, entre Betfagea y Betania, pequeños pueblos tan cercanos a la ciudad que podían ser considerados casi como barrios, una tal muchedumbre salió a su encuentro, que su entrada en la ciudad tomó casi aspecto de procesión triunfal.

José se abría paso con dificultad cuando María le vio y se acercó a él, con las manos tendidas y los ojos brillantes de alegría:

—¡El pueblo le conoce, José! ¡El Altísimo ha revelado al pueblo quién es él!

José no pudo evitar contagiarse del entusiasmo extasiado que se apoderó de todo el grupo que rodeaba al Maestro, según la costumbre. Simón el Cananeo avanzaba con la ancha sonrisa de quien ve que las cosas suceden tal y como las había previsto (¡aunque en realidad no era así!). El mismo Judas Iscariote sonreía, cosa que no sucedía con frecuencia, y parecía feliz de aquel recibimiento.

Simón Pedro vio a José, que se acercaba hacia él a largas zancadas a través de la multitud, y le dio en las espaldas unas palmadas amistosas:

—¿Qué tal, médico? ¿Reconoces que todas tus dudas y tus angustias eran inmotivadas, exactamente como te anuncié?

Él alzó sus dos brazos, y su voz se destacó como un trueno por encima de las cabezas de la muchedumbre:

—¡Escucha, oh pueblo de Jerusalén! Escucha la palabra del profeta Zacarías.

¡Exulta y regocíjate, oh hija de Sión, oh hija de Jerusalén! ¡Estremécete de alegría y lanza gritos de satisfacción, porque he aquí a tu rey que viene hacia ti! Justo, y él mismo salvado; humilde, y sentado sobre un asno, sobre el pollino de una borrica.

Y yo descabalaré los carros de Efraín —y los caballos de Jerusalén— y yo romperé el arco de guerra.

Y él prolongará la paz entre las naciones, y su dominio se extenderá de un mar al otro, y desde el río hasta las extremidades mismas de la tierra.

Durante un instante se hizo el silencio, hasta que el sentido de la profecía alcanzó el espíritu de la multitud. Después comprendieron que Simón Pedro proclamaba a Jesús como Aquel a quien se esperaba, el Emmanuel, el Deseado, el Mesías predicho por los profetas, que conduciría a Israel a la dominación sobre todos los pueblos del mundo.

Y cuando Simón el Cananeo clamó:

¡Hosanna, al hijo de David! ¡Bendito sea Aquel que viene en nombre del Señor!, la multitud se unió a su clamor y lo convirtió en un inmenso trueno exultante.

Fue así como Jesús entró triunfalmente en Jerusalén.

Capítulo XVIII

EN EL QUE AQUELLOS QUE AMAN AL MAESTRO SIENTEN VENIR, ANTES QUE LA GLORIA ETERNA, EL DOLOR Y LA MUERTE CUYO PRECIO DEBEN SER

NICODEMO Y JOSÉ ofrecieron sus casas a Jesús, pero el Maestro prefirió quedarse en Betania, fuera de la ciudad. Durante los días que siguieron, los éxitos de Galilea parecieron repetirse.

La mañana que siguió a su entrada en la ciudad, Jesús enseñó en el pórtico de Salomón, reservado a los maestros y estudiantes. Pero, así como los otros maestros estaban rodeados, cada uno de ellos, por un grupo fijo y cotidiano de alumnos fieles, aquellos que venían a oír a Jesús abarrotaban el pórtico y desbordaban las gradas que conducían a la terraza inferior, llegando hasta las calles. Como siempre, el número de enfermos sobrepasaba al de los sanos.

Durante las horas que duró la enseñanza, todas las funciones quedaron interrumpidas en el Templo, debido a que la afluencia alrededor de Él era tal, que los peregrinos no podían abrirse paso. Y así el acostumbrado río de dinero se redujo a un pequeño riachuelo, y cuando el Gran Sacerdote vino a darse cuenta del motivo de aquella sequía, e inspeccionar la multitud, sólo muy pocos se dieron cuenta de su presencia.

Para un hombre como Caifás aquello constituía una grave ofensa, más grave aún que la de ver que un sencillo carpintero nazareno se atrevía a usurpar en Jerusalén el lugar de los más célebres exegetas de la ley.

Como lo habían hecho en Galilea, los sacerdotes, los fariseos y los escribas se reunieron alrededor de Jesús, intentando que cayera en alguna trampa.

Después de desvirtar todas sus astucias, y como siguieran molestándole, les declaró:

¡Desgraciados de vosotros, guías ciegos e hipócritas, que filtráis el mosquito y os tragáis el camello!

En verdad yo os digo, raza de víboras, que los cobradores de impuestos y las prostitutas entrarán en el paraíso antes que vosotros. Porque Juan vino a vosotros con toda justicia y buena fe, y vosotros no lo creísteis. Pero los cobradores de impuestos y las prostitutas le creyeron. E incluso cuando le visteis no creísteis en él y no os arrepentisteis.

La multitud dejó oír murmullos de aprobación por aquel golpe directo lanzado a la suficiencia y a la vanidad de los fariseos, que no eran muy populares porque su interpretación puntillosa y mezquina de la ley perturbaba constantemente la actividad normal del pueblo. Sin embargo, estaban tan acostumbrados a aquella antipatía, que

no por ello cesaron en sus preguntas:

—Maestro —dijo uno de ellos—, ¿cuál es el más importante mandamiento de la ley?

Jesús esbozó una sonrisa, adivinando en seguida la finalidad de la pregunta. En cuanto admitiera que la más pequeña porción de la enorme masa de reglas según las cuales vivían los judíos verdaderamente piadosos era más importante que otra, se expondría a un interminable interrogatorio sobre los más insignificantes puntos y detalles.

—*Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, toda tu alma y todas tus fuerzas* —dijo sencillamente—. *Es el primero y el mayor de los mandamientos. Y el segundo le es parecido. Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas*.

¡Y no se atrevieron a interrogar más aquel día!

Vuelto hacia la multitud y hacia sus discípulos, que estaban sentados a sus pies, en las gradas, dijo aún:

—Los escribas y los fariseos se han instalado en la sede de Moisés. Así, pues, observad y practicad lo que os dicen, pero no lo que hacen. Porque dicen, pero no hacen. Cargan las espaldas de los hombres con pesados fardos que ellos mismos no tocarían con el dedo. Todo cuanto hacen, lo hacen para ser vistos de los hombres. Llevan anchas filacterias y largos borlones para ser vistos desde lejos. Y les agradan los sitios de honor en los banquetes y los mejores asientos en las sinagogas, y los saludos en las plazas de mercado y también ser llamados rabinos.

»Pero —y su voz resonó amplia y fuerte— vosotros no debéis ser llamados rabinos. Porque vosotros tenéis un solo Maestro y sois todos hermanos. Y no llaméis a ningún hombre padre aquí abajo, porque vosotros tenéis un Padre que está en los Cielos. Y no permitáis que os llamen Maestro, porque vosotros tenéis un Maestro, que es el Cristo. Él, que es el más grande entre vosotros, será vuestro servidor. *Porque el que se ensalza será humillado, y quien se humille será ensalzado*.

Su voz, ahora, era la de un juez que pronuncia una sentencia contra los malhechores:

—Desgraciados de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque vosotros cerráis a los demás el reino de los Cielos. *Vosotros no entráis en él, pero impedís que entren aquellos que lo desearían.*

—Desgraciados de vosotros, porque recorréis los mares y los continentes en busca de un solo prosélito y cuando, al fin, lo habéis encontrado, hacéis de él un hijo del infierno parecido a vosotros mismos.

Los fariseos se estremecían de malestar y de vergüenza, y sus rostros enrojecían. Con una lógica inexorable, Jesús les señalaba la mezquindad y la poca importancia de las cosas que, precisamente, ellos elevaban a la altura misma de la adoración del Dios

Todopoderoso.

La multitud se alegraba en su corazón —y con palabras— de la amonestación infligida a aquellos seres tan orgullosos, tan desdeñosos y tan superiores, y reía de alegría y bienestar cada vez que Jesús marcaba un nuevo punto, gritando su aprobación cuando la voz acusadora proseguía:

—¡Desgraciados de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, vosotros que pagáis el diezmo de la menta, de la calle, del camino y de toda legumbre, pero que descuidáis lo que es verdaderamente el derecho y omitís el amor de Dios, la caridad, la justicia y la fe.

—Desgraciados de vosotros, porque sois como las tumbas que no se ven y sobre las cuales se anda sin siquiera notarlas.

Por primera vez veía José a Jesús verdaderamente enfadado, y el pueblo lo aclamaba con tan entusiasta convencimiento, que durante un buen rato hubo de interrumpirse. Después su palabra se alzó de nuevo, estallante como un látigo:

—Desgraciados de vosotros, que sólo sois sepulcros blanqueados por fuera, pero llenos de impurezas, de viejos huesos y podredumbre en el interior.

Después, su voz sonó triste, limpia de todo enfado, y una gran angustia afloró en sus palabras:

—La sabiduría de Dios ha dicho: «Yo les enviaré profetas y mensajeros, ¡y ellos los expulsarán, los matarán y los crucificarán!

—Porque será exigida cuenta a esta generación de la sangre de todos los profetas vertida desde el origen de los tiempos, desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, que fue muerto y pereció entre el altar y el santuario. ¡Sí, en verdad os lo digo, se exigirán cuentas a vuestra generación!

»¡*Oh, Jerucalén, Jerusalén*!

Se trataba del mismo grito que el Maestro lanzara cerca del lago, cuando los fariseos lo atormentaban para obtener de él un signo, y el apostrofe era idéntico:

—¡Tú, que matas a los profetas y lapidas a aquellos que te han sido enviados!…

»…He aquí que tu casa está abandonada…

Jesús se alzó, de pronto, y separó ampliamente los brazos, como si abrazara a la ciudad, con su gran templo en la colina, brillante de mármol y oro:

—¡Vosotros sois todas esas cosas; en verdad yo os digo que no quedará de ella piedra sobre piedra!

Después, con zancadas rápidas, descendió las gradas sin pronunciar palabra ni mirar a derecha ni a izquierda.

María y varias otras mujeres se hospedaban en la casa de José, mientras que los hombres —excepto los más próximos a Jesús, aquellos que no se separaban de él nunca y vivían a su lado en Betania— permanecían en la casa de Nicodemo.

Éste, aunque se había convertido definitivamente en discípulo del Nazareno, seguía ocupando su sitio en el Gran Sanedrín.

Aquella tarde se presentó en el jardín, donde María se paseaba con José, y cuando se acercó a ellos, su rostro aparecía serio.

—¿Por qué triste? —le preguntó María, sonriente—. José me dice que tú eres uno de los nuestros y quienes siguen a Jesús conocen una alegría que no puede igualarse con ninguna otra.

—El Templo y todos sus alrededores hierven y tiemblan al conocer el relato de una dura amonestación que el Maestro, esta mañana, ha administrado a los sacerdotes, a los escribas y a los fariseos —respondió su amigo—. Ahora van a odiarlo más que nunca.

José comentó:

—Yo estaba allí. En efecto, los ha atacado dura y severamente, pero con toda justicia.

—Cuanto más mezquina es el alma, mayor odio siente hacia aquellos que muestran su mezquindad a los ojos de todos —dijo Nicodemo—. Esta tarde se ha reunido el Gran Sanedrín: si se atrevieran conducirían a Jesús ante el Consejo y lo lapidarían a muerte.

María protestó:

—¡La multitud no se lo permitiría! El pueblo, que ama a Jesús, es más numeroso que los sacerdotes y escribas, e incluso que los fariseos. Si los saduceos se atrevieran a tocar un solo cabello de su cabeza, pronto los echarían del Templo y hasta de la ciudad.

—El miedo a la muchedumbre es la única cosa que retiene a Caifás —confirmó Nicodemo—. Esto, y el hecho de que Pilato no está en Jerusalén. El Procurador odia vivir en Jerusalén en invierno. Sólo el emperador podría hacerlo venir aquí antes de la Pascua, que es la fecha regular de su visita. Y, cuando venga, lo hará, como siempre, acompañado de una nutrida escolta de soldados, para el caso de que el populacho se agite.

—¿Qué podría hacer Caifás? —preguntó María—. Ni tan siquiera los *sicarii* conseguirían acercarse a él: tan bien lo guardamos.

—Además —dijo José—, apenas consiguiera herirle, el asesino sería despedazado por la multitud. Ellos lo saben y no es muy probable que se atrevan a hacer algo por el estilo mientras el Maestro se encuentre en Jerusalén.

—Caifás está enterado de todo. Sin embargo —prosiguió Nicodemo—, no puede permitir a Jesús reclutar cada día más discípulos, existiendo tantos defensores en Jerusalén. Sobre todo, desde que cuentan con un jefe.

—¡Simón el Cananeo! —exclamó María—. En Betsaida lo tenía todo preparado para proclamar a Jesús rey.

—Simón el Cananeo no es ni el verdadero jefe ni el más peligroso de los defensores —dijo tristemente Nicodemo—.

Te olvidas de Iscariote.

—¿Judas? ¡Habla tan poco! A quien siempre se le oye es a Simón.

—El cual repite lo que Judas le ordena decir —precisó Nicodemo—.

Pero creo que nosotros podemos adivinar lo que hará el Gran Sacerdote.

—¿Y es?

—La ley es un palo que los sacerdotes y los fariseos blanden sobre el pueblo, porque ellos son los únicos que pueden interpretarla como les parece. Jesús no podrá permitirse seguir hablando con mucha frecuencia de manera tan categórica como hoy lo ha hecho, sin infringir por lo menos algunos detalles de la ley oral. Y en cuanto lo haga lo acusarán de blasfemo.

Nada excita con tanta seguridad y con tanta violencia al pueblo como una acusación de blasfemia o de amenazas contra el Templo.

José sintió el frío de una siniestra premonición correr por su medula, al recordar las palabras pronunciadas por Jesús aquella misma mañana: *He aquí que tu casa está abandonada… Vosotros sois todas estas cosas: en verdad os digo que no quedará de ella piedra sobre piedra…*

Repitió a sus dos amigos el apostrofe de Jesús, y el rostro del abogado se ensombreció:

—Roguemos —dijo— para que Caifás no se entere de las palabras exactas que el Maestro ha pronunciado. Podría suceder que ni Jesús mismo fuera capaz de salvarse si le acusa de blasfemia contra el Templo de Dios.

María se estremeció y José le pasó un brazo por encima de los hombros: adivinó que ella se acordaba del día en que Jesús, solo, la salvó de la inminente lapidación. Él también se daba cuenta de lo que podía ser la ira de la masa. Sabían que Nicodemo tenía razón y decía la verdad, al pensar que la actual simpatía de la gente no bastaría para salvar a Jesús de una tal eventualidad. Todos los parásitos del Templo se unirían instantáneamente contra él, y les costaría poco amotinar a la chusma, todos aquellos que tenían tienda abierta en el atrio interior, los cambistas, los vendedores de especias o de animales para el sacrificio, los vendedores de perfumes e incluso de manuscritos, los centenares que vivían cerca del Templo y que medraban de lo que su cercanía les facilitaba. Se trataba, en su mayoría, de gente rica e influyente, y una vez que se juntara en masa suficiente para alzar un frente común contra el hombre a quien tanto odiaban, la violencia podría surgir.

Los peregrinos inmovilizados ante la masa de sus discípulos y la importante disminución de ingresos que ello implicaba, constituían un motivo más que suficiente para conducirlos a los extremos más brutales.

—¿Qué crees que deberíamos hacer, Nicodemo?

—Es preciso que Jesús se vaya de Jerusalén —dijo con energía el abogado—. No veo otra solución.

—¡Sin embargo, la gente que viene a él aumenta de día en día! Sus adeptos son cada vez más…

—No lo ignoro, pero lo que sucede es que la mayoría de estos nuevos adeptos son celosos defensores o, por lo menos, piensan así, y por consiguiente, resultan más peligrosos que útiles.

—Tú, que estás más cerca de Jesús que las otras mujeres que le siguen, quizá pudieras convencerle de que abandone la ciudad. Tú le has aceptado como el Mesías, como el Cristo, y le amas; yo, por una razón que ignoro, no puedo aún lograr que mi corazón lo reconozca con seguridad por Aquel que es esperado.

—Cuando llegue para ti la hora de descubrir al Mesías en Jesús, tu corazón lo reconocerá con toda seguridad —dijo María, tranquila y esperanzada—. Es una experiencia por la cual cada uno de nosotros tiene que pasar, individualmente y por su propia cuenta. El Maestro regresará a Betania mañana por la mañana: intentaré convencerle, pero tengo una vaga sospecha de que tal es su intención.

Nicodemo la miró sorprendido, pero José había ya aprendido a saber cuan justas eran las intuiciones y la comprensión profunda que María parecía poseer del Maestro nazareno, de sus proyectos y de sus objetivos.

—¿Por qué dices eso, María? —preguntó Nicodemo.

—El éxito de Jesús en Jerusalén es inmenso, quizá mayor aún que el de Galilea. Pero ¿quiénes vienen a él? Aquellos que le tienden lazos, los enfermos que desean ser curados, aquellos que ven en él a un Mesías capaz de conducirlos triunfalmente a Roma. Muy pocos vienen a él con una fe sencilla y confiada, porque él predica un reino mayor que cualquier reino de este mundo, un reino que sobrepasa todas las posibilidades terrestres y materiales: el reino de Dios en el corazón de los hombres.

Los otros dos permanecieron silenciosos, no teniendo nada que oponer a aquellas verdades indiscutibles. Ella continuó:

—Ya una vez, cuando quisieron proclamarlo rey de Galilea, Jesús se marchó. Supongo que ahora sucederá lo mismo… a menos que… a menos que…

Ella se interrumpió y una gran tristeza asomó a su rostro.

—… a menos que él sepa que ha llegado la hora de morir para enseñar a los hombres lo que es el reino de Dios…

Nicodemo poseía un espíritu lógico:

—Si tal es, en efecto, la única manera de convencer a los hombres, si la hora ha llegado, él debe de saberlo siendo el Mesías.

Y José tenía memoria:

—¡Él mismo lo ha dicho! Todos le habéis oído decir que no conviene que un profeta muera fuera de Jerusalén.

—Todo esto forma parte del designio de Dios —dijo pensativa María—. Siendo Cristo, Jesús, si lo quisiera, podría salvarse.

Pero si él ha decidido que debe morir a fin de que el pueblo comprenda por qué ha venido a este mundo, no utilizará su poder.

—De todas maneras, Caifás, por ahora, no se atreverá a detenerlo —dijo Nicodemo—. Por consiguiente, nos quedará tiempo para buscar un medio de proteger al Maestro si se niega a abandonar la ciudad.

Sucedió que Nicodemo se equivocaba.

Capítulo XIX

EN EL QUE SE VE QUE LO QUE PEOR ACEPTAN LOS LADRONES Y LOS HIPÓCRITAS ES QUE SE LES TRATE DE HIPÓCRITAS Y DE LADRONES

AUNQUE JOSÉ PASARA varias horas al día escuchando a Jesús, no por ello podía dejar de cumplir sus deberes como médicus víscerus del Templo. En general, lo hacía por las mañanas, inmediatamente después de los primeros sacrificios. El día siguiente al que Jesús tan amargamente estigmatizara a los fariseos bajo el pórtico de Salomón, José se hallaba en el Templo como de costumbre, ocupado en cuidar los pies enfermos de los sacerdotes, el estado general de quienes tenían el sistema digestivo fatigado por los excesos de la buena mesa y, generalmente hablando, ocupado, de una manera u otra, en reparar lo mejor posible la salud de la población sacerdotal. Terminaba de colocar una venda almidonada, fuertemente apretada en torno a un pie hinchado, cuando de repente estalló una algazara en el patio inferior, llamado atrio de los paganos o de los gentiles.

Algunos instantes después, uno de los levitas pasó corriendo por delante de la habitación donde el Gran Sacerdote pasaba gran parte del día. «¡El profeta de Nazaret vuelca las mesas de los cambistas! —gritaba—. Se están peleando en las gradas del Templo».

Asaltado por un súbito temor, José dejó caer su *nartik*. El desastre que ellos temían, ¿habría comenzado? Atravesó rápidamente el atrio interior —estrictamente reservado a los judíos— y bajó las gradas corriendo. Podía ver una masa que empujaba, gritaba, juraba y daba empellones. Cuando llegó al lugar donde se instalaban los cambistas, se encontró ante un cuadro dramático.

Jesús avanzaba con calma a lo largo de la terraza, rodeado por su pequeño grupo, y su paso dejaba tras de sí un verdadero rastro de desorden y de confusión. Una tras otra iba volcando las mesas de los cambistas, desde donde se esparcían monedas de oro y de plata, que el populacho buscaba en seguida por las junturas de las losas, luchando con fuerza y reduciendo a astillas las mesas volcadas en medio de un ruido ensordecedor.

Cuando llegó a los tenduchos de los vendedores de animales, Jesús abrió las jaulas, rompió las cercas, volcó los asientos de los vendedores de palomas y continuó así a todo lo largo del atrio, destruyendo las diversas instalaciones donde cambistas y mercaderes estafaban a los peregrinos, repartiendo después, con los empleados del Templo, los beneficios producidos por sus robos.

Los sacerdotes parecían paralizados por aquel espectáculo inédito, e incluso los rostros del pequeño círculo de discípulos que acompañaban a Jesús revelaban el

horror que sentían.

Una vez o dos, uno intentó tender la mano como para contener al Maestro, pero la cólera que expresaban sus rasgos obligó al temerario a retirarse.

Nunca, ni incluso cuando amonestaba a los fariseos, José había visto brillar los ojos de Jesús con tanta indignación. Sus movimientos para tirar al suelo las mesas y su precioso cargamento, para romper jaulas y cercas, eran eficaces, violentos y tranquilos a la vez.

Sólo cuando terminó su circuito, se enfrentó con la multitud, y su rostro aparecía tan terrible que los que estaban más cerca de él se estremecieron e intentaron recular para huir.

Y él les dijo con voz potente:

—¿No está escrito: «Mi casa será llamada una casa de oración para todos»? ¡Pero vosotros la habéis convertido en una caverna de ladrones y bandidos!

Mientras aquello ocurría, un cierto número de los mismos fariseos a quienes denunciara la víspera, consiguió reunir a algunos guardias del Templo. Ahora se abrían paso a través de la multitud, y uno de ellos, más atrevido que los otros, le preguntó en voz alta:

—¿Hasta cuándo nos harás esperar? Si tú eres el Cristo, dínoslo claramente.

—¡Ya os lo he dicho!

La palabra del Señor restallaba como un látigo:

—Ya os lo he dicho y vosotros no habéis creído. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre lo atestiguan. Pero vosotros no creéis porque no pertenecéis a mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz. Yo las conozco y ellas me siguen. Y yo les doy la vida eterna. Y ellas no perecerán. Y nadie las arrancará de mi mano.

Se interrumpió y paseó su mirada por la muchedumbre.

José vio que la cólera había desaparecido una vez más de sus ojos, reemplazada por la tristeza.

—Mi Padre, que me las ha dado, es más poderoso que todos y nadie podrá arrancarlas de la mano de mi Padre. Y el Padre y yo somos uno.

Transcurrió un largo momento hasta que el sentido de esta afirmación penetrara en los espíritus de aquellos que le preguntaban.

Cuando hubieron comprendido, los fariseos exclamaron:

—¡Ha blasfemado! ¡Lapidadlo! ¡Lapidadlo!

Algunos se acercaron para apoderarse de Jesús, pero él alzó la mano y la fuerza de su serenidad y de su seguridad los obligó a retroceder.

—Yo os he mostrado muchas obras buenas que venían del Padre —dijo—. ¿Por cuál de ellas me lapidaríais?

—Nosotros no te lapidaremos por ninguna obra buena —gritó el portavoz de los fariseos—, sino por tus blasfemias. Porque, siendo un hombre, te declaras Dios.

El pueblo no comprendía gran cosa de las argucias de los fariseos, ni de los mil y un detalles de la ley, que eran tan aficionados a discutir y cuya menor omisión tildaban de blasfemia.

Sin embargo, para todas las cuestiones de religión estaban acostumbrados a dejarse guiar por ellos, y citando gritaron la palabra blasfemia, muchos entre el pueblo respondieron al grito.

Jesús dirigió a sus atormentadores una mirada de aplastante desprecio.

—¿No está escrito en nuestra ley: Yo he dicho, *vosotros sois dioses*? Si ella ha dado el nombre de dioses a aquellos a quienes la palabra de Dios ha sido dirigida, y si la Escritura no puede ser anulada, ¿a aquel a quien el Padre ha consagrado y enviado al mundo, le decís: ¡Tú blasfemas!, porque yo he dicho:

Yo soy hijo de Dios? Si yo no hago las obras de mi Padre, entonces no me creáis. Pero si las hago, creed en mis obras, a fin de que sepáis y comprendáis que el Padre está en mí y yo en Él, que el Padre y yo somos uno.

—¡Blasfemia! —volvieron a gritar en coro los fariseos—. ¡Ha blasfemado al Altísimo! ¡Que sea lapidado!

Intentaron otra vez apoderarse de él. Simón Pedro y los hijos de Zebedeo, que se hallaban cerca de él en aquel momento, parecían aterrorizados y petrificados por la rapidez con que todo sucedía. José no había visto a María, pero cuando la multitud se puso a vociferar reclamando la vida de Jesús como los perros ladran tras la pista del animal perseguido, María se adelantó para proteger al Maestro. En un instante José se abrió paso a codazos y se colocó cerca de ella, poniendo su cuerpo entre Jesús y la jauría.

—¡Judíos de Jerusalén! —exclamó—. Vosotros me conocéis.

Yo soy José de Galilea, con frecuencia he curado vuestras heridas, y os he devuelto la salud cuando os encontrabais enfermos: ¡escuchadme!

Un silencio momentáneo descendió sobre el auditorio, ya que muchos de ellos habían sido salvados por su habilidad, curados, ayudados, aliviados por él, y le respetaban y le concedían confianza, como siempre el hombre confía naturalmente en su médico.

—Vosotros sabéis que siempre he seguido la ley desde mi juventud. Estos fariseos desearían veros lapidar a un hombre de bien, porque él os los ha presentado como son, sepulcros blanqueados, hipócritas y mentirosos. Después de lo cual podrán decir: ¡*Nosotros no tenemos nada que ver con eso, fue la multitud la que lo hizo*!

—¡Miente! —gritó con todas sus fuerzas el jefe de los fariseos—.

José de Galilea está hechizado por la mujer de Magdala, la que sigue a Jesús. Ya veis que ella está a su lado.

Con los cabellos resplandecientes y su belleza real, María sobresalía entre la masa como un lirio entre cardos. Más de un hombre, al ver la luz que brillaba en sus ojos

mientras miraba a Jesús, le envidiaba y le odiaba a la vez por su buena suerte.

—¡Lapidad al blasfemo! —insistían los fariseos—. ¡A las puertas! (Estas lapidaciones sólo podían llevarse a cabo fuera de las puertas de la ciudad). Y la muchedumbre, una vez más, se hacía eco del grito de muerte.

Manos como garras se aferraban ya a sus vestidos y todo parecía verdaderamente perdido, cuando José oyó el ruido de numerosos pies en marcha. Alzando los ojos vio un grupo de soldados conducidos por un centurión, que pasaban a lo largo del atrio de los Gentiles, dirigiéndose a la fortaleza Antonia, de regreso de su primera guardia diurna. José reconoció al oficial, un tal Trojas, a cuya mujer había curado unos meses antes de una fiebre maligna.

—¡Trojas! —exclamó en una inspiración repentina producida por la desesperación que cabía esperar—. ¡Trojas! ¿Vas a permitir que esa gente mate al médico de Poncio Pilato?

El romano se dio cuenta en seguida de la situación. La guarnición entera sabía que José era amigo de Pilato y de su mujer, y que también era el médico agregado a las tropas romanas.

A una breve orden del centurión, los soldados bajaron sus escudos y, sirviéndose de las empuñaduras de sus espadas como garrotes, penetraron en la multitud golpeándola. En seguida la columna penetró como una cuña entre la masa de aquella humanidad que gritaba, protestaba y giraba, y estableció un círculo protector alrededor del pequeño grupo blanco de aquella chusma.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el centurión.

—Los fariseos se esfuerzan en hacernos lapidar por la multitud —explicó José bastante jadeante—. ¿Puedes hacernos escoltar hasta el camino de Jericó?

El centurión vacilaba, perplejo, pero José añadió:

—Yo me haré personalmente responsable de ti frente a Poncio Pilato.

—Entonces —dijo Trojas con una sonrisa divertida—, a ver si cuentas bien la historia. ¡Cuenta con qué valor te he salvado la vida que peligraba mucho!

Y, a pesar de su angustia, José no pudo menos de responder con una sonrisa parecida.

Capítulo XX

EN EL QUE JOSÉ PASA DE CAIFAS A PILATO

EL REDUCIDO GRUPO abandonó el Templo custodiado por los soldados, y atravesó la ciudad en dirección al camino de Jericó, saliendo, por consiguiente, por la puerta Probática, aquella por la cual entraban los rebaños destinados a los sacrificios.

Aquellos que, destacándose de la masa hostil, siguieron a Jesús y a sus discípulos, fueron poco numerosos y no continuaron durante mucho tiempo. Una cosa era arrastrar fuera de las puertas de la ciudad, para lapidarlo a muerte, a un judío indefenso, y otra, muy distinta, atreverse a atacar a soldados romanos (sin grandes posibilidades de éxito, además) y de atraer así sobre todos los judíos de Jerusalén la formidable ira de Poncio Pilato.

Jesús no había dicho ni una sola palabra durante su dramático intento de salvación. Al ver la tristeza y la decepción que delataban sus rasgos, José pensó que María tenía razón:

Jerusalén le había abandonado y traicionado igual que Galilea, y debía sentirse contento de alejarse de ella.

El Maestro marchaba solo por el camino, delante de los demás, perdido en sus pensamientos, mientras sus discípulos seguían discutiendo entre ellos, exasperados por la mala suerte que los había obligado a abandonar la Ciudad del Templo, precisamente cuando creían que sus esperanzas estaban a punto de realizarse y el éxito al alcance de la mano.

Cuando todos se encontraron seguros en Jericó, José regresó a Jerusalén, después de asegurarse de que ningún perseguidor aparecía en el horizonte. Comprendió, y María le dio la razón, que en adelante era de primordial importancia que en la ciudad hubiera alguien con quien el Maestro pudiera contar para informarle de cuanto sucediera.

—¡Ve con cuidado, José! —le suplicó ella cuando se separaron—.

Ve con cuidado con Caifás: en adelante será un enemigo cruel, y podría hacerte responsable de haber salvado a Jesús.

José pensaba que la seguridad de Jesús era muy relativa, pero no dijo nada.

—No creo que Caifás me trate como a un enemigo —dijo José para tranquilizarla —. Jesús ha respondido y demostrado claramente a los fariseos que sus palabras no representaban ninguna blasfemia. Ellos excitaban a la muchedumbre, esperando que ella lo lapidaría, que su responsabilidad quedaría a salvo. Caifás se vería obligado a llevarme ante el Sanedrín, y él sabe muy bien que en ese caso yo demostraría que ha intentado hacer asesinar (¡muerte sin proceso!) al Maestro por el populacho.

María se dio cuenta, sin embargo, de que algo le preocupaba:

—¿Qué sucede, José? —preguntó.

—Hay algo que me preocupa —confesó él—. Cristo hubiera podido hacer cesar el motín, sin que tan siquiera uno de ellos lo tocara, pero Jesús no hizo ni el menor gesto en este sentido. No es que dude, María, pero me agradaría saber lo que efectivamente sucedió.

—Quizá la limpieza del Templo fue deliberadamente la última acción que quiso efectuar antes de abandonar Jerusalén —dijo María—. Recuerda que no hizo ninguna objeción a esa partida, lo que significa que estaba preparado para ella.

—Pero ¿y la profecía?…

—¿Que morirá en Jerusalén? Sí, yo también he pensado en ello, pero la profecía no dice cuándo. Recuerda que él dijo sencillamente:

»*Todo cuanto han escrito los profetas respecto al Hijo del Hombre, debe cumplirse. Él será entregado, se burlarán de él, le llenarán de ultrajes, le cubrirán de salivazos, le flagelarán y le condenarán a muerte*.

«Nosotros no podemos comprender siempre la voluntad de Dios, José, pero siempre podemos obedecerle, porque siempre ella es justa y recta.

Durante los meses que siguieron, él pensó con frecuencia en las palabras de María. El invierno terminaba y los primeros brotes aparecían en las ramas anunciando la primavera. Sin embargo, tenía otras muchas cosas en que ocuparse. Al regresar a Jerusalén recibió una enigmática convocatoria del Gran Sacerdote Anas, quien deseaba verle en sus habitaciones. Presumiendo —sin equivocarse— que iba a enfrentarse con el Sanedrín político, tomó esta vez la precaución de hacerse acompañar por Nicodemo, conocedor de todos los artilugios de la ley, para que Caifás o alguno de los otros no pudiera hacerle tropezar sobre algún punto de poca monta, desconocido o mal conocido por él.

Se encontró frente al mismo grupo ante el cual compareciera —sin darse cuenta de ello— con anterioridad, pero esta vez fue el Gran Sacerdote Caifás quien, furioso y con la mirada helada, le atacó, incluso antes de haberse terminado el breve intercambio de obligatorios saludos:

—¿Por qué permaneciste al lado del blasfemo Jesús de Nazaret?

—Yo no oí a Jesús pronunciar ninguna blasfemia —dijo con audacia el médico.

Caifás, con un gesto despreciativo, rechazó aquella denegación:

—Tú eres un espía, a quien tus amigos han enviado para estar en contacto con los que conspiran con el Nazareno. ¿Qué pensará tu amigo Poncio Pilato cuando le ponga al corriente de todo esto?

—Poncio Pilato sabe que yo digo siempre la verdad —respondió José muy tranquilo—. Y él me creerá cuando niegue esa falsa acusación.

Caifás palideció y se mordió tan ferozmente su labio superior, que pareció que sus dientes debieran penetrar en la carne.

Con objeto de disminuir un poco la tensión, Elias preguntó:

—¿Dónde está Jesús de Nazaret, José?

—Yo los dejé en Jericó, pero hablaban de dirigirse a Perea.

—Eso es lo que supusimos —dijo rabioso Caifás—. Él corre a ponerse a salvo en el territorio de Filipo.

Nicodemo intervino:

—Nadie obligaba a Jesús a partir si no hubiera querido hacerlo.

Caifás se volvió violentamente hacia él:

—¿Y eso, por qué?

—Porque él es el Cristo —respondió el abogado con entera sencillez—. Jesús, si lo hubiera querido, habría podido haceros morir allí mismo, a vos y a vuestros asalariados.

Entonces Caifás exclamó gritando:

—¡Nosotros sabemos de dónde procede ese hombre! Es un charlatán galileo.

—¿Has olvidado, quizá, Gran Sacerdote, las profecías de Isaías? —preguntó muy cortésmente Nicodemo.

El otro se encogió de hombros.

—¿Puede venir el Cristo de Galilea? ¿No dicen las Escrituras que el Cristo desciende de David y vendrá de Belén, la ciudad donde estuvo David?

—Numerosas son las profecías relativas al Mesías —subrayó Nicodemo—. Unas las comprendemos y otras no. ¿Cómo puedes asegurar que vendrá de tal o cual lugar, cuando no estás seguro de su sentido?

Era aquél un punto importante, ya que, incluso los fariseos más entendidos, discutían y disputaban sobre el número de cosas inscritas en los Libros de la Ley, o simbólicamente reveladas por los profetas.

—Jesús es un blasfemo —dijo brutalmente Caifás—, y eso es suficiente para condenarle a muerte.

—En ese caso —preguntó José—, ¿por qué no le habéis hecho comparecer ante el Consejo para juzgarle, en vez de excitar al populacho y empujarlo al asesinato? Si estuvierais tan seguro de vuestra verdad, ¿no lo hubierais hecho así? ¿Desde cuándo la ley juzga (y, sobre todo, condena) a un hombre sin escucharle primero y sin saber con exactitud lo que ha hecho?

—Tú eres galileo —dijo Caifás en tono burlón—. ¡Busca y verás que nunca ningún profeta ha venido de Galilea!

Nicodemo dijo con una voz sin altibajos:

—Caifás, has acusado a José de espía: ése es un cargo que no puede proferirse a la ligera. Hagamos, pues, que comparezca ante el Sanedrín, para que todo esto se

ponga en claro.

Existen, en el Consejo, un cierto número de hombres justos y rectos, a quienes no les gustará saber que has pagado a provocadores y enviado mercenarios entre los fariseos, con el fin de excitar a la multitud contra Jesús. Provocar la muerte de un hombre, al margen de todo juicio legal, es un asesinato que se castiga con la pena de muerte. Ni el mismo Gran Sacerdote está al abrigo de la justicia del Altísimo.

Caifás volvió a palidecer ante aquella amenaza directa y mesurada. Él sabía muy bien que Nicodemo, uno de los más respetados doctores de la ley, y José, el médicas vísceras unánimemente apreciado, serían escuchados con atención y que sus acusaciones serían cuidadosamente sopesadas por el Sanedrín, que los consideraba como hombres verídicos.

—Me… me he dejado llevar por la cólera —reconoció Caifás—. Nadie acusa a José de haber infringido la ley. Podéis marcharos.

—Sé prudente, José —le aconsejó Nicodemo cuando hubieron salido—. Caifás es un hombre henchido de veneno y está muy cerca de Poncio Pilato. No tenemos ningún medio de saber qué mentiras puede inventar y contar al Procurador, ni qué intrigas podrá tramar contra ti.

Algunos días después de la sesión en el Sanedrín político, José recibió aviso de que Jesús se había trasladado a la otra orilla del Jordán, donde enseñaba en una ciudad llamada Efraín[9], allí donde Juan Bautista alcanzara algunos de sus mayores éxitos.

Ahora que el Nazareno se encontraba tan lejos de Jerusalén, la excitación ocasionada por su presencia y su cólera parecían calmadas. No obstante, numerosos defensores permanecían aún en la ciudad y José oyó decir que seguían actuando con una actividad disimulada, pero intensa, con el fin de proclamar a Jesús rey de Judea.

Así fue transcurriendo el invierno sin acontecimientos notables.

José había abandonado la esperanza de casarse con María hasta pasado algún tiempo. Para aliviar un poco el pesar de la soledad, se lanzó a un trabajo agotador, y se las ingenió para mantener unido y ferviente el pequeño núcleo de discípulos fieles que Jesús había conseguido hacer durante su breve permanencia en la Ciudad del Templo. Para conseguirlo, y no poseyendo el poder de curar por medio de milagros como el Maestro, cuidaba y ayudaba lo mejor que sabía a los enfermos y a los pobres, y en pequeñas reuniones de carácter privado repetía las enseñanzas de Jesús con objeto de conservar vivo su recuerdo.

Entre los creyentes podían verse varios miembros del Sanedrín, maestros influyentes y escuchados, mercaderes importantes, artesanos y otros, todos ellos

judíos devotos que veían en el énfasis solemne y la pedantería de los fariseos, en el amor exclusivo de los sacerdotes por la forma y el detalle en detrimento del espíritu, en la acumulación considerable de riquezas que era su objeto real y su finalidad, una verdadera caricatura de todo lo que la adoración del Altísimo representaba para un judío sinceramente piadoso.

Al llegar la primavera, toda la ciudad se disponía a engalanarse al aproximarse la mayor fiesta religiosa del año —la Pascua—, que atraía siempre a la Ciudad del Templo millares de peregrinos, algunos de los cuales procedían de las regiones más alejadas del Imperio. Era la ocasión en que los hijos de Israel enterraban sus diferencias, sus querellas y sus desacuerdos en un común y unánime acto de gracias al Altísimo que los había sacado de Egipto unos siglos antes.

La celebración de este rito no había cesado desde entonces y se denominaba a aquella fiesta de liberación la Pascua, de la palabra pasah, que significa «pasar más allá», y que era una evocación de la décima plaga con que Jehová castigó al pueblo de Egipto para que el faraón permitiera por fin partir a los judíos que mantenía esclavizados. «Pasar más allá» o «ir más allá», porque aquella noche el Altísimo hizo morir a todos los primogénitos varones del país del faraón, lo mismo hombres que animales, desde el hijo del rey, sentado al lado del trono de su padre, que el cautivo en su cárcel, desde el más hermoso toro en el establo de un príncipe hasta el más ruin perrillo de un labrador, pero el ángel exterminador «pasó más allá» en las casas de los hijos de Israel, cuyas puertas habían sido marcadas con la sangre de cordero sin tacha, sacrificado y comido en cada familia durante aquella misma noche.

Y, cada año, la Pascua era marcada, en todo el pueblo judío, por el sacrificio de un cordero en memoria de aquel cuya sangre preservó a Israel durante el paso del ángel exterminador, en aquella noche de su liberación.

Y, a partir de aquella liberación hasta el fin de los tiempos, el cordero pascual ha sido, es y será comido asado con hierbas amargas, destinadas a recordar al pueblo elegido la amargura de los años de esclavitud, de la que Jehová, su Dios, lo sacó, según se lo había prometido a Moisés.

Como cada año, Poncio Pilato iba a regresar a Jerusalén con una fuerza militar importante, destinada a reforzar la guarnición regular de la Antonia. No era que el Procurador se preocupara lo más mínimo del aspecto religioso de aquella fiesta, para él desprovista de interés, pero Roma era prudente y sabía a los judíos eminentemente excitables, y que nada se les subía tanto a la cabeza como cantar los himnos y los

salmos de su liberación. Sabía también que una semana repleta de ceremonias destinadas todas ellas a recordar la circunstancia que los había arrancado a otro opresor, era apta a despertar en ellos una fiebre de nacionalismo, y que de ello a la sublevación no había más que un paso. Roma, estimando que valía más prevenir que curar, y que la población normal de la ciudad doblaba su número durante ocho días con una enormidad de peregrinos, duplicaba a su vez, durante diez o doce días, el número de soldados de la fortaleza.

En cuanto el Procurador se instaló en su palacio, José fue a visitarle. La fatiga y las incomodidades del viaje desde Tiberíades a Jerusalén habían excitado la gota en Pilato, aun cuando efectuara el viaje en el carro real, y se encontraba aún más irascible que de costumbre.

Mientras José aplicaba sus sanguijuelas en el dedo del pie inflamado, el Procurador no hizo más que despotricar contra aquella parte del mundo en general, contra Jerusalén y contra Herodes Antipas en particular.

Aprovechando una pausa entre dos imprecaciones, José se informó cortésmente de la salud de Claudia Prócula.

—Ella ha pasado un invierno menos malo que de costumbre —reconoció Pilato, que añadió con ironía—: Atribuye esta circunstancia no al clima, aunque se haya mostrado más clemente que otros años, sino a su fe en el Maestro.

—He observado que quienes sienten paz en su espíritu, están enfermos con menos frecuencia que los nerviosos y los irascibles.

Pilato le lanzó una mirada sorprendida:

—¿Incluso los que sufren de gota en el pie?

—Es muy posible.

—¡Absurdo! —exclamó el Procurador—. ¿Qué bien puede deducirse de mirar las musarañas o de soñar con la luna, hablando de la vida eterna, y servir a los demás o amar al prójimo?

El poder: eso es todo lo que cuenta en esta vida, o en cualquier otra.

José estaba acostumbrado a las reacciones de Pilato, y nada deseaba menos en aquel momento que una discusión sobre la filosofía del poder. Con objeto de cambiar de tema, preguntó:

—¿Claudia Prócula os ha acompañado?

—¡No! Ella deseaba quedarse en Jericó hasta el final de vuestras fiestas y seguir después a Cesárea. Herodes Antipas le ha ofrecido su palacio, pero yo prefiero estar aquí, por si surgiera alguna dificultad.

—Jericó resulta muy agradable en esta época del año, y los baños sentarán bien a su salud.

—No se quedó allí por los baños —dijo lacónicamente Pilato—.

Jesús de Nazaret está otra vez allí…

—¿En Jericó?

José se sorprendió tanto, que soltó la sanguijuela que iba a ponerle en el pie.

—Yo le creía en Efraín.

Pilato lo contempló con un aire a la vez interrogante y burlón:

—Es verdad, he oído decir que tú eres uno de los suyos.

—Es cierto —reconoció el médico—. Estoy convencido de que las enseñanzas de Jesús representan la mejor manera de vida para los hombres.

—Yo no hablo de su filosofía —dijo el Procurador, molesto—.

Muchos otros han dicho las mismas cosas que él. Yo te pregunto si crees que es, efectivamente, el Cristo que vosotros, los judíos, esperáis.

—No lo sé —reconoció honradamente el médico.

—¿Le has oído tú proclamarse el Mesías?

—No. Nunca.

El Gobernador insistió:

—¿Alguien que tú conozcas lo ha oído?

—Que yo conozca, no.

Pilato hizo una mueca y lo miró, perplejo.

—Tú no eres capaz de mentir, estoy seguro de ello; y, digan lo que digan de mí, soy un hombre justo. Si escuchara a Caifás, mañana haría detener y matar a Jesús, bajo pretexto de que se proclama rey de los judíos. Si verdaderamente proclama esta pretensión, no me será posible escoger. Sólo puede existir un monarca en Judea.

—Yo estoy absolutamente convencido de que Jesús no tiene la intención ni tan sólo el deseo de ser rey de los judíos —dijo el médico—. Todo cuanto desea es cambiar el corazón de los hombres y su alma, pero no su gobierno ni sus convicciones políticas.

—Lo que tú dices del hombre quizá sea verdad —dijo Pilato—.

Según mi parecer, se trata de un fanático más, parecido a Juan, a quien Herodes hizo matar.-Pero el otoño último sus defensores querían proclamarlo rey, cuando él se retiró súbitamente a la montaña. Y después se prepararon para hacerlo aquí, en Jerusalén, cuando abandonó la ciudad y se dirigió a Perea.

—Parecéis bien informado de sus actos.

—Mi oficio me obliga a saberlo todo. Si Judea vive en paz desde hace varios años, se debe a que sé por adelantado cuanto sucede en ella, y cuando es preciso hago lo necesario para que no suceda lo que no conviene.

José se arriesgó a sugerir:

—La retirada de Jesús en aquella circunstancia y en aquel momento ¿no prueba que no siente ningún deseo de convertirse en jefe temporal?

—Quizá. Pero también podrías llegar a la conclusión de que… sus partidarios…

se lanzaron con demasiado entusiasmo… o con un entusiasmo intempestivo… antes de que las circunstancias fueran favorables para la rebelión que proyectan.

—¿Qué pensáis hacer? —preguntó José, con el tono más indiferente posible.

Pilato se echó a reír:

—¡José, nunca serás conspirador! Todos tus pensamientos se leen en tu cara. No obstante, puedes decirle a Nicodemo y a todos cuantos siguen al Nazareno, que no siento ningún deseo de destruirlo, ni lo sentiré mientras no cometa la locura de escuchar a las cabezas calientes que desean hacer de él un rey.

Entonces no quedará opción. El emperador Tiberio reina en Judea, José, y reina solo. Poncio Pilato le representa. ¡Procura no perder esto de vista!

Capítulo XXI

… YA «MAÑANA». PROYECTA SOBRE «HOY». LA SOMBRA DE UN TRÁGICO DESTINO

FALTABAN TODAVÍA ocho días para la Pascua y las calles de Jerusalén estaban llenas de viajeros y peregrinos llegados de todos los puntos del Imperio.

En la ciudad no quedaba ya ni un solo sitio donde albergarse, y los visitantes habían llenado también los pueblos de los alrededores: Betfagia, Betania y otros tan alejados incluso como Emaús, situado a siete millas de la ciudad, donde Nicodemo poseía una encantadora casa de campo a la entrada de un pequeño valle. A él le agradaba trasladarse allí en primavera, cuando las flores y los campos despertaban a una nueva vida.

Aquella mañana, José recibió un aviso de su amigo rogándole se dirigiera a Emaús para una visita profesional, y aprovechó satisfecho la ocasión de abandonar, por poco tiempo que fuera, las calles transformadas en Babeles, en las que se aglomeraban, entre el polvo y el sudor, gentes que hablaban todas las lenguas de la tierra y que los judíos ya no entendían.

Nicodemo no estaba muy enfermo; José diagnosticó uno de esos ataques de fiebre intermitente más frecuentes y agudos en primavera, antes de la llegada de la época del calor. Recetó una droga amarga y bebidas calientes con especias, que hicieran transpirar y descender la temperatura. Después de la visita regresó a la ciudad, donde había aún de ver a varios pacientes.

Las colinas estaban cubiertas de flores primaverales, los narcisos crecían junto a ramos de rosas de Sarón, de corolas en forma de estrella y de un color blanco purísimo, cerca de florecillas de un lila pálido, y por todas partes se veían cardos, pimpinelas y agracillos con pequeñas hojas de un verde oscuro y barnizado, a la vez bonitas y útiles, porque sirven para calentar el hogar de la cocina de la gente del campo.

Mientras avanzaba al paso rápido de su camello, José, absorto en sus pensamientos, tardó en ver, ya cerca de la ciudad, una multitud importante reunida cerca de la puerta. Después oyó gritos que le parecieron familiares. Entonces, de pronto, obligó a su montura a apresurarse.

La muchedumbre gritaba: ¡*Hosanna*! ¡*Bendito sea Aquel que viene en nombre del Señor*!, y lanzaba palmas y ramos a su paso y extendía vestiduras en el camino.

El médico no necesitó distinguir la silueta montada en una borriquilla que avanzaba, solitaria, al frente de una pequeña procesión, para saber lo que acontecía: Jesús de Nazaret regresaba a Jerusalén.

Desde el monte de los Olivos descendía una multitud exultante, cantando los milagros que había presenciado y loando a Dios a voz en grito. Sin embargo, las aclamaciones no contenían ni el calor ni la espontaneidad de las que habían acogido al Maestro unos meses antes. José, con el corazón latiéndole más de prisa, tanto de inquietud como de alegría, se dirigió hacia una graciosa forma femenina, con cabellos color de cobre, sujetos por un chai.

Si necesitaba una prueba de la rapidez con que la gente olvidaba que tan poco tiempo antes llamaban a aquel hombre el Mesías, la tuvo al oír a algún curioso varias veces, parado al borde del camino, preguntar a otro:

—¿Quién es ése?

A veces el otro se encogía de hombros para indicar su ignorancia; otras, respondía:

—Es el profeta Jesús de Nazaret, en Galilea.

El cortejo estaba ya en la ciudad cuando José pudo acercarse a María. Ella le cogió el brazo y él vio que sus ojos estaban enrojecidos y que las lágrimas aparecían al borde de sus párpados. Sin embargo, la alegría de volverle a ver iluminó en seguida su cara.

—¿Por qué ha vuelto, María?

Antes de que ella hablara, conocía él la respuesta.

—Su hora ha sonado —dijo ella sencillamente—. Vuelve para que se cumplan las profecías.

—Pero Pilato está en Jerusalén. Él y Caifás tomarán, sin duda, su llegada en estos momentos como una prueba de que quiere proclamarse rey.

—¡Quizás él lo quiera! La muerte de un rey tiene más importancia y precio que la muerte de un profeta.

Entre la masa de peregrinos que abarrotaba la ciudad hasta lo indecible, la procesión que acompañaba a Jesús pronto fue abortada. No obstante, al llegar a las gradas del Templo, los discípulos se reagruparon más o menos y lanzaron en seguida —lo que hizo que se unieran a ellos los que se habían dispersado— sus aclamaciones:

—¡Bendito sea el que viene, el rey, en el nombre del Señor!

¡Paz en el cielo y gloria en las alturas! ¡Bendito sea el reino de nuestro padre David, que está próximo!

Algunos fariseos, agrupados en el atrio inferior del Templo, le dijeron entonces:

—¡Maestro, manda callar a tus discípulos!

Pero él respondió:

—¡Yo os lo digo, si se callaran, hasta las piedras mismas gritarían!…

Cuando él hubo alcanzado las gradas del segundo atrio, se detuvo y contempló a la muchedumbre, y una profunda tristeza apareció en su rostro, no por él mismo —José estaba seguro de ello—, sino por la grosería, la estupidez y la vanidad de aquella

ciudad que se pretendía santa, y lloró sobre ella diciendo:

—¡Ah, Jerusalén! ¡Si en este día tú también hubieras reconocido de dónde debía venirte la paz! Pero tú has rechazado a aquel que te la hubiera dado, y días vendrán en que enemigos te sitiarán por todas partes y te abatirán, a ti y a tus hijos, porque no has discernido el tiempo en que eras visitada.

José temió tumultos y peleas, quizá, mientras Jesús visitaba el Templo.

Temió un ataque de los sacerdotes y de los fariseos que habían ya intentado tenderle un lazo precisamente en aquel mismo lugar.

Pero el Nazareno sólo permaneció allí el tiempo necesario para orar y para lanzar una ojeada alrededor, como lo hubiera hecho cualquier otro peregrino, y seguido por sus discípulos volvió a descender a la ciudad. A José, que seguía con la mirada a Simón Pedro y a los otros, le parecía que tenían un aspecto perplejo y vacilante. Parecían dudar. Incluso Simón el Cananeo parecía haber perdido a la vez parte de su seguridad y de su confianza.

Unos pasos detrás de los otros discípulos, un hombre marchaba solo: Judas Iscariote. Sus ojos, brillantes y fríos, y su perfil acerado no habían perdido nada de su dura belleza, pero una expresión distinta se acusaba en su mirada, una expresión a la vez de decepción y de resolución, aunque resulte difícil conciliar ambas cosas.

—Judas ha cambiado, María —le hizo observar el médico—.

¿Qué ha sucedido?

—Se mantiene más apartado aún de nosotros que de costumbre —dijo ella—. Creo que por fin se ha dado cuenta de que Jesús no se prestará a sus proyectos y no se dejará proclamar rey.

—Los otros también me parece que tienen un aspecto más apagado.

—Todos se sienten decepcionados porque Jesús no quiere tomar parte en una rebelión y les prohíbe suscitarla. Sobre todo, Simón Pedro, los hijos de Zebedeo y Simón el Cananeo.

Judas, por su parte, esconde sus sentimientos, pero él fue el jefe que había organizado el complot y, en cierto modo, creo que él es el que está más en peligro, ¡después de Jesús!

Ella apretó el brazo de José, como buscando una fuerza que necesitaba.

—¡Ayúdame a rezar, José querido, a fin de que nuestra fe sea lo bastante fuerte para perseverar… suceda lo que suceda!…

Aunque hizo todo cuanto pudo para tranquilizarla, José no comprendió entonces lo que ella quería decir.

Pronto iba a saberlo.

Capítulo XXII

¡PARA QUE SU DOLOR SEA PERFECTO, NO LE FALTARÁ NI LA SOLEDAD N I EL ABANDONO!…

AHORA O NUNCA el momento hubiera sido propicio para llevar a la ciudad superpoblada a un estado de frenesí religioso. Una amonestación áspera, algún milagro impresionante, y hubiera podido despertar el interés apasionado del pueblo, hacerse reconocer como el Cristo y proclamarse rey de Judea. No hizo absolutamente nada por atraer la atención sobre sí.

No obstante, cuando se sentó para enseñar, el auditorio que le rodeó en seguida era mucho más importante que el de los otros maestros que aprovechaban aquel período de entusiasmo religioso para predicar.

Él no fustigó, sin embargo, ni a los fariseos, ni a los sacerdotes, ni les reprochó sus pecados y su hipocresía como había hecho otras veces. Tampoco increpó a los cambistas y a los vendedores del Templo, que desde hacía tiempo habían vuelto a colocar sus mesas y sus jaulas, y seguían ejerciendo sus fastuosos negocios.

José, que cuando hubo terminado de predicar le siguió por la ciudad, no comprendía nada. Se hubiera dicho que el Maestro esperaba algo, pero ningún indicio permitía adivinar qué.

Ni por un momento supuso el joven que Caifás, odiando a Jesús como lo odiaba, abandonaría la esperanza —o incluso la resolución— de detenerlo y de hacerlo ejecutar. Pero, aunque mucho más reducida que precedentemente, la multitud que lo rodeaba seguía siendo demasiado importante para que una detención en pleno día pudiera llevarse a cabo sin complicaciones.

Porque era inevitable que fuera seguida de un proceso ante el Sanedrín; el pueblo se precipitaría allí y las posibilidades de convencer de blasfemia al dulce Maestro de Nazaret ante un Sanedrín en el que contaba con numerosas simpatías y un público estremecido y nervioso, serían demasiado pequeñas para que el Gran Sacerdote cometiera aquella torpeza.

Aquellos que fueron considerados como profetas, tuvieron siempre derecho a una mayor libertad de lenguaje que quienes no podían prevalerse de inspiración divina. Y si Jesús no era proclamado el Mesías, numerosos eran los judíos que lo aclamaban como tal.

Ello hizo que durante toda la semana no sucediera nada, o casi nada.

Unos días más y el período pascual habría terminado, y numerosos serían los que le escuchaban actualmente, reunidos en el pórtico de Salomón, que partirían hacia sus hogares respectivos, en alguna provincia más o menos alejada. La víspera de Pascua,

María encontró a José, que partía para su visita matinal a los enfermos. Ella había permanecido casi todo el tiempo con las demás mujeres en la casa del médico, ya que sólo los discípulos más próximos acompañaban cada noche al Maestro a Betania. José se sorprendió al verla descender hacia la ciudad, a aquella hora, con varias mujeres del séquito de Jesús.

—Hoy sales muy temprano —le dijo él.

—Jesús nos ha pedido que ayudáramos a María, la madre de Marcos, a preparar la cena de esta noche para él y los doce.

Aquella María era la hermana de Bernabé, un levita originario de Chipre, uno de los más importantes entre los adeptos de Jesús de Jerusalén. Su nombre era Joseph, o José, pero los apóstoles le habían dado el apodo arameo de Bernabé, que significa «hijo del consuelo». Su sobrino, Marcos, era todavía un niño, pero compartía con todo su corazón la fe de los suyos.

Sucedía, con bastante frecuencia, que Jesús y sus apóstoles se detuvieran a reposar brevemente en casa de esta otra María, antes de llegar a Betania.

—¿Por qué esta noche? —preguntó, extrañado, el médico—. La Pascua es mañana.

—No lo sé. Lo único que sé es que insiste en cenar esta noche con los doce en casa de María.

Ella apretó nerviosamente la mano de su amigo.

—¿Te fijaste en sus ojos estos últimos días? Siento un miedo terrible por lo que veo en ellos.

—Nada de cuanto temíamos ha ocurrido, y he aquí que el período pascual está casi terminado.

—Supón que Jesús sabe que su hora ha llegado y que ésta sea su cena de despedida con sus discípulos…

Para reconfortarla —o por lo menos para intentarlo—, José le recordó:

—Los profetas hablan con frecuencia en parábolas, cuyo sentido nos escapa. Eso tú lo sabes. Quizá quisiera decir una cosa completamente distinta cuando habló de que le matarían.

—Prométeme que vigilarás fuera de la casa donde debe cenar.

Desde su regreso es la única noche que haya pasado en la ciudad.

—Vigilaré, te lo prometo. Hadja estará a mi lado. Si alguien viene, podremos avisarles.

Cuando José y Hadja montaron la guardia, era ya de noche.

Hacía calor y las cortinas estaban abiertas en la sala donde Jesús cenaba con los doce. De vez en cuando, José, desde la maleza donde estaba escondido, o a veces Hadja, que ocupaba una posición análoga, al otro lado de la casa —de manera que

entre los dos vigilaban toda la calle—, oían retazos de conversación llegar hasta ellos.

María acudió a traerles a cada uno un poco de comida fría y un pequeño frasco de vino.

—Vigila bien, José —suplicó ella—. Intuyo que el fin está cercano.

La cena proseguía en la casa, y al no ocurrir nada, el joven se persuadió de que habían interpretado mal las palabras de Jesús. Pero he aquí que su voz se elevó por encima de todas las otras, y el médico oyó claramente que afirmaba:

—En verdad yo os digo que uno de entre vosotros me traicionará, uno de los que comen conmigo.

Inmediatamente se desencadenaron las preguntas, porque cada uno de los discípulos decía con tristeza:

—¿Quién es? ¿Seré yo?

—Es uno de los doce —dijo Jesús—, aquel que pone conmigo el pan en el plato.

José sintió que el corazón se le oprimía mortalmente, porque la voz del Maestro era melancólica y resignada, como si su visión profética le mostrara con exactitud lo que iba a suceder.

¿Estarían justificados los temores de María? ¿Su intuición habría sido un verdadero presentimiento de algo terrible y horroroso que iba a suceder en Jerusalén durante aquel período pascual?

Pronto les oyó cantar el himno que anunciaba el final de la cena, y lanzó un suspiro de alivio, porque ahora iban todos a abandonar la ciudad y, fuera lo que fuese la amenaza que sintieran, no ocurriría antes del día siguiente, cuando ellos regresaran.

Y ya sería de día…

José avisó a Hadja que se escudara en la oscuridad para que al salir no se dieran cuenta de que habían sido vigilados, cuando la puerta se abrió de repente y un hombre se precipitó en la calle. La alta silueta, el perfil de ave de presa y aquellos ojos duros y brillantes no permitían equivocarse. Mientras el hombre de Iscariote pasaba por delante de él, la luz de una linterna que colgaba delante de la puerta de María, madre de Marcos, iluminó su rostro, y José lo vio más duro y más obstinado aún que de ordinario, e inexplicablemente supo que algo grave había ocurrido allá arriba.

Corriendo casi, Judas descendió por la calle, y José, sin saber en realidad cómo ni por qué, siguió tras él. Le costó bastante seguirle sin hacer ruido, ya que casi atravesaron toda la ciudad, uno detrás del otro, y Judas iba aprisa, sin que se volviera una sola vez. Sólo se detuvo ante el palacio de Caifás y a la voz del hombre que montaba la guardia. No obstante, debió de tratarse de una pura fórmula, ya que una vez identificado le permitieron la entrada. No había duda posible: Judas era esperado.

Al cabo de unos instantes José observó que se producía algún ruido en el patio del palacio de Caifás. Oyó voces judías mezcladas con otras groseras de soldados

romanos, y ruido de armas, todo lo cual le reveló que entre los que debían de estar esperando había soldados de Pilato.

¿Esperando? ¿Esperando qué? ¿A aquel que iba a conducir a la jauría hasta su presa? José estaba seguro de que Judas había ido a informar sobre el lugar y la hora en que el Maestro nazareno podría ser capturado, por la noche y cuando no había mucha gente presente para intervenir.

Sin embargo, el joven médico se preguntaba cuál era el motivo que impelía al hombre extraño, de carácter inexplicable, llamado Judas Iscariote, a revelar al Gran Sacerdote y a sus compinches la presencia de su Maestro, aquella noche en la ciudad. María decía que el hombre de Iscariote había sufrido un cambio en aquellos últimos tiempos. ¿Sería porque comprendió al fin que el Nazareno estaba desprovisto de toda ambición personal?

También era posible, aunque muy remotamente posible, que Judas hubiera contado con que el arresto de Jesús provocaría en el pueblo movimientos tan violentos, una sublevación tan fuerte, que miles de fervientes exaltados y resueltos le arrancarían de las manos de los soldados y le colocarían, a pesar del Gran Sacerdote y de Poncio Pilato (e incluso de su propia protesta), en el trono de Judea. Porque el acuerdo entre el Procurador y Caifás resultaba indudable: la presencia de los soldados romanos entre la tropa que esperaba a Jesús en el patio del Gran Sacerdote no podía poseer otro sentido.

Suponiendo que Judas hubiera hecho, en verdad, aquel dramático cálculo, resultaba inconcebible que pudiera creer por un solo instante que Roma se inclinaría ante un acto consumado.

Si en algún caso se pudiera imaginar que un plan como aquél llevaría a la realeza, se debía también saber por anticipado que sólo podía ser efímero y costar a Judea un río de sangre.

Las puertas del patio se abrieron, y un corpulento oficial romano salió a la calle, acompañado por un capitán de la guardia judía del templo. Detrás de ellos seguían unos cincuenta soldados, de los cuales más de la mitad pertenecían a la guardia romana de la Antonia. Cuando Judas salió a su vez y se reunió al grupo, José comprendió que no tenía que permanecer más tiempo allí. Era muy posible que Jesús y sus discípulos se encontraran todavía reunidos en casa de María, madre de Marcos.

Por consiguiente, convenía que no estuvieran dentro de las puertas de la ciudad cuando los soldados llegaran.

Aunque fatigado por su primer trayecto, efectuado casi corriendo, José se dio cuenta de que debía atravesar toda la ciudad en sentido inverso y llegar allí antes que la tropa, inevitablemente más lenta, para poder esconder al Maestro en algún lugar seguro.

Sin embargo, al llegar a la casa donde se celebró la cena, Jesús y sus apóstoles ya

habían partido. María, ayudada por las otras mujeres, se ocupaba en poner en orden la sala del banquete. Ella se dirigió rápidamente hacia el joven:

—Hadja me dijo que Judas había escapado corriendo de la casa y que tú le habías seguido. Estaba inquieta por ti.

—Judas conduce aquí a Caifás y a los romanos —dijo jadeante—.

Me he apresurado para advertir a Jesús.

—¿Judas ha hecho eso? ¡Claro, sólo podía hacerlo él!

—¿Están en camino hacia Betania? —preguntó José.

—El Maestro no irá allí esta noche. Al salir, Simón Pedro me dijo que se dirigían al monte de los Olivos, a orar en el jardín de Getsemaní.

—Entonces no es aquí donde Judas conducirá a los soldados.

Si él sabía que iban allí, se dirigirá al jardín. ¡Oh! Si, cuando menos, me hubiera quedado para saber qué dirección seguirían… —exclamó amargamente—. Porque ahora ya es demasiado tarde.

—En ningún caso hubieras llegado a tiempo para avisarles —dijo María con lógica—. ¿No te das cuenta? Todo sucede exactamente como Jesús lo había predicho. Uno de sus discípulos lo ha traicionado ante el Gran Sacerdote y los escribas.

¡Todo tenía que suceder así, José!

Y así, exactamente como Jesús lo había predicho, sucedieron las cosas, y se enteraron de ellas cuando encontraron, cerca del monte de los Olivos, a los soldados que llevaban en medio de ellos a Jesús, a quien habían atado.

Ni uno solo de los once que se encontraban cerca de él en el jardín, le acompañaba en aquella hora de su gran desolación.

Ni uno de los once se ofreció a compartir su suerte.

Capítulo XXIII

… ¡QUE NO HAYA NADA ENTRE ÉL Y EL MAESTRO!…».

TODA TENTATIVA de resistencia hubiera sido una locura, dado que Jesús iba rodeado de unos cincuenta soldados, entre romanos y judíos. María y José siguieron al destacamento lo más cerca que pudieron, hasta el palacio de Caifás. Pocas personas consiguieron penetrar en el patio, y menos todavía en la sala donde los sacerdotes interrogaban al Nazareno, pero el soldado de guardia, reconociendo al médicas vísceras, agregado al Templo, dejó pasar a José y a María, quienes consiguieron situarse en un lugar desde donde podían ver y oír el desarrollo del interrogatorio —si se puede llamar interrogatorio— en aquellas circunstancias.

No se trataba de un proceso corriente ante el Sanedrín:

Anas, el anciano Gran Sacerdote; Caifás, su yerno, Gran Sacerdote en ejercicio; Elias y algunos otros, entre los cuales se encontraban los que habían interrogado a José a su regreso de Galilea, se constituyeron en tribunal, y Jesús fue conducido ante ellos. Se trataba, en suma, de lo que Nicodemo había llamado el Sanedrín político, pequeño grupo formado por los sacerdotes y doctores de la ley más influyentes, el cual, aunque no disfrutaba de una existencia legal, no por ello gobernaba menos al pueblo con una mano férrea e inflexible.

Jesús permaneció sereno, de pie y con las manos atadas.

Ya algunas manchas oscuras destacaban en su piel clara, lo que indicaba el tratamiento brutal que le habían infligido los soldados, y por la muñeca corría sangre producida por un corte. La especie de desolación que, desde hacía unos días, aparecía en su rostro ya no existía, dejando paso a una expresión casi exaltada, como si Dios le hubiera, efectivamente, concedido una fuerza particular en aquella hora de prueba. No demostraba el menor temor, sino una resignación serena a todo cuanto pudiera ocurrir.

Los testigos —que José reconoció ser los que se mezclaban al auditorio cuando Jesús predicaba y le dirigían preguntas insidiosas— se encontraban a un lado. Cuando Caifás hizo una señal con la cabeza en dirección suya, el que parecía jefe se destacó del grupo y exclamó con gran vigor:

—Yo le oí decir: *Yo destruiré el Templo, hecho de mano de hombre, y en tres días edificaré otro que no estará hecho de mano de hombre*.

Caifás se mostró ostensiblemente satisfecho al oír anunciar tal blasfemia contra el Templo, pero Jesús miró al hombre que acababa de testimoniar, el cual se turbó en seguida, tartamudeó y acabó farfullando una versión muy diferente de la historia.

Furioso, el Gran Sacerdote lo envió junto a los otros, a quienes llamó

sucesivamente a declarar, pero que en vano lograron proporcionar un relato coherente; sus declaraciones eran contradictorias y resultaban cada vez más confusas, hasta tal punto que aquella parodia de proceso hizo que el auditorio comenzara a murmurar.

Aquella reacción de la gente tuvo por efecto inmediato que el Gran Sacerdote se sonrojara violentamente. Entonces éste se dirigió secamente a Jesús:

—¿No tienes nada que contestar a la acusación que esta gente formula contra ti?

Jesús, en efecto, no respondía nada. Entonces Caifás insistió, más severo aún:

—¿Eres tú el Cristo, el hijo del Bendito?

Lentamente, los ojos del prisionero recorrieron toda la sala y se detuvieron ante la elegante persona de su atormentador.

Ante la serenidad de aquella mirada, la suficiencia del Gran Sacerdote pareció desconcertarse un instante, pero precisamente entonces Jesús habló, y su voz era alta, clara y precisa, como si no se dirigiera sólo a aquellos que estaban presentes en la sala del Tribunal, sino que deseara ser oído por los que llenaban ahora el patio:

—*Soy yo quien lo soy, y vosotros veréis al Hijo del Hombre sentarse a la derecha de la Potencia y venir con las nubes del cielo*.

Entonces, súbitamente triunfador, Caifás se rasgó la túnica y dijo:

—¿Qué necesidad tenemos de testigos? Vosotros habéis oído la blasfemia. ¿Qué os parece?

Y, tal como les había sido ordenado, los miembros de aquella caricatura de Tribunal, respondieron a la vez:

—¡Ha merecido la muerte!

—¡Atadlo, lleváoslo y entregadlo a Poncio Pilato, para que pronuncie la sentencia! —ordenó Caifás gozoso. Porque aquél era el minuto de su triunfo. El hombre que se había atrevido a condenar y a burlarse de los sacerdotes y de los fariseos delante del pueblo, se había condenado con sus propias palabras y estaba a su merced, a merced de él, Caifás.

Una vez más los soldados convergieron sobre Jesús, pero antes de que lo sacaran de la sala él paseó su mirada y vio a José y a María, que se encontraban allí, desesperados por aquel proceso denigrante, y en la horrible imposibilidad de hacer algo, de emprender algo. Una sonrisa pareció distender sus labios durante un segundo, una sonrisa de ánimo dirigida a ellos, cuando era su vida y no la de ellos la que estaba en peligro.

Cuando la mirada de José se encontró con la del Maestro, fue como si una luz súbita se hubiera hecho en su cerebro.

Una luz tan viva, que resultaba cegadora. Una luz de certidumbre que sólo podía venir de Dios mismo. Y él supo que la cosa que le había faltado ya no le faltaba. Supo

que había hundido su mirada en los ojos del Hijo de Dios y que había visto en ellos la gloria de la revelación que había buscado sin lograr encontrarla hasta el instante en que oyó a Jesús proclamarse él mismo Cristo.

La sacudida y el esplendor de este conocimiento le ocasionaron un breve vértigo, y fue él quien esta vez tomó el brazo de María, buscando en ella un poco de fuerza. Y ella comprendió —por haber pasado antes que él por la misma experiencia— lo que José sentía, y, rodeando sus hombros con su brazo, le sostuvo y le estrechó contra ella, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

Permanecieron así enlazados, bajo la última mirada del Maestro, mientras el público salía por detrás de los soldados, dejándolos solos en la sala, esta vez silenciosa.

Cuando se encontraron otra vez en el patio, José susurró, todavía cegado y conmovido por el misterio que le había sido dado comprender:

—¡María, Él es, en verdad, el Hijo de Dios! Acabo de verlo, como si el Altísimo hubiera abierto una página ante mí y me permitiera leer esas palabras escritas…

—Ya lo sé, querido —dijo ella suavemente—. Y también supe siempre que cuando él considerara que había llegado la hora, Jesús mismo te revelaría la verdad. —Los sollozos enronquecieron su voz—: ¿Qué podemos hacer, José? Pilato pronunciará su sentencia esta mañana, y después lo crucificarán.

—Tengo que hablar a Pilato esta misma noche. Quizá llegue a persuadirle de la verdad.

Sin embargo, aquello también le falló, porque alrededor del palacio del Procurador se encontraba situada una guardia doble, con la orden formal de que no se le molestara por ningún motivo. Si hubieran necesitado una prueba para cerciorarse de que todo había sido premeditado por Caifás y Pilato, allí la tenían.

Durante un buen rato quedaron como atontados por aquel nuevo golpe, incapaces de reaccionar e invadidos de una triste desolación. Después José vio una nueva luz:

—Claudia Prócula está en Jericó —dijo—. Si me dirijo allí en seguida y le pido que sin perder tiempo venga a Jerusalén, sin duda puede influir favorablemente en el gobernador.

—Puedes intentarlo —dijo María recobrando valor—. Sé que ama lo bastante a su marido para hacer lo que sea con tal de ahorrarle el peso de la muerte del Hijo de Dios, de su muerte en cruz.

El alba blanqueaba ya el horizonte cuando el rápido camello del médico entró en el patio del palacio de Herodes en Jericó, donde vivía Claudia Prócula. El soldado de guardia que formaba parte de la escolta personal de Pilato le reconoció y le dejó pasar

inmediatamente. El *nomenclátor*, sin embargo, le anunció que la esposa del gobernador aún dormía; la angustia le hizo persuasivo y logró convencer al funcionario de la importancia que tenía despertar a la dama. Al cabo de pocos minutos, Claudia Prócula llegó a la habitación donde se hallaba el joven. Con los ojos desencajados por la inquietud y crispando sus manos sobre el pecho, ella exclamó:

—José, ¿cómo estás aquí a esta hora? ¿Poncio está enfermo?

—El Procurador goza de excelente salud —dijo, mientras colocaba una rodilla en tierra—. He venido a suplicaros que salvéis a Jesús de Nazaret.

—¿Salvar a Jesús? ¿Qué le ha sucedido?

—Caifás lo ha hecho detener por blasfemo y lo han condenado a muerte. El Procurador pronunciará la sentencia esta mañana y entonces…

—¡La crucifixión! —murmuró ella—. Pero ¿por qué? Yo creí que habían reconocido que era inofensivo.

—Caifás teme que sus enseñanzas minen el poder absoluto que el Gran Sacerdote ejerce sobre el pueblo. Debe de haber conseguido convencer al gobernador de que la muerte de Jesús es lo más conveniente para el bien del Estado.

—¡Ay! ¡No debe de haberle costado mucho convencerlo!

Pilato me prohibió que escuchara a Jesús, y yo me negué a obedecerle. Éste es el motivo por el que no he ido a Jerusalén, donde mi desobediencia hubiera podido causarle molestias.

—¡Pero ahora es preciso ir! Y con la mayor rapidez posible… porque de lo contrario vuestro marido hará crucificar al Hijo de Dios.

Ella le miró fija y detenidamente y vio que él estaba convencido de la verdad de lo que acababa de decir.

—Sé que María lo considera desde hace mucho tiempo como el Mesías. Pero tú… yo no sabía… ¿Desde cuándo? ¿Y por qué?

—Ya no dudo —dijo con sencillez— desde que la noche pasada me fue revelada la verdad.

Claudia Prócula respiró hondamente y dijo:

—Si él es el Hijo de Dios…

Se puso intensamente pálida de repente:

—¡Oh, José! Es preciso que Poncio no cometa ese… esa cosa… Es necesario que no exista nada entre él… y el Maestro…

Ordena que preparen en seguida un carro. Mientras, voy a vestirme. Partimos para Jerusalén.

Capítulo XXIV

EN EL QUE SE VE A PONCIO PILATO PROPONER LA LIBERTAD DE JESÚS, Y A LOS JUDÍOS, EMPUJADOS POR CAIFAS, COMPROMETER ESPANTOSAMENTE EL PORVENIR

LA GRAN MUCHEDUMBRE reunida alrededor del *Praetorium* donde el gobernador hacía justicia, indicaba que el proceso de Jesús —¡si iba a ser un proceso! — comenzaría pronto, a menos que ya estuvieran…

Sin embargo, las águilas que flotaban en el carro en el que viajaban y el hecho de ver a la esposa de Pilato, bella y encantadora, de pie en el vehículo, les abrieron paso por entre la masa del pueblo. Numerosos eran, entre aquella gente, los que varios meses antes formaban parte de la plebe decidida a lapidar a Jesús, y contra quien el centurión Trojas los había protegido.

No eran ya las sencillas gentes de la ciudad que escuchaban con fervor las enseñanzas del Nazareno y que le amaban. Se trataba de una chusma sabiamente reunida, por orden del Gran Sacerdote: allí se encontraban todos aquellos que odiaban a Jesús por motivos personales —los cambistas del Templo, los vendedores de palomas, los mercaderes de corderos, todos los traficantes y bandidos, los sacerdotes de menor importancia que vivían bien gracias a los beneficios fraudulentos, cuya mitad los vendedores les entregaban como precio de su silencio, los escribas despreciativos y altaneros, que llevaban colgado de la espalda el cuerno lleno de tinta, signo de su profesión—. Todos estaban allí defendiendo su posición y no renunciarían a ella fácilmente. Jesús no podía esperar ningún perdón de aquellos que le odiaban: ¡y a quienes estorbaba tanto…!

En el departamento de Prócula, María esperaba a los viajeros.

Las dos mujeres se abrazaron y Claudia preguntó:

—¿Qué debo hacer para impedir esta cosa abominable, María?

—Jesús está en este momento en el *Praetorium*, delante del Procurador. Si os trasladáis al lado de vuestro marido, quizás, a petición vuestra, pronuncie una sentencia menos terrible.

—Él no me perdonaría nunca si interviniera en público, y con ello sólo se conseguiría agravar las cosas. Pero voy a escribirle unas líneas y las haré llevar inmediatamente. Detrás del trono existe un lugar desde donde podremos ver y oír lo que suceda…

Ella guió allí a sus amigos… Vieron a Pilato, instalado en una alta plataforma, con líctores a los lados, cuyos haces mantenidos en posición vertical indicaban que se

trataba de un juicio civil.

Jesús acababa de entrar en la sala, siempre atado, siempre entre los soldados romanos, pero con el rostro más hinchado, más tumefacto, más ensangrentado que la víspera, lo que demostraba el mal trato que le habían infligido durante la noche.

No obstante, en sus ojos aparecía la misma claridad, como si contemplara alguna cosa muy alejada, o muy secreta, que los demás no podían percibir, y asimismo en sus labios, desgarrados y ensangrentados, la misma sonrisa compasiva.

Detrás de él, los sacerdotes conducidos por Caifás, con la boca más duramente apretada que nunca y los ojos más llenos que nunca también de un odio frío.

—¿Qué reprocháis a este hombre? —preguntó el Procurador al Gran Sacerdote, conforme al rito.

—Pretende ser rey de los judíos. ¡Todos se lo hemos oído decir!

Su mirada, que paseó por sus satélites, exigía adhesión: un murmullo de aprobación se alzó en seguida.

Entonces Pilato preguntó al prisionero:

—¿Eres tú rey de los judíos?

Jesús, mirándole fijamente, permaneció unos instantes callado. Después respondió:

—Tú lo dices.

Pilato quedó visiblemente desconcertado por aquella respuesta, y Caifás, que no sentía deseos de perder terreno alguno, dirigió contra él múltiples acusaciones, que los demás confirmaban unánimemente.

Durante aquel tiempo, un soldado se acercó al trono y tendió al Gobernador la tablilla de cera sobre la cual su mujer había escrito su mensaje, que él leyó ávidamente, extraordinariamente sorprendido. Volviéndose, vio a su mujer, cuya presencia en Jerusalén ignoraba; su mujer, que con las manos juntas y los ojos llenos de lágrimas imploraba en silencio. Durante un momento sus dudas fueron perceptibles.

José podía casi leer el desarrollo de sus pensamientos, porque Pilato, a pesar de su crueldad, no era un hombre llevado a la acción directa ni a los proyectos prolongados. Por dos veces había chocado con los judíos de frente, insistiendo para que el derecho acostumbrado en Roma prevaleciera sobre las leyes antiguas. Y cada vez su resistencia pasiva le había obligado a ceder.

José sintió que el Procurador estaba tentado a poner pura y simplemente en libertad a un Jesús libre de toda culpa, aunque aquello debiera representar una ruptura con Caifás, debido a que ambos se habían puesto de acuerdo para destruir a aquel hombre que resultaba tan peligroso para el Gran Sacerdote y los suyos, y para el Procurador, a quien costaría las peores preocupaciones si la caldera de la revolución contra Roma, siempre a punto de hervir, se desbordaba.

Pilato interrogó de nuevo al prisionero.

—¡Ya ves de todo cuanto te acusan…! ¿Tú no contestas nada?

Y, en efecto, Jesús no respondía nada más. El Procurador frunció las cejas y se volvió hacia Caifás, como inquiriendo su opinión.

Algo en los ojos del Gran Sacerdote, quizás un relámpago de desprecio por la vacilación sensible del romano, pareció alcanzarle a éste en lo vivo, pues su rostro enrojeció y se endureció a la vez. Se le vio hinchar el pecho, erguirse en el trono y convertirse en «el hombre que ya ha tomado una decisión».

Claudia, que le vigilaba con angustia, exclamó con voz ahogada:

—¡No, Poncio, no!

Pero al mismo tiempo un hombre, entre el auditorio, gritó:

—Pon en libertad a un prisionero, como es costumbre hacerlo hoy.

Aunque la súplica de Claudia no llegara hasta él… un centenar de voces se elevaron, una después de otra, o simultáneamente, por grupos, repitiendo la petición del primero. ¡Todo ello estaba muy bien orquestado!

Sin embargo, el rostro del Procurador se aclaró: sería un medio de salir de aquellas dificultades. Si el pueblo pedía a Jesús, poseería buenas razones para concedérselo.

Aquello era no contar con la astucia de Caifás y su sabio arte para prevenir las cosas.

El pueblo exigió a Barrabás.

Pilato no dejaba de sentir una cierta contrariedad al pensar en Claudia Prócula: quiso todavía hacer algo en el sentido pedido por ella. Barrabás, en fin de cuentas, no era más que un infame bandido de derecho común.

—¿No deseáis que ponga en libertad a aquel a quien llamáis el rey de los judíos?

—¡No! ¡No! ¡Queremos a Barrabás!

—Pero, el otro, ¿qué mal ha hecho? Yo no veo nada en él que merezca la muerte.

—*Queremos a Barrabás*.

—¿Y qué haré con el otro? ¿Qué mal ha hecho?

—¡Crucificadlo! —gritaron. Y aún más fuerte—. ¡Crucifícalo!…

Viendo que no ganaba nada y que la cosa podía acabar mal, ordenó que le trajeran una jofaina y un jarro, y se lavó las manos en presencia de la multitud:

—Yo soy inocente de la muerte de este hombre —dijo—. Es asunto vuestro. ¡Ved! Yo me lavo las manos de su sangre.

Entonces un clamor terrible surgió de la masa:

—¡*Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos*!

Él hizo flagelar a Jesús, esperando quizá que aquel castigo bastaría para apaciguar el humor sanguinario de los otros. En lo cual también se equivocaba.

Y los soldados condujeron al Justo hasta el lugar de la ejecución.

Capítulo XXV

EN EL QUE SE VE A PEDRO, PERDONADO CON ANTELACIÓN, OBEDECER A SU MAESTRO Y PONERSE A LA CABEZA DEL REBAÑO HUÉRFANO…

TRES CRUCES se alzaban en el Gólgota.

Aunque fuera todavía temprano, y que se encontraran en tiempo de Pascua, la oscuridad se hizo repentinamente.

Los soldados romanos habían encendido sus antorchas.

Miles de personas, en vez de prepararse para la comida, en el transcurso de la cual se comería en familia el cordero pascual, sin mácula, se retrasaban permaneciendo en los flancos de la colina. No se trataba de los grupos sanguinarios que, por la mañana, llenaban el *Praetorium*; eran, sencillamente, judíos que habían amado a Jesús, habían escuchado sus enseñanzas, descubriendo una esperanza nueva, una novísima prueba de que Dios los amaba por sí mismos y no por su importancia social, no por el mayor o menor valor monetario de sus sacrificios o por la ostentación de su piedad.

Ellos se prosternaban en el polvo, en el lugar de la ejecución, y vertían amargas lágrimas, mirando al pálido supliciado que realzaba sobre la cruz central, aquel cuyas manos, clavadas en el tronco, con tanta frecuencia y con tanto cariño habían acariciado a sus hijos.

Los soldados romanos encargados como de costumbre de aquel trabajo de verdugos, habían querido hacer llevar la cruz por Jesús, tal y como era la costumbre, pero no le quedaban ya fuerzas, y había sido transportada por las anchas y sólidas espaldas de Simón Cirineo.

Habían atormentado a Jesús de mil maneras, física y mortalmente, y ahora se encontraba suspendido allá arriba, con la frente herida por las espinas de la corona irrisoria y dos veces cruel que le habían hundido en la cabeza y que le formaba una aureola roja; largas gotas de sangre se secaban en sus mejillas, y encima de su cabeza habían fijado, por orden de Pilato, una placa que indicaba el motivo de la condena. Inscripción irónica y que quería ser una befa: «Jesús, rey de los judíos».

Pero eran los judíos, sobre todo, los que se sentían humillados.

Desde el primero hasta el último minuto, José y María permanecieron al pie de la cruz. Se estremecieron y estuvieron a punto de no poder resistir, cuando los clavos desgarraron la tierna carne de las manos que tan misericordiosamente habían aliviado los sufrimientos de los demás. Se maravillaron (e incluso los brutales soldados que se habían burlado de él al quitarle sus vestidos y sortearlos, inopinadamente inquietos, permanecieron silenciosos) cuando, en su dolor, oró por aquellos que le atormentaban: ¡*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*!

José y María, y algunos otros, cuyo amor les otorgó valor para resistir a la muerte del Maestro, oyeron descender desde lo alto de la Cruz el grito patético: *¡Eloi! ¡Eloi! Llama sabachtani!*, el grito del agonizante que se siente, en su última agonía, enteramente abandonado ¡incluso por su padre!

Después de esto, Jesús pareció caer en coma, del que ya no salió, cuando uno de los soldados, deseando apresurar la lenta agonía, hendió su lanza en el costado del condenado.

Durante aquella tarde, José hizo intervenir a su tío, José de Arimatea, cerca de Poncio Pilato, de quien había obtenido la autorización de preparar el cuerpo para embalsamarlo y colocarlo en una tumba. Y ahora, viendo que el Maestro había dejado de respirar, él y su tío habían rogado al centurión responsable de hacer descender de la Cruz y de entregarles el cuerpo del supliciado, conforme a las órdenes del gobernador.

Cuando la Cruz fue colocada en el suelo, el centurión mismo los ayudó a levantar el cuerpo maltratado y herido y tenderlo en una sábana nueva. Al volver a alzarse, el romano dijo con un tono de tranquila certeza: *Este hombre era un justo, era verdaderamente el Hijo de Dios*.

Después de vacilar unos segundos, se decidió al fin:

—Cuando lo hayáis colocado en la tumba, salid de la ciudad.

He oído hablar a los guardianes del Templo. Esperan apoderarse esta noche de todos aquellos que estaban cerca del Maestro y matarlos.

—Seremos prudentes —prometió José—. Y puedes estar seguro de que Dios te bendecirá por habernos avisado.

José siguió las parihuelas que llevaban, para descender por la colina, cuatro hombres robustos que pertenecían al personal doméstico de su tío, y María, que ya no disimulaba sus lágrimas, marchaba a su lado. El cortejo atravesó la ciudad y llegó hasta el jardín de José de Arimatea, en el cual se encontraba un sepulcro nuevo, que había hecho abrir para él en la roca.

La mano de María se cogió a la de José durante el largo y doloroso recorrido detrás del cuerpo de aquel que habían amado y que ahora sabían que era Hijo de Dios.

—¿Crees tú que resucitará, querida? —preguntó cariñosamente José.

—Estoy segura de ello —respondió María—. Porque cierta vez dijo: Él será entregado a los gentiles, que se burlarán de él, le llenarán de ultrajes, le cubrirán de salivazos y, después de haberlo flagelado, lo condenarán a muerte, y él resucitará al tercer día.

Mientras José preparaba con sus propias manos el cuerpo, cubriendo de hierbas aromáticas las llagas y las heridas dolorosamente aparentes en la carne exangüe (en

espera de poder celebrar funerales completos el día siguiente al *Sabbat* que seguía a la Pascua, es decir, el tercer día), y colocaba con todo cuidado los pliegues de la sábana nueva, los servidores alumbraban con sus antorchas el interior del sepulcro, cerca del cual los fieles que habían llegado hasta allí rezaban en silencio.

El alba del *Sabbat* se iniciaba.

Apenas el joven médico había terminado su tarea, cuando un ruido se produjo en el exterior y un hombre muy corpulento entró corriendo y sollozando, y se lanzó al lado del féretro. De momento, José no reconoció a Simón Pedro, pues sus vestiduras aparecían desgarradas, sucias y cubiertas de barro.

José lo dejó sollozar hasta que hubo terminado su fúnebre y piadosa tarea. Después le ayudó a levantarse y lo condujo al exterior.

—Pedro, Jesús ha prometido que resucitaría. Nosotros siempre hemos creído en su palabra —dijo María, consolándole y poniendo una mano en el hombro de aquel corpachón que estremecían profundos sollozos de angustia.

—Pero ¡es que yo he renegado de mi Maestro! —se lamentó él—. He renegado por tres veces en el patio del Gran Sacerdote, antes de que el gallo cantara esta mañana.

—Quizá no fuera a Jesús mismo a quien negabas, Simón Pedro —dijo dulcemente María—, sino, como Judas cuando traicionó a su Maestro, lo que uno y otro deseabais que fuera y que él siempre se negó a ser.

Ella hablaba así desde lo hondo de una de aquellas extrañas intuiciones que a veces se le ocurrían a causa de su inmenso amor:

—Ahora tú ya sabes lo que Cristo significa y lo que siempre quiso y por lo que vino al mundo.

Simón Pedro la miró sin comprender del todo; después, una luz de esperanza, casi de alegría, se encendió en sus ojos.

José, al ver aquello, le dijo con dulzura:

—El centurión nos ha advertido que nuestras vidas pueden peligrar esta noche, Simón Pedro. Después de Jesús tú eres el jefe, y en ti delegó su autoridad. Llama a los otros y nos dirigiremos a Emaús, a casa de Nicodemo, donde estaremos seguros.

Fue un hombre nuevo el que se volvió hacia el pequeño grupo, que se acurrucaba en la sombra, y le habló. Y como los corderos siguen a su pastor, ellos siguieron al suyo, siguieron la alta y firme silueta del nuevo jefe Simón Pedro, a quien Jesús mismo los confiara, y que les precedía con paso seguro por el camino de Emaús.

—Si yo no supiera todavía por qué te amo, José de Galilea —dijo María—, ahora lo sabría.

Con las manos enlazadas siguieron, también, a su nuevo guía…

Capítulo XXVI

EN EL QUE EL PRESENTE YA ES SÓLO GLORIA Y ALEGRÍA, Y EL FUTURO ADQUIERE LOS COLORES DE LA FELICIDAD

EL DÍA SIGUIENTE era el *Sabbat*, y los esparcidos partidarios del crucificado permanecieron en Emaús, en las colinas, a siete millas de Jerusalén, sin moverse de allí en todo el día.

Sin embargo, como la casa de campo de Nicodemo era pequeña, María y José, con Simón Pedro y algunos otros, se alojaron en la de un hombre llamado Cleofás, también fiel a Jesús.

El día siguiente, a primera hora, se pusieron en camino hacia Jerusalén para ofrecer al Maestro supliciado un último homenaje, el embalsamamiento y la preparación de su cuerpo para el entierro definitivo, después de lo cual el sepulcro que se hallaba en el jardín de José de Arimatea podría ser sellado: la noche de la crucifixión no quedó tiempo para preparar aquellos últimos deberes, y la ley judía no permitía ocuparse en ello el día del *Sabbat*.

Caminando al lado de su amado por el camino de Emaús a Jerusalén, María se dio cuenta de que el cansancio que inutilizaba su joven fuerza había desaparecido: las flores se abrían por todas partes y los árboles se cubrían con la nube ligera de su verdor primaveral.

—Ahora comprendo —dijo ella en un susurro— por qué Jesús escogió esta época para morir. Igual que el grano que se siembra en la primavera, necesitaba morir con objeto de revivir y demostrar a todos el camino de la vida eterna que pasa por él.

José la miró, sorprendido una vez más por la verdad que revestía su intuición cuando se trataba de Jesús:

—Pero ¿y si no resucita?

—Resucitará —dijo ella sin el más pequeño instante de vacilación—.

Él nos lo ha dicho, él nos lo ha prometido, y el Hijo de Dios no puede mentir.

—Querida, ¿por qué no poseeré yo tu fe? —suspiró José con entera sinceridad.

Ella sonrió estrechándole la mano:

—La posees, José. Sólo que mientras yo creo verdad lo que conozco y sé en mi corazón, tú crees verdad lo que tu sentido y tu inteligencia te demuestran verdadero. ¿Dudas todavía de que Jesús sea Hijo de Dios?

—No. Eso lo sé, sin la más ligera sombra de duda.

—Él resucitará, y tú quedarás enteramente convencido de su resurrección cuando él escoja el revelártela.

Continuaron ambos el camino durante algún tiempo, sin decir palabra, con los ojos fijos en la gran ciudad blanca que cubría la colina.

Después, José, armándose de valor, arriesgó tímidamente una pregunta, cuya respuesta esperó con angustia, temeroso, a la vez, de oírla:

—¿Y nosotros dos, María, ahora que Jesús ha sido crucificado?

—Su fin ha sido alcanzado —dijo ella con sencillez—. Ahora ya no me necesita. Mira, las flores se abren, las hojas vuelven a crecer y nosotros estamos juntos: todo es como yo te prometí.

Él se preguntó a sí mismo, al mismo tiempo que a ella:

—¿Nuestras vidas volverán a ser como fueron?

—Nadie puede seguir a Jesús y volver a ser igual que fue antes, José. Pero ¿quién lo desearía después de todo cuanto nos da…?

La mirada de José permanecía fija en la gran ciudad, resplandeciente al sol de la mañana.

Para un peregrino que se acercara a Jerusalén, con el corazón lleno de esa adoración que todo judío siente hacia la Ciudad Santa, aquello debía de ser una visión capaz de evocar la magnificencia del Trono Eterno.

Él, José, sabía demasiado bien, desde que los ojos del Maestro se lo habían hecho ver, todo lo que escondía aquella maravillosa fachada de mármol y de oro: la miseria y el sufrimiento de los humildes, la rapacidad de aquellos que eran ricos en bienes, pero pobres en generosidad y en virtudes; la explotación de los peregrinos en nombre de una jerarquía sacerdotal corrompida; los dedos ávidos y ganchudos de aquellos que se decían los servidores del Templo, aquellos sacerdotes que no vacilaban en sacar un tributo al más miserable buhonero, vendedor ambulante de «recuerdos» en el patio exterior, el atrio de los gentiles, ni en cerrar los ojos sobre los robos de los mercaderes y los fraudes de los cambistas con tal que compartieran con ellos los beneficios; la falsa vanidad de los fariseos, su falso y dañino orgullo que rebajaba el culto de Dios hasta convertirlo en un culto de forma y de fórmulas, un culto todo él de apariencia externa y hueco por dentro, un amor casi fetichista de la regla y de sus menores detalles; los escribas, superfluos, solemnes y vacíos, que pasaban horas interminables en discusiones sin peso ni alcance, y no dedicaban ni cinco minutos a servir a sus hermanos, para ayudarlos en la necesidad…

Todo esto era la realidad detrás de la mentira de aquella fachada triunfante que reverenciaba piadosamente, al término de su viaje, el peregrino lleno de polvo y fatiga ante quien ella se alzaba, en el flanco de la colina, clara como un joven sol.

Y eran todos aquellos, todos los sepulcros blanqueados a quienes velaba esta luminosa y pura apariencia, los que habían crucificado al Deseado, a Aquel que se esperaba y que había venido para ponerle ante los ojos, ante el espíritu, en el corazón, el noble objetivo, la alta esperanza poco a poco borrados, perdidos y desaparecidos en

el transcurso de los siglos, desde aquella Pascua lejana en que los judíos marcaron las jambas y los umbrales de sus puertas con la sangre del cordero, con el fin de ser salvados, mientras que, por mano del ángel exterminador, la cólera vengadora de su Dios caía sobre el pueblo egipcio que había oprimido a Su rebaño.

De pronto, José preguntó:

—¿Te gustaría volver a Galilea y empezar otra vez a cero?

Su respuesta y su recompensa las encontró en el brillo repentino de los ojos amados:

—¡Esperaba que dijeras esto, José! —dijo ella tendiéndole la mano para que él depositara la suya en ella—. Pero no volveremos a empezar desde cero. Volveremos, sencillamente, al principio del camino que tomamos un día parecido a éste, en Tiberíades, para subir juntos a Magdala.

Al llegar a las puertas de la ciudad, José se separó de los otros y se dirigió a casa del vendedor de especias para comprar todo cuanto necesitaba, hierbas aromáticas y perfumes para embalsamar el cuerpo de Jesús antes de los funerales. Efectuó con toda rapidez sus adquisiciones y dirigió sus pasos hacia el sepulcro, donde el Maestro había sido provisionalmente depositado.

No sentía la más mínima tristeza al pensar que pisaba por última vez el suelo de Jerusalén. El recuerdo de aquella maravillosa joya de esmeralda, el mar de Galilea, los saltos de centenares de peces, la imagen de las ricas viñas y de los armoniosos bosquecillos de Genesaret, de las velas de cálidos colores que se veían deslizar por el agua verde cuando los pescadores conducían, antes del crepúsculo, sus barcas cargadas…, todo aquello formaba a los ojos de su memoria un cuadro más bello y más querido que el que se presentaba ahora.

¡Y con María, por fin, a su lado, nada faltaría!

Cuando, cargado con sus paquetes de hierbas aromáticas, franqueaba el portal del jardín de su tío, María llegó hasta él corriendo, con los brazos extendidos. Ella venía del sepulcro y en su rostro todo era gloria y alegría.

—¡José! ¡José! —gritaba—. ¡Ha sucedido, José! ¡Jesús ha resucitado!

Los paquetes cayeron al suelo, porque los brazos del joven se habían abierto para recibir a la Magdalena, que sollozaba de felicidad.

Capítulo XXVII

DONDE LOS CORAZONES DE JOSÉ Y MARÍA, IGUALMENTE ILUMINADOS, LATEN AL UNÍSONO

RESULTABA UNA MUY SENCILLA historia, milagrosa historia, tal como María la contó con el rostro inundado de lágrimas felices, con los ojos brillantes.

Ella se dirigió a la tumba con las mujeres, preguntándose quién podría ayudarlas a quitar la piedra que cubría el sepulcro, y que pesaba mucho, cuando comprobó que la piedra estaba quitada y que el cuerpo de Jesús había desaparecido. Entonces, algunas de las mujeres corrieron a buscar a Simón Pedro.

Él las acompañó, miró en la tumba y sólo vio la sábana en la que el crucificado había sido envuelto.

Todos volvieron a la casa excepto María, que permaneció cerca del sepulcro vacío, llorando porque temía que Caifás, o quizá Pilato, hubiera hecho retirar el cuerpo para exhibirlo ante el pueblo, en testimonio de la impotencia de Jesús en cumplir su promesa de resucitar de entre los muertos.

Al cabo de un momento —María contó a José lo sucedido con todo detalle—, ella penetró otra vez en el sepulcro, miró la tumba y comprobó que seguía vacía. Pero, habiendo dado media vuelta, vio a un hombre a su lado. Éste la interrogó:

—Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién llamas?

Ella, no reconociéndole, y pensando que fuera el jardinero de José de Arimatea, había respondido:

—Porque han robado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto. Si tú te lo llevaste, dime dónde lo pusiste y yo lo tomaré.

Jesús, entonces, dijo sólo: «¡María>!». Y ella reconoció su voz y se precipitó en seguida a sus pies, exclamando: «¡Maestro!

Pero él, separándola suavemente con un gesto, dijo:

—No me toques, porque todavía no he subido a mi Padre. Pero ve hacia mis hermanos y diles que yo subo junto a mi Padre y Padre vuestro, hacia mi Dios y Dios vuestro.

Mientras ella contaba entre sollozos de felicidad lo ocurrido, José, sosteniendo a María, llegó cerca del sepulcro y comprobó que la piedra, en efecto, había sido quitada; recordó que había sido necesario el esfuerzo reunido de varios hombres vigorosos para colocarla en su sitio. También observó que la huella del cuerpo era aún perfectamente visible sobre la sábana en que José lo había envuelto, con las manchas de sangre en el lugar de las llagas.

Nadie, excepto María, había visto a Jesús, y José sabía perfectamente que ningún

tribunal aceptaría aquel testimonio único de un hecho tan sensacional. Se diría que resultaba imposible juzgar si ella, en su intenso deseo de ver vivo a Jesús, no habría tomado por realidad lo que no era más que un deseo y un anhelo.

José, por su parte, estaba muy tentado de creer que ella había visto verdaderamente a Jesús, pero en lo más recóndito de sí mismo sentía flotar idéntica incertidumbre que la que sintió con respecto al mesianismo del Maestro, hasta el día en que, encontrando su mirada en el tribunal de Caifás, había conocido la deslumbrante revelación de la verdad.

María leía estas cosas en el espíritu del hombre a quien amaba:

—Tú piensas que tuve una visión —dijo ella—, igual que los insensatos que creen una cosa que no existe.

—Yo sé que Jesús estaba allí, para ti.

—Pero no en carne, ¿verdad?

—Eso es lo que los demás pensarán —subrayó él.

Ella protestó:

—Él ha podido aparecérseme y puede hacerse visible a cualquiera si así lo desea.

—Roguemos, pues, con objeto de que nuestra fe obtenga para él la fuerza necesaria. Mientras, debemos protegerte.

—¿Protegerme? ¿De quién?

—Los otros corren ya por todas partes, a través de la ciudad, proclamando que Jesús ha resucitado y que se te ha aparecido.

¡Piensa lo que representa eso para Caifás y Poncio Pilato!

Ella se quedó un instante sin respiración:

—Puesto que yo soy la única que ha visto a Jesús…

—… Querrán a todo precio reducirte al silencio, porque si el pueblo llega a creer que Jesús ha resucitado de entre los muertos, sabrán por eso mismo que es en verdad Cristo, Aquel a quien se espera, el Mesías, e insistirán en coronarlo rey de Judea.

—Pero él no trata de permanecer aquí —explicó María—.

Sus palabras han sido: *No me toques, porque todavía no he subido a mi Padre. Pero ve hacia mis hermanos y diles que yo subo junto a mi Padre y Padre vuestro, hacia mi Dios y Dios vuestro*. Jesús va a abandonar este mundo, José. Él mismo me lo dijo claramente.

—Pilato y Caifás, no habiéndolo visto en carne, ¿lo creerán?

—No —reconoció con tristeza la joven—. Tú mismo no estás seguro del todo. ¿Cómo van a estarlo los otros?

—Sólo nos queda una cosa que hacer —respondió él con firmeza—. Debes alejarte de Jerusalén antes que Poncio Pilato oiga hablar de esto y se apodere de ti.

—Pero, ¿y los otros? ¿Y tú mismo?

—Tú eres la única testigo de la resurrección de Jesús en carne, hasta que no se

aparezca así a los otros, nosotros no corremos ningún peligro.

—¡Ven conmigo, José! —suplicó ella—. ¡No quiero que volvamos a separarnos nunca!

—Voy a arreglar mis asuntos en la ciudad y esta tarde mismo iré a Emaús —prometió él—. Mañana proseguiremos nuestro camino hasta Galilea. Si Herodes Antipas nos prohíbe refugiarnos en su territorio, nos llegaremos hasta el de Filipo y, si es necesario, iremos a Antioquía.

—¡Pero yo no he cometido ningún crimen! ¿Por qué tengo que huir y esconderme como una criminal?

A la indignación vehemente de María, José opuso una vez más el razonamiento de la sensatez:

—¡Tú conoces algo capaz de incendiar el mundo! Debemos preservar la llama para que no la apaguen a la fuerza —por temor al incendio— y convertirla en una antorcha de la luz que alumbrará a todos los hombres.

—Voy, pues, a dirigirme a Emaús y te esperaré en la casa de Cleofás. Pero sé prudente, José. Ahora que Jesús retorna junto al Padre, me moriría si te sucediera alguna desgracia.

Durante todo el día la extraordinaria noticia corrió por la ciudad: aquel a quien tan vergonzosamente sacrificaron, había resucitado de entre los muertos. Centenares de personas se presentaron en el jardín de José de Arimatea para ver la tumba vacía y la sábana que se encontraba aún en ella, con las huellas de su cuerpo y las manchas de su sangre. Algunos se burlaban y decían que se trataba de un truco para persuadir a las almas crédulas de que el Nazareno, aquel perpetuo perturbador, había regresado desde el fondo de la muerte. No obstante, eran mucho más numerosos los que habían amado a Jesús y creían con una entera confianza que *Él no podía ni engañarse ni engañarlos*; que, por consiguiente, había *resucitado conforme a las Escrituras* y que él era el Mesías verdadero cuya venida el profeta Isaías había anunciado desde hacía siglos.

La tarde iba ya avanzando cuando José pudo finalmente ponerse en camino hacia Emaús. Cleofás le acompañaba y, mientras andaban, hablaban de los acontecimientos que habían conmovido las últimas jornadas.

Se hallaban tan absortos en su charla, que no se fijaron en un hombre delgado, vestido con una larga túnica y con una capucha que casi escondía sus rasgos, y llevando las manos hundidas en sus mangas, que se puso a caminar cerca de ellos y a su paso. Al cabo de un cierto tiempo, al alzar la cabeza, se dieron cuenta de su presencia y le saludaron cortésmente. Sin embargo, notaron algo en su porte que les fue familiar, sin que pudieran decir con exactitud de qué se trataba.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó.

Y su voz, algo velada por la anchura de la capucha, les pareció que no les era desconocida. Ellos se detuvieron entristecidos:

—¿*Eres tú el único que habiendo permanecido en Jerusalén no sabes las cosas que han sucedido estos días*? —dijo Cleofás sorprendido.

—Pero ¿qué cosas son ésas?

—*Las que conciernen a Jesús de Nazaret, hombre que fue un profeta poderoso en actos y en palabras, ante Dios y ante todo el pueblo. Y como nuestros jefes lo entregaron para ser condenado a muerte, lo han crucificado*.

Contemplando al extranjero mientras Cleofás le contaba lo ocurrido aquella mañana, José sintió crecer en él la extraña convicción de que conocía a aquel hombre y que, incluso, debía de conocerlo bien. Pensó que si pudiera ver sus ojos, seguramente lo reconocería, pero el extranjero seguía llevando la capucha de manera que casi le escondía la cara.

—¿Era necesario que Cristo sufriera así para que entrara en su gloria? —preguntó el extranjero cuando Cleofás hubo terminado el relato de lo que había sucedido aquella mañana a María de Magdala.

—Yo creo —dijo José— que esos sufrimientos eran necesarios, porque sé que Jesús de Nazaret era Cristo.

El extranjero no respondió nada, pero José se dio cuenta de que su propio corazón se calentaba en su pecho y se llenaba de una sensación extraña, una sensación rara parecida a aquella que sintiera, tres días antes, cuando encontró los ojos de Jesús a través de la sala, en el palacio de Caifás, y se vio súbitamente invadido por la divina certeza de su naturaleza y de su identidad.

—¿Cómo puedes decir que él es Cristo, José —protestó Cleofás—, cuando con tus propios ojos le viste morir del lanzazo que le dieron en el costado?

—Lo sé —dijo sencillamente José—. Sé que es el Hijo de Dios. Y aquel que es el Hijo de Dios, no puede ser vencido ni por la muerte.

Cuando el extranjero habló de nuevo, el tono de su voz se había hecho más suave; y, *mientras avanzaba por el camino, les explicó, comenzando por Moisés y por los Profetas, lo que, en todas las Escrituras, le concernía, y cómo las predicciones y las profecías se aplicaban a Jesús de Nazaret* como vestidos cortados a medida.

La morada de Cleofás se encontraba en un extremo de Emaús, casi al borde del camino de Jerusalén. Al acercarse al sendero que conducía a la casa, *el extranjero pareció querer seguir más allá*, pero, impulsivamente, José le dijo:

—*Quédate con nosotros, pues está llegando la noche y el día está ya declinando.*

Y le rogaron con insistencia.

Su compañero, el desconocido, entró, pues, con ellos.

Cleofás fue en seguida a buscar vino y una cesta de pan, para refrescarlos y reconfortarlos después de aquel largo camino, así como conviene cuando un huésped

entra en vuestra casa.

Disponiendo el pan en la mesa, dijo cortésmente:

—¿Queréis bendecirlo y romperlo con nosotros, Señor?

El extranjero extendió el brazo y tomó un pedazo de pan de la cesta y, al efectuar el movimiento, la manga de su túnica subió y José vio su mano por primera vez.

Entonces supo por qué el desconocido que se les uniera en el camino le había parecido tan familiar…

José iba a ponerse en pie, cuando su huésped comenzó a bendecir el pan y el vino, lo cual le impidió hablar.

Pero él veía delante de sí las dos manos agujereadas y la huella del corte que en la muñeca le hicieran las ligaduras fuertemente apretadas que le colocaron los soldados romanos la noche del monte de los Olivos.

Mientras los miraba, el viajero alzó las manos y echó la capucha hacia atrás… Y José encontró la mirada de aquellos ojos tan profundos y tan tiernos.

Sobre la frente del huésped, un círculo de pequeñas desolladuras, estrechas, pero profundas, colocaba como una aureola roja.

Al oír a María en la sala interior, rogó al viajero que le excusara y se apresuró hacia ella para contarle la feliz noticia y conducirla a la sala, a fin de poder prosternarse juntos y adorar al Señor.

—¡Jesús está aquí, María! —exclamó—. Se ha unido a nosotros en el camino y está en la otra sala.

—¡Oh! ¡Gracias, Dios mío! —respondió ella desde lejos—.

He rogado para que se te revelara.

—He visto los agujeros en sus manos, el corte de su muñeca y las heridas de las espinas en su frente. ¡Ven! —le dijo tendiéndole las dos manos—. ¡Ven! Vamos a adorarle juntos…

Pero cuando penetraron en la gran sala, sólo se encontraba allí Cleofás, con la boca abierta de asombro.

—El extranjero se ha ido, José —explicó—. He dado cuatro pasos para tomar vino y cuando me volví había ya desaparecido.

Apenado y aturdido, José dijo, como alguien que pretendiera convencer a otro de que no ha soñado:

—¡Estaba aquí cuando abrí la puerta para llamar a María!

El pobre médico se sentía presa de una especie de vértigo.

—Yo sé que era Jesús. Lo reconocí, y también vi la marca de los clavos en sus manos… No dudas de lo que digo, ¿verdad, María? ¿No dudas de que

verdaderamente le vi, no?

—Yo sabía que se revelaría a ti cuando estuvieras dispuesto a aceptar la verdad entera —afirmó ella con los ojos brillantes y las lágrimas rodando, apresuradas, por sus mejillas.

—Pero Cleofás estaba también en la habitación, cerca de él y de mí, y no lo ha reconocido.

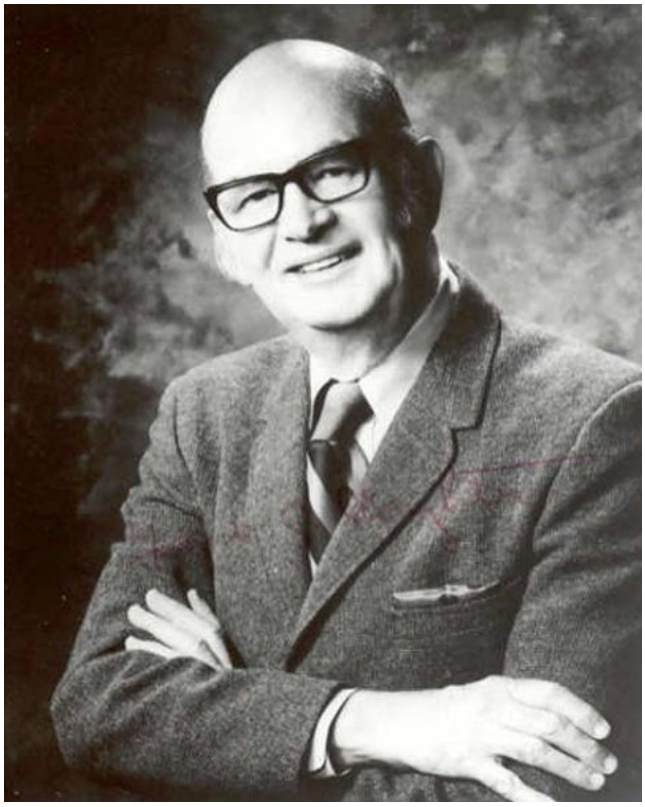
—Ésa fue la intención del Maestro —dijo ella dulcemente—.

Tú eres médico, José; tú sabías que él estaba real y verdadera4 6 3 mente muerto, puesto que lo enterraste con tus propias manos.

Pero ahora sabes que está otra vez vivo, pues viste, en su cuerpo resucitado, las llagas de sus manos tal como las vimos cuando lo depositaste en la tumba. Juntos debemos proclamar a la faz del mundo la verdad que te ha sido revelada en el camino de Emaús. La verdad que Jesús, crucificado, ha resucitado de entre los muertos… ¡Y ningún hombre, en adelante, podrá ya ignorar que Él es verdaderamente el Hijo de Dios!…

Los tres, en pie alrededor de la mesa, comieron con respeto los pedazos de pan que el Señor había bendecido y partido…

FIN



FRANK G. SLAUGHTER (1908-2001), escritor norteamericano famoso por sus best seller, fue uno de los autores norteamericanos de más éxitos vendiendo más de sesenta millones de ejemplares de sus novelas.

Ejerció la medicina como cirujano en el Hospital Riverside de Jacksonville de 1934 a 1942. Luego participó como médico en la Segunda Guerra Mundial. Acabada la contienda volvió a ejercer como médico compaginando su carrera de medicina con la de escritor. Destacó tanto como escritor de novelas de médico (La espada y el bisturí; Nadie debería morie; Hombres de blanco; Esposas de médico; Epidemia), así como las de temas históricos, especialmente recuperando personajes bíblicos (María de Magdala; El velo sagrado; Jezabel, el precio del pecado; Camino de Bitinia).

Notas

[1] Nabateos: pueblo de la Arabia Pétrea que, según se cree, descendía de Nabath, hijo de Ismael. <<

[2] Jezabel, esposa de Acab, rey de Israel. <<

[3] Este título sólo era conferido por jueces sabios a aprendices que hubieran terminado el período de aprendizaje requerido, y considerados por sus maestros como aptos para practicar la profesión. <<

[4] Ahura Mazda es el príncipe del bien que creó el mundo, según la religión de los antiguos persas, nabateos, etc. <<

[5] Antiguo nombre de la ciudad de Asuán. <<

[6] Un estadio equivale a pasos geométricos, que viene a ser la octava parte de una milla. <<

[7] La milla romana representaba mil pasos <<

[8] Hermanos del Señor. Personajes que según el Evangelio fi8guran en el séquito de Jesús, pero aparte del grupo de los Doce. Su parentesco con el Señor es menos cercano de lo que podría sugerir el término *hermanos*. La palabra «primo» no existe ni en hebreo ni en arameo, y sucede que en estas lenguas, o en las traducciones griegas, la palabra «hermano» se aplica asimismo a parientes lejanos. Los textos patrísticos nos enseñan que aquellos a quienes se denomina «hermanos del Señor» gozan en la Iglesia primitiva de una gran consideración, sobre todo Santiago primero obispo de Jerusalén, columna de la Iglesia, Judas Tadeo, hermano de Santiago y pariente cercano, si no hermano, de Simón.<<

[9] Efraín es el actual pueblo de Tayibé, situado a unos 25 kilómetros de Jerusalén. <<